



EUDISTAS
Provincia de Colombia

VIDA Y REINO DE JESÚS EN LOS CRISTIANOS

TOMO I

Centenario de la edición de Obras Completas

VIDA Y REINO DE JESÚS EN LOS CRISTIANOS

INTRODUCCIÓN

Vida y Reino en la existencia de san Juan Eudes

Juan Eudes, presbítero oratoriano, tiene 35 años. Lleva 10 años predicando en misiones parroquiales. Con sus hermanos oratorianos y sacerdotes asociados se dirige de preferencia a las gentes humildes de las aldeas rurales, que constituía por entonces el 90% de la población. Pero entre sus oyentes o penitentes se encuentran también cristianos cultivados e influyentes, como sus amigos Blouët de Camilly, religiosas y religiosos, como la abadesa de la Trinidad de Caen, madame de Budos a la que dedica este libro, junto a ellos ha adquirido la experiencia de la dirección espiritual.

Desde 1636 había publicado una obrita para los cristianos que deseaban hacer en su hogar las oraciones de la mañana y de la noche y para los misioneros que quisieran ayudarlos, como se hizo precisamente en ese alío en la misión de Fresne-Camilly. La obra se titulaba *Ejercicio de Piedad*.

Luego transformó y desarrolló ese pequeño manual para ofrecer ayuda "a todos los verdaderos cristianos que desean servir a Dios en espíritu y verdad" (Prefacio), para que pudieran establecer en ellos *La vida y el reino del amor de Cristo* (elevación). Se dirige a "todos los cristianos", de cualquier "estado y condición" pues Juan Eudes está convencido de que todos sin excepción están llamados a la santidad: "ser cristiano y ser santo es una misma cosa", puesto que nuestra santidad consiste en acoger en nosotros

la santidad de Jesucristo, en "formar y hacer vivir a Jesús dentro de nosotros" (Prefacio). Mostrar el camino para ello es el propósito de este libro.

El libro será complemento de la predicación misionera. El predicador podrá proponerlo a los cristianos y cristianas deseosos de vivir en verdad su fe y de progresar en el camino de su unión a Cristo.

Juan Eudes trabajó en la preparación del libro durante todo el año de 1636, en los intervalos que le dejaban las misiones. En otoño confió el manuscrito a un premostratense de la abadía de Ardeine y a un benedictino de San Esteban de Caen para su aprobación en su calidad de doctores en teología, el 18 y 23 de diciembre. La obra, un denso libro en formato 89, aparece en Caen, editorial Pierre Poisson, a comienzos de 1637 bajo el título: LA VIDA Y EL REINO DE JESÚS EN LOS CRISTIANOS, CON NUMEROSOS EJERCICIOS DE PIEDAD, PARA VIVIR Y MORIR CRISTIANA Y SANTAMENTE Y PARA FORMAR, SANTIFICAR Y HACER VIVIR Y REINAR A JESÚS EN NOSOTROS.

Sin duda Juan Eudes había vivido todo este período en "el fervor del espíritu". Por esa misma época en otras esferas del pensamiento humano aparecen en Francia dos obras de envergadura: Pedro Corneille hace representar *El Cid* (Invierno de 1636-1637) y Renato Descartes publica su *Discurso sobre el método*, 1637.

Por esta época también, en el campo de la espiritualidad, comienzan a aparecer obras animadas, como ésta de Juan Eudes, por las grandes intuiciones de Pedro de Bérulle.

Desde 1632 se conocía el *El Tesoro espiritual*, que contiene las excelencias del cristianismo del oratoriano Hugo Quarré; en 1634 aparece la *Guía de oración para las almas que no tienen facilidad para ella*, de Claudio Séguenot; en 1636 las *Verdades y excelencias de Jesucristo Nuestro*

Señor, de Francisco Bourgoing, ambos oratorianos. En 1643 Dionisio Amelotte publica la *Vida del Padre de Condren*; en 1644 aparecen las *Obras completas de Bérulle*, con prefacio de Bourgoing, en 1645, Juan Bautista Noulleau, también oratoriano; publica la *Práctica de la oración*; finalmente, un poco más tarde, en 1655-1657 se podrán leer *La jornada cristiana* y otras obritas de Juan Jacobo Olier. Se ve, pues, cómo "Vida y Reino" se sitúa en una floración de libros espirituales de inspiración beruliana, varios de los cuales han sido reeditados frecuentemente.

Fuentes

La fuente principal de dónde saca Juan Eudes su doctrina es la Escritura. Su libro es un tejido de citas o de alusiones bíblicas, en especial de san Pablo y san Juan, que se incorporan con toda naturalidad a la exposición. Guiado por sus maestros oratorianos Juan Eudes se había impregnado de la palabra de Dios durante su permanencia en Aubervilliers, en 1626-1627; desde entonces no había cesado de explorarla.

La encontraba también en la enseñanza de los padres de Bérulle y Condren. Se había compenetrado con ella al escuchar sus conferencias durante su formación oratoriana. Había leído también los escritos de Bérulle. A veces los reproduce casi literalmente, por ejemplo en la segunda parte cuando habla del triple "voto" que hicimos en el bautismo. Más a menudo presenta a su manera y con su propio vocabulario los pensamientos de que se había alimentado. Deja de lado las consideraciones demasiado difíciles como la meditación, a menudo tratada por Bérulle sobre la humanidad de Cristo despojado de "subsistencia" propia. También tuvo otras influencias. La de algunos Padres de la Iglesia, muy leídos en el Oratorio, como Agustín y el Pseudo Dionisio...

Entre sus contemporáneos Francisco de Sales dejó en él huellas evidentes; cuando el obispo de Ginebra, al comienzo de la *Introducción a la vida devota*, desea que su vida se llene del grito *Viva Jesús. Viva Jesús. Sí Señor Jesús, Sí Señor Jesús, vive y reina en nuestros corazones por los siglos*", creeríamos escuchar ya a Juan Eudes.

Ediciones

En los cuarenta años que siguieron a su primera aparición, *Vida y Reino*: conoció unas treinta ediciones, a veces a espaldas de su autor. En el solo año de 1647, décimo aniversario de su publicación, se cuentan cuatro ediciones diferentes, de las cuales dos al menos desconocidas por el padre Eudes, Caen, París, Ruan y Mons.

Mons era una ciudad de los Países Bajos (más o menos la actual Bélgica), en m entonces provincia española. En efecto, se ha podido descubrir recientemente que "*Vida y Reino*" había tenido allí difusión, probablemente por iniciativa de los oratorianos: Mons en 1643 y 1647, Bruselas en 1662. Es picante ver el libro de Juan Eudes ampliamente difundido por sus antiguos hermanos.

En Caen, en 1642, el texto se enriqueció con las Profesiones cristianas. En 1648 Juan Eudes añade a la sexta parte un largo comentario sobre "el honor debido a los lugares sagrados". Finalmente, en 1662 hace aprobar una octava parte compuesta de dos pequeños tratados: *Meditaciones sobre la humildad* y *Coloquios interiores del alma cristiana con su Dios*.

La edición de París de 1670 es probablemente la última que se hizo en vida del padre Eudes. En las ediciones más recientes, por ejemplo en la que abre las obras completas (1905) y que hace autoridad, no se conservó el *Tratado del honor debido a los lugares sagrados* que no pertenece a la misma inspiración que el resto de la obra. Y se han puesto

aparte los dos tratados de la octava parte. Este mismo criterio se ha seguido para la presente edición.

Plan y Doctrina

El carácter propio de este libro es su orientación eminentemente práctica. Es ella la que impone su plan, un poco desconcertante para los amantes de la lógica. Condene siete partes, a lo largo de las cuales se distribuyen los consejos que deben ayudarnos a "formar a Jesús en nosotros". Muy deliberadamente Juan Eudes admite en ellas numerosas repeticiones. He aquí el plan:

1. Algunos ejercicios de uso corriente y general:
2. "Lo que debe hacerse en toda nuestra vida", para desarrollar en nosotros la vida y las virtudes cristianas, que son la vida y virtudes de Jesús en nosotros;
3. "Lo que debe hacerse en cada año": cómo santificar al comienzo y el fin de nuestros años y cómo vivir en ellos los misterios de Cristo al compás del ciclo litúrgico;
4. "Lo que debe hacer en cada mes" para que esté totalmente animado por el amor a Jesús;
5. «... en cada semana», que debe vivirse como un mini ciclo litúrgico en el que nos vuelve a ocupar todo el misterio de Cristo;
6. «... en cada día»: es una invitación a vivir las "acciones ordinarias", renunciándonos a nosotros mismos y dándonos a Cristo para vivir de su vida;
7. Ejercicios para hacer memoria de nuestro nacimiento y de nuestro bautismo y para prepararnos a la muerte, a fin de vivir toda nuestra existencia en comunión con Jesús.

Juan Eudes hacía imprimir en letras mayúsculas el nombre de JESÚS. Y su único propósito lo expresa así en el prefacio: "Jesús, Dios y hombre, es al decir de su Apóstol,

todo en todas las cosas (Cf. Ef 1,22-23; Col 3, 11). Por eso nuestra preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de nosotros para que él sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza y tesoro, nuestra gloria y nuestro todo".

Actualidad de Vida y Reino

De tan rica doctrina podría hacerse un mal uso, una lectura "idealista"; dejándose cautivar por los suntuosos paisajes teológicos que nos presenta, olvidando las capacidades y combates de este mundo enigmático "mientras la humana caravana prosigue su marcha con los pies inflamados" (E. Mounier).

Para captar bien su alcance, es importante sentir que esa doctrina emana de una existencia comprometida en las tareas difíciles y riesgosas de este mundo: la de un hombre apasionado de acción, constructor de futuro, pero que se ejercitaba en la libertad del corazón para no querer sino el designio de Dios; la de un gran orante, pero que sabía alimentar su oración con toda la riqueza de sus múltiples relaciones y proseguía su búsqueda de Dios en medio de la noche, en la prueba interior, sin olvidar el diálogo con Francisco, su hermano carnal crítico y escéptico ... ; la de un misionero ardiente, consciente de su poder, ufano de ejercerlo, pero que sabía porfiar en la paz, a pesar de fracasos, oposiciones y calumnias.

Porque, en verdad, la contemplación luminosa de Juan Eudes fue puesta en el crisol de la vida que llevó y de las responsabilidades que asumió. Justamente nos enseña a vivirlas como bautizados:

-Con una mirada de fe que ve más allá de lo inmediato de nuestras relaciones y nuestras tareas; en ellas reconoce, en acción, el amor sin límites de nuestro Padre, el poder de

Cristo resucitado, el dinamismo del Espíritu que construye en la historia del mundo y de cada hombre el Cuerpo de Cristo;

-en la convicción de que sólo el amor tiene valor: no sólo el amor a los hermanos sino, a través de ellos, el amor a Jesús mismo, centro y plenitud de toda realidad y al mismo tiempo hermano nuestro tan cercano; Jesús que nos concede, al compás del año litúrgico, comulgar cada vez más íntimamente, con su misterio, hasta que tome forma en nosotros;

-en docilidad al Espíritu Santo que no cesa de actuar a través de nuestra propia acción, que crea en nosotros la plegaria y el amor, que nos asocia a su acción creadora para preparar el futuro de la resurrección en nuestro mundo;

-en solidaridad profunda con los hermanos próximos o lejanos, especialmente con los más desvalidos "indefensos y oprimidos". Y esto con horizontes muy amplios, inmensos porque «todo es nuestro»; podemos tomarlo y ofrecerlo todo como algo nuestro"; hasta se nos ha dado el Corazón mismo de Cristo que es el corazón del mundo.

Esta última perspectiva apenas se entreabre en Vida y Reino; un poco más tarde se ensanchará (en 1648) en la fiesta litúrgica del Corazón de María y más todavía en la fiesta del Corazón de Jesucristo (1672).

P. Paul Milcent CJM

A JESÚS Y A MARÍA SU SANTA MADRE

¡Jesús, mi Señor y mi Dios! Hundido en el abismo de mi nada me prosterno ante tu Majestad soberana. Aniquilo a tus plantas mi espíritu, mi amor propio y cuanto me pertenece, y me entrego al poder de t u divino espíritu y de tu santo amor. En la inmensidad infinita de ese espíritu y de ese amor y en las virtudes y potencias de tu divinidad humanizada y de tu humanidad divinizada, te adoro, te amo y glorifico en tus estados, misterios, cualidades, virtudes, y en lo que eres en relación con tu Padre del cielo, contigo mismo, con tu Espíritu Santo, tu sagrada humanidad, con tu santa Madre, con los ángeles y los santos del cielo y de la tierra, y con todas las criaturas que hay en el universo..

Te adoro especialmente porque eres la vida, nuestra vida verdadera, el Rey de los reyes, el Santo de los santos y nuestra santificación.

Adoro tu designio y tu ardiente anhelo de vivir y de reinar en mí y en todos los cristianos. Te pido humildemente perdón por haberlo obstaculizado en mí y en los demás. Para reparar mi falta y contribuir a la realización de tu designio, me entrego y sacrifico totalmente a ti, oh Jesús, y proclamo ante cielos y tierra que ya no quiero vivir sino para darte forma en mí, para glorificarte y hacerte vivir y reinar en mí y en todos aquellos que tú pongas en mis manos. Te suplico me concedas la gracia de que mis preocupaciones, pensamientos, palabras y acciones sólo tiendan a este fin.

Te consagro en especial este modesto libro que he escrito para ayudar a tus fieles a establecer en ellos la vida y el reino de tu santo amor. Es obra tuya, porque tú eres su fuente primera y su verdadero autor y porque renuncio con todas mis fuerzas a lo que en él pueda ser mío y no tuyo. Deseo que te pertenezca totalmente, que seas tú su único y

último fin, así como eres su único y primer principio con tu Padre y tu Espíritu Santo.

Por eso, en honor y unión del amor con que me diste este libro que salió de ti, te lo devuelvo y te lo confío, te lo ofrezco y consagro, como homenaje de tu vida adorable, a tu amor y a todo lo que tú eres.

Unido también al amor con que tú, que eres el verdadero libro de vida y de amor, te has dado a nosotros, quiero ofrendar y dedicar este libro a cuantos desean amarte especialmente a los que has querido confiarme de manera particular.

Pero no puedo mirarte, Señor Jesús, sin contemplar a aquella que está sentada a tu diestra, la que Le formó, te glorificó y te hizo reinar siempre en ella de manera admirable y perfecta. La saludo y venero después de ti, como a tu Madre gloriosa, madre de vida y de amor, y como a mi soberana señora y Madre amadísima a la que pertenezco por razones innumerables.

Porque fui concebido, engendrado y educado en un lugar que le pertenece de manera especial y por su intercesión me diste el ser y la vida. Pues mi madre privada de hijos durante varios años, hizo voto en honor de tu santa Madre y al sentirse escuchada me llevó, en compañía de mi padre, a un lugar a ella particularmente consagrado para cumplir su promesa, para darte gracias y para ofrecermelo y entregarme a ella y por ella a ti. Me diste el ser y la vida en el mismo día en que comenzaste a existir y a vivir en esta madre de vida, es decir en el día mismo de tu Encarnación que es igualmente el día de tu muerte y tu pasión.

En el día de tu Encarnación me concediste la gracia de hacer el voto de servidumbre perpetua a ti y a tu santa Madre. En ese mismo día me has concedido muchas otras gracias señaladas que tu bondad conoce y por las que siempre te bendeciré. En el día en que varias iglesias celebran el martirio

de la santa Virgen al pie de tu cruz fui revestido del santo hábito eclesiástico. Además por una gracia especial de tu misericordia, celebré por primera vez, o mejor por las tres primeras veces, el augusto sacrificio de la Misa en el día en que ¡a santa Virgen y Madre te trajo al mundo y en un lugar a ella especialmente dedicado.

Por eso, sin hablar de muchas otras razones, me siento con particular obligación de consagrarme a ella. Así que, Salvador mío, después de consagrarte este trabajo, permíteme ofrecerlo también a tu santa Madre, como homenaje a la vida desbordante de amor que tienes en ella y que ella tiene en ti.

Te lo ofrezco, pues, Madre de vida y de amor, y te lo consagro con todo el afecto de mi corazón, con todo lo que ha realizado y realizará en mí la misericordia de Dios. Bendice, Madre de bendición, la obra y al obrero y a cuantos se servirán de ella. Preséntalos a tu Hijo Jesús, fuente de toda bendición. Ruégale que él mismo los bendiga y consagre a su gloria y a su puro amor.

Este libro, oh Jesús, está Heno de ejercicios de alabanza, de amor, de contrición, de humildad y de otras virtudes cristianas. Te ruego que los imprimas en mi corazón y en el corazón de los lectores. Por mi parte, te ofrezco esos actos y ejercicios, con el deseo de hacerlos míos, de manera cordial, consciente y constante, como están ellos incesantemente presentes en este libro. Esto vale por mí y por todos los hombres del mundo, especialmente por los que leerán este libro y por los que deben recibir un cuidado especial de mi parte delante de ti. Te pido, amado Jesús, por tu bondad inmensa, que realices mi anhelo, por el amor que tienes a tu Madre amabilísima y por el que ella te tiene a ti. Mira y recibe, por la intención que tengo ahora y que me infunde tu gracia, todos estos actos y ejercicios como si yo los practicara de continuo con total dedicación de mi espíritu y corazón, así como están consignados en este papel.

Finalmente, Dios de bendición, torna este libro bajo tu protección, defiéndelo de sus enemigos, que son los tuyos, bendícelo y santifícalo. Llévalo de tu espíritu y de tu fuerza divina, toma posesión de él, para que por él, o mejor, por ti mismo, seas bendito, santificado, amado y glorificado en todos los que habrán de leerlo.

Destruye en él todo lo que sea mío para que no quede nada que no sea tuyo. Bendice sus palabras para que sean otros tantos actos de bendición, de amor, de alabanza a ti, otras tantas fuentes de bendición y de gracia para sus lectores, saetas que hieran sus corazones con heridas celestiales y centellas que los enciendan en los divinos ardores de este santo amor.

¡VIVA JESÚS Y MARÍA!

PREFACIO

Jesús, Dios y hombre, es, al decir de su apóstol, *Todo en todas las cosas* (Col 3, 11). Pero debe serlo especialmente en los cristianos como lo es la cabeza en los miembros y el espíritu en el cuerpo. Por eso nuestra preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de nosotros, hacer que allí viva y reine, para que sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza y tesoro, nuestra gloria y nuestro todo. Se trata, en una palabra, de que Jesús viva en nosotros, que en nosotros sea santificado y glorificado, que en nosotros establezca el reino de su espíritu, de su amor y de sus demás virtudes.

Para este fin ya hice imprimir el librito titulado *Ejercicio de piedad*, que muchos recibieron bien, lo apreciaron e hicieron buen uso de él. Como se necesitaba una segunda edición, lo he revisado cuidadosamente, le he cambiado el título y le he añadido muchas cosas útiles y necesarias a todos los cristianos que desean servir a Dios en espíritu y en verdad.

Hablo de «todos los cristianos» porque ha sido compuesto no sólo para religiosos sino para cuantos desean vivir cristiana y santamente. Y esta es obligación de todo cristiano, de cualquier estado y condición, porque, en lenguaje celestial, ser cristiano y ser santo es una misma cosa. La palabra de Dios, en efecto, nos declara que su voluntad es que no solamente los que se encuentran en los

claustros, sino todos los cristianos *trabajen en su santificación* (1 Ts 4, 3), que busquen *la santidad sin la cual nadie podrá ver a Dios* (Heb 12, 14) y, que le *sirvan en santidad y rectitud en su presencia todos los días de su vida* (Lc 1, 74-75), que sean santos en toda su conducta, que sean santos y perfectos, sin mancha y sin reproche a sus ojos, (1 Pe 1, 15; Col 1, 22). Que en ellos *sea santificado su nombre* (Mt 6, 9); que *santifiquen a Jesucristo en sus corazones* (1 Pe 3, 15).

El título que he dado a este libro contiene dos aspectos: La Vida y el Reino de Jesús en los cristianos.

Lo llamo, en primer lugar, *La Vida de Jesús en los cristianos* porque su objetivo principal es mostrar que Jesús debe vivir en todos ellos; que los cristianos están en la tierra únicamente para continuar la vida santa que en ella llevó Jesús y que el negocio y la ocupación más importante de un cristiano es esforzarse para que Jesús tome forma y asiento dentro de él, según la consigna apostólica: *que Cristo tome forma en vosotros* (Ga 4, 19). Lo cual significa hacer vivir en su espíritu y en su corazón y en todo su ser la santidad de su vida y de sus costumbres. Es lo que san Pablo llama *llevar y glorificar a Dios en nuestro cuerpo* (1 Co 6, 20), y san Pedro *santificar a Jesucristo en nuestros corazones* (1 Pe 3, 15).

En efecto, por ser Jesucristo nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, todo lo suyo es también nuestro y lo nuestro es también suyo. Y así se consagró por nosotros para que nosotros quedáramos consagrados por la verdad (Jn 17, 19), es decir, por él mismo que es la verdad eterna, como explica san Agustín. Su Apóstol afirma igualmente que él es nuestra santificación (1 Co 1, 30): por eso cuando nos santificamos lo hacemos para que él sea santificado en nosotros y nuestra santificación es la santificación de Cristo en nosotros. Cumplimos así la palabra de san Pedro: *santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones* (1 Pe 3, 15). Todo lo cual se logra cuando nos acostumbramos a contemplar, amar y

glorificar a Jesús en todas las cosas, a actuar siempre en su santidad. Es esto lo que pretende enseñar este libro con medios sencillos y eficaces.

Lo llamo también *El Reino de Jesús en los cristianos* porque su propósito no es solamente ofrecerte medios para dar forma y hacer vivir a Jesús en ti, sino para hacer que reine Jesús en plenitud. Si con esmero y fidelidad utilizas los ejercicios que él te propone, comprobarás la verdad de la palabra del Hijo de Dios: El reino de Dios está dentro de vosotros; y alcanzarás lo que le pides todos los días: que venga tu Reino (2). Tú, en cambio, con toda verdad, podrás llamarlo tu rey y le dirás: Queremos, Señor Jesús, que reines sobre nosotros.

He dividido el libro en siete partes que condenen, en conjunto, lo que un cristiano, aunque sea religioso o religiosa, debe realizar para vivir cristiana y santamente y para formar y glorificar a Jesús, haciéndolo vivir y reinar en sí mismo.

La primera parte contiene algunos ejercicios principales y más necesarios para alcanzar la meta propuesta.

La segunda parte contiene lo que un cristiano debe hacer durante su vida con este fin.

La tercera lo que debe hacer en cada año.

La cuarta lo que debe hacer cada mes.

La quinta lo que debe hacer cada semana.

La sexta lo que debe hacer cada día. Aquí vas a encontrar una manera muy sencilla y fácil para hacer todas tus acciones santamente y en el espíritu de Jesús que es el verdadero espíritu del cristianismo.

La séptima contiene los primeros y últimos deberes que todo cristiano debe tributar a Dios por el comienzo y el fin de su vida, con ocasión del nacimiento, del bautismo y de la muerte. Son ejercicios para dar a Dios los deberes y homenajes que hubiéramos debido darle al nacer, si hubiéramos tenido el uso de razón. Y para resucitar y renovar

en sí la gracia del santo Bautismo, e igualmente para prepararse a morir cristiana y santamente. .

La mayoría de estos ejercicios revisten la forma de elevaciones a Jesús, para que puedan utilizarlas personas de toda clase. Porque muchos cuando se dirigen a Dios no pueden hacer uso fácil de las verdades cristianas que se les proponen de manera simple y desnuda o de meta instrucción. Lo cual no impide que quienes los prefieran en forma de teoría puedan sacar de ellos los temas y verdades que les sirvan para ocuparse de ellos ante Dios, según la acción de su gracia y de su espíritu.

Si encuentras algo que de primeras te parezca demasiado elevado o difícil de entender y de practicar, no te desalientes porque si tienes la paciencia de leerlo todo y si te acompaña una intención pura y sincera y el verdadero deseo de hacer buen uso de ellos, confío en la bondad de nuestro Señor que él te dará luz para comprenderlo y gracia para practicarlo. Lo que no entiendas acá lo entenderás más adelante, según progrese tu lectura y así lo llevarás a la práctica con facilidad y deleite.

Me he repetido a propósito en algunos pasajes, por una parte, para hacerme entender más claramente e imprimir mejor en ti ciertas cosas que considero importantes, y por otra para no usar de notas y evitarte el esfuerzo, porque hay verdades y prácticas que convienen a diversos tenías y ejercicios

Por lo demás, si quieres usar piadosamente de este libro y dar gloria a Dios mediante los ejercicios que allí se encuentran, no lo leas ni utilices de prisa sino con atención; aplica tu espíritu y tu corazón a lo que lees. Esto vale principalmente para las elevaciones y plegarias; deberás meditar, saborear y asimilar con toda tranquilidad el sentido y la sustancia de las palabras

Como premio de este humilde trabajo te pido, en nombre del que es todo amor por nosotros, que cuantas veces te

sirvas de este libro, te entregues a Jesús con renovado propósito de amarlo perfectamente y que hagas tres actos de amor a Jesús de parte de quien lo ha puesto a tu disposición y que ha recibido de su Corazón y de sus manos todo lo que contiene de bueno para compartirlo contigo. Por mi parte, suplico de nuevo al mismo Jesús que imparta su bendición a mi modesta obra y también a ti, ¡mi querido lector, para que por ella realice en ti lo que te agrada; que te dé la gracia de utilizada según sus deseos y que establezca por siempre en ti el reino de su gloria y de su puro amor; que él se forme en tu corazón y fije en ti su morada para reinar allí perfectamente y para amarse y glorificarse eternamente.

PRIMERA PARTE

Ejercicios necesarios para vivir cristianamente y para formar, santificar y hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros

En la mañana

I. Jesús debe ser en todo nuestro principio y nuestro fin

Lo que debes hacer al despertar

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, es, según palabra de su apóstol, *el que da comienzo y plenitud a nuestra fe* (Heb 12, 2) y, como se llama a sí mismo en el Apocalipsis, *el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin de todo* (Ap 22, 13). Es justo, pues, que sea el comienzo y fin de nuestra vida, de nuestros años, meses, semanas, días y ejercicios.

Así como hubiéramos debido consagrarle, de haber

tenido uso de razón, el comienzo de nuestra vida y como deseamos terminarla en su gracia, en el ejercicio de su amor, así también si queremos alcanzar este don, debernos consagrar con ejercicios de piedad y de amor el comienzo y el fin de cada año, de cada mes, de cada semana y especialmente de cada día. Es importante, ante todo, comenzar bien cada día para que nuestro espíritu se llene tempranamente de buenos pensamientos y para ofrecer a nuestro Señor nuestras primeras acciones, porque de allí depende la bendición del resto del día.

Apenas despiertas, levanta tus ojos al ciclo y tu corazón a Jesús para consagrarle el primer uso de tus sentidos y los primeros pensamientos y afectos de tu espíritu y de tu corazón.

Que tu primera palabra sea solo el nombre de Jesús y de María: Jesús, María. ¡Oh Jesús! ¡Oh María! ¡Madre de Jesús!

Oh María, Madre de Jesús, te entrego mi corazón para siempre, para que lo entregues a tu Hijo Jesús. *Ven, Señor Jesús* (Ap 22, 20). Ven a mi espíritu y a mi corazón para que lo llenes y poseas enteramente. Oh Jesús que seas Jesús para mí.

Que tu primera acción exterior sea la señal de la cruz, mientras dices: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, al mismo tiempo que te entregas a las tres divinas personas para que te posean perfectamente.

Cuando llegue la hora de levantarte, acuérdate del amor inmenso por el cual el Hijo de Dios, en el momento de su encarnación, salió del seno de su Padre, lugar (si se puede usar esta expresión) de delicias, de descanso y de gloria, para venir a la tierra a someterse a nuestras miserias y compartir nuestros dolores y fatigas. Y en honor y unión de ese amor saldrás pronta y valientemente del lecho, diciendo: *Me levantaré en busca del amado de mi alma* (Ct 3, 2), deseando pronunciar esta frase con todo el Luego, de

rodillas, adora a Jesús, diciendo: Te adoramos, Señor Jesús, y te bendecimos, te amamos con todo nuestro corazón, con nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Y al pronunciar estas palabras desearás decirlas con toda la humildad, devoción y amor del cielo y de la tierra y en nombre de todas las criaturas.

II. Al vestirte

Recuerda que nuestro Señor Jesucristo, al encarnarse, se revistió por amor a ti, de nuestra humanidad, mortalidad, miserias y necesidades. Que, por lo mismo, necesitó de vestido como tú. Luego eleva hacia él tu corazón para decirle:

Bendito seas Señor, por siempre, porque de esa manera te has humillado por mi amor. Te ofrezco lo que estoy realizando en estos momentos para honrarte por haber revestido tu divinidad con nuestra humanidad y por haber usado vestidos semejantes a los nuestros. Deseo realizar esta acción con tus mismas disposiciones e intenciones.

Piensa también en tantos pobres que nada tienen para cubrirse aunque no han ofendido a Dios como tú, y que nuestro Señor, en extremo bondadoso, te ha dado con qué cubrirté, y por lo mismo dirás:

Te bendigo mil veces, Dios mío por tantas misericordias conmigo. Te suplico alivies las necesidades de los pobres. Y así como me has dado con qué vestir mi cuerpo, reviste mi alma de ti mismo, de tu espíritu, de tu amor, de tu humildad, bondad, paciencia, obediencia y demás virtudes.

III. Toda nuestra vida se consagre y emplee en dar gloria a Jesús

Nuestra vida con sus pertenencias y dependencias pertenece por entero a Jesucristo.

1. Porque él es nuestro Creador. De él recibimos el ser y la vida que llevan impresa la imagen y semejanza de su vida y de su ser. Por eso le pertenecemos en forma total y debemos ajustarnos como la imagen a su prototipo.

2. Porque él nos conserva a cada instante en el ser que nos dio, y nos lleva continuamente en su regazo con mayor solicitud y ternura que una madre a su hijo.

3. Porque según la Palabra sagrada su Padre le ha dado desde siempre y por toda la eternidad todas las cosas en general y a cada uno de nosotros en particular (Sal 2, 7-8; Lc 10, 22; Jn 13, 3)1).

4. Porque es nuestro Redentor. El nos ha librado de la esclavitud de] demonio y del pecado y nos ha rescatado al precio de su sangre y de su vida. Por eso a él pertenece todo cuanto somos y tenemos; nuestra vida, nuestro tiempo, nuestros pensamientos, palabras y acciones, nuestro cuerpo y nuestra alma, el uso de los sentidos corporales y de las facultades del espíritu, y de las cosas del mundo. Porque no sólo nos adquirió por su sangre la gracia para santificar nuestras almas, sino también cuanto requiere la conservación de nuestros cuerpos. Porque, a causa de nuestros pecados, no tendríamos derecho ni de transitar por el mundo, ni de respirar el aire, ni de comer un trozo de pan o beber una gota de agua, ni de servirnos de criatura alguna, si Jesucristo no nos hubiera dado ese derecho por su sangre y por su muerte. Cuanto hay en nosotros y todo el uso que hacemos de lo que hay fuera de nosotros pertenece a Jesucristo y solo debe usarse para él que lo adquirió todo con su sangre.

5. Porque Jesús nos ha dado todo cuanto es y cuanto tiene. A su Padre para que sea también nuestro Padre, a su Espíritu Santo para que sea nuestro Espíritu y nos enseñe, gobierne y guíe en todas las cosas; a su santa Madre para

que sea nuestra Madre; a sus ángeles y santos para que nos protejan e intercedan por nosotros; las criaturas del ciclo y de la tierra para nuestro servicio.

Nos ha dado, además, su propia persona en la Encarnación. **Todos los instantes de su vida los empleó por nosotros; sus pensamientos, palabras y acciones y los pasos que dio** estuvieron consagrados a nuestra salvación. En la Eucaristía nos ha dado su cuerpo y su sangre, con su alma y su divinidad, con todas sus maravillas y tesoros infinitos; y esto cada día y cuantas veces nos disponemos a recibirlo.

De ahí nuestra obligación de darnos enteramente a él, de ofrecerle y consagrarle todas las actividades y ejercicios de nuestra vida. Si fueran nuestras todas las vidas de los ángeles y de los hombres de todos los tiempos, debiéramos consumirlas en su servicio. Aunque sólo hubiera empleado por nosotros un instante de su vida, él vale más que mil eternidades, si así se puede hablar, de las vidas de todos los ángeles y seres humanos. Con mayor razón debernos consagrar a su gloria y a su servicio el poco de vida y de tiempo que pasamos sobre la tierra.

Con ese fin, lo primero y principal que debes hacer es conservarte en su gracia y amistad. Huirás del pecado, que puede hacértela perder, más que de la muerte y de los más terribles males del mundo. Si, por desgracia, caes en algún pecado, levántate cuanto antes mediante la confesión. Porque como las ramas, las hojas, flores y frutos pertenecen al dueño del tronco del árbol, así mientras pertenezcas a Jesucristo y estés por la gracia unido a él, toda tu vida, con sus dependencias, y todas tus buenas acciones, a él pertenecen. Deseo proponerte otros tres medios fáciles de usar para que nuestra vida sea mucho más perfecta y santamente empleada en el amor y la gloria de Jesús.

IV. Cómo hacer de nuestra vida un ejercicio continuo de

alabanza y de amor a Jesús

1. Antes de salir de casa y de realizar cualquier otra acción, ponte de rodillas y dedica al menos medio cuarto de hora a quien te dio su vida entera. Adóralo, dale gracias, ofrécete a él y conságrale todas tus acciones del día a su gloria. Por los libros de santa Gertrudis¹ sabemos que el Señor le aseguró que aceptaba complacido el ofrecimiento, de las acciones más mínimas, como las respiraciones y las palpitaciones del corazón. En virtud de esta ofrenda, todos tus pasos, el uso de tus sentidos exteriores e interiores y todos tus actos redundarán en su gloria.

Cuando te exhorto a postrarte para adorar, dar gracias y entregarte a Jesucristo, no pretendo que te límites a la persona del Hijo, sino que incluyas a la santísima Trinidad. Lo cual se realiza necesariamente aunque no se explicita. Porque Jesucristo es una sola cosa con el Padre y el Espíritu Santo, y toda la santísima Trinidad, la plenitud de la divinidad, como dice san Pablo (Col 2, 9), habita en él. De ahí que cuando adoramos y glorificamos a Jesús, tributamos los mismos homenajes al Padre y al Espíritu Santo.

2. Ofrece a Jesús el honor y la gloria que se le tributarán en ese día, en el cielo y en la tierra, y únete a las alabanzas que recibirá de su Padre eterno, de sí mismo, de su Espíritu Santo, de su santa Madre, de los ángeles y santos y de todas las criaturas.

3. Ruega a los ángeles y santos, a la santa Virgen, al Espíritu Santo y al Padre eterno que en ese día glorifiquen y amen a Jesús por ti. Esta es la petición que más les place, la que escuchan y conducen con mayor agrado. Así tendrás parte especial en el amor y la gloria que Jesús recibe continuamente de las divinas personas y él aceptará esos homenajes como si procedieran de ti, porque ellos se los tributan a petición tuya,

¹ Legatus divinae pietatis, lib.IV; cap. II, 13

Si eres fiel a esas tres prácticas, resultará que cada mañana, cada día y toda tu vida en su conjunto, serán un continuo ejercicio de amor y de gloria a Jesús. Si las practicas con recta intención todas las acciones de tu vida serán actos de alabanza a Dios y te unirás a todo el honor que se le tributa sin cesar en la tierra y en el cielo.

Conviene, además, que cada mañana aceptes, por amor a nuestro Señor, las molestias que te sucederán durante el día. Renuncia también a las tentaciones del espíritu maligno, a todo sentimiento de amor propio y demás pasiones. Estos dos actos tienen importancia, porque durante el día ocurren, de paso, mil detalles enojosos que no se ofrecen a Dios y muchas tentaciones de amor propio que se deslizan insensiblemente en nuestras acciones. Mediante esos dos actos Dios será glorificado en todas tus penas corporales y espirituales y recibirás fuerza para resistir a las tentaciones y para destruir las consecuencias del amor propio y de los demás vicios. Para ello podrás servirte de la siguiente elevación.

V. Elevación matinal a Jesús

¡Adorable Jesús! Prosternado ante ti en la inmensidad de tu espíritu y en la grandeza infinita de t u amor, te adoro, te glorifico, te bendigo y te amo por lo que eres en ti mismo y en todas las cosas. Adoro, bendigo y amo dentro de ti por medio de ti, a la santísima Trinidad. Te doy gracias infinitas porque velaste sobre mí en esta noche. Te ofrezco las bendiciones que durante ella recibiste en el cielo y en la tierra.

Me ofrezco y consagro a ti, Salvador mío, y por ti al Padre, en forma total y perdurable. Te ofrezco mi cuerpo, mi alma, mi espíritu, mi corazón, mi vida, todo mi cuerpo, toda mi alma y sus facultades, mis pensamientos, palabras y acciones, todas mis respiraciones, los latidos de mi corazón y

de mis venas, mis pasos y miradas, el uso de mis sentidos interiores y exteriores, todo lo ha habido, hay y habrá en mí. Deseo que todo sea consagrado a tu santa gloria; que sean actos de alabanza, de adoración, y de puro amor a ti. Haz, te ruego, Dios mío, por misericordia y tu poder, que así suceda a fin de que cuanto me pertenece rinda a ti honor y homenaje perpetuo. Deseo consagrarlo todo a tu gloria y sea actos de alabanza, de adoración y de puro amor hacia ti.

Te ofrezco también, oh Jesús y por ti a la santísima Trinidad, el amor y la gloria que recibirás hoy y en toda la eternidad en el ciclo y en la tierra. Me uno a las alabanzas que han tributado y tributarán siempre al Padre su Hijo y el Espíritu Santo, al Hijo y al Espíritu Santo el Padre; al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo la santa Virgen, los ángeles y santos y todas las criaturas.

Oh Jesús, adora y ama a tu Padre y al Espíritu Santo por mí. Padre de Jesús, ama y glorifica a tu Hijo Jesús por mí.

Santo Espíritu de Jesús, ama y glorifica a Jesús por mí. Madre de Jesús bendice y ama a tu Hijo Jesús por mí. Bienaventurado san José, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, adorad y amad a mi salvador por mí.

Acepto desde ahora por amor a ti, Señor Jesús, las molestias, contrariedades y aflicciones, corporales y espirituales que me sobrevendrán en el día de hoy y en toda mi vida y me ofrezco a ti para sobrellevar lo que te plazca sólo para agradarte y darte gloria.

Te suplico, Salvador mío, que imprimas en mi corazón, hacia el pecado, un odio, horror y temor más fuerte que de todos los males del mundo; que prefiera morir a ofenderte deliberadamente. Dame la gracia de servirte en el día de hoy y en el resto de mi vida con fidelidad y amor y de tratar a mi prójimo con caridad, mansedumbre, paciencia, obediencia y humildad.

VI. Otra elevación a Dios para santificar nuestras

acciones

Dios mío, mi Creador y soberano Señor, si te pertenezco por infinidad de títulos, también debe ser tuyo cuanto procede de mí. Me has creado para ti: por lo tanto me ofrezco a mi mismo y a todas mis acciones que no tendrían valor alguno si no las refiero a ti. Yo, pobrísima criatura tuya, me ofrezco a ti ahora y por toda mi vida. Te entrego todas mis obras en especial las que voy a hacer hoy, las buenas y las indiferentes, las libres y las naturales.

Y para que sean más de tu agrado las uno a las de Jesucristo, nuestro Señor, a las de la santa Virgen María, su Madre, a las de los espíritus bienaventurados y de los justos de todos los tiempos, los del cielo y los de la tierra. Te consagro todos mis pasos, palabras, miradas, cada movimiento de mi cuerpo y cada pensamiento de mi espíritu, con la intención de tributarte por ellos gloria infinita y de amarte con amor sin límites

Te ofrezco también las acciones de las demás criaturas: la perfección de todos los ángeles, las virtudes de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles, los sufrimientos de los mártires, las penitencias de los confesores, la pureza de las vírgenes, la santidad de todos los bienaventurados. Y finalmente te ofrezco a ti mismo. No lo hago para alcanzar nada de ti, ni siquiera el paraíso, sino para agradarte cada día más y tributarte mayor gloria.

Quiero, además, ofrecerte desde ahora, en estado de libertad, los actos de amor y de las demás virtudes con que te mostraré necesariamente mi amor en la dichosa eternidad, como lo espero de tu bondad. Quiero igualmente en todas mis acciones, no sólo ajustar mi voluntad a la tuya sino hacer únicamente lo que más te agrada, para que sea tu voluntad y no la mía la que se cumpla en todas las cosas. Quiero decirte siempre con los labios y de corazón y en todos los actos de mi vida: "Señor, que se haga tu voluntad en la tierra como en

el cielo".

Concédeme, Señor, esta gracia, para poder amarte con mayor fervor, servirte con mayor perfección y buscar únicamente tu gloria. Que yo me transforme de tal manera en ti que solo viva para ti y en ti, y que agradarte sea mi paraíso, en el tiempo y en la eternidad.

A la santísima Virgen.

Madre de Jesús, Reina del ciclo y de la tierra: te saludo y venero como a mi soberana Señora; a u pertenezco después de Dios. Te tributo todo el honor que me es posible y que te debo según Dios y según tus grandezas. Me doy enteramente a ti para que tú me ofrezcas a tu Hijo. Que, por tus ruegos, todo cuanto hay en mí quede consagrado a su gloria y a la tuya y que prefiera morir a perder su gracia.

A san José.

Bienaventurado san José, excelso padre de Jesús y dignísimo esposo de María: te pido que seas para m í padre, protector y guía en el día de hoy y en toda mi vida.

Al ángel de la guarda.

Santo ángel de mi guarda: me ofrezco a ti para que me entregues a Jesús y a su santa Madre. Pídeles para mí la gracia de honrarlos y amarlos con toda la perfección que exigen de mí.

A todos los ángeles y santos.

Santos ángeles y bienaventurados santos y santas: a vosotros me ofrezco; presentadme a Jesús y rogadle que me dé su bendición para emplear fielmente este día en su servicio

Pedir la bendición de Jesús y de su santa Madre.

Oh Jesús, Oh María, Madre de Jesús, imploro vuestra santa bendición. Que la Virgen María, con su Hijo, nos bendiga. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Padre nuestro... Dios te salve, María. Creo en Dios Padre...

EJERCICIO DURANTE EL DÍA

VII Jesús es nuestro centro y nuestro paraíso.

El único objeto de las miradas, del amor y de las complacencias del Padre eterno, es su Hijo Jesús. Porque como el Padre ha querido, al decir de su apóstol, que su Hijo *fuera todo en todas las cosas* (Ef 1,23; Col 3, 11), y que *todo tuviera consistencia en él y por él* (Col 3, 17), así también mira y ama todas las cosas en él. Y, como el mismo apóstol nos enseña, Dios creó todas las cosas en él y por él (Col 1, 16). Por consiguiente lo ha *hecho todo* para él (Heb 2, 10). Y como *ha puesto en él todos los tesoros de su ciencia y de su sabiduría* (Col 2, 3), de su bondad, belleza, gloria, felicidad y de todas sus demás perfecciones, el Padre mismo nos anuncia, en diversas ocasiones, que ha puesto toda su complacencia y sus delicias en ese *Hijo* único y amadísimo (Mt 3, 17; Lc 3, 35) Lo cual no excluye, claro está, al Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús y una sola cosa con él.

En pos del Padre celestial a quien debemos imitar como a nuestro Padre, Jesús debe ser el objeto único de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Todas las cosas debemos

verlas y amarlas en él y sólo a él en ellas. Nuestras acciones las realizamos en él y para él. Nuestro contento y nuestro paraíso debe ser él; porque como es el paraíso del Padre eterno que en él encuentra sus complacencias, también el Padre nos lo dio para que sea nuestro paraíso. Por eso nos manda que moremos en él: *Permanezcan en mí* (Jn 15, 4). Y su discípulo amado nos reitera el mandamiento: *Permanezcan en él, hijos, permanezcan en él.* (1 Jn 2, 27-28). San Pablo nos asegura que *no hay condenación para los que están en Cristo Jesús* (Ro 8, 1)). Al contrario, podemos decir que fuera de él solo hay perdición, maldición e infierno.

Considera, pues, a este amabilísimo Salvador como el objeto único de tus pensamientos, deseos y afectos; como el fin único de tus acciones; como tu centro, tu paraíso y tu todo. Retírate de todas partes y búscalo a él como un lugar de refugio, elevando a él tu espíritu y tu corazón. Medita a menudo aquella palabra suya: Sólo una cosa es necesarias, a saber, servir, amar y dar gloria. Si caes en alguna falta, no te desalientes, aunque reincidas en ella, pero humíllate profundamente ante Dios (...) y trata de producir un acto de contrición. Suplica a nuestro Señor Jesucristo que repare tu falta, que te dé nueva gracia y fuerza para no recaer y que afiance de nuevo en ti el propósito de morir antes que ofenderlo.

Acuérdate a menudo de que estás ante Dios y dentro de Dios mismo. Que Jesucristo, por su divinidad, te rodea, te penetra y te colma de tal manera que está en tí más que tú mismo; que él piensa de continuo en ti y que sus ojos y su corazón están siempre vueltos hacia ti. Esto te llevará a pensar en él, a elevar a él tu espíritu y tu corazón. Puedes servirte para ello de alguna de las elevaciones siguientes, o de otra semejante que te inspire su divino Espíritu.

VIII. Elevaciones a Jesús durante el día

¡Oh Jesús, mi único amor, el amado de mi alma, el objeto de todos mis amores! ¿Cuándo te amaré perfectamente?

Tú que eres es mi divino sol, ilumina las tinieblas de mi espíritu, incendia mi helado corazón.

Tú que eres la luz de mis ojos, haz que te conozca y que me conozca, para que a ti te ame y a mí me odie.

Tú eres mi suave luz: hazme descubrir que todo cuanto hay fuera de ti sólo es humo, engaño y vanidad.

Mi Dios y mi todo: apártame de lo que no es tú, para unirme enteramente a ti.

Mi amado todo: sé tú mi Todo y que lo demás nada signifique para mí.

Oh mi Jesús, que seas Jesús para mí.

Tú, vida de mi alma, Rey de mis amores, vive y reina en mí perfectamente.

Viva Jesús, Viva el Rey de mi corazón, viva la vida de mi vida. Que él sea amado y glorificado por todo en todas las cosas.

Te pido, fuego divino e inmenso, fuego devorador, que me consumas íntegramente en tus sagradas llamas.

Oh fuegos, oh llamas celestiales: caigan sobre mí y transfórmenme en llama de amor a mi Jesús.

Tú, oh Jesús, que eres todo fuego y llama de amor hacia mí, haz que yo sea fuego y llama de amor a ti.

Tú, Jesús, eres todo mío: que yo sea todo tuyo por siempre.

Tú eres el Dios de mi corazón, mi único tesoro: sólo a ti anhelo en el cielo y en la tierra.

Tú eres lo único necesario, lo único que busco y deseo, mi Jesús y mi todo: fuera de él todo es nada.

Ven, Señor Jesús, ven a mi corazón para que allí te ames tu mismo en forma perfecta.

¿Cuándo será, oh Jesús, que nada en mí sea contrario a

tu santo amor?

Oh Madre de Jesús, muestra que de verdad lo eres: fórmalo y hazlo vivir en mí.

Madre de amor, ama a tu Hijo por mí.

Oh Jesús, tribútale a ti mismo, centuplicado, el amor que yo hubiera debido darte en toda mi vida y que debían tributarte todas las criaturas.

Te ofrezco, oh Jesús, todo el amor del cielo y de la tierra. Te doy mi corazón para que lo colmes de tu santo amor. Que todos mis pasos rindan homenaje a tu caminar sobre la tierra. Te consagro mis pensamientos para honrar los tuyos, mis Palabras para honrar tus santas palabras. Que todas mis acciones glorifiquen las tuyas divinas.

Tú eres mi gloria: haz que a tu gloria me inmole eternamente. Tú eres mi todo: renuncio a todo lo que no eres tú y me entrego a ti para siempre.

¡Nada quiero, y lo quiero todo,
Jesús es mi todo: fuera de él todo es nada;
quítame todo, pero dame este solo bien;
y todo lo tendré, aunque no tenga nada!

EJERCICIO PARA LA NOCHE

Terminar bien la jornada es tan importante como comenzarla bien y consagrar a Dios sus últimas acciones como las primeras. Por eso, antes de tomar tu descanso, ponte de rodillas, agradece a Dios los beneficios que de él

recibiste durante el día; haz tu examen de conciencia y ofrécete a él mediante los ejercicios siguientes.

IX. Acción de gracias

Jesús, mi Señor, te adoro, porque eres el principio y la fuente, junto con tu Padre y tu Espíritu Santo, de lo bueno, santo y perfecto que hay en el ciclo y en la tierra, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Te agradezco los dones y bienes celestiales y terrestres, temporales y eternos que han venido de ti, especialmente en este día, en la tierra y en el cielo.

Te bendigo y te doy gracias por cuanto eres en ti mismo, y por lo que realiza tu bondad, especialmente en este día, en favor de todas tus criaturas y particularmente en favor mío que soy la más desvalida de todas ellas.

Te ofrezco el amor y las alabanzas que te han tributado siempre y especialmente hoy, en el cielo y en la tierra. Que te bendigan eternamente tus ángeles y santos, todas las criaturas y las potencias de tu divinidad y de tu humanidad.

X. Examen de conciencia

Te adoro, Señor Jesús, como a mi soberano juez. Me someto gustoso al poder que tienes de juzgarme. Comunícame algo de la luz con que me harás ver mis pecados cuando me presente ante tu tribunal a la hora de mi muerte para que, con la claridad de esa luz pueda comprender mis ofensas contra ti. Comunícame también el celo de tu justicia y el odio que tienes al pecado para que deteste el pecado como tú lo detestas.

Después de esto pasarás brevemente en revista toda la jornada, para descubrir y reconocerlos pecados con que has ofendido a Dios. Acúsate de ellos ante su presencia y pídele

perdón, haciendo actos de contrición de la siguiente manera

XI. Actos de contrición

Salvador mío, me acuso ante ti, ante tus ángeles y santos, de los pecados que he cometido en toda mi vida y particularmente en el día de hoy, contra tu divina Majestad. Te suplico, mi Señor, por tu inmensa misericordia, por tu preciosa sangre derramada por mí, y por la intercesión y méritos de tu santa Madre y de tus ángeles y santos, que me concedas la gracia de una perfecta contrición y arrepentimiento.

Detesto mis pecados de todo corazón y con todas las fuerzas de mi voluntad, por la ofensa y deshonor que con ellos te he causado. Los odio porque tú los odias y porque a causa de ellos has padecido los tormentos más atroces, has derramado hasta la última gota de tu sangre y has sufrido la más cruel de todas las muertes. Por eso, Salvador mío, los abomino y renuncio a ellos Para siempre. Quisiera tener el dolor y la contrición de san Pedro, de santa Magdalena y de todos los santos penitentes, para llorar mis ofensas cometidas contra mi Dios, con el mismo pesar y arrepentimiento con que lloraron las tuyas. Quién me diera aborrecer mis iniquidades como lo hacen los ángeles y los santos.

Te pido, amabilísimo Señor, la gracia de preferir morir mil veces, antes que volver a ofenderte mortalmente o de cualquier manera en forma deliberada. Prometo, con la ayuda de tu gracia, acusarme de todos mis pecados en mi próxima confesión, con el firme propósito de alejarme de ellos por amor a ti. De todo corazón renuncio para siempre a toda clase de pecado y me ofrezco a ti para sufrir lo que tú quieras en satisfacción de mis ofensas. Acepto desde ahora, en homenaje a tu justicia, las penas y penitencias que te plazca

imponerme, en ésta o en la otra vida. En satisfacción del irrespeto que te he causado, te ofrezco la gloria que recibiste en el día de hoy, de ti mismo, de tu santa Madre, de tus ángeles y santos y de las almas santas que están en la tierra.

Me doy enteramente a ti, oh Jesús: destruye en mí cuanto te desagrada repara tú por mí ¡as oímos que he cometido contra tu eterno Padre, contra ti mismo, contra tu Espíritu Santo, contra tu santa Madre, Ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, madre de Jesús suplid mis deficiencias y reparad por mí la ofensa que he causado a Dios con mis pecados; rendidle, centuplicados, el amor y la gloria que yo hubiera debido tributarle hoy y en toda mi vida. Madre de Jesús, Madre de misericordia; ruega a tu Hijo que tenga misericordia de mí. Madre de gracia, ruega a tu Hijo que me conceda la gracia de no ofenderlo más y de amarlo y servirlo con fidelidad.

Bienaventurado san José, santo ángel de mi guarda, bienaventurado san Juan, santa Magdalena, interceded por mí para que ~e misericordia y gracia y sea más fiel a mi Dios. *Pater, Ave, Credo.*

XII. Ofrecer el descanso a Jesús

Te ofrezco, oh Jesús, el descanso que voy a tomar en honor del reposo eterno que disfrutas en el regazo de tu Padre y para honrar tu sueño y descanso temporal en el seno de tu Madre y durante tu vida terrena.

Te ofrezco las respiraciones y latidos de mi corazón y deseo que sean otros tantos actos de alabanza y de adoración a ti. Me uno a las alabanzas que recibirás en esta noche, en el cielo y en la tierra y suplico a tus ángeles y santos, a tu unta Madre y a ti mismo que te amen y glorifiquen por mí en esta noche y por toda la eternidad.

Al acostarte harás la señal dela cruz y repetirás la última palabra que Jesús dirigió a su Padre en el postrer instante de

su vida: Padre, en tus manos *encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Y tú se las dirigirás a Jesús: *En tus manos, Señor Jesús, encomiendo mi espíritu* (Hech 7, 59). Esta plegaria que habrás de decir en tu última hora tratarás de decirla como si esa hora hubiera llegado para ti, con el amor, la humildad, la confianza y demás disposiciones santas y divinas con que las pronunció Jesús. Desde ahora te unirás, para la hora de tu muerte, a las disposiciones con que Jesús terminó su vida. Le pedirás a Jesús que grabe en ti esa plegaria y la conserve para esa hora a fin de que mueras en Jesús, con sus mismas disposiciones e intenciones, y se te apliquen aquellas palabras: *Felices los que mueren en el Señor* (Ap 14, 13).

Finalmente tratarás de que tu último gesto antes de dormirte sea la señal de la cruz, tu último pensamiento sea el de Jesús, tu último acto interior sea de amor a Jesús, tu última palabra el santo nombre de Jesús y María. Así merecerás que las últimas palabras de tu vida sean: ¡Jesús, María! ¡Viva Jesús y María! ¡Oh Buen Jesús, sé tú Jesús para mí! ¡Oh María, Madre de Jesús sé también la Madre mía!

PARA LA CONFESIÓN

XIII. Para antes de la confesión

Es muy necesario, santo y saludable, y muy útil a la gloria de Dios y a la santificación de las almas cristianas, frecuentar el uso del sacramento de Penitencia, del cual la confesión es parte, con tal de celebrarlo con las disposiciones requeridas. Es deplorable empero comprobar el extraño abuso que no pocos hacen actualmente de este sacramento. Vienen donde los confesores para recibir la absolución de sus faltas pero no obtienen el fruto deseado por no traer las

disposiciones necesarias para una verdadera y sólida penitencia. Quienes frecuentan a menudo este sacramento deben temer mucho hacerlo por rutina y no por verdadero espíritu de penitencia, sobre todo si observan que no hay algún cambio en sus vidas y sus costumbres ni ningún progreso en las virtudes cristianas. Entre más frecuentes el sacramento tanto más debes tener cuidado de prepararte a él convenientemente. Para ello te aconsejo tres cosas.

-1 Ponte de rodillas ante nuestro Señor en lugar retirado para contemplarlo y adorarlo, en la penitencia muy rigurosa y en la contrición y humillación profundísima que tuvo de tus pecados durante toda su vida, en especial en el jardín de Olivos. Suplícale instantemente que te haga partícipe de su espíritu de penitencia y que te dé la gracia de conocer tus pecados, de abominarlos y detestarlos según su deseo, de darte la conversión perfecta a él, renunciando a todas las ocasiones de pecado y usando de todos los remedios necesarios para la sanación de las llagas de tu alma. Puedes servirte de la siguiente oración o de otra semejante.

Amadísimo Jesús mío, te contemplo en el jardín de Olivos, al comenzar tu santa pasión. Te veo prosternado en la tierra ante tu Padre en nombre de todos los pecadores, pues quisiste llevar todos los pecados del mundo, y los míos en especial, que en cierto modo los hiciste tuyos. Por tu divina luz tienes ante tus ojos todos los pecados para confesarlos a tu Padre en nombre de todos los pecadores, para cargar con la humillación y la contrición que encierran ante él. Quieres ofrecerte a él para dar por ellos satisfacción y penitencia como él disponga. A la vista del horror que me causan mis pecados y del deshonor que he inferido a tu Padre por ellos,

te contemplo en extrema agonía y en horrible tristeza, y en tan dolorosa contrición, que la violencia del dolor embarga de tristeza tu alma hasta la muerte. Te hace sudar sangre en tal abundancia que le tierra se baña de ella.

Salvador mío, te adoro, te amo y glorifico en el estado y el espíritu de penitencia al que tu amor y mis ofensas te han reducido. Me doy a ti para entrar ahora contigo en ese espíritu. Hazme partícipe, te ruego, de la luz con que conoces mis pecados a fin de que yo los conozca para acusarme de ellos y detestarlos.

Hazme partícipe de la humillación y contrición que manifestaste ante tu Padre e igualmente del amor con que te ofreciste a él, para hacer penitencia, y del odio y horror que tienes del pecado. Dame la gracia de hacer esa confesión con perfecta humildad, sinceridad y arrepentimiento y con firme y vigorosa resolución de no ofender nunca más.

Madre de Jesús, alcánzame de tu Hijo estas gracias. Ángel de mi guarda, ora por mí a Nuestro Señor. Pídele que me dé la gracia de conocer mis pecados y de confesarlos debidamente, de tener verdadera contrición y de convertirme perfectamente.

2. Luego examínate cuidadosamente y esfuérzate por acordarte de los pecados cometidos desde tu confesión anterior. Una vez identificados cuida de formar en tu corazón verdadero pesar, perfecto arrepentimiento y contrición por haber ofendido a un Dios tan bueno. Pídele perdón de tus faltas, detéstalas y renuncia a ellas porque le desagradan. Toma la firme resolución de separarte de ellas en lo futuro, mediante su gracia, de huir de todas las ocasiones y de

aplicar los medios apropiados y eficaces para llegar a una verdadera conversión. En eso consiste la contrición.

Dado que esta contrición es en extremo necesaria e importante, no solo en la confesión sino en otras ocasiones, deseo hacerte ver más claramente en qué consiste, cuándo y cómo emitir actos de contrición. Lo haré después del tercer punto requerido para una perfecta confesión.

3. Lo tercero que haz de hacer para una perfecta confesión es ir a los pies del sacerdote como a aquel que representa para ti la persona de Jesucristo. Preséntate ante él como autor de faltas de lesa majestad, con gran deseo de humillarte y abatirte. Toma el partido de Dios contra ti mismo, como contra su enemigo en cuanto eres pecador. Revístete del celo de su justicia contra el pecado, y de la abominación infinita que tiene en su contra. Así mismo toma poderosa resolución de confesar humilde, entera y claramente todos tus pecados sin disimularlos, excusarlos ni echar la culpa a otros sino acúsate de ellos como si estuvieras en el trance de tu muerte. Considera que es mejor decir los pecados en el oído de un sacerdote que padecer vergüenza en el día del juicio delante de todo el mundo, y ser condenado para siempre. Y además abraza de todo corazón la pena y vergüenza que hay en confesar los pecados como homenaje a la vergüenza y a los tormentos que Nuestro Señor Jesucristo sufrió en la cruz por esos mismos pecados. Glorifica a ese mismo Señor con esta humillación recordando que entre más nos humillemos tanto más él es exaltado en nosotros.

XIV. Para después de la confesión

Después de haberte confesado y recibido el perdón de tus pecados mediante el sacramento de la Penitencia, cuida de dar gracias a Nuestro Señor por haberte hecho favor tan grande. En efecto, cuando nos libra de algún pecado, sea porque nos preserva de caer en él, o cuando nos lo perdona después de haber caído, así se trae del más pequeño pecado venial, nos hace más gracia, y con mayor razón estamos obligados de agradecerle más, como si nos hubiera preservado y librado de todas las pestes, enfermedades y otras aflicciones corporales que puedan acaecernos. Agradécele, pues, y pídele que te preserve del pecado en el futuro.

¡Seas bendito, Señor Jesús, seas mil veces bendito! Que todos tus ángeles y santos, y tu santa Madre te bendigan ahora y por siempre, por haber establecido en tu Iglesia el santo sacramento de la Penitencia y habernos dado un medio tan inmediato, fácil y poderoso para borrar nuestros pecados y reconciliarnos contigo. Bendito seas por toda la gloria que te ha sido y te será tributada hasta el final de los tiempos por este sacramento. Bendito seas también por la gloria que tú mismo has dado a tu Padre por la confesión, si es posible hablar así, de nuestros pecados en el jardín de Olivos y por la humillación, contrición y penitencia que hiciste por ellos. Salvador mío, imprime, te lo ruego, en mi interior tal abominación y horror del pecado, el mayor de los males de la tierra y el infierno, y haz que muera mil veces antes de ofenderte en lo porvenir.

XV. La contrición

La contrición es tan poderosa, santa, amable, que un solo acto de contrición es capaz de borrar mil pecados mortales, si los hubiera en el alma. Mira en qué consiste.

Es un acto de odio y horror, de dolor y de arrepentimiento del pecado cometido, porque desagrada a Dios. Es acto de nuestra voluntad por el que protestamos a Dios que queremos odiar y detestar nuestros pecados, que estamos apesadumbrados de haberlos cometido; que renunciamos a ellos y deseamos de alejarnos de ellos, no por consideración de nuestro interés propio sino por el suyo. Quiero decir, no a causa del mal, del daño y perjuicio que nos hicimos a nosotros mismos por nuestros pecados, sino a causa de la injuria, del deshonor de los grandes tormentos y de la muerte crudelísima que hemos hecho sufrir por ellos a Nuestro Señor.

Meditemos que si hay que si bien es cierto que la menor ofensa hecha contra una bondad infinita es tan detestable, que aunque lloráramos hasta el día del juicio, o que muriéramos de dolor por la más pequeña de nuestra falta sería todavía demasiado poco. No es necesario sin embargo para tener verdadera contrición derramar lágrimas o concebir dolor sensible o sentimiento doloroso de los pecados. Siendo que la contrición es acto espiritual e interior de la voluntad, que es facultad espiritual y no sensible de nuestra alma, se puede hacer un acto de contrición sin experimentar algún dolor sensible. Basta manifestar a Nuestro Señor verdadera voluntad de que queremos odiar y detestar nuestros pecados, y apartarnos de ellos en adelante a causa de que ellos le desagradan y que tenemos el deseo de confesarlos en la primera confesión que hagamos.

Date cuenta también de que la contrición es don de Dios y efecto de la gracia. Por ello cuando sepas bien en que consiste y emplees todas las fuerzas de tu mente y tu voluntad para producirla, no lo podrás hacer jamás si el Espíritu Santo no te la gracia hacerlo. Consuélate sin embargo al pensar que no te la rehusará jamás si la pides con humildad, confianza y perseverancia. No esperes la hora de la muerte para pedirla. De ordinario es negada en esa hora a quien ha sido descuidado en practicarla durante la vida.

Nota además que para tener verdadera contrición son necesarias cuatro cosas, de las cuales la primera es devolver los bienes sustraídos al prójimo, cuando es posible hacerlo incluso incomodándose, y restituirle su buen nombre cuando se le ha quitado por calumnias o difamaciones.

La segunda, de su parte hacer lo posible para reconciliarse con quienes se está en discordia.

La tercera, mantener decisión firme y constante no solo de confesar los pecados y renunciar a ellos, sino de emplear los remedios y prácticas necesarios para vencer los malos hábitos y comenzar una vida de veras cristiana.

La cuarta, remover efectivamente todas las ocasiones de pecado, tanto activas como pasivas, es decir, las que se da a los demás de ofender a Dios y las que en nosotros nos llevan a ofenderlo. Son para los concubenarios y adúlteros sus cómplices; para los borrachos las tabernas; para los jugadores y blasfemos los juegos cuando tienen costumbre de jurar y blasfemar o perder mucho tiempo y dinero; para las mujeres y muchachas los escotes, o la excesiva curiosidad y vanidad de su cabello y vestidos; para muchos los libros

malos, los cuadros escandalosos, los bailes, danzas, comedias y la compañía de ciertas personas, igualmente algunas profesiones y oficios que no pueden ejercerse sin pecado. El Hijo de Dios nos dice: *si tu mano o tu pie o tu ojo te escandalizan arráncatelos y bótalos lejos de ti pues es preferible que entres al cielo, manco o cojo o tuerto y no seas arrojado al infierno con las dos manos, los dos pies o los dos ojos* (Mt 18, 8-9). Es mandato absoluto que nos da bajo pena de condenación eterna, según la explicación de los santos Padres. Que suprimamos y dejemos por entero las ocasiones de ruina para nosotros o para los demás, las que de por sí no son malas, como ciertas profesiones y oficios, cuando no es posible ejercerlas sin cometer pecados y las que nos son cercanas, queridas y preciosas pero nos son ocasión de perdición.

En todo tiempo y ocasión podemos hacer actos de contrición. En especial hagámoslos: 1. Cuando nos vamos a confesar, o al menos un acto de atrición que es contrición imperfecta. Es disposición necesaria para la Penitencia. Lo he dicho ya y lo repito que hay que tener gran cuidado antes de confesarse y luego de haberse examinado, de pedir a Dios la contrición y en seguida empeñarse en formularla repitiendo actos. 2. Cuando se ha caído en algún pecado para levantarse de inmediato por medio de la contrición. 3. En la mañana y en la noche, a fin de que si ha cometido algún pecado en la noche o durante el día, sea borrado por la contrición y conservarse siempre en estado de gracia. Te he señalado varios actos de contrición en el ejercicio de la noche, en seguida del examen.

Además, para facilitarte el medio y la manera de practicar algo tan necesario e importante, y de lo que tanto necesitamos a menudo, añado algunos actos de contrición en diversas maneras. Puedes hacer uso de ellas sirviéndote de una u otra según la inspiración y conducción del Espíritu de Dios.

Pero no te engañes pensando que por tener contrición de tus pecados basta leer y pronunciar con atención los ejemplos escritos en este libro u otros semejantes. En efecto, además de que es necesario que la verdadera contrición venga acompañada de las condiciones enumeradas, debes principal recordar que te es imposible hacer algún acto de ella sin una gracia especial de Dios. Por tanto, cuando desees entrar en verdadero arrepentimiento y contrición de tus faltas ten cuidado de orar a Nuestro Señor que te dé esta gracia, con esta oración.

XVI. Pedir a Dios la contrición

Oh buen Jesús, deseo tener toda la contrición y arrepentimiento de mis pecados que desees que yo tenga. Sabes bien que no puedo tenerla si no me la concedes. Dámela, por favor, Salvador mío, por tu gran misericordia. Sé bien que soy muy indigno de ser mirado y escuchado por ti. Pero confío de tu infinita bondad que me darás lo que te pido muy instantemente, por los méritos de tu santa Pasión, de tu santa Madre, de todos tus ángeles y santos.

Oh Madre de Jesús, ángeles santos y bienaventurados santos y santas, pidan a Jesús por mí que me dé perfecto arrepentimiento de mis pecados.

C

Con estas fórmulas trata luego de hacer actos de contrición.

XVII. Actos de contrición

Amabilísimo Jesús, quiero aborrecer y detestar mis pecados por amor de ti.

Salvador mío, por siempre renuncio a todo pecado porque te desagrada.

Oh Jesús mío, quiero aborrecer y tener horror a mis ofensas a causa de la injuria y el deshonor que con ellas te he inferido.

Dios mío, cómo quisiera no haberte ofendido nunca pues eres digno de todo honor y amor.

Señor mío, quiero tener toda la contrición que desees que yo tenga de mis pecados.

Dios mío, cómo quisiera tener en mí el dolor y la contrición que todos los santos penitentes tuvieron siempre de sus pecados.

Oh buen Jesús, hazme partícipe de la contrición que tú mismo has tenido de mis pecados; deseo tener la misma contrición, que tuviste de ellos, en cuanto me es posible.

Oh Padre de Jesús, te ofrezco la contrición y penitencia que tu Hijo amadísimo tuvo de mis pecados; me uno a esa misma contrición.

Oh amabilísimo Jesús, que aborrezca y me horrorice de mis pecados, pues fueron causa de los tormentos y de la muerte que sufriste en la cruz.

Dios mío, quiero detestar mis pecados con el mismo odio con que tus ángeles y tus santos los han aborrecido.

Oh Dios mío, quiero detestar y aborrecer mis pecados como tú mismo los detestas y aborreces.

Puedes también hacer un acto de contrición golpeando tu pecho como ese pobre publicano del evangelio, y decir con él: *Oh Dios, apiádate de este pecador* (Lc 18, 13). Desea hacerlo y decirlo con la misma contrición con que él lo hizo y dijo, y por la que regresó perdonado a su casa, según afirma el mismo Hijo de Dios.

Estos son diversos actos de contrición. El menor de ellos es capaz de borrar toda suerte de pecados, con tal que sea pronunciado con los labios y con el corazón, con verdadera voluntad, movida por obra de la gracia, de dejar el pecado y las ocasiones de pecado, confesarse de ellos y efectuar lo más pronto posible las otras condiciones que fueron señaladas antes.

PARA LA SANTA COMUNIÓN

Nuestro Señor Jesucristo viene a nosotros en la santísima Eucaristía con suprema humildad por la que se rebaja hasta tomar la forma y apariencia de pan para darse a nosotros. Un ardentísimo amor lo lleva a darnos en este sacramento lo que hay de más grande, amado y precioso. Por consiguiente debemos acercarnos a este sacramento y recibirlo con profunda humildad y grandísimo amor. Son las

dos disposiciones principales para recibir la santa comunión. Puedes servirte de la siguiente elevación para disponerte a hacerlo.

XVIII Elevación a Dios para disponerse a la santa comunión

Oh Jesús, luz y santificación mía. Abre los ojos de mi espíritu y llena mi alma de tu gracia a fin de que conozca la importancia de la acción que voy a hacer. Que la haga santa y dignamente para tu gloria.

Alma mía, considera atentamente, te ruego, la grandeza y maravilla de la acción que vas a realizar. Piensa cuál es la santidad y dignidad del que vas a recibir. Te dispones a hacer la acción más grande, importante, santa y divina que jamás has hecho. Vas a recibir en tu boca, en tu corazón, en tu seno y en lo más íntimo de ti misma a tu Dios, tu Creador, tu Salvador, tu soberano Señor, a tu Jesús. Sí, vas a recibir en tu corazón, en tus entrañas, real y actualmente a ese Jesús, en persona, que desde toda eternidad reside en el seno del Padre; ese mismo Jesús que tantos patriarcas, profetas y justos del Antiguo Testamento desearon ver y no lo vieron; ese mismo Jesús que permaneció nueve meses en las venerables entrañas de la bienaventurada Virgen; el que ella alimentó con su seno y que tantas veces acogió en su regazo y entre sus brazos. Ese mismo Jesús que se vio caminante y vivo en la tierra; que comía y bebía con los pecadores; el mismo que fue atado a la cruz; ese mismo cuerpo martirizado, desgarrado y roto por tu amor; esa misma sangre derramada en la tierra; vas a recibir en tu propio corazón ese

Corazón traspasado por una lanza; recibirás esa misma alma de Jesús, que entregó entre las manos del Padre, al morir en la cruz. ¡Cuántas maravillas! ¡Qué digo! Que yo reciba en mí ese mismo Salvador que subió glorioso y triunfante al cielo; ¡el que está sentado a la derecha de Dios y que vendrá lleno de poder y majestad al final de los siglos para juzgar el universo!

Oh Jesús grande y admirable. Los ángeles más puros que el sol no se estiman dignos de mirarte, de alabarte y adorarte; y hoy, no solo me permites contemplarte, adorarte y amarte sino que deseas que yo te acoja en mi corazón y en mi alma, y que, en consecuencia, tenga en mí toda la divinidad, la santísima Trinidad y todo el paraíso. ¡Ah Señor, qué bondad! ¿De dónde me viene semejante dicha: que el soberano rey del cielo y de la tierra quiera hacer su morada dentro de mí que soy infierno de miserias y pecados, para cambiarme en paraíso de gracias y bendiciones? Dios mío, qué indigno soy de tan gran favor. Reconozco ante la faz del cielo y de la tierra que más bien merezco ser sumergido en lo más profundo de infierno que recibirte en mi alma, colmada de vicios e imperfecciones.

Pero, ya que te place, Salvador mío, entregarte a mí, deseo recibirte con toda la pureza, el amor y la devoción que me sea posible. Té doy mi alma, oh buen Jesús. Prepárala tú mismo en la forma que desees. Destruye en ella cuanto te es contrario. Cólmala de tu divino amor y de las demás gracias y disposiciones con las que quieres que te reciba.

Oh Padre de Jesús, destruye en mí cuanto desagrada a tu Hijo y hazme partícipe del amor que le tienes y con el que lo recibiste en tu seno paternal el día de su ascensión.

Oh Espíritu Santo de Jesús, te entrego mi alma. Adórnala, te ruego, con todas las gracias y virtudes que le son requeridas para recibir en ella a su Salvador.

Oh Madre de mi Dios, hazme partícipe, te lo suplico, de la fe y devoción, del amor y humildad, de la pureza y santidad con que comulgaste tantas veces después de la ascensión de tu Hijo.

Oh santos ángeles, bienaventurados santos y santas, les ofrezco mi alma; ofrézcanla a mi Jesús y ruéguenle que la prepare él mismo y que me haga partícipe de la pureza, santidad, y amor grandísimo que le tienen.

Jesús mío amadísimo, te ofrezco toda la humildad y devoción, toda la pureza y santidad, todo el amor y todas las preparaciones con la que has sido recibido siempre por todas las almas santas que ha habido y hay en la tierra. Cómo quisiera tener en mí ese amor y devoción; aún más, si fuera posible desearía tener en mí todos los santos fervores y divinos amores de los ángeles, de los serafines y de todos los santos de la tierra y del cielo para recibirte más santa y dignamente. Dulce amor mío, eres para mí todo amor en este sacramento de amor y vienes a mí con infinito amor. Que yo sea todo amor a ti para recibirte en un alma del todo transformada en amor a ti.

Pero, Salvador mío, no existe lugar que sea digno de ti sino tú mismo. No hay amor con el que puedas ser recibido dignamente sino el que te tienes a ti mismo. Para recibirte no en mí, pues soy infinitamente indigno, sino en ti mismo y con el amor que tú mismo te tienes, me anonado a tus pies, en cuanto me es posible, con todo lo que hay en mí de propio. Me doy a ti y te suplico me anonades tú mismo y te

establezcas en mí y asientes en mí tu divino amor a fin de que viniendo a mí por la santa comunión seas recibido no en mí sino en ti mismo, y con el amor que tú mismo te tienes.

Fíjate bien en esto último. Se trata de la verdadera disposición con que hay que recibir al Hijo de Dios en la santa comunión. Es la máxima preparación que encierra las demás. La he escrito al final de esta elevación para las almas más espirituales y elevadas.

Observa además que el deseo de tener en nosotros toda la devoción y amor de las almas santas no es cosa inútil. Nuestro Señor dijo un día a santa Matilde, religiosa de la santísima Orden de san Benito, que cuando fuera a comulgar, si no sintiera la devoción que desearía, y tener todas la devoción y todo el amor de todas las almas santas que alguna vez comulgaron, que lo tendría en cuenta como si fuera ella la que la tuviera.

Leemos también en santa Gertrudis, contemporánea y del mismo monasterio que santa Matilde, que un día, estando dispuesta para comulgar y no sintiendo en sí la preparación y devoción que deseaba, se dirigió a Nuestro Señor y le ofreció todas las preparaciones y devociones de todos los santos y de la santa Virgen. En seguida se le apareció y le dijo estas palabras: *Ahora estás ante mí y a los ojos de mis santos, con la gala y el ornato que has deseado.* Oh Señor cómo eres de bueno al tomar así nuestros deseos como cumplidos.

XIX Para después de la comunión

1. Póstrate en espíritu a los pies del Hijo de Dios que reside dentro de ti, para adorarlo y pedirle perdón de tus pecados e

ingraticitudes, y por haberlo recibido en lugar tan indigno y con tan poco amor y disposición.

2. Agradécele por haberse dado a ti e invita todo cuanto hay en el cielo y la tierra a bendecirlo contigo.

3. Como se dio del todo a ti, tú también date totalmente a él; ruégale que destruya en ti todo cuanto le es contrario y que establezca en ti el reino de su amor y de su gloria por siempre. Puedes hacer uso de la siguiente elevación.

XX Elevación a Jesús para después de la santa comunión

Oh Jesús, mi Dios, mi Creador y Salvador, mi soberano Señor, ¿qué portento es éste? ¿Tener ahora y de veras en el seno de mi alma al que reside desde toda eternidad en el seno del Padre? ¿Llevar en mis entrañas al mismo Jesús que la santísima Virgen llevó en sus purísimas entrañas? Este amabilísimo Corazón de Jesús sobre el que el discípulo muy amado halló reposo y que fue traspasado por un golpe de lanza en la cruz reposa ahora en mí muy cerca de mi corazón. Que su santísima alma viva en mi alma. Que toda la divinidad, la santísima Trinidad, cuánto hay de más admirable dentro de Dios, y todo el paraíso vengan a fundirse en mí, minúscula e indigna criatura. ¡Oh Dios, cuántas misericordias y favores! ¿Qué puedo decir, qué podré hacer a la vista de portentos tan grandes y prodigiosos? Mi Señor Jesús, que todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo se postren ante tu divina majestad, para adorarla y darle el homenaje que le es debido. Que el cielo y la tierra y todas las criaturas que hay en cielo y tierra vengan ahora a fundirse a tus pies

para conmigo darte mil homenajes y adoraciones. Pero Dios, cuánta es mi temeridad por haberte recibido, a ti el Santo de los santos, en lugar tan desapacible y con tan poco amor y preparación. Perdón, Salvador mío, de todo corazón te pido perdón por todo los pecados e ingratitudes de mi vida pasada.

Dulcísimo, amado, deseable y amabilísimo Jesús, único de mi corazón, el muy amado de mi alma, o queridísimo corazón, objeto de todos mis amores, dulce vida mía, mi queridísima alma, mi amadísimo corazón, mi muy único amor, mi tesoro y mi gloria, todo mi contento y mi sola esperanza. Jesús mío, ¿qué voy a pensar de tus bondades tan excesivas para mí? ¿Qué puedo hacer por tu amor, a ti que por mí haces tantas maravillas? ¿Qué acción de gracias puedo tributarte? Salvador mío, te ofrezco todas las bendiciones que te han sido y te serán rendidas por toda la eternidad por tu Padre, por tu Espíritu Santo, por su sagrada Madre, por todos tus ángeles y por todas las almas santas que te han recibido en la santa comunión. Dios mío que todo cuanto hay en mí se vuelva alabanza y amor a ti. Que tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, todos tus ángeles, tus santos y todas tus criaturas te bendigan en mi lugar eternamente. Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús bendigan a Jesús por mí.

Oh buen Jesús, te me has dado del todo y con grandísimo amor. Con ese mismo amor me doy del todo a ti; te doy mi cuerpo, mi alma mi vida, mis pensamientos, palabras y acciones, y cuanto depende de mí; me doy así a ti totalmente para que dispongas de mí y de cuanto me pertenece, en tiempo y eternidad, en la forma que te plazca

para tu pura gloria. Mi Señor y mi Dios, usa en mí, te ruego, del poder de tu mano para arrancarme de mí mismo, del mundo y de cuanto no eres tú y para poseerme por entero. Destruye en mí el amor propio, mi propia voluntad y orgullo y mis demás vicios e inclinaciones desarregladas. Establece en mi alma el reino de tu puro amor, de tu santa gloria y de tu divina voluntad a fin de que en adelante te ame perfectamente. Que lo ame todo en ti y por ti. Que toda mi dicha sea contentarte, y que toda mi gloria consista en glorificarte y hacerte glorificar, y mi soberana felicidad sea cumplir tus santas voluntades. Buen Jesús, haz que reinen en mí tu humildad, caridad, bondad y paciencia, tu obediencia, modestia, castidad y todas tus demás virtudes. Revísteme de tu espíritu, de tus sentimientos e inclinaciones a fin de que no tenga sentimientos, deseos e inclinaciones distintos de los tuyos. Finalmente, destruye en mí todo lo que te es contrario, y ámate y glorifícate en mí como lo deseas.

Salvador mío, te entrego todos aquellos y aquellas por quienes debo orar, en particular te encomiendo a N.N. Destruye en ellos cuanto te desagrade: Cumple todos los designios que tu bondad tiene sobre sus almas y dales todo lo que te he pedido para mí mismo.

En seguida, si tienes una medalla con las indulgencias de san Carlos o de cinco santos, no olvides decir alguna oración después de la santa comunión, como tres *Pater* y tres *Ave*, o alguna otra según tu devoción, por un alma del purgatorio porque la bula de estas indulgencias señala que se libera un alma del purgatorio cuando se lleva una medalla con tales indulgencias y se dice alguna oración por esta alma luego de la santa comunión.

Si quieres, después de la santa comunión, puedes servarte de los tres actos que siguen.

XXI Actos de adoración, oblación y amor a Jesús

Puesto que solo estamos en la tierra para honrar y amar a Jesús y le pertenecemos por infinitud de títulos nuestra preocupación y ejercicio principal debe ser adorarlo, amarlo, darnos y adherirnos sin cesar a él. Por ello, además de los ejercicios precedentes que te he señalado para la mañana y la noche será bueno, en uno de los tantos momentos de la jornada, reservar un cuarto de hora, sea antes sea después del almuerzo, para practicar los tres actos siguientes. Pueden hacerse fácilmente y en poco tiempo. Son muy útiles y establecen poco a poco e insensiblemente a los que los practican con perseverancia en una vinculación y pertenencia muy estrecha con Jesús, en espíritu de amor y de confianza. Hay que hacerlos no a la ligera y con afán sino con reposo y tranquilidad de espíritu y detenernos en el que nos llegue más.

1. Acto de adoración a Jesús

Grande y admirable Jesús, te doro y venero como a mi Dios y mi soberano Señor. De ti dependo y a ti pertenezco. Te adoro y honro con todas mis fuerzas y de todas las formas posibles. Te ofrezco todas las adoraciones y alabanzas que te han sido tributadas y te serán dadas por siempre en el cielo y en la tierra.

¡Ojalá me convirtiera en adoración y en alabanza a ti! Que el cielo y la tierra te adoren ahora conmigo y que todo lo que hay en el cielo y en la tierra se convierta en adoración y glorificación a ti.

2. Acto de oblación a Jesús

Oh Jesús, mi Señor, te pertenezco necesariamente por mil y mil razones pero deseo pertenecerte voluntariamente. Por ello me ofrezco, me doy y te consagro por entero mi cuerpo, mi alma, mi vida, mi corazón, mi espíritu, todos mis pensamientos, palabras y acciones y todas las dependencias y pertenencias de mi ser y de mi vida. Deseo que todo cuanto ha habido, hay y habrá en mí te pertenezca, total, absoluta, única y eternamente. Te hago esta oblación y donación de mí mismo no solo con todas mis fuerzas y mi poder sino que para que la haga más eficaz y santamente me ofrezco y me doy a ti con todo el poder de tu gracia, con todo el dinamismo de tu espíritu y con todas las fuerzas de tu divino amor que es mío puesto que todo lo que hay en ti es mío. Te suplico, Salvador mío, por tu gran misericordia que emplees tú mismo la fuerza de tu brazo y el poder de tu espíritu y de tu amor para arrancarme de mí mismo y de todo lo que eres tú y poseerme perfectamente y por siempre. Sea todo por la pura gloria de su santo nombre.

3. Acto de amor a Jesús

Amabilísimo Jesús, eres todo bondad y amor e infinitamente amable. Me creaste solo para amarte y no pides

de mí sino que te ame. Quiero amarte, mi muy querido Jesús, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Aún más quiero amar en ti todo cuanto abarca tu divina voluntad, con todas las fuerzas de tu Corazón y con todo el poder y la eficacia de tu amor. Todo eso es mío y hago uso de ello como de algo mío pues al darte a mí me diste todo cuanto hay en ti. Salvador mío, quiero destruir en mí, al precio que sea, todo lo que es contrario a tu amor. Oh buen Jesús, me doy a ti, para amarte con toda la perfección que pides de mí.

Destruye en mí todo lo que pone impedimento a tu amor. Dentro de mí te amas a ti mismo en todas las formas que desees: yo me doy a ti para hacer y sufrir todo lo que te plazca por tu puro amor.

Oh Jesús, te ofrezco todo el amor que te ha sido dado, te es dado y por siempre se te dará en el cielo y en la tierra. Oh, que todo el mundo te ame ahora conmigo, y que cuanto hay en el mundo se convierta en pura llama de amor a ti. Oh Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, bienaventurados san José y san Gabriel, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, amen por mí a Jesús; denle centuplicado todo el amor que yo hubiera debido tributarle en toda mi vida; y que todos los ángeles malos y todos los hombres de todos los tiempos le deben rendir.

XXII. Oración a la santísima Virgen María, Madre de Dios

Oh Virgen santa, Madre de Dios, reina de los hombres y de los ángeles, maravilla del cielo y de la tierra, te venero de todas las maneras que puedo hacerlo según Dios; lo hago por todas tus grandezas y porque tu Hijo Jesucristo

Nuestro Señor quiere que seas venerada en la tierra y en el cielo. Te entrego toda mi alma y mi vida; quiero pertenecerte por siempre y tributarte especial homenaje y vasallaje en tiempo y eternidad.

Madre de gracia y de misericordia, te escojo por la Madre de mi alma en honor del beneplácito que Dios mismo tuvo de escogerte por su Madre. Reina de los hombres y de los ángeles, te acepto y reconozco como mi soberana, en honor de la dependencia que el Hijo de Dios, mi Salvador y mi Dios, ha querido tener de ti como de su Madre. Y en esta calidad te doy sobre mi alma y mi vida todo el poder que puedo darte según Dios.

Oh Virgen santa, mírame como cosa tuya. Por tu bondad trátame como sujeto de tu poder y como objeto de tus misericordias. Oh fuente de vida y de gracia, refugio de los pecadores, recurro a ti para ser liberado del pecado y para ser preservado de la muerte eterna. Me pongo bajo tu amparo. Que tenga parte en tus privilegios y obtenga por tus grandezas y privilegios y por este derecho de pertenencia, que no merezco por mis ofensas. Y que en la última hora de mi vida, decisiva de mi eternidad, esté entre tus manos en honor del momento dichoso de la encarnación, en el cual Dios se hizo hombre y tú fuiste hecha Madre de Dios.

Oh Virgen y Madre juntamente, templo sagrado de la divinidad, oh maravilla del cielo y de la tierra, oh Madre de mi Dios, te pertenezco del todo por la razón general de tus grandezas; pero quiero además pertenecerte por el título particular de mi elección y de mi franca voluntad. Me doy a ti y a tu Hijo único Jesucristo, Nuestro Señor, y no quiero pasar ni un solo día sin rendirle a él y a ti algún homenaje particular, alguna muestra de mi dependencia y

servidumbre, en la que deseo morir y vivir por siempre. Amén. *Ave Maria*².

PROFESIONES CRISTIANAS

Es aconsejable renovarlas cada día

La vida y santidad cristiana está establecida sobre ocho fundamentos principales que serán explicados en la segunda parte de este libro. El primero es la fe; el segundo el odio al pecado; el tercero la humildad; el cuarto la abnegación de sí mismo, del mundo, de todas las cosas; el quinto la sumisión y abandono de sí mismo a la divina voluntad; el sexto el amor de Jesús y de su santísima Madre; el séptimo el amor a la cruz; el octava la caridad con el prójimo. Forman los principios de la teología del cielo y de la filosofía cristiana, y de la ciencia de los santos que Nuestro Señor Jesucristo tomó del seno de su Padre, nos la trajo a la tierra y nos enseñó por sus palabras, y mucho más, con su ejemplo; estamos obligados a seguirlos si queremos ser cristianos. A esto nos comprometimos por el voto de la profesión solemne que hicimos en el bautismo, como se explicará más ampliamente al tratar ese sacramento. Es por consiguiente muy importante renovar diariamente la profesión contenida

² Esta oración es literalmente tomada del Cardenal de Bérulle.

en los ocho fundamentos que siguen. Pero ten sumo cuidado de hacerlo no a prisa sino despacio, pensando e imprimiendo en tu espíritu lo que vas a decir. Si no tienes tiempo de hacerlos todo, toma un artículo o dos en cada ocasión y aplaza los otros para otra hora o incluso para otro día, pues si tienes poco tiempo libre ,es preferible tomar solo un artículo por día y practicarlo con atención que hacerlos todo a la carrera y sin dedicarte a ellos con la atención que merecen.

XXIII. Profesión de fe cristiana

Jesús, te adoro como al autor y al consumidor de la fe y como a la luz eterna y la fuente de toda luz. Te doy infinitas gracias porque te haya parecido bien, por tu gran misericordia, llamarme de las tinieblas del pecado y del infierno a tu luz admirable que es la luz de la fe. Mil veces te pido perdón por no haberme conducido en conformidad con esta divina luz, y reconozco que he merecido muchas veces ser privado por el mal uso que de ella he hecho. Declaro que en adelante no quiero vivir sino conforme a la palabra de tu divino apóstol que nos dice que *el justo vive de la fe* (-Ro 1, 17). Me doy al espíritu de tu santa fe y con el poder de ese espíritu, como también en unión de la fe muy viva y perfecta de tu bienaventurada Madre, de tus santos apóstoles y de toda tu santa Iglesia, hago profesión ante la faz del cielo y de la tierra que estoy dispuesto, mediante tu gracia, a hacerlo en presencia de los enemigos de esta misma fe a: 1) creer entera y firmemente todo lo que enseñas por ti mismo y por tu santa Iglesia; 2)

a querer dar mi sangre y mi vida y sufrir toda suerte de tormentos antes que apartarme de un solo punto de esta creencia y a no adherir a ninguno de los errores que le son contrarios; 3) a querer vivir y conducirme en adelante no siguiendo mis sentidos animales ni solo según la razón humana como los filósofos, sino según la luz de la fe como los verdaderos cristianos, según las máximas de esta misma fe que nos dejaste en tu santo evangelio. Conserva y acrecienta en mí, Salvador mío, estas santas resoluciones y dame la gracias de cumplirlas perfectamente por la gloria de tu santo nombre.

XXIV. Profesión de odio y detestación cristiana del pecado

Jesús, Te adoro en tu santidad incomprensible y en el odio que tienes al pecado. Desde lo más profundo de mi corazón te pido perdón de todos los pecados que he cometido en toda mi vida. Me doy a tu espíritu de santidad y a tu espíritu de odio al pecado. Con este fin hago profesión: 1) de odiar y detestar el pecado más que la muerte, más que el diablo y más que el infierno, y más que todo cuanto hay de detestable en lo imaginable; 2) de no odiar sino el pecado; que nada me entristezca jamás por ningún motivo sino las ofensas que se cometen contra tu divina Majestad, pues nada hay en el mundo que sea objeto de nuestras enemistades y causa de nuestras

tristezas que ese monstruo infernal; 3) de odiarlo a tal punto que, mediante tu gracia, si viera todos los tormentos de la tierra y del infierno de un lado y de la otra el pecado yo escoja más bien lo primero que lo segundo. Dios mío, conserva y acrecienta siempre más y más este odio en mi corazón.

XXV. Profesión de humildad cristiana

Adorabilísimo y muy humilde Jesús, te adoro y bendigo en tu muy profunda humildad. Me humillo y me confundo ante ti por mi orgullo y vanidad. Te pido humildemente perdón. Me doy de todo corazón a tu espíritu de humildad. Y con este espíritu y con toda la humildad del cielo y de la tierra, hundido en lo más profundo de mi nada, reconozco ante todo el mundo: 1) que soy nada, nada tengo nada puedo, nada sé, nada valgo y, por consiguiente, de mí mismo no poseo fuerza alguna para resistir al menor de los males, ni capacidad para hacer el mínimo bien; 2) que por mí mismo soy capaz de todos los crímenes de Judas, de Pilatos, de Herodes, de Lucifer, del Anticristo y en general de todos los pecados de la tierra y del infierno; que si tú no me sostuvieras por tu inmensa bondad, caería en un infierno de toda suerte de abominaciones; 3) que he merecido la ira de Dios y de todas las criaturas de Dios, y las penas eternas. Esta es mi heredad; el motivo de gloriarme y de nada más.

Por tanto hago profesión: 1) de ponerme por debajo de todas las criaturas; de mirarme y estimarme, y querer ser tenido y tratado en todo y por doquier como el último de los hombres; 2) de tener en horror toda alabanza, honor y gloria

como veneno y maldición según tus palabras, Salvador mío: *Desgracia para ustedes si los hombres los alaban* (Lc 6, 26); y abrazar y buscar el desprecio y la humillación como cosa que es debida a un miserable condenado como soy yo, según la calidad de pecador y de hijo de Adán que hay en mí; así me lo enseña tu apóstol al decirme que somos *hijos de la ira por nuestra condición natural* (Ef 2, 3); 3) de querer ser del todo anonadado en ni espíritu y en el espíritu de los demás a fin de no ser considerado, ni estimado, ni buscado por mí mismo; y que por tanto se me considere y estime como algo que no existe; pero que en mí solo tú seas considerado y estimado; buen Jesús, verdad eterna, imprime en mí fuertemente estas verdades y sentimientos y haz que experimente sus efectos por tu gran misericordia y para tu santa gloria.

XXVI. Profesión de abnegación cristiana

Jesús, mi Señor y mi Dios, te adoro cuando me dices: *Si alguno quiere venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga* (Mt 16, 24); y *Quien no renuncie a todas las cosas no puede ser mi discípulo* (Lc 16, 33). Me doy al espíritu de luz y de gracia con el que pronunciaste estas palabras. Dame reconocer su importancia y experimentarlas. En este espíritu reconozco tres grandes verdades que me obligan poderosamente a renunciar a mí mismo y a todas las cosas.

Descubro: 1) que tú solo eres digno de existir, de vivir y de obrar, y por tanto, que toda criatura debe ser destruida ante ti; 2) que para existir y vivir en ti, según tus deseos, es necesario que salga de mí mismo y de todas las cosas, a

causa de la corrupción que el pecado ha depositado en mí y en todas las cosas; 3) que he merecido por mis pecados ser despojado de todo, aún más, de mi propio ser y de mi propia vida.

Con el poder de tu gracia y en unión el mismo amor con el que quisiste vivir en el despojo de todo lo del mundo,; como también con la virtud del espíritu divino por el que pronunciaste estas terribles palabras: *No ruego por el mundo* (Jn 17, 9), y estas otras dirigidas a: *No son del mundo como tampoco yo soy del mundo* (Jn 17, 16) hago profesión pública y solemne: 1) de querer en adelante mirar y aborrecer el mundo como a un excomulgado, a un condenado al infierno, y renunciar por entero y para siempre a todos los honores y riquezas y deleites del mundo presente; 2) de no querer satisfacerme voluntariamente en ninguna complacencia o reposo de espíritu en ninguna de estas cosas; usar de ellas empero como si no las usara, o sea, sin darles importancia y sin apegarme a ellas de ninguna manera sino solo por necesidad, en obediencia a tu santa voluntad que así lo ordena y para tu pura gloria; 3) de tratar de vivir en este mundo del viejo Adán como si no estuviera en él sino como viviendo ya en el otro mundo, es decir, el del nuevo Adán que es el cielo; más aún, vivir en él como si estuviera en un infierno, es decir, no solo con desprendimiento sino con odio, contrariedad y horror con todo lo que hay en él; con amor, deseo y ansiedad del siglo venidero; y con paciencia hacia éste, sufriendolo como tú lo sufriste, Salvador mío, a pesar del grandísimo odio que le tienes y los deseos infinitos que tienes de destruirlo y reducirlo a cenizas como sucederá en el día de tu furor. Que esté en el mundo como un alma en

verdad cristiana; si estuviera en medio del infierno por tu mandato estaría allí con las disposiciones señaladas. Que esté en la tierra como si no estuviera en ella, pero que mi espíritu, mi corazón y mi convivencia esté en el cielo y en ti mismo, que eres mi cielo, mi paraíso mi mundo y mi todo.

Señor mío, quiero ir más allá. Quiero seguir tu palabra en la que me declaras que si quiero seguir en pos de ti debo no solo renunciar a todo sino incluso a mí mismo. Con este fin me doy al poder del amor divino por el que te anonadaste a ti mismo. Unido a ese mismo amor hago profesión: 1) de renunciar enteramente y para siempre a cuanto proviene de mí y del antiguo Adán. 2) de querer anonadar a tus pies, en cuanto me es posible, mi espíritu, mi amor propio, mi propia voluntad, mi vida y mi ser; muy humildemente te ruego que uses de tu divino poder para anonadarme a fin de que te establezcas en mí para que vivas, reines y obres en mí según tus designios; que así ya no exista, no viva, no actúe y no hable más en mí y por mí sino en ti y por ti. 3) Hago esta profesión no solo para ahora sino para todos los momentos y todas las acciones de mi vida. Te suplico con todo mi corazón que me mires y aceptes como si la hiciera en cada momento y en cada acción, y por tu gran poder y bondad hagas que yo experimente el poder de tu gloria, de modo pueda decir con tu santo apóstol: *Vivo yo, no soy yo el que vive sino Jesucristo vive en mí* (Ga 2, 20).

XXVII. Profesión de sumisión y abandono de sí mismo a la divina voluntad

Salvador mío, te adoro al pronunciar estas palabras: *Bajé del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió* (Jn 6, 38). Te adoro en la muy perfecta sumisión que prestaste a todas las voluntades de tu Padre. Te pido perdón por todos los obstáculos que he puesto a tus santas voluntades. Me doy a tu espíritu para seguirte en adelante por el uso de la virtud de sumisión. A la luz de este divino espíritu reconozco que tu santa voluntad gobierna y dispone todo, sea por disposición absoluta sea por permisión. Reconozco además que me has dado puesto en la tierra solo para hacer tu divina voluntad y que por consiguiente ella es mi fin, mi centro, mi elemento y mi soberano bien. Por tanto, en unión de la perfectísima sumisión que tú, tu santa Madre y todos tus santos tuvieron a la divina voluntad, hago profesión: 1) de renunciar por entero y para siempre a todos mis deseos, voluntades e inclinaciones; de no querer tener otra voluntad que la tuya; de mirarla siempre fijamente; de seguirla a dondequiera vaya, lo más perfectamente que me sea posible; y de abandonarme totalmente a ella en cuerpo y alma, en vida y en muerte, en tiempo y eternidad. 2) de preferir morir, aún más sufrir mil infiernos, antes que hacer, con clara deliberación, algo que vaya contra tu amabilísima voluntad. 3) No querer, ni en vida ni muerte, ni en este mundo ni en el otro, otro tesoro, otra gloria, otro gozo, otro contento, ni otro paraíso distinto de tu adorabilísima voluntad. Oh amadísima voluntad de mi Dios, en adelante eres mi corazón, mi alma, mi vida mi fuerza, mis riquezas, mis delicias, mis honores, mi corona, mi imperio y mi soberano bien. Vive y reina en mí perfecta y eternamente.

XXVIII. Profesión de amor a Jesús y María

Amabilísimo Jesús, queridísima María, Madre de mi Jesús, los adoro en todas las perfecciones y en el grandísimo amor que se profesan entre sí. Les pido perdón por haberlos amado poco hasta el presente. Por haberlos ofendido tantas y tantas veces. Me doy por entero a su divino amor. Con ese mismo amor y con el amor del cielo y de la tierra reconozco que estoy en el mundo solo para amarlos y glorificarlos. Que tengo infinidad de obligaciones de hacerlo y que aquí es mi única y grande ocupación. Hago entonces profesión: 1) de empeñarme con todas mis fuerzas en su servicio y en amarlos; 2) de querer hacer todo cuanto haga por amor de ustedes lo más perfectamente que pueda; 3) preferir ser desaparecido antes que dar a quien quiera sea la mínima chispa del amor que les debo; 4) fincar toda mi felicidad y mis delicias en honrarlos, servirlos y amarlos; 5) de hacerlos amar y glorificar por todos cuanto pueda y de todas las formas que me sean posibles.

XXIX. Profesión de amor a la cruz

Oh Jesús, mi amadísimo amor crucificado, te adoro en todos tus sufrimientos. Te pido perdón por todas las fallas que he cometido hasta hoy en las aflicciones que has querido enviarme. Me doy al espíritu de tu cruz y, con ese espíritu y con todo el amor del cielo y de la tierra, abrazo con todo mi corazón, por amor de ti, todas las cruces corporales y espirituales que me lleguen. Hago profesión de poner toda mi gloria, tesoro y contento en tu cruz, es decir, en las

humillaciones, privaciones y sufrimientos. Con san Pablo digo: *Líbreme Dios de gloriarme en algo distinto de la cruz de nuestro Señor Jesucristo* (Ga 6, 14). Por mi parte hago profesión solemne de no querer en este mundo paraíso distinto de la cruz de mi Señor Jesucristo.

XXX. Profesión de caridad cristiana con el prójimo

Oh Jesús, Dios de amor y caridad, te adoro en todos los excesos de tu divina caridad. Te pido perdón de todas las fallas cometidas contra esta virtud que es la reina de todas las demás. Me entrego a tu espíritu de caridad. Con ese espíritu , y asimismo con toda la caridad de tu santa Madre y de todos tus santos, hago profesión: 1) de no aborrecer a nadie ni nada distinto del pecado; 2) de querer amar a todo el mundo por amor de ti; 3) de no pensar, ni decir, ni hacer mal a nadie; de, más bien, pensar, juzgar bien, hablar bien, hacer el bien a todo el mundo; de excusar y sobrellevar los defectos ajenos; de ver en todo la mejor parte; de tener compasión de las desdichas corporales y espirituales de mi prójimo; y de comportarme con todos con toda clase de amabilidad, benignidad y caridad. Oh Caridad eterna, me doy a ti. Destruye en mí todo cuanto te es contrario y establece tu reino en mi corazón, y en el corazón de todos los cristianos.

SEGUNDA PARTE

CÓMO HACER VIVIR Y REINAR A JESÚS EN NOSOTROS

1. La vida del cristiano continúa la vida santa de Jesús

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los ángeles, no es sólo nuestro Dios, Salvador y Señor soberano. Es también, al decir de san Pablo, nuestra Cabeza, de la que *somos su cuerpo y sus miembros, hueso de sus huesos y carne de su carne* (Ef 5,30 vg)). De esa unión la más estrecha imaginable de los miembros con su cabeza; de nuestra unión espiritual con él por la fe y el bautismo; de la unión corporal que se realiza en la santa Eucaristía, se desprende que, como los miembros reciben animación del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también a nosotros debe animarnos el espíritu de Jesús, para vivir de su vida, caminar tras sus huellas, revestir sus sentimientos e inclinaciones y realizar nuestras acciones con sus mismas disposiciones e intenciones. En una palabra, debemos continuar y completar la vida y la devoción de Jesús en la tierra.

Esta afirmación se apoya sólidamente en las palabras insistentes del que es la misma verdad. No nos dice, acaso, en distintos lugares de su Evangelio: Yo soy *la vida* y *he venido para que tengan la vida. Ustedes no quieren venir a mí para tener la vida. Como yo vivo también ustedes vivirán. En aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes* (Jn 14, 6. 19-20; 10, 10; 5, 40). Es decir, que así como yo estoy en mi Padre y vivo de su vida, así ustedes están en mí y viven de mi vida, pues, estando en ustedes se la comunico.

Su discípulo amado nos sigue recordando que *Dios nos ha dado vida eterna y que esa vida está en su Hijo. Que quien tiene al Hijo tiene la vida, quien no tiene al Hijo no tiene la vida. Y que Dios envió a su Hijo al mundo para que vivamos por medio de él y que nuestra vida en este mundo imite la vida de Jesús* (1 Jn 5, 11-12; 4, 9.17). Es decir que ocupamos su lugar y debemos reproducir su vida.

El libro del Apocalipsis nos advierte que Jesús, el amado esposo, nos interpela sin cesar: *El que tenga sed que se*

acerque; el que quiera reciba gratuitamente agua de vida(2), es decir, que tome de mi interior el agua de la vida verdadera. Lo cual se ajusta a lo que nos cuenta el evangelio; que un día el Hijo de Dios, de pie, en medio de la multitud, clamaba: *Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba* (Jn 7, 37).

Por su parte el apóstol Pablo nos recuerda a cada instante que *estamos muertos y que nuestra vida está oculta con Cristo en Dios* (Col 3, 3); que el Padre eterno *nos vivificó juntamente con Cristo y en Cristo* (Ef 2, 5; Col 2, 13), es decir, que nos hace vivir no sólo con él sino en él y de su misma vida; que *debemos manifestar la vida de Jesús en nuestro cuerpo* (2 Cor 4, 10-11); que *Jesucristo es nuestra vida* (Col 3, 4)) y que vive en nosotros: *Yo vivo -nos dice san Pablo- pero ya no yo, es Cristo el que vive en mí* (Ga 2, 20). Y si atiendes a la continuación del capítulo hallarás que esas palabras las dice no sólo de sí mismo sino en nombre y representación de todo cristiano. Finalmente en otro lugar dice a los fieles: *Rogamos a Dios que los haga dignos de su vocación y lleve a término, con su poder, su deseo de hacer el bien y la actividad de su fe, para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en ustedes y ustedes en él* (2 Ts 1, 11-12).

Estas palabras sagradas muestran con evidencia que Cristo debe vivir en nosotros, que su vida debe ser nuestra vida; que sólo en él debemos vivir y que nuestra vida ha de ser continuación y expresión de la suya. Que si tenemos derecho a vivir en la tierra es para llevar, manifestar, santificar, glorificar y hacer vivir y reinar en nosotros el nombre, la vida, las cualidades y perfecciones, las disposiciones e inclinaciones, las virtudes y acciones de Jesús.

II. Confirmación de la verdad anterior

Para que entiendas con más claridad y asientes

sólidamente en tu espíritu esta verdad, que es fundamental en la vida, religión y devoción cristianas, recapacita que nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y de vida. Por una parte, su cuerpo personal, tomado de la santa Virgen y la vida que en él llevó mientras estaba en la tierra. Por la otra, su cuerpo Místico, o sea la Iglesia, a la que Pablo llama *Cuerpo de Cristo* (1 Co 12, 27). Su segunda vida la lleva dentro de este cuerpo y en los verdaderos cristianos que son sus miembros. La vida pasible y temporal de Jesús en su cuerpo mortal terminó con su muerte: pero desea continuarla en su cuerpo místico para dar gloria al Padre con las acciones y padecimientos de una vida laboriosa y pasible, no sólo durante treinta y cuatro años sino hasta el fin del mundo. Ella se va realizando, día tras día, en el que es de verdad cristiano, pero no alcanzará su plenitud sino al final de los tiempos.

Por eso san Pablo dice que *completa en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia* (Col 1, 24). Esto se cumple en el cristiano que sufre en espíritu de sumisión a Dios y se extiende a sus demás actividades sobre la tierra. Como miembro de Cristo, continúa y completa, si actúa en su espíritu, las acciones de Jesús en su vida mortal. Y así cuando un cristiano ora, trabaja o ejecuta cristianamente cualquier acción, está continuando y completando la oración, la vida laboriosa y de convivencia, y demás acciones de Jesucristo. En este sentido san Pablo nos declara que la Iglesia es la plenitud de Jesucristo, el cual, como *Cabeza de la Iglesia, es completado totalmente en todos* (Ef 1, 22-23). En otro lugar nos dice que todos concurrimos a la perfección de Jesucristo y a su *edad adulta* (Ef 4, 11-13)), es decir a su edad mística que sólo tendrá su plenitud en el día final.

De todo ello puedes deducir que la vida cristiana consiste en continuar y completar la vida de Jesús. Debemos ser otros tantos Jesús sobre la tierra, que continuemos santa

y divinamente en su espíritu sus acciones y padecimientos.

Estas verdades, en extremo importantes, entrañan grandes consecuencias para nosotros. Por eso medítalas menudo y comprenderás que la vida, la devoción y la piedad cristianas consisten en continuar la vida y devoción de Jesús en la tierra. Por eso no sólo los religiosos sino todos los cristianos han de llevar una vida santa y divina y a hacer todas sus acciones santa y divinamente. No es imposible ni siquiera difícil como lo imaginan algunos. Por el contrario sencillo y fácil para quienes acostumbran elevar a menudo su espíritu y su corazón hacia Jesús para darse a él y vivir en unión con él en todo lo que hacen según el método indicado.

III. Fundamentos de la vida cristiana

Si nuestra presencia en el mundo debe continuar la vida santa de Jesús, nuestra Cabeza, justo es que contemplemos, adoremos y tratemos de continuar y de expresar cuatro cosas fundamentales que brillan en la vida de Jesús en la tierra. Debemos empeñarnos, en cuanto nos sea posible, con la ayuda de su gracia, por expresar y continuar los cuatro fundamentos de la vida, piedad y santidad cristianas para ser cristianos de verdad.

IV. El primer fundamento de la vida cristiana es la fe

El primer fundamento de la vida cristiana es la fe. Porque el que se acerca a Dios, ante todo debe *creer* (Heb 2, 6); *sin la fe es imposible agradar a Dios* (id.). *La fe es la firme seguridad de los bienes que se esperan, la plena convicción de las realidades invisibles* (Heb 2,1).

La fe es la piedra fundamental de la casa y del reino de Jesucristo. Es luz celestial y divina, participación de la luz eterna e inaccesible, destello de la faz de Dios. O, para hablar conforme a la Escritura, es como una divina impronta por la

que la luz del rostro de Dios se imprime en nuestras almas (Sal 4, 7).

La fe es comunicación y extensión de la luz y ciencia divinas infundidas en el alma de Jesús en el momento de su Encarnación. Es la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia que Jesucristo sacó del seno del Padre y trajo a la tierra para disipar nuestras tinieblas e iluminar nuestros corazones. El nos da los conocimientos necesarios para servir y amar perfectamente a Dios y somete nuestros espíritus a las verdades que nos ha enseñado, y nos sigue enseñando por sí mismo y por medio de su Iglesia.

Por la fe expresamos, continuamos y completamos en nosotros la sumisión amorosa y perfecta, la docilidad y el sometimiento voluntario y sin oscuridad del espíritu humano de Cristo frente a las luces y verdades que le comunicaba se Padre eterno.

Esa luz y ciencia divinas nos dan el conocimiento perfecto, en cuanto compatible con las limitaciones de esta vida, de cuanto hay en Dios y fuera de él. La razón y la ciencia humanas a menudo nos engañan; sus luces son débiles y limitadas para penetrar lo infinito e incomprensible de Dios. Además se hallan entenebrecidas por el pecado y no perciben claramente ni siquiera las cosas externas a Dios. En cambio, la luz de la fe, participación de la verdad y de la luz de Dios, no puede engañarnos porque nos hace ver las cosas tal como están en su verdad y ante sus ojos.

De manera que si miramos a Dios con los ojos de la fe lo veremos en su verdad, tal cual es, y, en cierta manera, cara a cara. Pues aunque la fe vaya unida a la oscuridad y no nos permita ver a Dios con la claridad con que se le ve en el ciclo, sino como a través de una nube, sin embargo no rebaja su grandeza a nivel de nuestros espíritus, como lo hace la ciencia, sino que penetra a través de sus sombras hasta la infinitud de las perfecciones divinas y nos hace conocer a Dios tal cual es, infinito en su ser y en sus perfecciones.

La fe nos hace conocer que cuanto hay en Dios y en Jesucristo, Hombre-Dios, es infinitamente grande y admirable, adorable y digno de amor. Nos hace palpar la veracidad y la fidelidad en sus palabras y promesas; que es todo bondad y amor para quienes ponen en él toda su confianza; pero es riguroso y severo con los que le abandonan porque es horrendo caer en manos de su justicia.

La fe nos atestigua que la providencia de Dios conduce los acontecimientos del mundo con santidad y sabiduría y que por lo mismo merece toda adoración y amor en lo que dispone, por misericordia o por justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Si mirarnos la Iglesia de Dios a la luz de la fe y pensamos que Jesucristo es su Cabeza y que el Espíritu Santo la guía, veremos que es imposible que pueda alejarse de la verdad ni extraviarse en la mentira. Por tanto sus usos, ceremonias y funciones son santos; que lo que prohíbe y ordena en sus enseñanzas es muy verdadero y que debemos estar dispuestos a morir mil veces antes separarnos en lo más mínimo de las verdades que anuncia; que finalmente estamos obligados a reverenciar y honrar cuanto hay en ella como algo santo y sagrado.

Y si, con mirada de fe, nos examinamos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, descubriremos que por nuestras propias fuerzas no somos sino pecado y abominación y que las cosas del mundo son humo, vanidad e ilusión.

Por eso debemos mirarlo todo, no en la vanidad de nuestros sentidos, ni con los ojos de la carne y de la sangre, ni con la vista miope y engañosa de la razón humana, sino en la verdad de Dios y con los ojos de Jesucristo.

V. La fe debe guiar todas nuestras acciones

Así como debemos mirar todas las cosas a la luz de la fe

si queremos conocerlas de verdad también debemos realizar nuestras acciones guiados por esa luz, para actuar santamente. Porque así como Dios se conduce por su sabiduría divina, los ángeles por su inteligencia angélica, los hombres sin fe por la razón, los mundanos por sus máximas, los voluptuosos por sus sentidos, así los cristianos se conducen por la misma luz que guía a Cristo, su Cabeza, es decir, por la fe que es participación de la ciencia y luz de Jesucristo.

Esforcémonos, pues, por adquirir, por todos los medios, en ciencia divina para guiarnos únicamente por ella. Con este fin, al comenzar nuestras acciones, sobre todo ¡m más importantes, postrémonos ante el Hijo de Dios, adorémoslo como al que inicia y perfecciona nuestra fe y como a la luz verdadera que ilumina a todo hombre.

Por nuestra naturaleza somos tinieblas: las luces de la razón, de la ciencia y de la experiencia son, a menudo, sombras e ilusiones. Por eso debemos renunciar a la sabiduría mundana y rogar a Jesús que la destruya en nosotros. Que nos ilumine con su luz celestial, nos guíe con su sabiduría para conocer su voluntad. y nos fortalezca para adherimos a sus palabras y promesas. Así cerraremos los oídos a todas las consideraciones humanas y preferiremos con valentía las verdades de la fe, que conocemos por su Evangelio y por su Iglesia, a los discursos mundanos de los hombres

Con este fin es muy provechoso que leas todos los días, de rodillas, un capítulo de la vida de Jesús, o sea del Nuevo Testamento, para comprobar, meditando sus acciones, virtudes y palabras, qué criterios lo guiaron y deben guiarte a ti también. Porque la sabiduría cristiana consiste en renunciar a la sabiduría mundana y en invocar el espíritu de Jesucristo para que nos ilumine, guíe y gobierne con las verdades que nos anunció y las virtudes que practicó. En eso consiste la vida según el espíritu de la fe.

VI. El odio al pecado, segundo fundamento de la vida cristiano

Si estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús, es natural que nos revistamos de sus sentimientos, como enseña su apóstol: *Tengan en ustedes los sentimientos de Cristo Jesús* (Fp 2,5).

Pues bien, Jesús tuvo dos sentimientos diametralmente opuestos: un amor infinito hacia su Padre y hacia nosotros, y un odio extremo al pecado, que se opone a la gloria de su Padre y a nuestra salvación.

Jesús ama de tal manera a su Padre y a nosotros que ejecutó acciones de trascendencia infinita, soportó tormentos en extremo dolorosos y sacrificó su preciosa vida para dar gloria a su Padre y por nuestro amor. Y abomina de tal manera el pecado que bajó del cielo a la tierra, se anonadó a sí mismo, tomó la condición de esclavo, llevó durante treinta y cuatro años una vida de trabajos, desprecios y sufrimientos, derramó hasta la última gota de su sangre, padeció la muerte más cruel e ignominiosa. Todo eso por el odio que tiene al pecado y por el deseo inmenso de destruirlo en nosotros.

Pues bien, es deber nuestro continuar esos mismos sentimientos de Jesús hacia su Padre y hacia el pecado y proseguir su lucha contra el mal. Porque, así como estamos obligados a amar a Dios soberanamente y con todas nuestras fuerzas, así debemos odiar el pecado con todas nuestras potencias.

Para ello debes considerar el pecado no con mirada humana y con ojos carnales y ciegos, sino con la mirada de Dios, con ojos iluminados por su luz divina, en una palabra, con los ojos de la fe. Con esa luz y esos ojos descubrirás que el pecado es infinitamente opuesto a Dios y a sus perfecciones y privación del bien infinito. Por eso lleva en sí, en cierta manera, una malicia, locura, maldad y honor tan

grandes como es Dios infinito en bondad, sabiduría, hermosura y santidad³. Por lo mismo debemos odiarlo y perseguirlo con el mismo ahínco con que buscamos y amamos a Dios. Con su luz verás que el pecado es algo tan horrible que sólo puede borrarlo la sangre de un Dios; tan abominable que sólo puede aniquilarlo el anonadamiento del Hijo único de Dios, tan execrable a los ojos divinos por la ofensa infinita que le irroga, que sólo pueden repararlo los trabajos, sufrimientos, agonía, muerte y méritos infinitos de un Dios.

Verás que el pecado es un cruel y horrendo homicida y deicida. Porque es la causa única de la muerte del cuerpo y del alma del hombre y porque pecado y pecador han hecho morir a Jesucristo en la cruz y lo siguen crucificando todos los días. Finalmente destruye la naturaleza, la gracia, la gloria y todas las cosas por haber destruido, en lo que de él dependía, al autor de todas ellas.

Es tan detestable el pecado a los ojos de Dios que cuando el ángel, que es la primera y más noble de sus criaturas, cometió un solo pecado instantánea de pensamiento, fue precipitado desde lo más alto del ciclo a los más profundos infiernos, sin oportunidad de penitencia, pues era indigno y hasta incapaz de ella⁴. Y cuando Dios encuentra a un hombre. en la hora de la muerte, en pecado mortal, a pesar de que es todo bondad y amor y que desea ardientemente salvarlos a todos, hasta derramar su sangre entregar su vida con ese fin, se ve obligado, por su justicia, a proferir una sentencia de condenación. Y lo que es más sorprendente todavía. el Padre eterno, al ver a su Hijo único y santísimo cargado con pecados ajenos, *no lo perdonó sino que lo entregó por nosotros a la cruz y a la muerte* (Ro 8, 32) demostrando así cuán execrable y abominable es el pecado a sus ojos.

³ S. Th. III, 1,2 ad 2.

⁴ S. Th. I, I, 64, 2

El pecado está tan lleno de malicia que cambia a los siervos de Dios en esclavos del demonio, a los hijos de Dios en hijos del diablo, a los miembros de Cristo en miembros de Satanás, y a los que son dioses por gracia y participación, en demonios por gracia e imitación, como lo indica la Verdad misma cuando refiriéndose a un pecador dice: *uno de vosotros es un diablo* (Jn 6, 71).

Finalmente caerás en cuenta de que el pecado es el peor de los males y la mayor de las desgracias que llenan la tierra y colman el infierno pues es la fuente de todos ellos. Más aún, es el único mal, más pavoroso que la muerte, que el diablo y que el infierno porque lo horrendo que ellos tienen proviene del pecado.

¡Oh pecado, qué detestable eres! ¡Ojalá los hombres te conocieran! Porque hay en ti algo infinitamente más horrible de lo que se puede pensar y decir porque el hombre que tú mancillas no puede purificarse sino con la sangre de un Dios, y a ti sólo puede destruirte la muerte y el anonadamiento de un Hombre-Dios. No me asombro, gran Dios, de que así odies ese monstruo infernal y que lo castigues con tal rigor. Que se asombren los que no te conocen y no miden la injuria que se te hace con el pecado. De verdad que no más Dios si no odiaras infinitamente la iniquidad. Porque así como sientes la dichosa necesidad de amarte a ti mismo con amor infinito, también sientes la necesidad de odiar infinitamente lo que en cierta manera se opone a ti infinitamente.

Tú, cristiano, que lees estas cosas que se apoyan en la verdad eterna. si aún te queda una chispa de amor y de celo por el Dios que adoras, ten horror por lo que él abomina. Huye del pecado más que de la peste, de la muerte y de todos los males imaginables. Conserva siempre en ti el vigoroso propósito de sufrir mil muertes antes que de verte separado de Dios con un pecado mortal.

Y para que Dios te guarde de esa desgracia evita también cuidadosamente el pecado venial Porque nuestro

Señor derramó su sangre y entregó su vida para borrar tanto el pecado venial como el mortal. Además, el que no se duele de las faltas veniales caerá pronto en pecados graves.

Si no tienes estos propósitos, ruega a nuestro Señor que los imprima en ti. Porque si no estás en disposición de sufrir toda suerte de desprecios y tormentos antes que cometer un pecado, no serás de verdad cristiano. Si, por desgracia, cometes una falta, esfuérzate por levantarte cuanto antes mediante la contrición y la confesión para regresar a tus anteriores disposiciones.

VII. EL desprendimiento del mundo. Tercer fundamento de la vida cristiana.

Como cristiano, además de odiar toda clase de pecado, debes desprenderte en forma total del mundo y de lo que le pertenece. Llamo mundo la vida corrompida y desordenada que en 61se lleva, el espíritu reprobable que en él reina, los sentimientos e inclinaciones perversas que lo inspiran, las leyes máximas que lo gobiernan.

Llamo cosas del mundo todo lo que el mundo estima, ama y codicia; los honores y alabanzas de los hombres, los placeres vanos. las riquezas y comodidades temporales, las amistades y afectos fundados en la carne y en la sangre, en el amor propio y en el propio interés.

Repasa la vida de nuestro Señor Jesucristo y descubrirás que vivió en desasimiento perfecto. Si aceptas la palabra de su Evangelio, aprenderás que *quien no renuncia a todas las cosas, no puede ser su discípulo* (Lc 14, 33). Por eso, si deseas ser cristiano de verdad y discípulo de Jesucristo y continuar y expresar con tu vida su vida santa y desprendida de todo, es indispensable que te desprendas en forma absoluta y universal, del mundo y de las cosas del mundo.

Recuerda a menudo que el mundo ha sido y será

siempre contrario a Jesús, que siempre le ha perseguido y crucificado y que así lo haré hasta el fin de los siglos. Los sentimientos e inclinaciones, las leyes y máximas y el espíritu del mundo son de tal manera opuestos a los de Jesucristo que no pueden subsistir juntos. Porque mientras los de Jesús sólo tienden a la gloria de su Padre y a nuestra santificación, los del mundo sólo tienden al pecado y a la perdición.

Las leyes y máximas de Jesús son llevaderas, santas y razonables; las del mundo diabólicas, tiránicas e insoportables

La vida de Jesús es santa y hermosea con toda clase de virtudes: la del mundo es depravada, desordenada y repleta de vicios.

El espíritu de Jesús es espíritu de luz, verdad, piedad, amor, confianza, celo, reverencia para con Dios y los intereses de Dios. El espíritu del mundo es de error, incredulidad, tinieblas, ceguera, desconfianza, murmuración, irreverencia o insensibilidad para con Dios y sus intereses.

El espíritu de Jesús es de humildad, modestia, mortificación abnegación, constancia y firmeza. El espíritu del mundo es de orgullo, presunción, egoísmo, ligereza e inconstancia.

El espíritu de Jesús es de misericordia, caridad, paciencia, dulzura y solidaridad con el prójimo; el espíritu del mundo es de venganza, envidia, impaciencia, ira, maledicencia y división.

Finalmente, el Espíritu de Jesús es el Espíritu de Dios, Espíritu santo y divino, rico en dones, virtudes y bendiciones; espíritu de paz que sólo busca los intereses de Dios y de su gloria. Por el contrario, el espíritu del mundo es el espíritu de Satanás, príncipe de este mundo: espíritu terrestre, carnal y animal, de turbación, inquietud y tempestad que sólo busca sus intereses, satisfacciones y comodidades.

Por eso, si deseas ser de verdad cristiano y pertenecer del todo a Jesucristo, vivir de su vida y dejarte animar por su

espíritu y guiarte por sus leyes, debes renunciar pan siempre al mundo. No pretendo decir que te encierres dentro de cuatro paredes, si Dios a ello no te llama, sino que vivas en el mundo sin pertenecerle; que des testimonio, público, generoso y perseverante de que no llevas una vida mundana ni te dejas conducir por el espíritu y las leyes del mundo. Que te muestres santamente orgulloso de ser cristiano, de pertenecer a Jesucristo y de preferir las verdades de su Evangelio a las falsedades con que el mundo alecciona a sus seguidores. Que tengas al menos tanto valor para alejarte de los criterios e inclinaciones del mundo y para despreciar su vana palabrería y engañosas opiniones como él tiene de temeridad y de impiedad para despreciar las máximas cristianas y perseguir a quienes las siguen. Porque en ello consiste el verdadero temple y la generosidad cumplida. Lo que el mundo considera hombría y fortaleza de espíritu es cobardía y flaqueza de corazón.

En una palabra, desprenderse del mundo es renunciar a él y vivir en él como sin estar en él.

VIII. Continúa el tema del desprendimiento del mundo

Para que afiances en ti el desprendimiento del mundo no basta que trates de separarte de él, sino que, como Jesucristo, sientas el horror por él. Jesucristo no sólo nos exhorta por medio de su discípulo amado, a *que no amemos el mundo ni las cosas del mundo* (1 Jn 2, 15), sino que nos declara por el apóstol Santiago, que *la amistad del mundo es su enemiga* (Sant 4, 4), es decir, que considera como enemigo a quienes aman el mundo. Él nos asegura personalmente *que su reino no es de este mundo* (Jn 18, 36), como *tampoco él es del mundo y que aquellos que su Padre le ha dado no son del mundo, así como él tampoco lo es* (Jn 17, 12-16).

Y lo que es más terrible, es que proclama en alta voz

que *no ora por el mundo* (3Jn 17, 9). Lo dijo el mismo día en que dio muestra de los mayores excesos de su bondad, en la víspera de su muerte, cuando estaba listo a derramar su sangre y a entregar su vida por la salvación de los hombres. Así fulmina un anatema, maldición y excomunión contra el mundo y lo declara indigno de sus plegarias y de su misericordia.

Finalmente, nos asegura que el juicio del mundo es asunto concluido y que *el príncipe de este mundo ya está juzgado* (Jn 12, 31). Y, de hecho, apenas el mundo se corrompió por el pecado, la justicia divina lo juzgó y condenó a ser consumido por el fuego. Y aunque se difiera el cumplimiento de la sentencia, de todos modos, se ejecutará en la consumación de los siglos. Por eso Jesucristo lo mira como el objeto de su odio y maldición.

Comparte, pues, estos sentimientos de Jesús frente al mundo y las cosas del mundo. Míralo como lo mira Jesús. Mirarlo como algo que él te prohíbe amar si no quieres perder su amistad, y que por estar excomulgado y maldecido por él no te es lícito frecuentar sin participar de su maldición.

Mira las cosas que el mundo aprecia y ama de preferencia: los placeres, honores, riquezas, amistades, apegos mundanos y cosas semejantes, como algo efímero, conforme al oráculo divino: *el mundo pasa con sus codicias* (1 Jn 2, 17); que sólo son humo, ilusión, vanidad y atrapar vientos. Lee y medita a menudo Y para disponerte a ello, destina diariamente unos momentos; para adorar a Jesucristo en su perfecto desprendimiento del mundo: suplícale que te desprenda totalmente de él y que imprima en tu corazón odio, horror, abominación por las cosas del mundo. Ten cuidado de no enredarte en las visitas y tratos inútiles que se estilan en el mundo: aparte de ellos cueste lo que cueste y huye, más que de la peste, de los sitios, personas y compañías en donde sólo se habla del mundo y de temas mundanas. Porque como allí se habla de cosas con deleite y apego es fácil que dejen

huella funesta en tu espíritu. Y así acabarás perdiendo el tiempo, disipándote tristemente y atrapando el viento. Sólo ganarás pesadumbre, enfriamiento en la piedad, alejamiento de Dios y mil faltas que allí cometerás. Mientras busques y gustes las conversaciones del mundo, Aquél que encuentra sus delicias en estar con los hijos de los hombres, no las encontrará en ti y no te hará gustar las dulzuras que él comunica a quienes se deleitan en conversar con él. Huye, pues, del mundo, te lo repito, y abomina de su vida, de su espíritu, de sus máximas. En cuanto de ti dependa no trabes amistad ni tengas comunicación sino con las personas a quienes puedes ayudar o que te puedan ayudar a ti, con su ejemplo y su palabra, a amar a nuestro amabilísimo Jesús, a vivir en su espíritu y a detestar cuanto le es contrario.

IX. El desprendimiento de sí mismo.

Pero no basta renunciar al mundo, por importante que ello sea, Para lograr el desprendimiento perfecto que es uno de los primeros fundamentos de la vida cristiana. Nuestro Señor dice clamorosamente que *el que quiera seguirlo renuncie a sí mismo y vaya en pos de él* (Mt 16, 24). Si queremos, pues, formar parte del séquito de Jesús y pertenecerle, tenemos que renunciar a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, criterio, voluntad, deseos e inclinaciones y a nuestro amor propio. Este nos inclina a evitar lo que nos lacera y mortifica en el cuerpo o en el espíritu y a buscar lo que nos da placer o deleite.

Dos razones nos obligan a esa abnegación y renuncia de nosotros mismos.

1. Porque todo lo que es exclusivamente nuestro se halla tan desordenado y depravado como consecuencia del pecado, que es contrario a Dios, entra en sus designios y se opone a su amor y a su gloria. Por eso si queremos ser de Dios

tenemos que renunciar a nosotros mismos, olvidarnos, perdernos y anonadarnos.

2. Porque nuestro Señor Jesucristo, nuestra cabeza y nuestro modelo, en quien todo era santo y divino, vivió en tal desprendimiento de sí mismo, anonadó de tal manera su espíritu humano y su propia voluntad, y el amor de sí mismo, que todo lo hizo únicamente bajo la dirección del espíritu de su Padre; nunca siguió su propia voluntad sino la de su Padre, y se comportó consigo mismo como si en lugar de amarse se hubiera odiado: porque se privó en este mundo de una gloria y felicidad infinitas, de todos los deleites y satisfacciones humanas y sólo buscó y aceptó los sufrimientos del cuerpo y del alma.

Por eso, si somos de verdad miembros suyos, debemos revestir sus sentimientos y disposiciones y resolvemos a vivir en adelante en total separación, olvido y odio de nosotros mismos.

Para ello adorarás a menudo a Jesús en su desprendimiento de sí mismo y te entregarás y unirás a él plenamente para que te conduzca en todo conforme a su espíritu, su voluntad y su puro amor.

Al comenzar tus acciones levantarás tu corazón hacia él diciéndole: Oh Jesús, renuncio resueltamente a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi propia voluntad y a mi amor propio, y me entrego por entero a ti, a tu santo espíritu y a tu divino amor; sácame fuera de mí mismo y guíame en esta acción según tu santa voluntad.

Cuando se presenten opiniones contrastadas, como es de común ocurrencia, aun cuando creas tener la razón y la verdad de tu parte, renuncia gustosa a tu criterio personal en favor del parecer ajeno con tal que no sufra mengua la gloria de Dios.

Si sientes deseos o inclinaciones hacia algo, sacrifícalo a los pies de Jesús, declarándolo que no quieres tener deseos e inclinaciones distintos a los suyos.

Cuando notes que sientes ternura o afecto sensible hacia alguna cosa, vuélvete a Jesús y dile: Amado Jesús, te entrego mi corazón y mis afectos. Tú eres el único objeto de mis amores. Que nada ame sino en ti y para ti.

Cuando recibas elogios, trasládalos al único que merece todo honor “Gloria mía, no quiero otra gloria que la tuya: porque sólo a ti se debe el honor, la alabanza y la gloria. Yo sólo merezco desprecio y humillación”.

Cuando se te presenten ocasiones de mortificar el cuerpo o el espíritu o de privarte de algún placer (como sucede a menudo), acéptalas gustoso por amor a nuestro Señor y agradécele porque te da la oportunidad de mortificar tu amor propio y de honrar las mortificaciones y privaciones de su vida terrena.

Cuando sientas alegrías o consuelos, piensa en aquél que es la fuente de todo consuelo y dile. Oh Jesús, no quiero otro contento que no sea el tuyo. Ya es suficiente alegría para mí saber que eres Dios y por lo mismo mi Dios. Oh Jesús, que seas siempre Jesús, el glorioso, el inmenso, el dichoso y estaré siempre contento. No permitas que encuentre felicidad en cosa alguna del mundo sino sólo en ti para poder repetir con la santa reina Ester. *Tu bien sabes, Señor Dios... que tu sierva sólo se ha deleitado en ti* (14, 17).

X. El perfecto desprendimiento cristiano

Para lograr la abnegación perfecta y el pleno desprendimiento cristiano no basta desasirse del mundo y de sí mismo. Tenemos que aspirar a desprendernos, por decirlo así, hasta de Dios.

Cuando Jesús aseguraba a sus apóstoles que les convenía que él se separa de ellos para ir al Padre y enviarles su Espíritu Santo, lo decía porque estaban apegados al consuelo sensible producido por su presencia y conversación visible de su sagrada humanidad, lo cual

obstaculizaba la venida de su Espíritu. Porque es necesario estar desligado de todas las cosas, aún las más santas y divinas, para que nos anime el espíritu de Jesús, que es el espíritu del cristianismo.

Por eso insisto en que debemos desprendemos en cierta manera hasta del mismo Dios. Es decir, de las dulzuras y consuelos que acompañan de ordinario su gracia y su amor de los piadosos propósitos en busca de su gloria; de nuestros deseos de mayor perfección y amor y aún del anhelo de abandonar la prisión de nuestro cuerpo para ver a Dios, para tener con él unidad perfecta y amarlo con pureza y continuidad. Porque cuando Dios nos hace experimentar las dulzuras de su bondad, en nuestros ejercicios de piedad, debemos evitar remansarnos en ellas. Nos humillaremos como indignos de todo consuelo y las devolveremos a él, listos a vernos privados de, ellas. Le reafirmaremos que deseamos servirlo y amarlo no por los consuelos que da, en este mundo o en el otro, a los que lo aman y lo sirven sino sólo por su amor y agrado.

Si hemos concebido un piadoso propósito o cuando realizamos alguna acción para gloria de Dios, aunque debemos esmerarnos por darles pleno cumplimiento, evitaremos apegarnos a ellos; y así, si por acaso nos vemos obligados a interrumpirlos o abandonarlos, no perderemos la paz y sosiego del espíritu; pensaremos que la voluntad o la anuencia de Dios todo lo conduce y son igualmente dignas de amor.

Y aunque debemos hacer lo posible por vencer nuestras pasiones e imperfecciones y por ejercitamos cumplidamente en toda suerte de virtudes, debemos hacerlo sin apremios ni apegos. Si creemos no poseer la virtud y el amor de Dios que anhelamos, permanezcamos en paz y sin inquietud; humillémonos por haberlos obstaculizado y amemos nuestra abyección. Contentémonos con lo que place a Dios concedernos y perseveremos en el deseo de progresar,

confiados en la bondad del Señor que nos dará las gracias para servirlo con la perfección que pide de nosotros.

Igualmente, por más que debamos vivir en la expectativa, el deseo y anhelo continuos M momento feliz que nos desligará enteramente de la tierra, M pecado y de la imperfección y nos unirá de manera perfecta con Dios y con su puro amor, y por más que debamos trabajar por realizar la obra de Dios en nosotros para que nos tome pronto con él, tal deseo debe ser sin apego y sin inquietud. De modo que si place a Dios que se demore la dulce visión de su faz divina hallemos nuestro contento en su santa voluntad, aunque esa privación se prolongara hasta el día del juicio.

Es esto lo que limo estar desprendidos de Dios, que es el desprendimiento perfecto del mundo, de sí mismos y de todas las cosas. Y es sobremanera placentero estar así libre y despegado de todo.

Lo cual se hace fácil cuando nos entregamos por entero, sin reservas, al Hijo de Dios y si nos apoyamos, no en nuestras capacidades y propósitos sino en su bondad inmensa y en el poder de su gracia y de su amor. Porque donde se encuentra ese amor divino todo se logra con extrema suavidad. Aunque tengamos que hacernos violencia y apurar amarguras y oscuridades, en los caminos del amor divino hay más mieles que hieles, más dulzura que aspereza.

¡Cuánta gloria recibes, Salvador mío, cuántas delicias experimentas y cuántas maravillas realizas en el alma que camina valerosamente por estas selvas, ¡que todo lo abandona y que se desprende en cierto modo hasta de ti mismo para darse más perfectamente a ti! A ella te unes con mayor fuerza, santamente la haces tuya y la sumerges en el abismo de tu amor. La transformas en ti mismo, le comunicas tus cualidades, tu espíritu y tu amor.

¡Cuántos deleites y dulzuras experimenta aquél que puede decir en verdad: heme aquí, Señor, libre y desprendido de todo ¿Ahora quién que podrá impedirme que

te ame plenamente? *atráeme en pos de ti* (Ct 1, 3): *mi amando es todo mío y yo soy todo para él* (Ct 2, 16); *todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío* (Jn 17, 10).

Deseemos fervientemente con santo desprendimiento; entreguémonos a Jesús para que emplee la fuerza de su gracia para romper nuestras ataduras y desprendemos totalmente del mundo, de nosotros mismos y de todas las cosas, a fin de que pueda realizar en nosotros, sin obstáculo alguno que desea para su gloria.

XI. La oración, cuarto fundamento de la vida cristiana

Señalamos el santo ejercicio de la oración entre los principales fundamentos de la vida y santidad cristiana, porque la vida de Jesucristo fue una oración constante y es deber nuestro continuada y expresarla.

La tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, el pan que nos alimenta, el corazón que palpita en nuestro pecho, no son tan necesarios para la vida humana como la oración para llevar una vida cristiana. Porque:

1. La vida cristiana, que el Hijo de Dios llama la vida eterna, consiste en conocer y amar a Dios (Jn 17, 3) y esta divina ciencia la adquirimos en la oración.
2. Por nosotros mismos nada somos ni podemos; somos pobreza y vacío. Debemos acudir a Dios a cada instante para recibir de él cuanto necesitamos.

La oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y nuestro corazón a Dios. Es dulce diálogo, santa comunicación, divina conversación del cristiano con su Dios. En la oración contemplamos a Dios en sus perfecciones, misterios y obras; lo adoramos, lo bendecimos, lo amamos y glorificamos; nos entregamos a él, nos humillamos por nuestros pecados e ingratitudes y pedimos su misericordia; tratamos de asemejarnos a él por la

contemplación de sus virtudes y perfecciones. Finalmente le pedimos lo necesario para amarlo y servirlo.

Orar es participar de la vida de los ángeles y de los santos, de la vida de Jesucristo, de su santa Madre y de la misma vida de las tres divinas personas. Porque la vida de Cristo y de los santos es un continuo ejercicio de oración y contemplación, de glorificación y de amor a Dios, de intercesión por nosotros, Y la vida de las tres divinas personas se halla perpetuamente ocupada en contemplarse, glorificarse y amarse mutuamente, que es lo fundamental en la oración.

La oración es la felicidad perfecta y el verdadero paraíso en la tierra. Gracias a ella el cristiano se une a su Dios, su centro, su fin y soberano bien. En la oración el cristiano posee a Dios y Dios se apodera de él. Por ella le tributamos nuestros homenajes, adoraciones y afectos y recibimos sus luces, sus bendiciones y las innumerables pruebas de su amor infinito. En ella, finalmente, Dios realiza su divina palabra: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31). En ella conocemos experimentalmente que la felicidad perfecta está en Dios, que miles de años de placeres mundanales no valen un momento de las verdaderas delicias que Dios da a gustar a quienes colocan su deleite en conversar con él mediante la oración.

Finalmente, la oración es la más digna, noble e importante ocupación, porque es la misma de los ángeles, de los santos, de la santa Virgen, de Jesucristo y de la santísima Trinidad durante la eternidad, y será nuestra ocupación perpetua en el ciclo. Es, además, la verdadera y propia ocupación del hombre y del cristiano, porque el hombre no ha sido creado sino para Dios, para entrar en comunión con él, y el cristiano está en la tierra para continuar en ella lo que Cristo hizo durante su vida mortal.

Por eso te exhorto y te encarezco, en nombre de Dios,

que no prives a Jesús de su gran deleite de estar y de conversar con nosotros mediante la oración, y que experimentes la y de aquel dicho del Espíritu Santo: No hay amargura en su compañía, ni cansancio en su convivencia, sino placer y alegría (Sb 8, 16).

Considera, pues, la oración como el principal, el más necesario, urgente e importante de tus quehaceres. Trata de desligarte de asuntos menos necesarios, para darle más tiempo a éste, especialmente en la mañana, en la noche y poco antes del almuerzo en una de las maneras que te voy a proponer.

XII. La oración mental

Hay muchas maneras de orar, entre las cuales señalaré cinco principales.

La primera es la llamada oración mental o interior: en ella el hombre se entretiene interiormente con Dios, sobre alguna de sus divinas perfecciones, o sobre algún misterio, virtud o palabra de] Hijo de Dios, o sobre alguna de sus obras en el orden de la gloria, de la gracia, de la naturaleza, en su santa Madre, en sus santos, en su Iglesia y en el mundo natural. Usa del entendimiento para considerar con atención suave y fuerte, las verdades que se encuentran en el tema escogido, capaces de llevamos al amor de Dios y al odio de nuestros pecados. Luego el corazón y la voluntad producen actos y afectos de adoración, de alabanza, de amor, de humildad, de contrición, de ofrenda y de propósito de huir del mal y de obrar el bien, y otros semejantes según las inspiraciones del espíritu de Dios.

No hay palabras para ponderar cuan unta, útil y llena de bendiciones es esta forma de oración. Por eso, si Dios te llama a ella y te da la gracia, debes darle gracias como de un don precioso. Si aún no te ha dado esa gracia, pídesela y pon de tu parte lo necesario para corresponder a ella y para

ejercitarte en ella. Dios te la enseñará mejor que todos los libros y maestros del mundo si te postras ante él con humildad, confianza y pureza de corazón.

XIII. La oración vocal

Esta se hace cuando hablamos oralmente a Dios, como cuando recitamos el Oficio Divino, el rosario, o cualquier otra oración vocal. Es casi tan útil como la anterior si el corazón y el espíritu acompañan a nuestra lengua cuando hablamos a Dios pues esta oración resulta al mismo tiempo mental y vocal. En cambio, si la recitas por rutina y sin atención, saldrás de la presencia de Dios más disipado, frío y cobarde en tu amor que antes de ella.

Por eso, fuera de tus oraciones de obligación te aconsejo que hagas más bien pocas y que te acostumbres a hacerlas bien, con mucha atención y aplicadas a Dios, manteniendo tu espíritu y tu corazón ocupados en santos pensamientos y afectos mientras habla tu lengua.

Acuérdate que debes continuar la oración de Jesucristo en la para ello entrégate a él y únete al amor, la humildad, pureza y santidad y a la atención perfecta con que él oraba. Suplícale que te comunique sus santas disposiciones e intenciones.

Puedes también ofrecer tu oración a Dios uniéndote a las oraciones que han hecho y harán continuamente en el cielo y en la tierra la santa Virgen, los ángeles, los santos de la tierra y del ciclo y con sus mismas disposiciones de amor, devoción y atención.

XIV. Tercera manera de orar: realizar las acciones con el espíritu de oración

La tercera forma de orar es realizar cristianamente tus

acciones, aún las más insignificantes. Las ofrecerás a nuestro Señor al comenzarlas y levantarás a menudo tu corazón hacia 61 en el curso de las mismas. Ejecutar así tus acciones es hacerlas en espíritu de oración, según el mandato del Señor que quiere que oremos siempre y sin cesar (Lc 18, 1). Se trata de un medio excelente y fácil de mantenerse en la presencia de Dios.

XV. Cuarta forma de orar: leer buenos libros

Pero debemos leerlos sin prisa, con tranquilidad y atención. Te detendrás en rumiar, pesar y saborear las verdades que más te impresionen para imprimirlas en tu espíritu y para que de ellas saques actos y afectos, como se dijo para la oración mental, a la cual, por lo demás, se asemeja en sus efectos. Por eso te recomiendo encarecidamente que no dejes pasar un solo día sin dedicar una media hora a leer un libro piadoso. Los más aconsejables son el Nuevo Testamento, *La Imitación de Cristo*, *la Vida de los Santos*; los libros de Granada en especial *Guía de pecadores* y el *Memorial de la vida cristiana*; los diversos libros de san Francisco de Sales, los del muy ilustre fundador del Oratorio de Francia, cardenal de Bérulle y el *Tesoro espiritual* del Padre Quarrel.

Al comenzar la lectura entrega tu espíritu y tu corazón a nuestro Señor y pídele la gracia de sacar el fruto que pide de ti para su gloria.

XVI. Quinta forma de oración: hablar y oír hablar de Dios

Es ejercicio útil y santo y muy propio para encender los corazones con el divino amor, hablar y dialogar familiarmente con los demás acerca de Dios y de sus intereses. En ello deberían los cristianos emplear una parte de su tiempo: ese debería ser tema habitual de sus conversaciones; en ella

deberían poner su alegría y su descanso. Así nos exhorta el príncipe de los apóstoles: *Si alguien habla que sean palabras de Dios* (1 Pe 4, 11).

Puesto que somos hijos de Dios debemos encontrar placer en hablar el lenguaje santo y divino de nuestro Padre. Si hemos sido creados para el cielo, debemos empezar desde la tierra a hablar el lenguaje celestial; debe ser deleitoso, para quien ama a Dios sobre todas las cosas, hablar y oír hablar de lo que más ama en el mundo. Cuánto agradan estas sagradas conversaciones a aquél que dijo: *Donde haya dos o tres reunidos en mi nombre, allí estaré en medio de ellos* (Mt 19,20). ¡Cuánto distan de los discursos ordinarios del mundo! ¡Qué manera tan santa de emplear el tiempo si se hacen con las disposiciones requeridas!

Para ello seguiremos el ejemplo y la norma que nos da san Pablo: *Hablamos como de parte de Dios, bajo su mirada, en Cristo* (2 Co 2, 17).

Debemos hablar como de parte de Dios, haciendo derivar desde el interior de Dios los pensamientos y palabras que vamos a proferir. Por eso, al comenzar nuestros diálogos espirituales nos entregaremos al Hijo de Dios para que él ponga en nuestro espíritu y en nuestros labios lo que digamos y así le podamos decir lo que él dijo a su Padre. Les *he dado las palabras que tú me diste* (Jn 17, 8).

Debemos hablar bajo la mirada de Dios, es decir, pensando en Dios que está presente en todas partes, con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a él para producir los frutos de lo que decimos o escucharnos y para hacer de ellos el uso que él desea de nosotros.

Finalmente, debemos hablar de Jesucristo: con sus disposiciones e intenciones, como hablaba en la tierra y como hablaría si estuviera en lugar nuestro; sus intenciones no tenían otro fin que el de dar gloria a su Padre y sus disposiciones eran de humildad, de mansedumbre y caridad

hacia los hombres de amor y aplicación a su Padre. Si obramos así nuestras conversaciones le agradarán sobremanera él estará en medio de nosotros, hallará en nosotros sus delicias y el tiempo empleado en dichos coloquios será un tiempo de oración.

XVII. Disposiciones y cualidades que deben acompañar la oración

San Pablo nos enseña que para realizar santamente nuestras acciones debemos hacerlas en nombre de Jesucristo. Y Cristo nos asegura que el Padre nos concederá cuanto le pidamos en su nombre. Por consiguiente, para orar santamente y para alcanzar de Dios lo que le pedimos es preciso orar en nombre de Jesucristo.

Pero, ¿qué significa orar en nombre de Jesucristo? Lo dije de paso, pero no me cansaré de repetirlo para imprimir en tu mente como verdad muy importante y te será útil en todos tus ejercicios. Es continuar la oración de Jesucristo en la tierra. Porque como miembros suyos que formamos su cuerpo, según enseña san Pablo, hacemos sus veces en la tierra y lo representamos; y por lo mismo debemos hacerlo todo en su nombre, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, como él mismo actuó cuando estaba en el mundo y como actuaría si estuviera en lugar nuestro. Como un embajador que ocupa el puesto y representa la persona del rey, debe actuar y hablar en su nombre, es decir, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, como actuaría y hablaría si estuviera presente. Repito, orar en nombre de Jesucristo es continuar la oración y la plegaria de Jesucristo, es decir, hacer oración en el espíritu de Jesucristo, con sus disposiciones e intenciones, como oró estando en la tierra, y como oraría si estuviera en nuestro lugar. Así deben orar los cristianos.

Por ello, cuando te dispongas a hacer oración, acuérdate de que vas a continuar la oración de Jesucristo, orando como oraría él, si estuviera en lugar tuyo, es decir, con las disposiciones con que ha orado y sigue orando en el cielo y en nuestros altares, donde se halla en constante ejercicio de oración a su Padre. Para este fin únete al amor, humildad, pureza y santidad y demás disposiciones con que él ora, entre las cuales quiero destacar cuatro principales con las que oró y con las cuales debemos orar si deseamos glorificar a Dios en nuestra oración y obtener de él lo que le pedimos.

XVIII. Primera disposición para orar

La primera disposición es presentarnos ante Dios con profunda humildad, reconociéndonos indignos de comparecer ante su faz, de mirarlo y de ser mirados y escuchados por él. Porque de nosotros mismo no podemos producir ni un buen pensamiento ni acto alguno que le agrade. Por eso debemos anonadarnos a sus plantas, damos a nuestro Señor Jesucristo y rogarle que él mismo nos aniquile para establecerse en nosotros. Así será él mismo quien ore por nosotros. Porque sólo él es digno de comparecer ante su Padre para glorificarlo y amarlo y obtener de él todo lo que le pida. Luego, sí pediremos confiadamente al Padre lo que le solicitemos en nombre de su Hijo, por sus méritos y para ese Hijo Jesús que está entre nosotros.

XIX. Segunda disposición para orar

La segunda disposición para orar es hacerlo con respetuosa y amorosa confianza de que alcanzaremos lo que le pidamos para la gloria de Dios y por nuestra salvación. Muchas veces recibiremos más y mejor de cuanto te pidamos porque no nos apoyamos en nuestros méritos, o en el poder de nuestra plegaria, sino que lo pedimos en nombre de

Jesucristo, por sus méritos e intercesión y para el mismo Jesucristo. Nos apoyamos únicamente en su bondad y sobre la verdad de sus palabras: *Pidan y se les dará. Todo lo que pidieren en mi nombre se les concederá; y, cualquier cosa que pidan en la oración, crean que lo obtendrán y lo recibirán* (Lc 11, 9; Jn 16, 23; Mc 11, 24).

Porque si Dios nos tratara según nuestros méritos, nos lanzaría en el abismo, lejos de su presencia. Cuando nos concede alguna gracia no es a nosotros, ni por nuestros ruegos sino a su Hijo Jesús y en virtud de su intercesión y de sus méritos.

XX. Tercera disposición para orar

La tercera disposición para hacer oración es la pureza de intención. Al comenzar a orar reafirmaremos a nuestro Señor que renunciamos a la curiosidad de espíritu y al amor propio y que realizamos esa acción no para nuestra satisfacción y deleite sino únicamente por su gloria y agrado. Porque es así como él se complace en tratar y conversar en nosotros. Y todo lo que le pidamos debemos hacerlo con este fin.

XXI. Cuarta disposición para orar

La cuarta disposición que debe acompañar la perfecta oración es la perseverancia.

Si deseas glorificar a Dios en la oración y alcanzar de su bondad lo que le pides, debes perseverar fielmente en ese divino ejercicio. Porque hay muchas cosas que le pedimos a Dios y que él no nos concede a la primera, segunda o tercera instancia. Quiere, en efecto, que le roguemos por largo tiempo y repetidas veces con el designio de mantenemos en la humildad y en el menosprecio de nosotros mismos y en la estima de sus gracias. El, en su amor, se complace, en

dejarnos por largo tiempo en una necesidad que nos obliga a acudir repetidamente a él y para que estemos a menudo con él y él en nosotros. Porque de verdad se complace en estar con nosotros.

Finalmente, como cima de toda santa disposición, cuando comiences tu oración entrega vigorosamente tu espíritu y tu corazón a Jesús y a su divino espíritu. Ruégale que ponga en tu espíritu los pensamientos y en tu corazón los sentimientos y afectos que él desea encontrar en ti. Abandónate a él por completo para que te dirija según su beneplácito en ese divino ejercicio. Confía en su inmensa bondad que cuanto le pidas lo alcanzaras si no en la forma que tú lo desees, ciertamente de una manera.

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Después de poner en ti los fundamentos de la vida cristiana, es necesario, si deseas vivir cristiana y santamente, o mejor, hacer vivir y reinar a Jesús en ti, que te ejercites cuidadosamente en la práctica de las virtudes que nuestro Señor Jesucristo practicó en el mundo.

Porque si debemos continuar y completar la vida santa de Jesús en la tierra, también debemos completar sus virtudes.

XXI Excelencia de las virtudes cristianas

Muchos estiman la virtud, la aman, la buscan y se esfuerzan por adquirirla. Pero son pocos los que poseen verdaderas y sólidas virtudes cristianas. Y una de las causas principales es que no se guían ni comportan, en la búsqueda de la virtud, según el espíritu del cristianismo, sino de los filósofos paganos y de los políticos. No se guían por el espíritu de Jesucristo y de la gracia que él nos adquirió con su sangre, sino por el de la naturaleza y de la razón humana.

¿Quieres conocer la diferencia entre esos dos espíritus en lo que concierne al ejercicio de las virtudes? Hay tres diferencias principales:

Los que buscan la virtud a la manera de los filósofos paganos y de los políticos:

1. La miran sólo con los ojos de la razón; la estiman excelente en sí misma y necesaria para hacer al hombre cabal, para diferenciarlo de los brutos que sólo se guían por los sentidos, y así desean adquirirla por consideraciones más humanas que cristianas.

2. Están persuadidos de que podrán adquirir la virtud por su propio esfuerzo, cuidados y vigilancia, con motivaciones, propósitos y prácticas. Pero se equivocan sobremanera porque no caen en la cuenta de que es imposible, sin la gracia divina, realizar el más mínimo acto de virtud cristiana.

3. Aman la virtud y se esmeran por adquirirla, no tanto por Dios y por su gloria sino para sí mismos, para su propio mérito, interés y satisfacción, y para hacerse más cumplidos y excelentes. Esa es la manera como los paganos y políticos desean la virtud, que por ser algo noble y excelente quisieran poseerla, no para agradar a Dios sino por orgullo y propia estima.

Por el contrario, los que, en el ejercicio de la virtud, se guían por el espíritu y la gracia de Jesucristo:

1. No la miran solamente en sí misma sino en su principio, en su fuente, es decir, en Jesucristo, fuente de toda gracia: en él se encuentra toda virtud en grado eminente, soberano e infinito; y como todo lo que se halla en él es santo, divino y adorable, también la virtud está santificada y deificada en él. Por eso, si consideramos la virtud en Jesucristo, nos sentiremos Nevados a apreciarla, amarla y buscarla de manera infinitamente más poderosa que si sólo la miráramos en su intrínseca excelencia o por el aprecio que le tienen el espíritu y la razón humana.

2. Los que se guían por el espíritu del cristianismo saben perfectamente que no pueden realizar por sí mismos el más mínimo acto de virtud. Que si Dios se retirara de ellos caerían en el abismo de toda clase de vicios, y que la virtud, por ser obra exclusiva de la misericordia de Dios, hay que pedirla con confianza y perseverancia, y al mismo tiempo aportar toda la vigilancia, y el esfuerzo para ejercitarse en ella. Sin embargo no se apoyan en sus prácticas, deseos ni propósitos: todo lo esperan únicamente de la bondad de Dios. No se inquietan cuando no descubren en sí mismos las virtudes que anhelan, sino que se mantienen tranquilos y humildes ante Dios, reconociendo que son ellos los culpables e infieles. Porque si Dios los tratara como lo merecen, no sólo nada les concedería de sus peticiones, sino que les retiraría las gracias ya concedidas y que ya les concede gran beneficio al no rechazarlos y abandonarlos por completo. Esto enciende en ellos; un fuego nuevo de amor y renovada confianza en la bondad divina y un deseo ardiente de emplear todos los medios para alcanzar las virtudes con el fin de servirlo y darle gloria.

3. Desean la virtud y se esmeran por hacer a menudo actos interiores y exteriores de amor a Dios y de caridad hacia el prójimo, de paciencia, obediencia, humildad, mortificación y demás virtudes cristianas, no para ellos mismos, para sus intereses, satisfacciones y recompensa sino únicamente para agradar a Dios, asemejarse a su Cabeza Jesucristo, para darle gloria y continuar el ejercicio de las virtudes que él practicó en la tierra. Porque en eso precisamente consiste la virtud cristiana.

Por todo esto puedes deducir cuánto aventajan en santidad y excelencia las virtudes cristianas a las virtudes que llaman morales, que son las de los paganos y falsos católicos. Estas son sólo virtudes humanas y naturales, virtudes de ficción y de apariencia, sin fondo ni firmeza, pues se apoyan sólo en la fragilidad del espíritu y de la razón

humana, sobre la arena movediza del amor propio y de la vanidad. En cambio las virtudes cristianas son sólidas y genuinas, divinas y sobrenaturales. En una palabra, son las mismas virtudes de Jesucristo que debemos revestir y que él comunica a quienes se adhieren a él y a quienes las pidan con humildad y confianza, tratando de practicarlas como él.

XXIII. Cómo ejercitar las virtudes cristianas y reparar nuestras fallas

De lo dicho ya puedes deducir la santidad con que debemos ejercitar las virtudes cristianas, puesto que debemos actuar como Jesucristo. Por eso si deseas adelantar en una virtud:

1. Adórala en nuestro Señor Jesucristo y piensa cómo sobresalió en ella y con qué perfección la ejercitó en toda su vida.
2. Humíllate ante él al verte tan lejos de esa perfección. Pídele perdón por tus faltas contra ella. Reconoce que de ti mismo no tienes fuerza para realizar el más mínimo acto de virtud y que no mereces recibir la gracia para ello. Ruégale, sin embargo, que, por su inmensa misericordia, te la otorgue, para ejercitar esa virtud en las ocasiones que se presenten.
3. Entrégate a menudo a Jesús con ferviente deseo de practicar esa virtud con la perfección que él exige de ti. Ruégale que destruya en ti todo lo que es contrario y que la imprima y establezca en ti, únicamente para su gloria.
4. Esmérate por practicar actualmente esa virtud, con actos interiores y señales externas, uniéndote a las disposiciones o intenciones que tuvo Jesucristo al ejercitar dichas virtudes.
5. Si cometes alguna falta contra esa virtud no te turbes ni te desalientes: humíllate ante Dios, pídele perdón y ofrécele en satisfacción el honor que su Hijo amadísimo y su santa Madre le tributaron con esa virtud.

Entrégate una vez más a Jesús con renovado deseo de serle fiel en adelante en la práctica de dicha virtud, y suplícale por su gran misericordia que repare tu falta y te dé nueva gracia para practicarla mejor cuando se presente la ocasión.

XXIV. Aplicación de lo anterior a la mansedumbre y humildad de corazón

Para facilitar el ejercicio anterior a toda clase de personas, quiero aplicarlo a una virtud particular, lo que podrás extender a cada una de las demás virtudes.

Tomemos como ejemplo, la mansedumbre y humildad de corazón, tan recomendadas por el mansísimo y humildísimo Jesús.

Destina cada día unos instantes para postrarte a los pies de Jesús y hacer tuyos los sentimientos, e inclinaciones contenidos en la siguiente elevación:

Adoro en ti, oh Jesús, tu adorable mansedumbre y humildad. Te adoro y glorifico en los actos interiores y exteriores con que la practicaste. ¡Oh, cómo eres de admirable en estas dos virtudes como en todas las demás! Al considerar tu comportamiento sobre la tierra, te veo en un continuo ejercicio de mansedumbre y de humildad, en tus pensamientos, palabras, obras y sufrimientos. Con ellas has dado gloria inmensa a tu Padre y por ellas él te ha exaltado soberanamente en recompensa por haberte humillado por su gloria y por amor a nosotros. Bendito sea este Padre divino, y también tú, Señor Jesús. Tú lo has glorificado con tus humillaciones y los has honrado por la práctica de tu bondad y humildad.

Tú eres, oh Jesús, mi Cabeza y yo uno de tus miembros. Eres mi padre y yo uno de tus hijos. Tú eres mi maestro y yo tu discípulo. Lo cual me obliga a imitarte y a asemejarme a ti en estas cosas y en las demás virtudes. Reconozco, sin

embargo, que estoy lleno de orgullo, de vanidad, de aspereza y de impaciencia y que he multiplicado mis faltas con pensamientos, palabras y obras contra la mansedumbre y humildad.

Te pido perdón, Salvador mío y quiero imitarte en esas virtudes. Y como, por mí mismo, no puedo producir el más mínimo acto de mansedumbre y humildad y ni siquiera merezco tu gracia, la imploro de tu inmensa misericordia.

Te adoro, Jesús, en el momento en que pronuncias aquellas palabras: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso* (Mt 11, 29). Adoro los pensamientos, los designios y el amor que entonces tuviste hacia mí pues al decirlas pensabas en mí especialmente y lo decías con gran amor hacia mí y tenían un designio especial sobre mí. Me entrego a ti para cumplir tu designio y para producir el fruto de esas palabras. No permitas que te ponga impedimento. Destruye lo que en mí es contrario a la mansedumbre y humildad. Implanta y glorifica en mí tu mansedumbre y humildad por el amor de ti mismo.

Si se presenta la ocasión de ejercitar la mansedumbre y humildad, levanta tu corazón hacia Jesús y dile:

Me entrego a ti, oh Jesús, para honrar y ejercitar ahora tu mansedumbre, paciencia y humildad, uniéndome a tus divinas disposiciones e intenciones.

Si cometes alguna falta contra esas virtudes, esfuérzate por repararla cuanto antes, postrándote a los pies de Jesús misericordioso, y dile; te pido perdón de todo corazón, por haber ofendido a tu divina Majestad. Padre de Jesús, te ofrezco el honor que tu Hijo amadísimo y su santa Madre te han tributado con su mansedumbre y humildad, en satisfacción de mis faltas de orgullo y de impaciencia. Me entrego a ti con renovado deseo de ser más manso y humilde en adelante; aniquila mi soberbia e impaciencia y dame la gracia de ser fiel en practicar esas virtudes cuando se presente la ocasión, por tu gloria y contentamiento.

Estas mismas prácticas podrías extenderlas a la caridad, la obediencia y demás y demás virtudes.

XXV. Dignidad, necesidad e importancia de la humildad cristiana

Si tienes verdadero propósito de vivir santamente, una de tus principales preocupaciones será afianzarte muy conscientemente en la humildad cristiana. No hay virtud más necesaria e importante. Es la que con mayor encarecimiento nos recomienda nuestro Señor, con aquellas palabras que debemos repasar a menudo con amor y respeto: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán su descanso* (Mt 11, 29).

San Pablo llama a esta virtud la más característica de Jesucristo. Es por consiguiente, la virtud propia del cristiano, sin la cual es imposible llegar a serlo. Ella es el fundamento de la vida y santidad cristianas, la guardiana de todas las demás gracias y virtudes. Ella nos trae toda clase de bendiciones, porque es en los humildes donde el inmenso y humilísimo Jesús encuentra su descanso y sus delicias, según su palabra: *En ese pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras* (Is 66. 2).

Es la humildad, acompañada del amor, la que hace santos y grandes santos. Si un alma es de verdad humilde, diré que es de verdad santa; si es muy humilde diré que es muy santa, adornada de toda clase de virtudes y que Dios recibe de ella gloria inmensa; que Jesús vive en ella, como su tesoro y paraíso; que será grande en el reino de Dios, conforme a la verdad eterna; *el que se humilla será enaltecido* (Mt 23, 12). Al contrario, un alma sin humildad carece de virtud, es un infierno, habitación de los demonios, abismo de todos los vicios.

En cierta manera se puede decir que la humildad es madre de Jesús, Porque gracias a ella la santa Virgen se hizo digna de llevarlo en su seno. De la misma manera ella nos hace dignos de formarlo en nosotros y de hacerlo vivir y reinar en nuestro corazón. Por eso con ahínco, debemos amarla, desearla y buscarla.

XXVI. La humildad de espíritu

Hay dos clases de humildad: la humildad de espíritu y la humildad de corazón: si ambas van estrechamente unidas se logra la perfección de la humildad cristiana. La humildad de espíritu es el conocimiento profundo de lo que realmente somos, no ante los ojos y el juicio engañoso de los hombres, ni de la vana presunción de nuestro espíritu, sino ante la mirada y el juicio de Dios. Para ello es preciso miramos, guiados por la fe, en la luz y la verdad de Dios, en la cual podamos comprobar:

1. Que, como hombres, somos polvo y corrupción; como criaturas salida de la nada, nada poseemos, nada podemos y nada somos.
2. Que, como hijos de Adán y pecadores, nacemos enemigos de Dios, incapaces de todo bien, sometidos al diablo, objetos de la abominación del cielo y de la tierra, incapaces de hacer algo bueno y de evitar el mal por nuestras solas fuerzas. Que nuestra única vía de salvación es renunciar a Adán y a cuanto heredamos de él, a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, y darnos a Jesucristo para asimilar su espíritu y su virtud.

Que es muy cierto lo que él nos dice, que no podemos liberarnos de la servidumbre del pecado si él no nos libra de él (Jn 8, 33-36); que sin él nada podemos hacer (Jn 15, 5), y que después de haber cumplido todo podemos y debemos decir con verdad que somos siervos inútiles (Lc 17, 10).

Igualmente san Pablo nos dice que por nosotros mismos somos incapaces de atribuirnos cosa alguna como propia y que toda nuestra capacidad viene de Dios (2 Co 3, 5); que no podemos testimoniar que Jesús es el Señor sino por virtud del Espíritu Santo (1 Co 12, 3). Lo que procede no solo de la nada de la criatura, que de sí misma es nada y nada puede, sino del sometimiento al pecado por haber nacido de Adán, que nos engendró pero dentro de su condenación, que nos dio la naturaleza y la vida pero dentro del poder y cautividad del pecado, como o estuvo él mismo después de su falta; que no nos engendró libres pues él mismo era esclavo; que no pudo darnos la gracia y la amistad de Dios que él había perdido. Por justo juicio de Dios llevamos todo ese yugo de iniquidad que la Escritura llama el reino de la muerte, (Ro 5, 14-17) que nos impide realizar las obras de libertad y de vida de los hijos de Dios, sólo obras de muerte y de esclavitud, privadas de la gracia de Dios, de su justicia y santidad. ¡Oh, qué nuestra indigencia e indignidad son grandes! Fue preciso que el Hijo de Dios nos adquiriera con su sangre hasta el más leve propósito de servir a Dios, incluso el poder presentarnos ante él. Pero no es todo.

Si nos miramos en la luz de Dios, veremos que, como hijos de Adán, no merecemos existir ni vivir, ni que la tierra nos sostenga, ni que Dios piense en nosotros y ni siquiera que ejerza en nosotros su justicia. Por eso el santo varón Job se extrañaba de que Dios se dignara abrir los ojos sobre nosotros y que se diera la pena de juzgamos: *¿En alguien así clavas los ojos y lo llevas a juicio contigo?* (Job 14, 3). Es inmensa favor que nos tolere en su presencia y permitir que la tierra nos sostenga, y si no fuera por milagro todas las criaturas buscarían nuestra ruina.

Porque el pecado, al apartarnos de la obediencia a Dios nos quitó todos nuestros derechos. Por causa suya no son nuestros, ni el ser, ni la vida, ni nuestro cuerpo y nuestra alma con todas sus facultades. El sol no nos debe su luz, ni los

astros sus influencias, ni la tierra su escabel, ni el aire la respiración, ni los demás elementos sus servicios, ni las plantas sus frutos, ni los animales sus servicios. Todas las criaturas nos deberían declarar la guerra y emplear todas sus fuerzas contra nosotros pues empleamos las nuestras contra Dios para vengar las ofensas que inferimos a su Creador; y que la venganza que al final de os tiempos todo el mundo ejercerá con los pecadores debería darse a diario contra nosotros cuando cometemos nuevas ofensas. En castigo de uno solo de nuestros pecados Dios podría con toda justicia despojarnos del ser, de la vida, y de todas las gracias temporales y espirituales que nos da y aplicarnos toda suerte de castigos.

Veremos igualmente que, de nosotros mismos, en cuanto pecadores, somos otros tantos demonios encarnados, Luciferes y Anticristos⁵, pues nada hay en nosotros que no sea contrario a Jesucristo. Que tenemos en nosotros el principio y la semilla de todos los pecados de la tierra y del infierno; el pecado original ha puesto en nosotros la raíz y la fuente de toda clase de pecados, según las palabras del Profeta-Rey: *mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre* (Sal 51, 7). De ahí que, si Dios no nos llevara siempre en los brazos de su misericordia, si no realizara permanente milagro de preservamos de caer en el pecado, nos precipitaríamos a cada instante en un abismo de iniquidades. Somos, finalmente, tan horribles que si pudiéramos vemos como Dios nos ve, no podríamos soportarnos.

Por eso leemos de una santa que pidió a Dios conocerse a sí misma y se vio tan horrible que empezó a gritar: *No tanto, Señor que voy a flaquear*, el Padre Maestro Ávila refiere haber conocido a alguien que le hizo a Dios idéntica súplica y se vio tan abominable que exclamó: Señor, te ruego por tu misericordia, que apartes ese espejo

⁵ Agustín, Trac in Joannem 3, 8

de mis *ojos*: ya no me interesa ver mi imagen.

Después de esto, ¿cómo podremos tener algún aprecio de nosotros mismos y pensar que algo somos o merecemos? ¿Cómo podremos amar la grandeza y buscar la vanidad y complacernos en la estima y alabanza de los hombres? ¡Qué extraño ver criaturas tan minúsculas y miserables como nosotros querer ensalzarse y llenarse de soberbia! Por eso el Espíritu Santo, en el Eclesiástico, nos advierte que siente odio y aversión por un pobre altanero (Sir 25, 2). Si el orgullo es insoportable en quienquiera se encuentre, cuánto más lo es en aquel en quien la pobreza obliga a ser muy humilde. Es, sin embargo, éste un vicio común a todos los hombres. Ellos, aunque aparenten ser algo a *los ojos* del mundo, llevan impresas las señales infamantes de su condición pecadora que debería mantenerlos en gran humillación ante Dios y ante todas las criaturas. El pecado nos hace viles e infames y sin embargo no queremos reconocer nuestra miseria. Somos como Satán, quien siendo por su pecado la más indigna de todas las criaturas es tan soberbio que se niega a aceptar su ignominia.

Por eso Dios detesta el orgullo y la vanidad. Él, que conoce nuestra bajeza e indignidad, no puede tolerar que algo tan bajo y tan indigno pretenda enaltecerse. Cuando él, la grandeza misma, se rebajó hasta la nada, no puede soportar que la nada pretenda encumbrarse.

Si quieres, por tanto, agradar a Dios y servirlo a satisfacción, esmérate por adquirir esa ciencia divina del conocimiento de ti mismo; afianza estas verdades en tu espíritu y repásalas a menudo ante Dios, rogando a nuestros Señor que las imprima profundamente en ti.

No olvides, sin embargo, que, como hijo de Dios y miembro de Jesucristo, cuanto te hallas en su gracia, tienes una vida nobilísima y sublime, y posees un tesoro infinitamente precioso. Y que, aunque la humildad de espíritu te obliga a reconocer lo que por ti mismo eres en Adán. no

debes olvidar lo que eres en Jesucristo y por Jesucristo, ni las gracias que Dios te ha hecho mediante su Hijo. Pensar de otra manera sería tener falsa humildad. Reconoce, cm sí, que todo lo bueno que hay en ti proviene de la sola misericordia de Dios, sin méritos de tu parte. He ahí en qué consiste la humildad de espíritu.

XXVII. La humildad de corazón

No basta la humildad de espíritu que nos da a conocer nuestra miseria e indignidad. Sin la humildad de corazón sería humildad diabólica porque los demonios que carecen de la humildad de corazón son también conscientes de su indignidad y maldición. Por eso nosotros debemos aprender de Jesús, nuestro maestro, a ser como él también humildes de corazón.

La humildad de corazón consiste en amar nuestra bajeza, en sentirse a gusto de ser pequeños y despreciables; en tratarnos nosotros mismos como tales; en alegrarnos de que nos traten como tales; en no justificarnos sino por motivos graves, en no quejarnos jamás de nadie. Porque si recordamos que llevamos dentro de nosotros mismos la fuente de todo mal, merecemos toda clase de reproches y malos tratos. Y eso por dos razones:

1. Porque merecemos toda clase de desprecios y humillaciones y que todas las criaturas nos persigan.
2. Porque debemos amar lo que el Hijo de Dios ha amado tanto y colocar nuestro centro y nuestro paraíso en las mismas cosas que él escogió para glorificar a su Padre, a saber, los desprecios y humillaciones.

La humildad de corazón consiste, además, en odiar toda grandeza y vanidad, conforme, a la sentencia del Hijo de Dios que te ruego grabes hondamente en tu espíritu: *Lo que es estimable para los hombres es abominable ante Dios* (Lc 16,15).

Cuando digo «toda grandeza» me refiero no solamente al desprecio de las grandezas temporales y de la vanidad que proviene de la estima y de las alabanzas humanas sino también, y mucho más, de la vanidad que pueden producir las cosas espirituales. Debemos rehuir lo que es vistoso y extraordinario a los ojos de los hombres, en los ejercicios de piedad, como visiones, éxtasis, revelaciones, el don de hacer milagros y cosas semejantes. No solamente no debemos desear ni pedir a Dios tales gracias extraordinarias, aunque el alma reconociera que Dios le ofrece alguna de esas gracias, debería retirarse al fondo de su nada y estimarse indigna de ellas, y pedirle en su lugar, otra gracia menos vistosa a los ojos humanos, más conforme con la vida escondida y despreciada que nuestro Señor llevó en la tierra. Porque, aunque es verdad que nuestro Señor, en el exceso de su bondad, nos concede con agrado sus gracias ordinarias y extraordinarias, también le agrada que por un sentimiento sincero de nuestra indignidad y por el deseo de asemejarnos a él en su humildad, rehuyamos todo cuanto es grande a los ojos humanos. Quien no se halla en esta disposición dará cabida a los muchos engaños e ilusiones del espíritu de vanidad.

Debes tener en cuenta, sin embargo, que hablo de cosas extraordinarias y no de las que son comunes y habituales en los servidores de Dios, como la comunión frecuente, postrarse ante Dios mañana y tarde para tributarle nuestros homenajes; acompañar por las calles al santísimo Sacramento cuando se le lleva a los enfermos; recitar el rosario, u arar, sea en la iglesia, en casa o de camino; servir y visitar a los pobres y prisioneros o hacer cualquier otra obra de piedad. Porque puede suceder que omitas tales acciones por cobardía, con pretexto de falsa humildad. Y si el respecto humano te hace ruborizar de servir a Dios debes vencerlo pensando que es gloria grande ser cristiano, y actuar como cristiano y servir y glorificar a Dios delante de los hombres y

frente al mundo. Si el miedo a la vanidad y la vana apariencia de humildad postiza quieren impedirte realizar esas acciones, declara a nuestro Señor que todo lo haces únicamente por su gloria y que por ser normal en los servidores de Dios no hay motivo de vanidad.

Es verdad que nuestro Señor Jesucristo nos enseña a ayudar, a dar limosna y a orar en secreto. Pero san Gregorio nos aclara que se trata de la intención y no de la acción⁶, es decir que el Señor no prohíbe que las hagamos en público, ya que nos dice en otra parte: *Que brille vuestra luz ante los hombres para que al ver vuestras buenas obras den gloria a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 16). Él quiere que nuestra intención se mantenga secreta y escondida y que realicemos nuestras acciones exteriores no para agradar a los hombres, o buscando vanos aplausos, sino para agradar a Dios procurar su gloria.

En una palabra, la perfecta humildad cristiana, la verdadera humildad de corazón que Nuestro Señor Jesucristo quiere que aprendamos de él consiste en ser humilde como Jesucristo lo fue en la tierra. Es decir: huir de toda ambición de grandeza o vanidad; amar el desprecio y la abyección; escoger siempre en todo lo que es más vil y humillante y estar en disposición de humillarnos hasta donde Jesucristo fue humillado en su encarnación, en su vida, en su pasión y su muerte.

En su encarnación se anonadado a sí mismo, tomando la forma de esclavo (Fp 2, 7). Quiso nacer en un establo, someterse a las necesidades y debilidades de la infancia y a otras mil humillaciones. En su pasión dijo de sí mismo: *Soy un gusano no un hombre, vergüenza de la gente y desprecio del pueblo* (Sal 22, 7). Llevó sobre sí la ira y el juicio de su Padre, cuya severidad le hace sudar sangre en tan gran cantidad que bañó el Jardín de Olivos; se sometió al poder

⁶ Homilía XI de los evangelios

de las tinieblas como él mismo lo afirma (Lc 22, 53), es decir, de los demonios, quienes, por medio de los judíos, de Pilato, de Herodes, le hicieron padecer todas las ignominias del mundo. Los soldados y Herodes lo *trataron* como si fuera un bribón. Lo azotaron y clavaron en la cruz como a un esclavo y un ladrón. Dios, que debía ser su refugio, lo abandonó y lo miré como si él solo hubiera cometido todos los crímenes del mundo. Y, finalmente, para usar el lenguaje de su apóstol, fue hecho anatema y maldición por nosotros (Ga 3, 13). Y para colmo de ese extraño y espantoso envilecimiento, la justicia de Dios lo hizo pecado por nosotros (2 Co 5, 21). Es decir que no solo cargó con la confusión y deshonra que merecen los pecadores, sino con las infamias del pecado mismo que es el estado más ignominioso que Dios reserva a sus peores enemigos. Cuánta humillación para un Dios, para el Hijo único de Dios, para el Señor del universo verse reducido a ese estado. ¿Será posible, Señor Jesús, que ames tanto al hombre hasta anonadarte en esa forma por su amor? ¿Cómo podrás envanecerte, oh hombre, cuando ves a tu Dios de tal manera humillado por el amor que te tiene? Deseo, Salvador mío, ser humillado, aniquilado contigo, comulgar con los sentimientos de tu profunda humildad y estar dispuesto a sufrir las confusiones y rebajamientos que se deben al pecador y al pecado mismo.

Precisamente la perfecta humildad cristiana consiste en estar dispuesto a querer ser tratado, no solo como lo merece un pecador sino también en llevar las ignominias y envilecimientos debidos al pecado ya que si Jesús, nuestra Cabeza, el Santo de los santos y la santidad misma, ha sufrido las ignominias debidas al pecador y al pecado, con mayor razón los que, por nosotros mismos, somos pecado y maldición.

Si grabamos profundamente estas verdades en nuestro espíritu, encontraremos perfectamente razonable gritar y repetir a menudo con santa Gertrudis: "Señor, uno de los

milagros más señalados en este mundo es permitir que la tierra me sostenga⁷

XXVIII. Práctica de la humildad cristiana.

No basta que conozcas, en forma vaga y superficial, que nada eres, que no tienes poder alguno de obrar el bien y de evitar el mal, que todo bien descende de lo alto, del Padre de las luces (Sant 1, 17), y que toda obra buena nos viene de Dios mediante su Hijo. Es preciso, además, afirmarte poderosamente en la convicción y en el vivo sentimiento de tu cautividad bajo la ley del pecado, de tu inutilidad, incapacidad e indignidad para servir a Dios, de tu insuficiencia para cualquier bien y de la urgente necesidad que tienes de Jesucristo y de su gracia.

Por eso debes llamar a gritos constantemente a tu libertador y acudir, en todo momento a su gracia, apoyándote únicamente en su poder y su misericordia.

Dios permite a veces que luchemos largo tiempo para vencer alguna pasión y para adquirir alguna virtud y que no adelantemos gran cosa en nuestros propósitos, para que reconozcamos, por experiencia, lo que somos y podemos por nosotros mismos y para obligarnos a buscar en nuestro Señor Jesucristo la fuerza para servir a Dios. Dios sólo quiso enviar a su Hijo al mundo después de que el mundo experimentó que no podía observar su ley, ni librarse del pecado y que necesitaba un espíritu y una fuerza nueva para resistir al mal y obrar el bien. Así nos mostraba su voluntad de que debíamos reconocer nuestra miseria para recibir su gracia. En consecuencia, debes reconocer cada día tu miseria, tal como Dios la conoce, y renunciar a Adán y a ti mismo, porque ambos han pecado e hipotecado tu naturaleza al diablo y al

⁷ J. de Avila, Cartas espirituales, I, 33; Leg. Div. Pieratis lib. I cap XI

mal. Renuncia, pues, por completo a tu espíritu, a toda fuerza y capacidad que creas poseer. Porque el poder que Adán ha dejado en la naturaleza del hombre es solo impotencia; y creer que lo poseemos es mera ilusión y falsa opinión de nosotros mismos. Sólo tendremos verdadero poder y libertad para el bien cuando nos renunciemos y salgamos de nosotros mismos y de todo lo nuestro para vivir en el espíritu y el poder de Jesucristo.

Después de renunciar de esa manera, adora a Jesucristo, entrégate plenamente a él y ruégale que ejerza sobre ti los derechos de Adán y los tuyos que él adquirió con su sangre y con su muerte, y que viva en ti en lugar de Adán; que te despoje de tu condición y haga suyo y utilice todo lo que tú eres. Dile que quieres deshacerte entre sus manos de todo lo que eres: que desees abandonar tu propio espíritu, orgulloso y vanidoso, tus intenciones, inclinaciones y disposiciones para revestir únicamente los suyos divinos y adorables.

Suplícale que, por su inmensa misericordia, te saque de ti mismo como de un infierno y te coloque en él para afianzarte en su espíritu de humildad, no buscando tu interés y satisfacción sino su contento y su gloria. Que emplee su divino poder para destruir tu orgullo. Póstrate con frecuencia, especialmente al comenzar la jornada, a los pies de Jesús y de su santa Madre, y diles:

Oh Jesús, oh Madre de Jesús, mantengan a este desdichado bajo sus pies, aplasten esta serpiente; hagan morir este Anticristo con el soplo de su boca; aten a este Lucifer para que no haga nada en este día contra su santa gloria.

No pretendo decirte que cada día pronuncies estas cosas con las fórmulas empleadas aquí, sino como plazca al Señor hacértelas gustar, hoy de esta manera, mañana de otra.

Cuando formules deseos o propósitos de ser humilde,

entregate al Hijo de Dios para cumplirlo y dile: Me doy a ti, Señor Jesús, para comulgar con tu espíritu de humildad. Quiero acompañarte todos los días de mi vida en la práctica de esta virtud. Que tu espíritu aniquile mi orgullo y me mantenga contigo en humildad. Te ofrezco las ocasiones de practicar la humildad que se me presenten en la vida y Pero no te confíes en tus propósitos ni en estas prácticas: apóyate únicamente en la bondad de nuestro Señor Jesús.

Lo mismo puedes hacer con las demás virtudes y propósitos que quieras ofrecer a Dios. De esa manera los apoyarás no en ti sino en nuestro Señor Jesucristo y en la misericordia y la gracia de Dios.

Cuando presentamos a Dios nuestros deseos e intenciones de servirlo, lo haremos con la absoluta persuasión de que no lo podemos ni lo merecemos; que si Dios nos aplicara su justicia no soportaría siquiera que pensáramos en él; sólo por su gran misericordia y por los méritos y sangre de su Hijo, Dios nos tolera en su presencia y nos permite esperar de él la gracia de servirlo.

No debemos extrañarnos cuando fallan nuestros propósitos porque somos pecadores y Dios no está obligado a otorgarnos su gracia. Yo sé, dice san Pablo, *que en mí no anida nada bueno, porque el querer lo mejor lo tengo a mano, pero no el realizarlo* (Ro 7, 18).

Nuestra incapacidad es tan grande que no hasta haber recibido de Dios el deseo del bien; necesitamos igualmente la voluntad y el propósito; y si, después de recibirlos, Dios no nos da también el cumplirlos a la perfección, nada habremos logrado. Y todavía necesitamos la perseverancia hasta el final.

Por eso debemos tender a la virtud sometidos a Dios: desear y pedir su gracia, pero extrañándonos de recibirla. Y si caemos, debemos adorar su juicio sobre nosotros, sin desanimarnos. Porfiaremos con humildad entregándonos a él para entrar en su gracia con mayor virtud y vivir siempre

agradecidos con él porque nos soporta en su presencia y nos inspira el deseo de servirlo

Si Dios Le concede alguna gracia para u o para otro, no pienses que ha sido en virtud de tus plegarias, sino por su sola misericordia.

Si en las buenas obras que Dios te concede realizar sientes vana complacencia y un tufillo de vanidad, humíllate ante Dios, fuente única de todo bien, pues de ti no puede salir sino el mal, porque tienes más motivos para temer y para humillarte que para envanecerte por el poco bien que haces, el cual tampoco es tuyo.

Si te censuran y desprecian, acéptalo como algo que has merecido y en honor de los desprecios y calumnias sufridos por el Hijo de Dios. Si recibes honores o alabanzas y bendiciones, trasládalos a Dios. No te los apropiés ni te adormezcas en ellos, para que no sean la recompensa de tus buenas acciones y no te apliquen las palabras del Hijo de Dios: *Ay si los hombres hablan bien de vosotros. Así es como los padres de estos trataban a los falsos profetas* (Lc 6, 26)). Con ellas nos enseña a considerar y temer las alabanzas del mundo no sólo como puro viento e ilusión, sino como desgracia y maldición.

Ocúpate gustoso en oficios humildes y despreciables para mortificar tu orgullo, pero hazlo en espíritu. Al comenzar todas tus acciones humíllate siempre ante Dios. Piensa que eres indigno de existir y de vivir y por lo mismo de actuar, y que nada puedes hacer que le agrade sin la ayuda de su gracia.

En síntesis, graba bien hondo en tu espíritu las palabras del Espíritu Santo: *Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios. Porque es grande la misericordia de Dios y por los humildes es glorificado* (Sirá 18, 30).

XXIX. Confianza y abandono de en manos de Dios.

La humildad es la madre de la confianza; al sentirnos desprovistos de todo bien, virtud y capacidad para servir a Dios no nos apoyaremos en nada nuestro. Al contrario, huiremos de nosotros mismos como de un infierno, para retirarnos a nuestro paraíso que es Jesús. En él nos apoyaremos, a él nos confiaremos, ya que el Padre eterno nos lo ha dado para que sea nuestra redención, justicia, virtud, santificación, tesoro y fuerza como nuestra vida y nuestro todo. A ello nos invita amorosamente cuando nos dice: *Vengan a mí los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré* (Mt 11, 28), los descargaré del peso de sus miserias; y cuando nos asegura que no rechazará a ninguno de los que vengan a él (Jn 6, 37).

Para presionarnos a que tengamos esta confianza nos anuncia en diversos lugares de sus santas Escrituras que son malditos y desdichados quienes colocan su confianza en cosas distintas a él, y que son bendecidos y felices los que en él confían (Jr 17, 5-7); que abundarán en gracias y bendiciones y que nada les faltará (Sal 23, 2); que él tiene sus ojos puestos en los que esperan e su misericordia (Lm 3, 25); que es bueno para los que en él esperan (Sal 32, 10), que los rodeará con su misericordia (Prov 3, 26); que él mismo estará a su lado; que será su escudo y baluarte inexpugnable, su ayuda y protector: que los ocultará en su tabernáculo y los esconderá en el asilo de su presencia (Sal 31, 21); que será su defensor en la tribulación, los protegerá y librará de las manos de los pecadores porque depositan su esperanza en él (Sal 91, 14-15); que les hará gustar la abundancia de su bondad (Sal 31, 20); que se alegrarán con júbilo eterno y que él hará en ellos su morada (Sal 5, 12); que derramará en nosotros sus gracias y su misericordia en la medida de nuestra esperanza y confianza en él (Sal 33, 22); que quienes se confían en él conocerán la verdad, es decir

que se manifestará a ellos como suprema verdad (Sb 3, 9); que quienes fundan en él su esperanza se santificarán como él mismo es santo (1 Jn, 3,3); que jamás quedaron defraudados los que en él confiaron (Sirá 2, 21); En fin, que nada es imposible para quienes creen y esperan en él; antes bien todo lo pueden, apoyados en su misericordia y su poder (Mc 9, 22).

Nunca terminaría si quisiera citar todos los textos de la Santa Palabra que nos encarecen la virtud de la confianza. Parece que no se cansara de testimoniarnos cuánto ama él esta virtud y cómo ama y ampara a quienes se abandonan totalmente al cuidado de su paternal providencia

Leemos en el libro tercero de las *Insinuaciones de la divina piedad* de santa Gertrudis, que nuestro Señor dijo a esa gran santa que la confianza filial de un cristiano hacia él es aquella mirada de la esposa de que habla el Esposo divino en el Cantar de los Cantares: Me has enamorado, hermana y novia mía, con una sola de tus miradas (Ct 4,9). Y agrega: El que me traspasa el corazón con una flecha de amor, es aquél que tiene absoluta confianza en mí que puedo, conozco y quiero ayudarlo fielmente en todo; tal confianza presiona de tal manera mi misericordia que no puedo alejarme de él⁸.

Y en el *Libro de la gracia especial* de santa Matilde vemos que Jesús le dice: “Me produce singular contento que los hombres confíen en mi bondad y se apoyen en mí. A quien se confía en mí con humildad lo protegeré en esta vida, y le concederé en la otra más de lo que merece. Cuanto más confíe alguien en mí, más podrá contar con mi bondad, tanto más ganará, porque es imposible que no alcance el hombre lo que santamente cree y espera alcanzar porque así se le ha prometido. Por eso es muy provechoso que quien espera de mí grandes cosas, confíe plenamente en mí⁹. Y cuando ella preguntó a Dios lo que debía creer principalmente de su

⁸ Leg. Divinae pietatis I, III. C, VII

⁹ Lib. Spec. Grat, III, cp. V

bondad inefable, le respondió: cree, con toda seguridad que después de tu muerte te recibiré como el Padre recibe a su Hijo amadísimo y que nunca habrá padre alguno que comparta todos sus bienes con tanta fidelidad y afecto a su hijo único como yo te haré partícipe de todos mis bienes. El que esto crea con firmeza acerca de mi bondad y con amor humilde será bienaventurado

XXX. Continúa el tema de la confianza

Para afirmarnos más aún en esa confianza, nuestro Salvador toma con relación a nosotros los títulos y cualidades más amorosos. Porque se dice nuestro amigo, abogado, *médico, pastor, hermano, padre, el alma, el espíritu, el esposo de nuestra alma, y nos llama sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su herencia, su corazón*

En distintos lugares de sus santas Escrituras nos asegura que nos cuida y que vela constantemente sobre nosotros (Sb 12, 13; 1 Pe 5, 7), que nos lleva siempre en su regazo y en su corazón; y esto lo repite hasta cinco veces en un mismo texto (Is 46, 3-4). En otro lugar nos dice que aunque se encontrara una madre que pudiera olvidarse del hijo de sus entrañas, él nunca nos olvidará; que nos ha escrito en la palma de su mano para tenernos Siempre ante sus ojos (Is 49, 15-17); que no debemos afanarnos por las cosas necesarias para el sustento y el vestido, pues bien sabe que las necesitamos y que él cuida de nosotros (Mt 6, 31-36); que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza y ninguno de ellos caerá; que su Padre nos ama como el mismo lo ama y que él nos ama como su Padre lo ama (Jn 15, 96); que quiere que estemos allí donde él está, que descansemos con él, en el regazo y en el Corazón de su Padre (Jn 17, 24) y que nos sentemos con él en su tronos. En una palabra, que estemos consumados en unidad con él y con su Padre (9). Si lo hemos ofendido nos promete que, si

regresamos a él con humildad, arrepentimiento, confianza en su bondad y propósito de abandonar el pecado, nos recibirá con amor, olvidará nuestras culpas y nos vestirá con la túnica de su gracia y de su amor de la que nuestra falta nos había despojado.

Después de saber estas cosas, ¿quién no tendrá confianza y no se abandonará totalmente a la dirección y los cuidados de un amigo, hermana, padre y esposo? El conoce con sabiduría infinita lo que nos conviene, prevé lo que puede sucedernos y escoge los caminos más convenientes para llevarnos a la meta de nuestra suprema felicidad. El, con su bondad inmensa, quiere para nosotros todo bien y tiene el poder de alejar de nosotros todo mal.

Y para que te persuadas de que sus palabras y promesas son sinceras y eficaces, recuerda lo que ha hecho y padecido por ti en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte; lo que hace todos los días en el sacramento de la Eucaristía, como bajó del cielo a la tierra por amor a ti; cómo se humilló y anonadó hasta hacerse niño, nacer en un establo, someterse a las miserias y necesidades de un ser humano, pasible y mortal; cómo empleó su tiempo, sus pensamientos, palabras y acciones, por ti; cómo entregó su cuerpo santo a Pilato, a los verdugos y a la cruz; cómo entregó su vida y derramó su sangre hasta la última gota; cómo te da, tan a menudo, su cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo lo que es y lo que tiene de más precioso. Que esperen en ti, amabilísimo Jesús, los que conocen tu nombre que no es sino amor y misericordia pues eres todo amor, bondad y misericordia. No me extraño de que sean pocos los que confían plenamente en ti, porque son pocos los que se esmeran por conocer los efectos de tu bondad infinita. Tenemos que reconocer que somos bien miserables, si después de tantas pruebas de tu amor por nosotros no confiamos en tu bondad. Porque si has hecho y sufrido tanto y nos has dado cosas tan grandes, ¿qué no harías ahora si

acudiéramos a ti con humildad y confianza?

Deseemos, pues, fervientemente, esta virtud; no seamos tímidos sino audaces para forjarnos altos propósitos de servir y de amar con la mayor perfección a nuestro adorable Jesús y de emprender grandes hazañas por su gloria, conforme al poder y la gracia que para ello nos concederá. Porque si es verdad que por nosotros mismos nada podemos, con él sólo podemos todo y su gracia no nos faltará si confiamos en su bondad.

Depositemos y abandonemos en sus manos paternas y providentes nuestros intereses corporales y espirituales, nuestra salud y reputación, nuestros bienes y negocios, las personas allegadas, nuestros pecados pasados, nuestros progresos en el camino de la virtud y de su amor, nuestra vida, nuestra muerte, nuestra salvación y nuestra eternidad, seguros de que, en su bondad, dispondrá todas las cosas de la mejor manera.

Cuidémonos bien de no apoyarnos ni sobre el poder y favor de nuestros amigos, ni en nuestra fortuna, ingenio, ciencia o fuerzas, ni sobre nuestros buenos deseos y disposiciones, ni sobre nuestras plegarias, ni siquiera en la confianza que creernos tener en Dios, ni sobre nada creado, sino únicamente en la misericordia de Dios. No es que no debamos emplear tales cosas y aportar todo lo que podamos para vencer el vicio, ejercitarnos en la virtud y llevar a término la misión que Dios ha puesto en nuestras manos, cumpliendo los deberes inherentes a nuestra condición. Pero debemos renunciar a todo el apoyo y la confianza que pudieran darnos esas cosas sino apoyarnos en la pura bondad de Nuestro Señor. Debemos aportar todo nuestro esfuerzo y cuidado como si nada esperáramos de Dios y al mismo tiempo sin apoyarnos en ellos, como si nada hubiéramos hecho, porque todo lo hemos esperado de la sola misericordia de Dios.

A ello nos exhorta el Espíritu Santo por boca del profeta rey: *Encomienda su camino al Señor, confía en él y él actuará*

(Sal 37, 5). Y en otro *ju otro lugar: Encomienda a Dios* tus afanes, que *él* te sustentará (Sal 55, 23). Y por medio del príncipe de los apóstoles nos advierte: *Confíenle todas sus preocupaciones, pues él cuida de ustedes* (1 Pe 5, 7). Es lo que nuestro Señor dijo a santa Catalina de Siena: Hija mía, olvídate de ti y piensa en mí, que yo pensaré de continuo en ti¹⁰ y saca provecho de esta enseñanza: que tu preocupación principal sea evitar lo que desagrada a nuestro Señor y servirlo y amarlo perfectamente, y él encaminará todas las cosas, aún tus faltas, en provecho tuyo.

Acostúmbrate a hacer a menudo actos de confianza en Dios, especialmente cuando te asalten pensamientos o sentimientos de temor o desconfianza, por tus culpas pasadas o por cualquier otro motivo. Eleva inmediatamente tu corazón a Jesús y dile con el Profeta real: A ti, Señor, levanto m i *alma: Dios mío*, en ti confío no quede yo nunca *defraudado*. Que no triunfen de mí mis enemigos, pues los que esperan en ti no *quedan defraudados* (Sal 25, 1-2). A ti Señor, me *acojo*, no quede nunca *defraudado* (Sal 31, 2). Dios mío, *confío en ti* (Sal 91, 2). El Señor *está conmigo*, no temo, *¿qué podrá hacerme el hombre? El Señor está conmigo y me auxilia*, veré la derrota de mis adversarios. *Mejor es refugiarse en el señor, que fiarse de los hombres* (Sal 118, 6-8). Y aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque *tú vas conmigo* (Sal 23, 4).

O le dirás con el profeta Isaías: *Este es mi Dios , mí Salvador*, estoy seguro y sin temor (Is 12, 2) O con el santo Job dirás: *Aunque quiera matarme esperaré en él* (Job 13, 15). O bien con aquel pobre hombre del evangelio: Señor, yo *creo*, pero ven en *ayuda de mi poca fe* (Mc 9, 23). O con los santos apóstoles: Señor *auméntanos la fe* (Lc 17, 5).

Puedes decir también: Sólo en ti, Oh Jesús, he puesto mi confianza. Tú eres mi fuerza y mi único refugio. Me

¹⁰ R. de Capua. Vida de santa Catalina, I, cp. VI

entrego y abandono totalmente a Ti. Haz de mi lo que te plazca.

En tus manos pongo y sacrifico mi ser, mi vida, mi alma y todo lo mío, para que dispongas de mí en tiempo y eternidad para tu gloria.

En una palabra, la confianza es un don de Dios que sigue a la humildad y al amor. Si la pides a Dios, él te la dará. Esmérate por hacer tus acciones en espíritu de humildad y por puro amor a Dios y pronto gustarás la dulzura y la paz que acompañan la virtud de confianza.

XXXI. La sumisión y obediencia cristianas.

La sumisión continua al santo querer de Dios es la virtud más universal y de más frecuente aplicación. Porque a todo momento se presenta la ocasión de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la de Dios. Y ésta es fácil de conocer. Porque Dios ha dispuesto que las cosas que nos son indispensables las encontremos fácilmente, como el sol, el aire, el agua y demás elementos necesarios a la vida natural del hombre, que están al alcance de todo el mundo.

De igual manera, si Dios nos puso en este mundo únicamente para que cumplamos su voluntad y si de ello depende nuestra salvación, es necesario que podamos conocer fácilmente cuál es la voluntad de Dios en todas nuestras acciones. Y nos la hace conocer por cinco vías principales:

1. por sus mandamientos; 2. por sus consejos; 3. por las leyes, normas y obligaciones de nuestro estado: 4. por las personas que nos dirigen y que tienen autoridad sobre nosotros: 5. por los acontecimientos dispuestos o permitidos por Dios.

Y así, por poco que abramos los ojos de la fe, nos quedará muy fácil a toda hora y en toda circunstancia conocer la santísima voluntad de Dios, para que la amemos y nos sometamos a ella. Pero para afirmarnos más en esa

sumisión, debemos imprimir profundamente en nuestro espíritu las siguientes verdades:

1. La misma fe que nos dice que sólo hay un Dios, Creador de todo, nos exige creer que ese gran Dios dispone y gobierna todas las cosas, sin ninguna excepción por voluntad absoluta o por voluntad permisiva, que son como los dos brazos de su Providencia: *Tu providencia, Padre, la gobierna* (Sb 14, 3).

2. Dios nada quiere o permite sino para su mayor gloria. Porque el Creador y Gobernador del mundo ha hecho todas las cosas para sí mismo. Y con su infinita sabiduría y poder las encamina a su fin. En efecto, su apóstol nos advierte que *en todas las cosas interviene Dios en favor de los que le aman* (Ro 8, 28). De manera que si en toda circunstancia buscáramos amar a Dios y adorar su santa voluntad, todas las cosas resultarían para nuestro mayor bien: y de nosotros depende que así sea.

3. La voluntad absoluta o permisiva de Dios es infinitamente santa, justa, adorable y digna de amor y merece ser igualmente adorada, amada y glorificada en todas las cosas.

4. Desde el primer instante de su vida, al hacer su entrada en el mundo, Jesucristo, nuestro Señor, hizo profesión de no hacer jamás su voluntad sino la de su Padre. Dice la carta a los Hebreos: *Al entrar Jesús en este mundo dice: aquí vengo pues de mí está escrito en el rollo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad* (Heb 10,5-7). Y él mismo dirá después: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*. (Jn 6, 38) Su voluntad jamás la hizo aunque era santa, deificada y adorable, la hizo a un lado y en cierta manera la aniquiló para seguir la de su Padre, diciéndole sin cesar en todas las cosas lo que le dijo, en la víspera de su muerte, en el jardín de *los Olivos: Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya* (Lc 22, 42).

Si miramos bien estas verdades nos someteremos fácilmente a la adorabilísima voluntad de Dios. Porque si recapacitamos

que Dios dispone y ordena con justicia y amor todos los acontecimientos del mundo, para su gloria y nuestro mayor bien, ya no los atribuiremos ni a la suerte, ni al *azar*, ni a la maldad del diablo o de los hombres, sino a la disposición de Dios. Amaremos y aceptaremos con ternura su voluntad, convencidos de que es santa y digna de amor y que todo lo ordena o permite para nuestro mayor bien y para su gloria. Esta debemos amar por encima de todo ya que estamos en el mundo únicamente para buscar la gloria de Dios.

Si consideramos con atención que Jesús, nuestra Cabeza, ha abandonado y como aniquilado su voluntad, tan santa y divina para seguir la voluntad rigurosa de su Padre que le imponía cosas extrañas y una muerte tan cruel y vergonzosa para salvar a sus propios enemigos. ¿Podrá acaso, costarnos abandonar nuestra voluntad depravada y hacer que viva reine en su lugar la santísima y amabilísima voluntad de Dios?

Porque la sumisión y obediencia cristiana consiste en continuar la sumisión y obediencia perfecta de Jesucristo, no sólo a las voluntades que su Padre le manifestó directamente, sino a las que le dio a conocer por su santa Madre, por san José, por el ángel que lo llevó a Egipto, por los judíos, los Herodes y Pilatos. Porque se sometió no sólo a su Padre sino a todas las criaturas, para dar gloria a Dios y por amor a nosotros.

XXXII. Cómo practicar la sumisión y obediencia cristiana.

Para llevar a la práctica estas verdades, adora en Jesús la sumisión que él ejercitó de manera tan perfecta. Aniquila a menudo a sus pies todos tus quereres, deseos e inclinaciones; declárale que sólo quieres que se cumplan los suyos y ruégale que los haga reinar plenamente en ti.

Esmérate por mantener el propósito constante de morir y de sufrir todos los tormentos, antes que quebrantar el menor

de los mandamientos de Dios y por estar generalmente dispuesto a seguir estos consejos en la medida de la luz y la gracia que él te dará según tu condición y de acuerdo con el parecer de tu director.

Mira y honra a los que ejercen autoridad sobre ti como lugartenientes de Jesucristo en la tierra y acata sus voluntades como voluntades de Jesús, con tal que no se opongan claramente a lo que Jesús ordena o prohíbe.

El príncipe de los apóstoles, san Pedro, va mucho más lejos: nos exhorta a *someternos a toda criatura humana por amor a Dios* (1 Pe 2, 13); y san Pablo quiere que *consideremos a los demás como superiores* (Fp 2,3). Siguiendo las enseñanzas de estos dos apóstoles, debemos mirar y honrar a toda suerte de personas como nuestros superiores y superiores, y estar dispuestos a renunciar a nuestro Propio criterio y voluntad para someternos a los de los demás. Porque, como cristianos, debemos revestir los sentimientos y disposiciones de Jesucristo y hacer profesión con él de no hacer jamás nuestra propia voluntad sino de acatar todas las voluntades de Dios. En caso de duda sobre cuál sea la voluntad de Dios, debemos hacer la voluntad de cualquier persona en lo que no sea contrario a Dios y a la obligación de nuestro estado, dando la preferencia a quienes tienen mayor autoridad y derecho sobre nosotros.

Considera y guarda las leyes, normas y obligaciones de tu estado, oficio o condición como señales ciertas de lo que Dios quiere de ti; y, como homenaje a la obediencia exacta y al sometimiento perfecto de Jesús, no sólo a las normas recibidas del Padre, y a las horas y momentos que él asignó a cada una de sus acciones, sino también a las leyes humanas. Sométele tú también a las normas y obligaciones de tu condición, a las horas y momentos en que debes cumplir tus deberes y aún a las leyes humanas y civiles, por amor a aquél, que, por amor a ti, se sometió primero a ellas.

Cuando sientas alguna inclinación o deseo, anonádalo a

los pies de Jesús. Y si la inclinación es fuerte, no ceses de renunciar a ella, de destruirla y de rogar a Jesús que la aniquile en ti hasta que te sientas dispuesto a querer lo contrario si a él le place.

Cuando te sobrevenga el pensamiento o el temor de perder tu salud, tu reputación o tus bienes, a tus padres o a tus hijos, a tus amigos, o cosas semejantes, acalla tu voluntad a los pies de Jesús para adorar, amar y bendecir la suya como si todo ello ya hubiere sucedido o para cuando sucediere, de ¡a siguiente manera:

Oh Jesús, aniquilo a tus pies todos mis deseos e inclinaciones. Adoro, amo y alabo, de todo corazón, t u santa voluntad. A pesar de mis repugnancias y sentimientos contrarios, quiero amarte, bendecirte y glorificarte en todo lo que has querido y quieras disponer sobre mí y sobre mis allegados, en tiempo y eternidad. ¡Viva Jesús! ¡Viva la santa voluntad de mi Jesús! ¡Que desaparezca mi voluntad para siempre y que la tuya reine y se cumpla eternamente, en la tierra como en el cielo!

XXXIII. Perfección de la sumisión y obediencia cristiana

Jesucristo, nuestro Señor, no solamente acató todas las voluntades de su Padre y se sometió a él y a todas las cosas por amor a él, sino que colocó en ello su felicidad y su paraíso: Mi alimento, dice, es cumplir la voluntad del que me ha enviado, es decir no tengo nada más deseable y delicioso. Y, en efecto, sentía alegría infinita al hacer todas las cosas porque esa era la voluntad de su Padre. Colocaba su alegría y su felicidad, según el espíritu, en los sufrimientos que padecía porque tal era el beneplácito del Padre. De ahí que el Espíritu Santo, hablando del día de su pasión y muerte, lo llama el día de la alegría de su *corazón* (Ct 3, 11).

De igual manera en todo lo que veía que estaba

sucediendo o que debía suceder en el mundo, encontraba la paz y el gozo de su espíritu pues en todo sólo buscaba la amabilísima voluntad de su Padre.

También nosotros, como cristianos, debemos revestimos de los sentimientos y disposiciones de nuestra Cabeza y someternos no sólo a Dios y a todas las cosas por amor a él, sino colocar en ello nuestro gozo y nuestro paraíso. Esta es la perfección de la sumisión cristiana. Esa es la plegaria que hacemos cada día: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*. Y es que:

1. Hemos sido creados únicamente para dar gloria a Dios; en lograrlo debemos colocar nuestra felicidad, así como en los efectos de su divina voluntad, que tienden todos a su mayor gloria.

2. Nuestro Señor quiere que seamos una sola cosa con él y con su Padre: y por tanto que tengamos con él un mismo espíritu y unos mismos sentimientos con él, como los habitantes del cielo. Nuestra alegría, felicidad y paraíso deben estar allí mismo donde los santos, la santa Virgen, el Hijo de Dios y el Padre eterno encuentran los suyos. Los santos y la santa Virgen descubren la voluntad de Dios en todas las cosas y en ellas ponen su contento, Dios se goza infinitamente en lo que ordena y permite y en todas sus obras: *Se alegra el Señor en sus obras* (Sal 104, 31) pues los santos y la santísima Virgen miran la voluntad de Dios en todo y en ellos ponen todo su contento pues toma su contento y gozo infinito en todo lo que ordena. De otra manera no sería Dios.

De igual modo debemos poner nuestro gozo y nuestro paraíso en todas las voluntades, anuencias y obras de Dios y, en general, en todas las cosas, excepto en el pecado que debemos detestar y abominar, pero adoremos y bendigamos toda voluntad permisiva de Dios y toda disposición suya que por justo juicio permite que, en castigo, un pecador pueda caer en otros pecados.

Y así, con la gracia de Dios, estaremos siempre contentos Y poseeremos el paraíso en la tierra. Bien difíciles seríamos de contentar si no nos gozáramos con lo que alegra a Dios, a los ángeles y a los santos. Estos no se gozan tanto de su propia gloria, por inmensa que sea, como de que se cumple la voluntad de Dios en ellos, de que Dios se agrada en glorificarlos.

XXXIV. Práctica de la perfecta sumisión cristiana.

Por consiguiente, si deseas tener un verdadero paraíso en la tierra, ruega a Jesús que consolide en ti esas disposiciones de sumisión perfecta a todos sus quereres y esmérate no sólo en someterte a Dios en todas las cosas sino en hacerlo con alegría.

Cuando ejecutes una acción, trata de hacerla no sólo por amor a nuestro Señor sino con tal amor que coloques en ello tu felicidad y tu paraíso porque y él lo quiere y en ello se goza.

Cuando te suceda algo contra tu voluntad. alégrate Porque es voluntad de Dios. Si corresponde a tus deseos, alégrate también, no por esa coincidencia sino porque es voluntad de Dios.

En los acontecimientos del mundo no mires sino la voluntad o la anuencia de Dios. Y al considerar que él pone su contento en sus voluntades absolutas o permisivas y conduce todas las cosas a su mayor gloria, rechaza, por una parte, los pecados que en ellas se cometen contra Dios y gózate por otra de aquellas cosas en las que él encuentra su complacencia.

No pretendo decir que tengas alegrías sensibles en cuanto haces y padeces y por lo que sucede en el inundo; esto sólo pertenece a los bienaventurados. Hablo aquí de aquella alegría según el espíritu y la voluntad, que puedes alcanzar con facilidad, con la gracia de nuestro Señor. Pues

te basta decir. Quiero Dios mío, con tu gracia, por amor a ti, colocar todo mi gozo en querer, hacer o padecer esto o aquello porque tal es tu gozo y beneplácito. Por este medio tendrás gozo en tu espíritu y voluntad. Esta práctica frecuentemente reiterada disminuirá y destruirá la repugnancia natural que pudieras sentir y hará que encuentres dulzura y contento, aún sensible, allí donde antes sólo sentías amargura y molestia.

Y para que esa práctica se te haga más familiar, acostúmbrate, en todo acontecimiento, a levantar tu corazón a Jesús, para decirle:

Ante lo que te cause repugnancia dirás: Oh Jesús, a pesar de las repugnancias de ¡mi propia voluntad y de mi amor propio, quiero soportar esta pena y aflicción (o quiero realizar esta acción) con tanto amor a ti que en ello encuentre mi felicidad y mi paraíso porque esa es tu divina voluntad.

Ante cosas que te agradan di: Oh Jesús, me alegro de que esto haya sucedido de esta manera, (o quiero realizar esta acción) no porque me agrada sino porque ésa es tu voluntad y beneplácito.

Si actúas así empezarás tu paraíso desde este mundo y gozarás de paz y contento perpetuo; harás tus acciones como Dios hace las suyas y como actuó Jesucristo cuando estaba en la tierra, es decir con alegría. Eso es lo que él desea y lo que pidió a su Padre para nosotros la víspera de su muerte: *que tengan en sí mismos alegría colmada* (Jn 17. 13).

En ello reside la perfección suprema de la sumisión cristiana y del puro amor de Dios. Porque la cumbre del amor divino consiste en hacer, sufrir y aceptar todas las cosas por amor a Dios con gozo y contento. Y el que haga uso semejante de cuanto sucede en el mundo, el que con esta disposición soporte las aflicciones y ejecute sus acciones, dará más gloria y agrado a Dios y adelantará más en un día en el camino de su amor que en toda una vida con otro comportamiento.

XXXV. La caridad cristiana

En su Evangelio, el Hijo de Dios nos advierte que el primero y principal mandamiento es que amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas y que el segundo, que nos pide amar al prójimo, es semejante al primero (Mt 22, 37-39). Porque el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables; no son dos sino uno sólo y único amor. Y debernos amar a nuestro prójimo con el mismo corazón y el mismo amor con que amamos a Dios, porque no se trata de amarlo en él ni por él, sino en Dios y por Dios, o, más exactamente, es a Dios mismo a quien amamos en el prójimo.

Es así como Jesús nos ama: en su padre y para su Padre, mejor dicho, ama a su padre en nosotros y quiere que nos amemos recíprocamente como él nos ama. Tal es su mandamiento (Jn 15, 11).

La caridad cristiana consiste precisamente en amamos unos a otros como Jesucristo nos ama. Y de tal manera nos ama él que nos da todos sus bienes y tesoros, su propia persona, utiliza sus poderes, los recursos de su sabiduría y de su bondad, para hacernos el bien. Es tan excesiva su caridad que soporta por largo tiempo con mansedumbre y paciencia, nuestros defectos; que da el primer paso para buscarnos cuando le hemos ofendido a él que sólo nos ha colmado de bienes. Parece como si, en cierta manera, prefiriera nuestras comodidades, contenidos e intereses a los suyos propios, pues se ha sometido a toda clase de incomodidades, miserias y tormentos para libramos de ellos y hacernos felices. En una palabra, tanto amor nos tiene que emplea su vida, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad y su humanidad, lo que es, lo que tiene y lo que puede, por nosotros; y sus pensamientos, palabras y acciones son de caridad y de amor.

Ahí tenemos la norma y el modelo de la caridad cristiana. Es eso mismo lo que pide de nosotros cuando nos ordena amarnos los unos a los otros como él nos ama.

Para animarte en este propósito, contempla a tu prójimo en Dios y a Dios en él. Míralo como a alguien que ha salido del corazón y de la bondad de Dios, como una participación de Dios, creado para regresar a Dios, para vivir en su regazo, para darle gloria eternamente y en el que Dios será efectivamente glorificado por su misericordia o por su justicia. Míralo como a alguien a quien Dios ama no importa la situación en que esté, incluidos los demonios pues son sus criaturas; no detesta nada de lo que creó, salido todo del mismo principio que tú, hijo del mismo Padre, creado para el mismo fin, propiedad de un mismo Señor, rescatado con la misma sangre preciosa de Jesucristo. Míralo como a miembro, contigo, de una misma Cabeza que es Jesús y de un mismo cuerpo que es la Iglesia, que se nutre de un mismo precioso alimento, el cuerpo y la sangre de Jesús. Con él, por consiguiente, debes tener un mismo espíritu, un solo corazón y una sola alma.

Míralo como a templo del Dios vivo, como portador de la imagen de la santísima Trinidad y de la impronta de Jesucristo; como a alguien que es una parte de Jesucristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, por quien Jesucristo tanto trabajó y sufrió, por quien gastó su tiempo y entregó su sangre y su vida; finalmente como alguien a quien él te recomienda que trates como a su propia persona, cuando te asegura que todo cuanto hagas al más pequeño de los suyos, es decir, de los que creen en él, lo considera hecho a sí mismo (Mt 25, 40).

Si diéramos toda su importancia a estas verdades, ¡cuánta caridad, respeto y reverencia tendríamos los unos por los otros! ¡Cómo temeríamos herir la unión y la caridad cristiana con nuestros pensamientos, palabras o acciones! ¡Qué no haríamos y soportaríamos los unos por los otros!

¡Con cuánta caridad, y paciencia sobrellevaríamos y excusaríamos los defectos ajenos, con qué mansedumbre, modestia y deferencia nos trataríamos! Con cuánto empeño nos esforzaríamos por *agradar a cada uno para el bien, buscando su edificación* (Ro 15, 2). Oh Jesús, Dios de amor y de caridad, dígnate imprimir estas verdades y estas disposiciones en nuestras mentes y en nuestros corazones.

XXXVI. Práctica de la caridad cristiana.

Si deseas vivir en el espíritu de la caridad cristiana que no es sino la continuación y plenitud de la caridad de Jesús, ejercítate a menudo en las prácticas siguientes.

Adora a Jesús que es todo caridad. Bendícelo por la gloria que ha tributado a su Padre con los continuos actos de su caridad. Pídele perdón por las faltas que has cometido contra esa virtud y ruégale que ofrezca su propia caridad al Padre, en lugar tuyo, en satisfacción de tus faltas. Entrégate plenamente a él para que destruya en tus pensamientos, palabras y acciones lo que va contra la caridad, y la haga vivir y reinar perfectamente, en ti.

Relee y medita a menudo las palabras de san Pablo: *La caridad es paciente, es afable, no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es mal educada ni egoísta, no se exaspera, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites. La caridad no pasa jamás* (1 Co 13, 4-8).

Adora a Jesús en el momento de inspirar esas palabras a su apóstol y entrégate a él para llevarlas a la práctica, pidiendo su gracia.

Cuando prestes un servicio a tu prójimo, sea por obligación, sea por caridad, levanta tu corazón a Jesús y dile: Oh Jesús, quiero realizar esta acción, con tu gracia, en honor y unión de la caridad que tú tienes a esta persona y por amor

a ti, a quien deseo ver y servir en ella.

Cuando, por necesidad, des reposo, alimento o refrigerio a tu cuerpo, hazlo con esa misma intención. Considera tu salud, tu vida y tu cuerpo no como algo tuyo sino como de uno de los miembros de Jesús, al cual pertenece según la palabra divina: *el cuerpo es para el Señor* (2 Co 6, 13) y que debes cuidarlo, no para ti sino para Jesús, para su servicio, acuérdate en pos de santa Gertrudis de la palabra de nuestro Señor: *Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis* (Mt 25, 40).

Cuando saludes u honres a alguien hazlo como honrando el templo y la imagen de Dios y a un miembro de Jesucristo.

Cuando uses con alguien frases de felicitación, no permitas que tu lengua profiera palabras de aprobación que no salgan de tu corazón. Porque esa es la diferencia entre los santos, los cristianos verdaderos y los mundanos: que sirviéndose en sus encuentros y visitas de los mismos cumplidos y frases habituales, los primeros lo hacen con sinceridad, caridad y verdad cristianas, los segundos con mentira y adulación.

No pretendo decir que pongas siempre en acción estos pensamientos e intenciones cada vez que saludas a alguien o que lo felicitas o le muestras servicial con el prójimo. Ese sería el ideal; pero al menos tendrás en el fondo de tu ser la intención general de actuar en el espíritu de la caridad de Jesús y la renovarás ante Dios cuando él te lo inspire.

Cuando sientas repugnancia, aversión o envidia hacia alguien, renuncia instantáneamente a ellas, aniquílalas a los pies de nuestro Señor y ruégale que él mismo las destruya y te llene de su divina caridad. Trata de producir actos interiores de caridad hacia esa persona, de la siguiente manera:

Oh Jesús, quiero amar a esta persona por amor a u. En honor y unión de tu caridad hacia ella, quiero amarla con todo

mi corazón.

Me doy a ti para hacer y sufrir por ella todo lo que te plazca. Esfuérzate por hablarle y por realizar actos exteriores de caridad con ella hasta que hayas eliminado en ti ese sentimiento de aversión y de repugnancia.

Si te ofendieren, o si hubieres ofendido a alguien, no esperes a que vengan a buscarte. Recuerda las palabras del Señor: *si al momento de presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda, allí, ante el altar, y anda primero a reconciliarte con tu hermano* (Mt 5, 24). En obediencia a estas palabras del Salvador y para honrarlo porque él, nuestro gran bienhechor, es el primero en buscarnos, a pesar de tantas ofensas nuestras, anda y busca a aquél a quien ofendiste o que te ofendió, para reconciliarte con él, dispuesto a hablarle con toda mansedumbre, paz y humildad.

Si en presencia tuya se tejen comentarios desfavorables a alguien, desvía, a ser posible, la conversación con prudencia y suavidad, de manera que no des motivo a que se diga más todavía: porque, en este caso, mejor sería callar y contentarse con no manifestar interés ni complacencia en lo que se dice.

Ruega especialmente a nuestro Señor que imprima en tu corazón caridad y tierno afecto hacia los pobres, los extranjeros, las viudas y los huérfanos.

Mira a esas personas como recomendadas por Jesús, el mejor de tus amigos. El, en sus santas Escrituras, las recomienda muy a menudo, con encarecimiento y como si se tratara de sí mismo, con este pensamiento háblales con suavidad, trátalas con caridad y préstales toda la ayuda que te sea posible.

XXXVII. Caridad y celo por la salvación de las almas

Sobre todo, tendrás una caridad especial por las almas de todos los hombres, en particular de tus allegados y de quienes dependen de ti, y buscarás su salvación por todos los medios a tu alcance. Porque san Pablo nos advierte que *quien no mira por los suyos, y en particular por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un descreído* (1 Tm 5, 8).

Recuerda que ellas han costado los trabajos y sufrimientos de treinta y cuatro años, la sangre y la vida de un Dios y que la obra más grande, la más divina y la más agradable a Jesús que puedas realizar en el mundo, es trabajar con él en la salvación de las almas que le son tan queridas y preciosas.

Por consiguiente, entrégate a él para trabajar en esa obra en todas las formas que lo pida de ti. Considérate indigno de que te emplee en misión tan excelente: pero cuando se presente la ocasión de prestar ayuda a una pobre alma necesitada (lo que sucede muy a menudo si estás alerta a ello) no la dejes nunca pasar. Ante todo, pide la gracia de nuestro Señor; luego esmérate en ello, según tu condición y el poder que Dios te dará, con el mayor cuidado, diligencia y afecto que te sea posible. Se trata de un asunto que tiene mayores consecuencias que si estuvieran en juego todos los bienes temporales y la vida corporal de todos los hombres del mundo. Todo esto lo harás únicamente por amor a Jesús y para que Dios sea eternamente glorificado en las almas. Porque debes considerar como gracia inmensa y como una bendición gastar todo tu tiempo, tu salud, tu vida entera y todos los tesoros del mundo, si fueran tuyos, para ayudar a la salvación de una sola alma, ya que por ella Jesucristo ha derramado su sangre, ha empleado y consumido su tiempo, su vida y sus fuerzas.

Oh Jesús, amante de las almas, que quieres la salvación

de los hombres, imprime, te lo ruego, en el corazón de todos los cristianos Los sentimientos de celo y de ardiente caridad.

XXXVIII. La verdadera devoción cristiana

Después de lo dicho acerca de las virtudes, podemos concluir fácilmente en qué consiste la verdadera devoción cristiana. Porque si todas las virtudes cristianas no son sino las virtudes de Jesucristo en la tierra que debemos continuar, también la devoción cristiana es la devoción santa y divina de Jesucristo que debemos continuar y completar en nosotros.

Pues bien, Jesucristo colocó su devoción en cumplir, a la perfección, las voluntades de su Padre y en fincar en ello toda su felicidad. En servir a su Padre y aún a los hombres por amor a su Padre: quiso asumir la condición de servidor para rendir más vivamente con su anonadamiento, su homenaje a la grandeza suprema de su Padre. Colocó su devoción en amar, glorificar y en hacer amar y glorificar a su Padre en el mundo, en ejecutar todos sus actos únicamente por la gloria y el amor a él, y con disposiciones santas, es decir, con profunda humildad, ardiente caridad hacia el prójimo desprendimiento perfecto de sí mismo y de todas las cosas; y en contemplación, unión fortísima y sumisión exacta y alegre al querer de su Padre.

Finalmente colocó su devoción en su inmolación y sacrificio por la sola gloria de su Padre: asumió la condición de hostia y de víctima y, como tal, quiso experimentar toda suerte de desprecios, humillaciones, privaciones, mortificaciones interiores y exteriores hasta una muerte cruel y afrentosa.

Podemos decir que Jesús, desde el primer instante de su encarnación, hizo tres profesiones y votos solemnes que cumplió a la perfección en su vida y en su muerte.

1. Al iniciar su encarnación hizo su profesión de obediencia a

su Padre, de no hacer jamás su propia voluntad y en ello cifró su felicidad y su alegría.

2. Hizo profesión de servidumbre a su Padre. Porque fue la condición de siervo la que su Padre le asignó por medio del Profeta: *Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso* (Is 49, 3). Y esa *condición de siervo* (Fp 2, 7) la asumió él mismo rebajándose a un estado y manera de vida humilde de servicio a sus criaturas, hasta el suplicio cruel y oprobioso de la cruz, por amor a nosotros y para gloria de su Padre.

3. Hizo profesión de hostia y de víctima consagrada e inmolada a la gloria del Padre, desde el primero al último instante de su vida.

En eso consistió la devoción de Jesús. Y si la nuestra es continuación de la suya, debe incluir los mismos elementos. Es, por eso, indispensable que mantengamos una unión estrecha e íntima con Tal es el voto solemne y profesión pública, primera y principal que hacemos en el bautismo, delante de toda la Iglesia. Porque en el bautismo, según san Agustín¹¹, santo Tomás¹² y el catecismo del Concilio de Trento¹³, hacemos voto y profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras y de adherir a Jesucristo como los miembros a su cabeza, de entregarnos y consagramos enteramente a él y de permanecer en él. Lo cual equivale a adherir a su devoción, disposiciones e intenciones, a sus leyes y normas, a su espíritu y comportamiento, a su vida, cualidades y virtudes, a cuanto hizo y padeció¹⁴.

Por eso al hacer voto y profesión de adherir a Jesucristo y de permanecer en él, que, al decir de san Agustín es el mayor de todos nuestros votos¹⁵, hacemos tres grandes y santas profesiones que debemos frecuentemente recordar.

1. Junto con Jesucristo hacemos profesión de no seguir

¹¹ Epost. 149 ad Paulinum 16

¹² "a."ae q. 88 1 ad 1um

¹³ Cat. C0nc. Trid. 1,2 No. 18-19

¹⁴ Bérulle, Narré XXIV

¹⁵ L.cit.

jamás nuestra propia voluntad, sino de someternos a todas las voluntades de Dios y de obedecer a toda suerte de personas en lo que no sea contrario a Dios, colocando en ello nuestro gozo y paraíso.

2. Hacemos profesión de servidumbre a Dios y a su Hijo Jesucristo y a todos los miembros de Jesucristo, conforme a las palabras de san Pablo: *Nosotros somos vuestros siervos por Jesús* (2 Co 4, 5). En consecuencia de esta profesión los cristianos nada tienen como propio, pues son esclavos, ni el derecho de hacer uso de sí mismos, ni de los miembros y sentidos de su cuerpo, ni de las facultades de su alma, ni de su vida, ni de su tiempo, ni de sus bienes temporales, sino para Jesucristo y para sus miembros, que son todos los que creen en él.

3. Hacemos profesión de ser hostias y víctimas sacrificadas continuamente a la gloria de Dios, *hostias espirituales* dice el príncipe de los apóstoles (1 Pe 2, 5). Por su parte san Pablo nos dice: *Los exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan su ser como hostia viva, consagrada, agradable a Dios* (Ro 12, 1). Por lo cual estamos obligados a glorificar y amar a Dios y a hacerlo glorificar y amar, con todas nuestras fuerzas; a buscar en nuestros actos y en todas las cosas solamente su gloria y su puro amor; a vivir de tal manera que nuestra vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a él y a estar dispuestos a ser inmolados y sacrificados y destruidos por su gloria.

En una palabra, *el cristianismo es hacer profesión de la vida de Jesucristo* como dice san Gregorio de Nisa¹⁶. Y san Bernardo nos asegura que *nuestro Señor no considera como profesos de su religión a quienes no viven de su vida*. Con ese fin hacemos en el bautismo profesión de Jesucristo, de su vida, su devoción, disposiciones e intenciones, de sus

¹⁶ Inicio de ad Harmonium

virtudes y de su perfecto desprendimiento de todas las cosas. Hacemos profesión de creer firmemente en todo lo que nos enseña, por sí mismo o por su Iglesia y de morir antes que apartarnos de esa fe. Hacemos profesión de librar una guerra a muerte contra el pecado; de vivir, como Jesucristo, en espíritu de continua oración, de tomar con él su cruz y su muerte en nuestros cuerpos y espíritus y de continuar el ejercicio de su humildad, confianza en Dios, obediencia y sumisión, de su celo por la gloria, de su Padre y por la salvación de las almas y demás. Hacemos profesión, finalmente, de vivir en la tierra y en el cielo únicamente para ser de Jesús, para amarlo y honrarlo en todos los estados y misterios de su vida y en todo lo que él es en sí mismo y fuera de él, y de estar dispuestos a padecer todos los suplicios y todas las muertes por su amor y su gloria.

Tal es el voto y profesión que los cristianos hacen en el bautismo. Y en ello consiste la devoción cristiana. Cualquier otra devoción, si pudiera existir otra, será engaño y perdición.

XXXIX. Práctica de la devoción cristiana

Para entrar en esta sagrada devoción, adora a Jesús en su devoción perfecta y en la profesión que hizo a su Padre desde el momento de su encarnación y que cumplió durante toda su vida. Bendícelo por la gloria que con ella tributó a su Padre. Pídele perdón por tus faltas contra el voto y profesión de tu bautismo y niégale que las repare con su inmensa misericordia.

Renueva a menudo el deseo de cumplir las obligaciones que adquiriste en el bautismo y ruega a Jesús que establezca en ti su santa devoción. Únete a la devoción de Jesús, de la siguiente manera:

Oh Jesús, me entrego a ti para ejecutar esta acción, o para sobrellevar esta aflicción en unión de la perfecta

devoción con que realizaste todas tus acciones y soportaste todas tus aflicciones.

Si actúas de esta manera vivirás en la devoción verdadera y formarás a Jesús en ti como lo desea el apóstol: *que Cristo tome forma en ustedes* (Ga 4, 19), y *te transformarás en su imagen* (2 Co 3, 18), es decir, harás vivir y reinar a Jesús en ti, serás una sola cosa con él, y Jesús será todo en ti, según la santa Palabra: *para que queden realizados en la unidad* (Jn 17, 23) y *Dios sea todo para todos* (1 Co 15, 28). Esa, en efecto, es la meta de la vida, de la piedad y devoción cristianas. Por eso es importante que tomes conciencia de la necesidad de formar a Jesús en nosotros y de los medios para lograrlo.

XL. La formación de Jesús en nosotros

El misterio por excelencia y la tarea suprema es la formación de Jesús que nos señala las siguientes palabras de san Pablo: *Hijitos míos por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta que Cristo tome forma en ustedes* (Ga 4, 19).

Es éste el gran misterio y la acción más noble que el Padre eterno realiza durante toda la eternidad, en la que está continuamente ocupado en producir en sí mismo a su Hijo. Yo más admirable que realiza fuera de sí es formarlo en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la encarnación. Es también la obra más excelsa de] Hijo de Dios en la tierra, al formarse a sí mismo en su santa Madre y en la Eucaristía. Es la acción más noble del Espíritu Santo que lo formó en las entrañas benditas de la Virgen. Y la Virgen no ha hecho ni hará nunca nada más digno que cuando cooperó en la divina y maravillosa formación de Jesús en ella. Es la obra mayor y más santa de la Iglesia que no tiene ocupación más eximia que producirlo, en cierta manera, por la palabra sacerdotal, en la Eucaristía y

formarlo en los corazones de sus hijos. Porque su único propósito, en todas sus funciones, es formar a Jesús en los cristianos.

Por tanto nuestro deseo, preocupación y tarea principal debe ser formar a Jesús en nosotros, haciendo que en nosotros viva y reine, con su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, inclinaciones y disposiciones. A ese fin deben tender todos nuestros ejercicios de piedad. Es la tarea que Dios nos pone entre manos para que en ella trabajemos sin descanso. Y ello por dos razones:

1. Para que se cumpla el designio y deseo inmenso del Padre eterno de ver que Jesús vive y reina en nosotros. Porque, después de que su Hijo se anonadó por su gloria y por amor nuestro, quiere que en recompensa de su anonadamiento viva y reine en todas las cosas; ama de tal manera a su Hijo, que no quiere tener otro objeto de sus miradas, de su complacencia, de su amor. Por eso quiere que él sea todo en todos (1 Co 15, 28).

2. Para que Jesús, una vez formado e instalado en nosotros, allí ame y glorifique dignamente a su Padre eterno y a sí mismo, conforme a las palabras de san Pedro: para que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo (1 Pe 4, 11).

XLI. Cómo formar a Jesús en nosotros

Para formar a Jesús en nosotros:

1. Debemos acostumbrarnos a verlo en todas las cosas y a tenerlo por único objeto en nuestros ejercicios de devoción y en todas nuestras acciones, con todos sus estados, misterios, virtudes y acciones. Porque él es todo en todas las cosas: el ser de cuanto existe, la vida de los vivientes, la hermosura de las cosas bellas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la santidad de los santos. Casi no ejecutamos acción alguna que él mismo no haya realizado cuando estaba en la tierra: ésa es la que debemos contemplar e imitar

mientras ejecutamos la nuestra. De esa manera, pensando en él a menudo y contemplándolo en todas las cosas, llenaremos nuestro entendimiento de Jesús y lo formaremos e instalaremos en nuestro espíritu.

2. No sólo debemos formar a Jesús en nuestro espíritu, pensando en él y contemplándolo en todas las cosas: también lo formaremos en nuestros corazones con el ejercicio frecuente de su divino amor. Elevaremos a menudo, amorosamente, nuestro corazón hacia él y haremos todas nuestras acciones por su amor, consagrándole todos nuestros afectos.

3. Lo formaremos dentro de nosotros por el anonadamiento de nosotros mismos y de todo lo nuestro. Porque si deseamos que Jesús viva y reine en nosotros hay que hacer morir y desaparecer todas las criaturas de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Ya no las amaremos por sí mismas sino en Jesús y a Jesús en ellas, Tenemos que hacer de cuenta que el mundo y cuanto hay en él ha desaparecido y que para nosotros no existe sino Jesús en este mundo; que sólo a él hemos de contemplar, agradar y amar.

Nos esforzaremos también por anonadar nuestro criterio, nuestra voluntad y amor propio, nuestro orgullo y vanidad, nuestras inclinaciones y hábitos desordenados, los deseos e instintos de nuestra naturaleza corrompida y todo lo que nace en nosotros. Porque en nosotros mismos nada hay libre de la depravación del pecado: todo es contrario a Jesucristo, a su gloria y a su amor. Por eso todo debe desaparecer para que Jesucristo viva y reine plenamente en nosotros.

Es éste el principio fundamental y el primer paso en la vida cristiana. Es lo que la Palabra santa y los santos Padres llaman perderse a sí mismo, morir a sí mismo, renunciar a sí mismo. Y ésta debe ser una de nuestras preocupaciones principales, uno de los principales ejercicios que debemos realizar mediante la abnegación, la humildad, la mortificación interior y exterior, como medio precioso para formar a Jesús

en nosotros.

4. Pero como la gran tarea de formar a Jesús en nosotros supera excesivamente nuestras fuerzas, debemos acudir, ante todo, al poder de la gracia divina y a la intercesión de la Virgen y de los santos.

Roguemos, pues, con insistencia a la Virgen, a los ángeles y a los santos que nos ayuden con sus oraciones. Entreguémonos al poder de] eterno Padre y al amor ardiente que tiene a su Hijo; entreguémonos también a su Espíritu Santo y supliquémosle que nos aniquile enteramente para que Jesús viva y reine en nosotros.

Anonadémonos a menudo a los pies de Jesús y supliquémosle, por el gran amor con que se anonadó a sí mismo que emplee su divino poder para aniquilarnos y para establecerse en nosotros. Digámosle con este fin:

Oh buen Jesús, te adoro en aquel anonadamiento de que nos habla tu apóstol citando nos dice: se *anonadó a sí mismo* (Fp 2,7). Adoro tu inmenso y poderoso amor que te condujo a ello. Me entrego y me abandono al poder de ese amor para que me aniquiles totalmente. Emplea, oh Jesús, tu poder y tu bondad infinita para vivir en mí y destruir mi amor propio, mi voluntad propia y mi espíritu, mi orgullo y todas mis pasiones, sentimientos, inclinaciones para que reinen en mí tu santo amor, tu voluntad, tu espíritu, tu profunda humildad y todas tus virtudes, sentimientos e inclinaciones.

Elimina también en mí todas las criaturas y destrúyeme en el espíritu y en el corazón de todas ellas y ponte tú mismo en su lugar y en el mío, para que una vez instalado tú en todas las cosas, no se vea, ni aprecie, ni desee, ni busque, ni ame nada fuera de ti, no hable sino de ti, no actúe sino por ti. De esa manera lo serás todo y lo harás todo en todos, y serás tú quien ames y glorifiques a tu Padre en nosotros y para nosotros, con un amor y una gloria dignos de él y de ti.

XLII. Cómo usar bien de los consuelos espirituales

La vida terrena del Hijo de Dios estuvo repartida en dos estados contrarios: el uno de consuelo y de alegría, el otro de aflicción y sufrimiento. En la parte superior de su ser gozaba de todos los contentos divinos, en la parte inferior de su alma y en su cuerpo conoció toda clase de amarguras y tormentos. De igual manera la vida de sus servidores y miembros, por ser continuación e imitación de la suya, se halla siempre mezclada de gozo y de tristeza, de consuelos y aflicciones. Y así como el Hijo de Dios usó divinamente de esos dos estados opuestos, y en ambos glorificó al Padre eterno, también nosotros en ambos debemos esmerarnos por tributar a Dios la gloria que él pide de nosotros para decir con David: *Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca* (Sal 34, 2) Por eso sugerimos aquí el uso que debemos hacer para ser fieles a Dios y glorificarlo en el tiempo de la alegría y en el tiempo de la tristeza.

Los que han tratado este tema nos enseñan que no debemos atribuir demasiada importancia a los consuelos internos o externos, ni desearlos, ni pedirlos, ni temer perderlos, ni estimamos más que los demás porque tenemos bellos pensamientos, grandes intuiciones, diversos sentimientos o afectos sensibles de devoción, o ternuras, lágrimas o cosas semejantes. Porque no estamos en este mundo para gozar sino Para sufrir. El estado de gozo está reservado para el cielo; el estado de sufrimiento es propio de la tierra, en homenaje a los sufrimientos que soportó el que es Dios de la tierra y del ciclo.

Sin embargo, si a Dios le place darnos consuelos, no debemos rechazarlos ni desdeñarlos, por temor a pecar de orgullo y presunción. Por el contrario, sea que vengan de Dios o de la naturaleza o de otra fuente, nos esforzaremos por hacer buen uso de ellos de manera que todas las cosas sirvan a Dios. Para ello actuaremos de la manera siguiente:

1. Nos humillaremos profundamente ante Dios como indignos de toda gracia y consuelo y pensando que nos trata como a débiles e imperfectos, como a niños tiernos que todavía no pueden recibir manjares sólidos, ni sostenerse sobre sus pies, que necesitan alimentarse de leche y que los lleven en brazos para que no caigan y mueran.

2. No permitiremos que nuestro amor propio se regodee con tales fruiciones y sentimientos espirituales, ni que nuestro espíritu se complazca en ellos: hay que remitirlos a su fuente y devolverlos a quien los ha dado, es decir, a Dios, principio de todo consuelo, el único digno de toda alegría. Le reafirmaremos que no queremos otro gozo que el suyo y que, mediante su gracia, estamos dispuestos a servirlo eternamente por puro amor a él, sin buscar consuelo ni recompensa.

3. Hay que depositar nuestros buenos pensamientos, sentimientos y consuelos en manos de nuestro Señor Jesucristo, rogándole que haga de ellos, en lugar nuestro, el uso que quiere que nosotros hagamos para su gloria; por lo demás haremos que sirvan a Dios despertando en nosotros un amor más ardiente y un servicio más decidido y fiel a quien nos trata tan amorosamente a pesar de haber merecido tantas veces que nos retire sus gracias y nos abandone totalmente.

XLIII. Cómo usar santamente de las arideces y aflicciones espirituales.

La vida de Jesucristo, nuestro Señor, nuestro Padre y nuestra Cabeza, estuvo colmada de trabajos, amarguras y sufrimientos. No sería, pues, razonable que sus hijos y miembros llevaran una vida distinta a la suya. Y nos otorga insigne beneficio cuando nos da lo que tomó para sí mismo y cuando nos considera dignos de beber con él, el cáliz que su Padre le dio con tanto amor y que él nos ofrece con un amor

semejante. Así nos manifiesta principalmente su amor y nos da las señales seguras de que acepta nuestros humildes servicios. De ahí que su apóstol nos diga que *todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones* (1 Tm 3, 12). Por su parte el ángel Rafael dice a Tobías: *que fue enviado para someterlo a prueba* (Tb 12, 13). Y el libro del Eclesiástico: *¡fijo mío, si te llegas a servir al Señor prepárate para la prueba. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo y en los reveses de tu humillación muéstrate paciente. Porque en el fuego se purifica el oro y los que son aceptas a Dios en el horno de la humillación* (Sir 2, 1.3.5). Estas divinas palabras nos enseñan que la verdadera piedad y devoción va siempre acompañada de prueba y de aflicción, sea de parte del mundo o del demonio, sea de parte del mismo Dios que parece a veces retirarse de quienes ama para probar y ejercitar su fidelidad.

No te engañes, pues, imaginando que hay sólo rosas y delicias en los caminos de Dios. Encontrarás en ellos variadas espinas y trabajos. Pero si amas al Señor con fidelidad, su amor cambiará la hiel en miel y la amargura en dulzura. Harás mejor, en cambio, si, mientras estés en esta vida, colocas tu paraíso en las cruces y tribulaciones. Porque en ellas glorificas más a Dios y le demuestras tu amor y en ellas Jesús, tu esposo y tu cabeza, colocó su alegría y su paraíso, hasta llamar al día de su pasión *el día de la alegría de su corazón* (Ct 3,11).

Tal es el uso que debes hacer de tus aflicciones. Por ahora sólo hablaré aquí de las aflicciones interiores y espirituales como las arideces, tristezas, tedios, miedos, desconciertos, cansancios de las cosas de Dios y demás aflicciones del espíritu que sobrevienen a los que sirven a Dios. Porque es muy importante usar bien de ellas Y permanecer fiel a Dios en ese estado. He aquí cual debe ser tu comportamiento:

1. Adora a Jesús en los sufrimientos, privaciones, humillaciones, tristezas y desamparos que tuvo en su alma santa, según sus propias palabras: *Mi alma está colmada de desdichas. Ahora mi alma está turbada. Mi alma está triste hasta la muerte* (Sal88, 4; Jn 12, 27; Mt 26, 38). Adora las divinas disposiciones que tuvo en semejante estado y el buen uso que hizo de él para gloria de su Padre. Entrégate a él para comulgar con sus disposiciones y para usar de tus aflicciones siguiendo su ejemplo. Ofrecele tus penas en honor y unión de las tuyas y para que con las tuyas bendiga y santifique las tuyas. Que repare tus deficiencias y haga de tus penas el uso que hizo de las tuyas para gloria de su Padre.

2. No te entretengas buscando minuciosamente la causa del estado en que te encuentras, ni examinando tus pecados. Humíllate a la vista de tus faltas e infidelidades, en general, y adora la divina justicia ofreciendo tus penas en homenaje a ella, y considerándote indigno de que la ejerza sobre ti.

Debemos reconocer que el menor de nuestros pecados merece que Dios nos abandone por enojo. Y cuando estemos en estado de aridez y de hastío de las cosas de Dios; cuando apenas si podemos pensar en él y orar, sino con mil distracciones, debemos recordar que somos indignos de toda gracia y consuelo; que nuestro Señor nos hace ya un gran favor el permitir que la tierra nos sostenga; que hemos merecido tantas veces estar en peligro de condenación; que por toda la eternidad solo tendríamos palabras blasfemas y horror ante Dios. Es así como hallándonos en ese estado debemos humillarnos ante Dios.

Porque tal es el designio y la voluntad que Dios tiene en esos momentos sobre nosotros: que reconozcamos lo que somos por nosotros mismos, que seamos plenamente conscientes de nuestra nada. Así, cuando nos dé un buen pensamiento o sentimiento de piedad u otra gracia, no podrán apropiárselo nuestro orgullo o nuestro amor propio, para atribuirlo a mérito nuestro, sino que lo atribuiremos únicamente a su

misericordia y colocaremos nuestra confianza solamente en su bondad.

3. Cuídate de dejarte llevar de la tristeza o el desaliento: antes bien alégrate, considerando: 3.1. Que Jesús es siempre Jesús, es decir, siempre Dios, siempre grande y admirable, en continuo estado de gloria y de felicidad que nada puede mermar. *Sabed que el Señor es Dios* (Sal 100, 3), y así dirás: Me basta saber que siempre eres Jesús. Si lo eres siempre para mí, suceda lo que suceda estaré feliz.

3.2. Alégrate de saber que Jesús es tu Dios, que es todo tuyo y que perteneces a tan buen Señor, y recuerda lo que dice David: *Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor* (Sal 144, 15).

3.3. Alégrate porque es entonces cuando podrás servir al Señor con mayor pureza, por puro amor y no por los consuelos que antes te daba. Y para demostrar la fidelidad y pureza de tu amor a él, realiza tus acciones y ejercicios ordinarios con la mayor perfección que te sea posible. Cuanto más sientas en ti frialdad, cobardía y debilidad, más debes acudir al que es tu fuerza y tu todo. Entrégate a él con más intensidad y eleva con mayor frecuencia tu espíritu hacia él. No dejes de hacer a menudo actos de amor a él sin preocuparte si no sientes el fervor y el consuelo habituales. ¿Qué importa que tú no estés contento si Jesús está contento? Acontece con frecuencia que lo que hacemos en estado de aridez y desolación espiritual, por ser más depurado le agrada más que lo hecho con fervor y devoción sensible que de pronto van acompañados de amor propio.

Finalmente, no te desalientes por las faltas y cobardías que cometas en ese estado. Pero humíllate ante nuestro Señor y ruégale que las repare por su misericordia. Confía en su bondad que así lo hará. Sobre todo conserva siempre en ti el propósito firme de que, suceda lo que suceda, lo servirás y amarás perfectamente y le serás fiel hasta el último instante de tu vida, contando con su inmensa misericordia.

XLIV. La cumbre de la santidad es el martirio.

La cima, la perfección y culminación de la vida cristiana es el martirio. la gracia del martirio es el milagro más insigne que Dios realiza en los cristianos. Padecerlo es la ofrenda más sublime que ellos pueden hacerle a Dios. Es el favor más señalado que hace Jesucristo a los que ama: asemejarlos a él en su vida y en su muerte; hacerlos dignos de morir por él, como Cristo murió por su Padre y por ellos. En los mártires resplandece de preferencia el poder admirable de su divino amor y ante Dios son ellos los más egregios de todos los santos. Los santos más grandes del paraíso como Juan el Bautista y los apóstoles son mártires. Son ellos, los santos de Jesús, a quien pertenecen de manera especial, porque han vivido y muerto como él. A ellos les manifiesta un amor singular y les promete dones inimaginables.

1. Les anuncia, por boca de su Iglesia, que les asignará *un lugar insigne en el Reino de su Padre*¹⁷.
2. Les promete que *les dará a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de su Dios* (Ap 2, 7), es decir de él mismo como lo explican santos doctores. Es como si les dijera: por mí habéis perdido una vida humana y temporal: yo os daré una vida divina y eterna. Porque os haré vivir de mi vida y yo mismo seré vuestra vida por la eternidad.
3. Les declara que *les dará un maná escondido* (Ap 2,17) que es el amor divino que reina perfectamente en el corazón de los santos mártires, que cambia, ya desde esta tierra, la amargura de los suplicios y el infierno de los tormentos en un paraíso de dulzuras y delicias y que los colma en el cielo de goces y contentos eternos e inenarrables, a cambio de las aflicciones padecidas en este mundo.
4. Les asegura que *les dará autoridad sobre las naciones, la*

¹⁷ Común de mártires

misma que él recibió de su Padre tan poderosa, que las podrán quebrantar como el alfarero hace pedazos las piezas de arcilla(Ap 2, 26-28), es decir, que los hará reinar y dominar, como él, sobre el universo, que los establecerá jueces del mundo con él (Sb 3, 8) para juzgar y condenar con él a los impíos en el día del juicio.

5. Les promete que, como Rey de los mártires, los vestirá de sus colores blanco y rojo, colores del Rey de os mártires. Van *vestidos de blanco porque han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero* (Ap 7,14) y *caminarán con el Hijo de Dios vestidos de blanco* (Ap 3, 4-8) y el que *venciere será revestido de vestiduras blancas*, porque el martirio es un bautismo que borra todo pecado, y reviste a los mártires de gloria y de luz inmortal. También van vestidos de rojo por la propia sangre que han derramado, *rubri sanguine fluido* y por el amor ardentísimo que los llevó al holocausto.

6. Les anuncia que *escribirá sobre ellos el nombre de Dios, su Padre, y el nombre dela ciudad de su Dios* (Ap 3, 12). Palabras que el piadoso doctor Ruperto explica diciendo: los consideraré y trataré como si fueran mi padre y mi madre, ya que dijo Jesús: *mi madre es el que hace la voluntad de mi Padre* (Mt 12, 50). Pues bien, en nada se cumple mejor la voluntad de Dios como en el martirio. Por eso el Hijo de Dios, hablando de su Padre y de sus santos mártires, dice que *ha realizado maravillosamente sus voluntades en ellos* (Sal 16, 3). Además les dice que *escribirá sobre ellos su nuevo nombre* (Ap 3, 12) que es Jesús, porque como los santos mártires imitaron con tanta perfección a Jesús en su vida y en su muerte, en la tierra, se asemejarán también a él tan admirablemente en el cielo que se les llamará "Jesús" y lo serán, en cierta manera, por la semejanza perfecta con él y la maravillosa transformación en él.

7. Les promete que los *hará sentar con él en su trono como él se ha sentado con su Padre en su trono* (Ap 3,21). La santa Iglesia, en la fiesta de cada mártir, nos presenta a

Cristo hablando así a su Padre: *Quiero Padre, que donde yo estoy esté también mi servidor*¹⁸, es decir que él more y descanse conmigo en tu regazo y en tu corazón paternal.

Sé muy bien que la mayor parte de las promesas que se hacen a los mártires se dirigen también a los demás santos; sin embargo, se aplican de preferencia a los mártires que llevan su sello e impronta y a quienes por ser los santos de Jesús, él ama con especial amor y colma de extraordinarios privilegios.

¡Oh bondad, oh amor desbordante de la bondad de Jesús para sus santos mártires! Qué felices son, oh Jesús, los que son tan amados de ti y que te devuelven tu amor con amor. Felices los que llevan en sí mismos la imagen perfecta de tu santa vida y de tu amorosa muerte. *Felices los invitados al banquete de las bodas del Cordero* (Ap 9, 19). *Felices los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero* (Ap 22, 14). Felices los que no quieren vida en la tierra sino para dedicarla íntegramente y sacrificarla a la gloria y al amor de tan manso y amabilísimo Cordero. Porque, según el lenguaje del Espíritu Santo, es esta la consumada perfección de toda santidad: porque el hombre no puede hacer nada más grande por su Dios que sacrificarle lo más caro que tiene, a saber su sangre y su vida y morir por él (Jn 15, 13). Y en eso consiste el verdadero y perfecto martirio.

Porque hay diversas clases de mártires y de martirios. En cierta manera son verdaderos mártires a los ojos de Dios, los que se hallan en sincera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor, aunque de hecho no lleguen a morir por él. Son también mártires, según san Cipriano¹⁹, los que están dispuestos a morir antes que ofender a Dios. San Isidoro²⁰ dice que mortificar la carne y las pasiones, resistir a los apetitos desordenados y perseverar así hasta el fin por amor

¹⁸ Común de mártires

¹⁹ Exhortación al martirio 12,6

²⁰ Etimologías I. VII. 11

a nuestro Señor, es un género de martirio. San Gregorio Magno afirma que sufrir con paciencia, con ese mismo fin, las necesidades y miserias de la pobreza o cualquier otra aflicción, soportar con mansedumbre las injurias, calumnias y persecuciones, sin devolver mal por mal, bendiciendo a los que nos maldicen y amando a los que nos odian, es otra suerte de martirio.

Pero el martirio verdadero y perfecto no sólo consiste en sufrir sino en morir. La muerte pertenece a su esencia y naturaleza. Para ser mártir en el sentido en que lo entiende la Iglesia es necesario *m o r i r* y morir por Jesucristo.

Es cierto, sin embargo, que cuando alguien realiza una acción por amor a nuestro Señor o sufre por causa suya, algo que normalmente debía producir la muerte, si Dios interviene milagrosamente para preservarlo de ella, aunque luego viva largo tiempo y finalmente muera de muerte natural, Dios no lo privará de la corona del martirio si persevera hasta el fin en su gracia y en su amor. Así lo demuestran san Juan Evangelista, santa Tecla, la primera mujer que sufrió el martirio por Jesucristo, el presbítero san Félix de Nola y otros que la Iglesia venera como verdaderos mártires aunque no murieron a manos de los tiranos y en medio de los tormentos que padecieron por nuestro Señor. Vivieron largo tiempo después y murieron de muerte común y ordinaria, preservados, por poder divino extraordinario, de la muerte que estuvieron prestos a sufrir por Jesucristo.

Pero fuera de esos casos en los que se suspende milagrosamente el efecto de la muerte, para ser verdadero mártir es preciso morir y morir por Jesucristo. Es decir, morir por su persona o por el honor de alguno de sus misterios o sacramentos, o en defensa de su Iglesia o por sostener alguna verdad enseñada por él o alguna virtud por él practicada, o por evitar algún pecado, o por amar a Cristo con tal fervor que nos haga morir la violencia de su amor o por ejecutar alguna acción que redunde en su gloria.

En efecto, el doctor Angélico nos asegura que toda acción aunque sea humana y natural, si la referimos a la gloria de Dios y la ejecutamos por su amor, nos hace mártires si llega a ser causa de nuestra muerte²¹

Por eso te aconsejo y exhorto que al comenzar tus acciones eleves tu corazón a Jesús para ofrecérselas y reafirmarle que quieres ejecutarlas por su amor y su gloria. Porque si, por ejemplo, por asistir corporal o espiritualmente a un enfermo, te sobreviene un mal que sea causa de muerte, si realizaste esa acción Por amor a nuestro Señor, serás considerado por él como mártir y tendrás parte en la gloria de los santos mártires. Y con mayor razón si lo amas con tal vehemencia que el esfuerzo y la intensidad del amor sagrado acaban con tu vida corporal. Porque esa muerte es un martirio eminente, el más noble y santo de todos los martirios. Es el martirio de la Madre de amor, la santa Virgen, de san José, de san Juan Evangelista, de santa Magdalena, de santa Teresa, de santa Catalina de Génova y de muchos otros santos y santas. Ese fue también el martirio de Jesús que murió no solamente en amor y por amor sino también por el exceso y la violencia de

XLV. Todos los cristianos deben ser mártires y vivir en el espíritu del martirio.

Todo cristiano, de cualquier estado y condición, debe estar preparado para sufrir el martirio por Jesucristo, nuestro Señor, y está obligado a vivir en disposición y espíritu de martirio, por múltiples razones:

1. Porque los cristianos pertenecen a Jesucristo por infinidad de títulos. Así como deben vivir únicamente para él, así están obligados a morir por él, conforme a las palabras de san Pablo: *Ninguno de nosotros vive para sí, ni ninguno muere para sí: si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor: o sea, que en vida o en muerte*

²¹ S. Th. 2,2, q. 124, ad 3

somos del Señor. Para eso murió Cristo y resucitó para ser el Señor de vivos y muertos (Ro 14, 7-9).

2. Porque Dios nos dio el ser y la vida sólo para su gloria. Estamos, pues, obligados a darle gloria en la manera más perfecta posible, es a saber, sacrificándonos en homenaje a su vida y ser supremos, para testimoniarle que solo él es digno de existir y de vivir y que toda otra vida debe inmolarse y aniquilarse ante su vida soberana e inmortal.

3. Dios nos ordena amarlo con todo nuestro corazón, con toda el alma y todas nuestras fuerzas, es decir, con el amor más perfecto. Para amarlo de esa manera debemos amarlo hasta derramar nuestra sangre y entregar la vida por él. Porque esa es la cumbre del amor como dice el Hijo de Dios: *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos (Jn 15, 13).*

4. Como nuestro Señor Jesucristo sintió, desde el primer instante de su Encarnación, un deseo y sed ardientes de derramar su sangre y dar la vida por la gloria de su Padre y por nuestro amor, pero no podía realizarlo por no haber llegado aún la hora señalada por el Padre, escogió a los santos Inocentes para realizar en ellos ese deseo, muriendo en cierta manera en ellos. De igual manera, después de su resurrección y ascensión al cielo ha conservado ese deseo de sufrir y morir por la gloria de su Padre y por nuestro amor. Y al no poder hacerlo por sí mismo, en cierto modo, quiere sufrir y morir en sus miembros. Busca por doquier personas en que pueda realizar ese deseo. Si tenemos algún celo por dar satisfacción a los deseos de Jesús, debemos ofrecernos a él para que, en nosotros, desaltere, si podemos hablar así, esa sed ardiente y cumpla su deseo inmenso de derramar su sangre y de entregar su vida por el amor de su Padre.

5. En el bautismo hicimos profesión de adherir a Jesucristo, de seguirlo e imitarlo, y por lo mismo de ser hostias y víctimas consagradas y sacrificadas a su gloria. Lo cual implica imitarlo en su muerte tanto como en su vida y estar

dispuestos a sacrificarle nuestra vida y todo lo nuestro, según la santa Palabra: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza* (Sal 44, 23).

6. Si Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, así como debernos vivir de su vida también estamos obligados a morir de su muerte, según la palabra de san Pablo: *Llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús... y nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal* (2 Co 4, 10-11).

7. Pero la razón más poderosa y apremiante que nos obliga al martirio es el martirio cruento y la muerte dolorosísima que Jesucristo, nuestro Señor, padeció en la cruz por nuestro amor.

Nuestro Salvador no se contentó con emplear toda su vida por nosotros: quiso también morir por nosotros de la muerte más cruel e ignominiosa. Entregó una vida de la cual un solo instante vale más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y estaría dispuesto a entregarla mil veces más. En efecto, se encuentra continuamente sobre nuestros altares en calidad de hostia y de víctima y allí es y será inmolado todos los días y a toda hora, cuantas veces se celebre el sacrificio incruento y sin dolor del altar, hasta el fin del mundo. Así nos manifiesta que está dispuesto, si fuere necesario, a ser sacrificado otras tantas veces por amor nuestro con un sacrificio cruento y doloroso como el de la cruz.

No me extraña que ante ese amor inmenso de Jesús, decenas y centenas de miles de mártires hayan derramado su sangre y entregado la vida por Jesucristo. Y es que, si Jesucristo ha muerto por todos los hombres, también todos los hombres deberían morir por él. No me extraña, repito, que los santos mártires y todos aquellos a quienes Jesús ha dado a conocer y gustar los santos ardores de ese divino amor que

lo clavó en la cruz, sientan tan ardiente sed y tan vehemente deseo de sufrir y de morir por amor a él. No me extraña que muchos hayan padecido atroces tormentos con tanta alegría que primero se cansaban los verdugos de atormentarlos que ellos de soportar los tormentos y que tanta crueldad ejercida contra ellos les parecía insignificante comparada con el deseo insaciable que tenían de sufrir por Jesucristo.

Lo que sí me extraña es el vemos ahora tan fríos para amar a tan amable Salvador, tan cobardes para sufrir las menores molestias, tan apegados a esta vida mezquina y miserable y tan distantes de quererla sacrificar por aquél que sacrificó por nosotros su vida tan digna y preciosa.

¿No es, acaso, una inconsecuencia llamarse cristiano, adorar a un Dios crucificado, agonizante en una cruz, que por nosotros entrega una vida tan noble y excelente, que se sacrifica cada día ante nuestros ojos, sobre nuestros altares, con el mismo fin, y no estar dispuestos a sacrificarle lo más caro que tenemos en el mundo y aún nuestra vida que le pertenece además por tantos títulos? Ciertamente no somos verdaderos cristianos sino tenemos esta disposición. Por eso repito lo que es obvio para quienes consideren atentamente estas verdades: que todos los cristianos deben ser mártires, si no de hecho, al menos por disposición y voluntad.

Porque si no quieres ser mártir de Jesucristo, lo serás de Satanás. Mira a cuál de los dos prefieres. Si vives bajo la tiranía del pecado, serás mártir de tu amor propio y de tus pasiones y, por lo mismo, mártir del mismo diablo. Pero si deseas ser mártir de Jesucristo trata de vivir en el espíritu del martirio. ¿Cuál es este espíritu?

1. Es un espíritu de fortaleza y perseverancia que no se deja convencer ni vencer por promesas ni por amenazas, por halagos o por rigores y que sólo teme a Dios y al pecado.
2. Es un espíritu de profunda humildad que detesta la vanidad y la gloria del mundo y ama los desprecios y humillaciones.
3. Es un espíritu de desconfianza de sí mismo y de firme

confianza en nuestro Señor Jesús, como en aquél que es nuestra fuerza y por cuya virtud todo lo podemos.

4. Es un espíritu de total desprendimiento del mundo y de las cosas del mundo. Porque los que han de sacrificar su vida a Dios deben sacrificarle con ella todo lo demás.

5. Es un espíritu de amor ardiente a nuestro Señor Jesucristo que conduce a los que están animados por él a hacerlo y sufrirlo todo por el amor de aquél que todo lo hizo y sufrió por ellos. Ese espíritu los posee y embriaga de tal manera que consideran, buscan y desean, por amor a Cristo, las mortificaciones y sufrimientos como un paraíso y evitan y detestan los placeres y deleites de este mundo como un infierno.

Tal es el espíritu del martirio. Suplica a nuestro Señor, Rey de los mártires, que te lo comunique. Suplica también a la Reina de los mártires y a todos los mártires que con sus oraciones te alcancen del Hijo de Dios ese mismo espíritu. Ten devoción especial a los santos mártires, y ora también a Dios por cuantos han de padecer el martirio para que les conceda la gracia y el espíritu del martirio. Ora de manera especial por los que habrán de sufrir en tiempo de la persecución del Anticristo que habrá de ser la más cruel de todas las persecuciones.

Finalmente, procura imprimir en ti, por vía de imitación, una perfecta imagen de la vida de los santos mártires y sobre todo de Jesús y María, Rey y Reina de los Mártires, para que te hagan digno de asemejarte a ellos en su muerte.

TERCERA PARTE

Hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros a lo largo del año

I. Comenzar el año con Jesús.

El gran apóstol Pablo nos anuncia que Jesucristo murió por todos *para que los que viven ya no vivan para sí mismos, si no para el que murió y resucitó por ellos* (2 Co 5, 15) *y que murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él* (1 Ts 5, 10). El mismo Jesucristo nos asegura que sus *delicias son estar con nosotros* (Prov 8, 31).

Por eso, para no privarlo de su deleite ni del fruto de su santa muerte, debemos colocar nuestra felicidad en conversar con él, en ingeniamos para estar siempre con él, para no perderlo nunca de vista, en tenerlo en mira en todas las cosas, en velar, dormir, vivir y morir con él, en comenzar y terminar con él nuestra vida, nuestros años, meses y días. Diremos en la séptima parte cómo comenzar y terminar nuestra vida en Jesús. Aquí solo propongo la manera de comenzar y terminar cada año de nuestra vida con el mismo Jesús.

Para comenzar cada año de nuestra vida con Jesús hay que recordar de qué manera Jesús comenzó su vida temporal y pasible. Por eso, al principiar cada año, nos pondremos a los pies de Jesús para rendirle nuestros homenajes mediante las prácticas que te ofrezco en forma de elevación para que pueda utilizarlas toda suerte de personas.

II. Elevación a Jesús al comenzar el año

Señor Jesús, te adoro, bendigo y amo en el primer instante de tu vida pasible y mortal.

Adoro los pensamientos, sentimientos y disposiciones y todo lo que entonces sucedió en ti.

Desde ese primer instante tú te vuelves a tu Padre para adorarlo, amarlo y glorificarlo, para dedicarle tu ser y tu vida y para entregarte a él con el fin de hacer y padecer lo que a él

le pluguiere por su gloria y por amor nuestro. En ese mismo instante diriges tu espíritu y tu corazón hacia mí, para pensar en mí, para amarme, formar grandes designios sobre mí y prepararme gracias muy especiales.

Bendito seas por todo ello, oh Jesús; que tus criaturas del ciclo y de la tierra, las potencias de tu divinidad y de tu humanidad te bendigan eternamente.

Me entrego a ti para empezar este año como empezaste tu vida en la tierra y para hacer mías tus santas disposiciones. Te ruego que las imprimas en mí por tu inmensa misericordia.

En honor y unión de ¡a humildad, el amor y demás disposiciones con que adoraste y amaste a tu Padre eterno y te entregaste a él en el primer instante de tu vida, yo también te adoro, amo y glorifico como a mi Dios y mi Salvador, dueño de los tiempos, Rey de los siglos y de los años y que, al precio de su sangre adquiriste los años, días, horas e instantes que he de vivir en la tierra.

Te ofrezco también, oh Jesús, el amor, la gloria y las alabanzas que te tributarán en este año y para siempre, tu Padre eterno, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, tus ángeles, tus santos y todas tus criaturas.

Adoro los designios que tienes sobre mí para este año. No permitas que los obstaculice. Me entrego a ti para realizar y sufrir lo que te plazca con tal de asegurar el cumplimiento de esos designios. Y en honor y unión del amor con que aceptaste, desde el instante de tu Encarnación los sufrimientos que ibas a padecer en tu vida, acepto desde ahora, por amor a ti, las penas del cuerpo y del espíritu que tendré que soportar en este año y en toda mi vida.

Llegará un año, Salvador mío, que será el último de mi vida y es posible que sea el que hoy comienza. ¡Si estuviere seguro de ello, con cuánto cuidado y fervor lo emplearía en tu servicio! Pero, sea lo que fuere, quiero considerar este año como si fuera el último, y deseo vivirlo como si no tuviera más

tiempo para amarte y glorificarte en este mundo y para reparar las ofensas que he cometido en mi vida pasada contra tu santo amor. Te ruego, oh Jesús, que me concedas para ello las gracias necesarias.

III. Elevación a la santa Virgen

Virgen santa, Madre de mi Dios y Salvador. Te venero en el primer momento de tu vida, con las disposiciones de tu alma y con todo lo que entonces se realizó en ti.

Desde ese momento empezaste a amar y glorificar a Dios y acrecentaste cada día ese amor y glorificación hasta el último instante de tu vida. Mientras que yo, después de tantos años de vivir en este mundo, no he empezado a amarlo y servirlo como es debido.

Ruega a tu Hijo, Madre de misericordia, que tenga misericordia de mí. Repara tú mis deficiencias y, para ello, dignate ofrecer por mí el amor y la gloria que le has tributado siempre. Hazme participar del amor que le tienes y de tu fidelidad en ese amor y ruégale que me conceda la gracia de que por lo menos ahora empiece a amarlo perfectamente. Que todo lo que me suceda en este año y en toda mi vida esté consagrado a su gloria y a tu honor.

Ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, rogad a Jesús por mí; que me conceda gracia renovada y un amor nuevo a él para emplear toda mi vida únicamente al servicio de su gloria y de su puro amor.

DEVOCIÓN A LOS MISTERIOS DEI SEÑOR

IV. Nuestra obligación de honrar los estados y misterios de Jesús

Tenemos innumerables y poderosas obligaciones de honrar y de amar a Jesús en sí mismo y en todos En primer

lugar te diré que así como debemos continuar y completar en nosotros la vida, virtudes y acciones de Jesús en la tierra, también debemos continuar y completar los estados y misterios de Jesús y rogarle a menudo que los consuma y complete en nosotros y en toda su Iglesia.

Porque es una verdad digna de frecuente consideración que los misterios de Jesús no han llegado todavía a su entera perfección y plenitud. Aunque perfectos y consumados en la persona de Jesús, aún no se han cumplido y perfeccionado en nosotros, sus miembros, ni en su Iglesia que es su Cuerpo místico.

El Hijo de Dios, en efecto, tiene el designio de hacernos participar, por extensión y continuación en nosotros y en toda la Iglesia, del misterio de su encarnación, de su nacimiento, de su infancia, de su vida oculta y laboriosa en la convivencia con los hombres, de su pasión, de su muerte y de sus demás misterios, por las gracias que quiere comunicarnos y por los frutos que quiere producir en nosotros por esos misterios.

Por esta razón san Pablo dice que Jesucristo se *completa en su Iglesia* (Ef 1, 22-23) y que *todos nosotros concurriríamos a su perfección y a la edad de su plenitud* (Ef 4, 13), es decir a la edad que tiene en su cuerpo místico que es la Iglesia, y que no será cabal sino en el día de] juicio final. Y en otro lugar el mismo apóstol habla de la misma *plenitud de Dios que se realiza en nosotros y del crecimiento y aumento de Dios en nosotros* (Col 2,9). Dice también que *completa en su cuerpo la pasión de Jesucristo* (Col 1, 24). Pues bien, lo que dice del misterio de la pasión se aplica también a la plenitud de los demás estados y misterios de Jesús.

El Hijo de Dios tiene el designio de completar en nosotros el estado de la vida divina que ha tenido desde toda eternidad en el seno de su Padre y para ello imprime en nosotros una participación de esa vida al hacernos vivir con él de una vida pura y divina.

Tiene el designio de completar en nosotros el estado de

su vida pasible y mortal haciéndonos vivir en la tierra, mediante su gracia, de una vida que sea imitación y homenaje de la suya.

Quiere consumir en nosotros el misterio de su encarnación, de su nacimiento, de su vida oculta, formándose y como encarnándose dentro de nosotros y naciendo en nuestras almas por los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía y haciéndonos vivir con una vida espiritual e interior, escondida con él, en Dios.

Quiere perfeccionar en nosotros el misterio de su pasión, de su muerte y resurrección, haciéndonos sufrir, morir y resucitar con él y en él. Quiere realizar en nosotros el estado de su vida gloriosa e inmortal en el cielo haciendo que la vivamos en él y con él cuando estemos en el cielo. Y así quiere consumir y realizar en nosotros y en su Iglesia, por comunicación y participación, sus demás estados y misterios. Este designio del Hijo de Dios sólo quedará completo en el día del juicio. Porque así como los santos sólo se pueden declarar plenamente realizados en la consumación del tiempo que Dios ha destinado a los hombres para su santificación, así también los misterios de Jesús sólo serán consumados al final de los tiempos.

Ahora bien, la vida en la tierra sólo se nos concede para realizar en ella los grandes designios que Jesús tiene sobre nosotros. Por eso debemos emplear nuestro tiempo, nuestros días y años en colaborar con Jesús en esa tarea divina de completar sus misterios en nosotros. A ello debemos cooperar mediante buenas obras y oraciones y con la aplicación frecuente de nuestro espíritu y de nuestro corazón para contemplar, adorar y honrar los estados y misterios de Jesús en los diferentes tiempos del año y dándonos a él para que por esos misterios realice en nosotros su designio, únicamente por su gloria.

V. Otros motivos para honrar en cada año los estados y misterios de Jesús

Además de la razón anterior quiero añadir otras cuatro muy poderosas para honrar los estados y misterios de la vida de Jesús.

1. Porque según la enseñanza de san Pablo debemos *imitar a Dios como hijos muy amados* (Ef 5, 1). Pues bien, el Padre celestial se halla continuamente ocupado en contemplar, glorificar y amar a su Hijo Jesús y en hacerlo amar y glorificar en sí mismo y en sus estados y misterios,
2. Porque debemos amar y honrar singularmente todo cuanto conduce al amor y gloria de Dios. Pues bien, todo cuanto hay en Jesús tributa a Dios gloria infinita. Por eso debemos honrar infinitamente si fuera posible, los estados y misterios y hasta los menores detalles de Jesús. Y estamos mucho más obligados a honrarlos y a agradecer al Hijo de Dios la gloria que con ellos tributó a su Padre que por las gracias y la salvación que con esos estados y misterios nos adquirió porque los intereses de Dios deben sernos infinitamente más caros que los nuestros.
3. Porque la santa Iglesia, o mejor el Espíritu Santo que habla por ella, nos invita continuamente a adorar y glorificar los diversos estados y misterios de Jesús. Así al comienzo, al final, en medio y en las partes principales de la Misa, como en el *Gloria in excelsis* en el símbolo, como también en el Oficio Divino, que recitamos todos los días, el Espíritu Santo coloca sin cesar ante nuestros ojos los diversos estados y misterios de la vida de Jesús. Y ello para que sean objeto de nuestra contemplación, y de nuestra adoración y el tema de nuestros ejercicios de piedad; para que sean el pan cotidiano y el alimento ordinario de nuestras almas que no deben vivir sino de la fe, de la consideración y del amor hacia los misterios de Dios y de Jesucristo, según palabra de la carta a los Hebreos: *El justo vive de la fe* (Heb 10, 38).

4. Tenemos obligación muy especial de honrar todo lo que se halla en Jesús, porque una grandeza infinita *merece honor* infinito. Jesús es el grande entre los grandes, la grandeza misma, infinita e incomprensible. Y todo lo que él encierra en su divinidad y humanidad, todos sus estados y misterios y hasta las cosas mínimas que le han sucedido llevan consigo grandeza y maravillas infinitas.

Empero, pocos conocen, meditan y honran cosas tan grandes, dignas y santas, aún aquellos que se dicen Hijos de Jesús, que llevan su nombre y que sólo están en la tierra para conocerlo y adorarlo en su vida y sus misterios. Sin embargo ellos no pueden tener verdadera vida sino en ese amoroso conocimiento: *Esta es la vida eterna que te conozcan a ti como único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo* (Jn 17, 3).

En esto consiste la vida dichosa del cielo. Y en esto está la verdadera vida en la tierra: conocer, amar y honrar la vida, los estados y misterios de Jesús.

Sobre este punto seremos examinados en la hora de la muerte. El reproche mayor que recibiremos será por la escasa aplicación, consideración y honor debidos a la vida y a los misterios de Jesús. El Hijo de Dios al juzgar al mundo, al final de los siglos, hará rendir, con el poder de su justicia, a la faz del cielo y de la tierra, el honor que todas las criaturas y aún sus enemigos deben tributar a todos sus misterios. Por eso hay infierno. Para que los que no honraron en la tierra los misterios de Jesús, de amor y voluntad, los honren en el infierno por obligación y fuerza, como efectos de la justicia de Dios en ellos.

Y para no ser del número de los desdichados que en el infierno deberán honrar, por la fuerza de la justicia, los misterios de Jesús que no honraron con amor y voluntad, nuestra preocupación y devoción principal será contemplar y honrar los diversos estados y misterios de Jesús. Debemos tener predilección por las fiestas de Jesús que ocurren en el

curso del año, y por las fiestas de su santa Madre, por encima de las demás. Y debemos disponer de tal manera nuestro tiempo y Nuestros ejercicios de piedad que honremos toda la vida de Jesús con sus estados y misterios a lo largo de cada año. Para lo cual Le sugiero el orden siguiente:

VI. Como honrar los misterios de Jesús en el curso del año

Comenzando por el primero de los estados de Jesús que es el de su vida divina en el seno de su Padre desde toda la eternidad, antes de honrarlo en su vida en el seno de la Virgen, en la plenitud de los tiempos, lo honraremos en el tiempo que precede al adviento, en los meses de octubre y noviembre.

Sin embargo, las dos últimas semanas de noviembre las reservo para honrar la vida que tuvo Jesús en la tierra desde la creación del mundo hasta la encarnación del autor del mundo. Porque durante ese tiempo vivía, en cierta manera, en los espíritus y corazones de los ángeles del cielo y de los patriarcas, profetas y justos de la tierra. Ellos sabían de su futura venida al mundo, lo amaban, lo deseaban, lo esperaban y lo pedían incesantemente a Dios. Vivía igualmente en los espíritus de los santos Padres que se hallaban en el limbo. Vivía también en el estado de la ley mosaica que sólo era anuncio y figura suya y que preparaba al mundo para que creyera en él y lo acogiera a su llegada.

En el tiempo de adviento honraremos el misterio de la encarnación y de la vida de Jesús en María durante nueve meses.

Desde navidad a la purificación honraremos la santa infancia de Jesús y los misterios en ella incluidos, según los diversos tiempos en que la Iglesia los propone a nuestra veneración. Tales son el misterio de su nacimiento, de su residencia en el establo de Belén, de su circuncisión, de su

Epifanía, de su presentación en el templo, de su huida y residencia en Egipto, de su regreso de Egipto a Nazaret, de los viajes al templo de Jerusalén con su santa Madre y san José, de su pérdida en el templo y de su reunión con los doctores cuando tuvo doce años.

Desde la purificación hasta el miércoles de ceniza honraremos la vida escondida, y laboriosa de Jesús con su santa Madre y san José hasta la edad de treinta años.

Desde el miércoles de ceniza hasta el primer domingo de cuaresma, el bautismo de Jesús en el Jordán y la manifestación que de él hace la voz del Padre: *Este es mi Hijo amadísimo en quien en tengo mis complacencias* (Mt 3,17) y del Espíritu Santo que baja sobre él en forma de paloma, junto con el testimonio que sobre él da Juan el Bautista.

En la primera semana de cuaresma honramos la vida solitaria de Jesús en el desierto.

En la segunda, su vida pública y de trato con los hombres, desde la edad de treinta años hasta su muerte. Sin embargo, como una semana es un tiempo demasiado corto para honrar el estado de la vida pública de Jesús le dedicaremos otro espacio de tiempo después de la fiesta del Santísimo Sacramento.

En las otras cuatro semanas de cuaresma honraremos la vida penitente de Jesús. En la primera de ellas rendiremos homenaje a las humillaciones interiores y exteriores de la vida de Jesús; en la segunda sus privaciones exteriores e interiores; en la tercera sus sufrimientos corporales y en la cuarta los sufrimientos de su espíritu.

El jueves santo honraremos la institución de la Eucaristía de Jesús y el lavatorio de los pies de sus apóstoles.

Desde el viernes santo hasta el domingo de la resurrección adoraremos a Jesús en sus dolores, en su agonía, su cruz, su muerte, su descenso al lugar de los muertos y su sepultura.

El domingo de pascua honraremos la resurrección de Jesús y su entrada en la vida gloriosa: lo mismo haremos todos los domingos del año que están consagrados a honrar la santa resurrección.

Desde pascua a la ascensión honraremos la vida gloriosa de Jesús Y el tiempo que pasó en la tierra después de su resurrección.

Desde la ascensión a pentecostés todos los domingos honraremos la vida gloriosa de Jesús en el cielo desde su ascensión.

Desde pentecostés hasta la fiesta de la santísima Trinidad honraremos el envío del Espíritu Santo de Jesús y las grandezas, cualidades y misterios de ese divino Espíritu.

En la fiesta de la santísima Trinidad adoraremos la vida de la Trinidad en Jesús y la vida de Jesús en la Trinidad, la cual debemos honrar también cada domingo del año. Porque el domingo está consagrado a honrar el misterio de la santísima Trinidad y el misterio de la resurrección y el estado de la vida gloriosa de Jesús.

Los tres días que siguen a la fiesta de la santísima Trinidad los dedicaremos a honrar las tres divinas personas: el lunes al Padre, el martes al Hijo y el miércoles al Espíritu Santo.

Durante la octava del Santísimo Sacramento y todos los jueves honraremos el estado y la vida de Jesús en la santa Eucaristía.

El tiempo entre la octava del Santísimo Sacramento hasta agosto se repartirá en dos partes iguales: la primera se dedicará a honrar la vida pública y la convivencia de Jesús entre los hombres, que no tuvo suficiente tiempo en cuaresma. La segunda a honrar el misterio de la segunda venida de Jesús y del juicio universal que durante el mes de agosto honraremos las cuatro cosas principales que se encierran en la persona de Jesús:

1. Su divinidad o esencia divina que le es común con el Padre y el Espíritu Santo y por la cual es Dios como ellos, infinito, incomprensible, eterno, inmortal, omnipotente, sabio, bueno, y poseedor de las demás perfecciones del ser divino.

2. Su persona divina que le es propia y particular: por ella es el Hijo de Dios, el Verbo, la imagen y el esplendor del Padre y el divino ejemplar según el cual el Padre creó todas las cosas.

3. Su alma santa con todas sus facultades, memoria, entendimiento y voluntad.

4. Su sagrado cuerpo con todos los miembros, sentimientos y partes de su cuerpo deificado. Entre ellos honrarás particularmente su preciosa sangre y su corazón divino. Durante el mes de septiembre honraremos los siete estados y señoríos de Jesús:

1. El estado y el señorío de Jesús sobre el mundo natural en sus cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego y demás cosas de la naturaleza.

2. El estado y el señorío de Jesús sobre el mundo espiritual y místico, es decir en la Iglesia militante.

3. El estado y el señorío de Jesús en la muerte, en la cual honramos su soberanía, su justicia, su eternidad, su muerte y su vida inmortal.

4. El estado y el señorío de Jesús en el juicio particular que ejerce todos los días y a cada hora sobre las almas que salen de este mundo y en el cual honrarnos su justicia, su equidad, su verdad, su poder y su divina majestad.

5. El estado y señorío de Jesús en la Iglesia que sufre, es decir en el purgatorio, donde se glorifican continuamente su divina voluntad, su justicia, su bondad y sus sufrimientos.

6. El estado y el señorío de Jesús en el infierno, donde en forma terrible y admirable se honran sus divinas perfecciones y todos sus misterios.

7. El estado y el señorío sobre la Iglesia triunfante en el cielo.

Esos son los siete estados y señoríos de Jesús que

podemos honrar durante el mes de septiembre. Los llamo así porque en esos lugares y cosas Jesús reina y triunfa, llenándolos de su gloria, de su poder, de su presencia y En las fiestas de la santa Virgen y en los sábados del año, honraremos la vida de Jesús en ella y todas las maravillas y misterios con que la ha favorecido.

En las fiestas de los ángeles y de los santos, en el curso del año, honraremos la vida de Jesús en ellos.

De esa manera nada que sea de Jesús quedará sin nuestro homenaje especial. Pensaremos en él y lo honraremos en todos los lugares, tiempos y cosas. Por lo mismo en el curso del año debemos honrar todos sus estados y misterios. Y para facilitarte este cometido, esperando que Dios me dé el tiempo y la gracia de terminar otro libro que tengo comenzado en el que hablo más ampliamente de todos los estados y misterios de Jesús²² te propongo los temas principales que hemos de considerar y honrar en cada estado y misterio de Jesús y la manera de hacerlo.

Pero antes quiero decirte que así como estamos obligados a tener devoción especial a algunos ángeles y a algunos santos, a quienes debemos especial honor en toda nuestra vida; y que así como es bueno escoger cada año alguno de los órdenes de los ángeles y de los santos para honrarlos particularmente en el curso del año, con mayor razón, luego de haberlo pedido especialmente a Dios y haber invocado al Espíritu Santo, y con el parecer de nuestros directores, debemos escoger cada año, para honrarlo especialmente a lo largo de la vida,, algún estado o misterio de Jesús. Es recomendable también escoger uno cada año en el día de la Ascensión del Hijo de Dios, para rendirle honor especial en el curso del año, según el modo que será propuesto en seguida para honrar los misterios de Jesús.

²² Probablemente su libro *Todo Jesús* dividido en doce libros. Esta obra está perdida.

VII. Lo que debemos honrar en cada misterio de Jesús

Cada misterio de la vida de Jesús encierra infinidad de maravillas. Pero hay siete principales que debemos considerar y honrar porque te darán gran luz, apertura y facilidad para ocuparte de los misterios de Jesús.

La primera es el cuerpo o exterior del misterio. Por ejemplo, lo que sucedió exteriormente en el nacimiento de Jesús, como la desnudez, la pobreza, el frío, la impotencia y pequeñez, los pañales, el tiempo que pasó en el pesebre, sobre el heno, entre el asno y el buey, sus lágrimas y vagidos infantiles, los movimientos de sus pies y manos, el primer uso de sus ojos, de su boca y demás sentidos, el descanso en el seno de su Madre y el alimento que de ella tomó, los besos y caricias que recibió de ella y de san José, la visita de los pastores y todo lo que sucedió en el pesebre y en la noche del nacimiento del Hijo de Dios.

De igual manera lo que sucedió exteriormente en el misterio de la encarnación, de la circuncisión, de la presentación en el templo, de la huida a Egipto, de la pasión y de todos los demás estados y misterios. Las palabras, hechos y padecimientos exteriores, de parte del Hijo de Dios o de los personajes angélicos y humanos presentes en los misterios de Jesús.

Y si el Hijo de Dios se da el trabajo de aplicar su espíritu a contar nuestros pasos y los cabellos de nuestra cabeza (Jb 14, 16; Mt 10, 30), de anotar en su Corazón y conservar en sus tesoros las más pequeñas acciones que hacemos por él para honrarlas eternamente en el cielo, ¿cómo no hemos de considerar, adorar y glorificar con sumo cuidado los más mínimos detalles de su vida y sus misterios? Porque todo lo suyo es grande y admirable y merece honor y adoración infinitos.

La segunda es el espíritu o interior del misterio. Es decir,

la virtud, el poder y la gracia propios de cada uno de ellos; como también los pensamientos, intenciones, afectos, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores que lo acompañaron. En una palabra, lo que sucedió en el espíritu, en el corazón, en el alma santa de Jesús cuando realizaba ese misterio y en los espíritus y corazones de quienes participaron en ellos.

Por ejemplo, lo que tuvo lugar interiormente en la encarnación, en el nacimiento, en la pasión y demás misterios del Hijo de Dios: los pensamientos de su espíritu, los afectos y sentimientos de su Corazón las disposiciones de humildad, de caridad, amor, sumisión, mansedumbre, paciencia y demás virtudes con que realizó sus misterios. Sus ocupaciones interiores en relación con el Padre eterno, consigo mismo, con su Espíritu Santo, con su santa Madre, con sus ángeles y santos, con todos los hombres en general y con cada uno de nosotros en particular, como también el poder, la virtud y el espíritu de gracia que encerró en esos misterios. A todo eso llamo el espíritu, el interior y como el alma del misterio.

Y es ese espíritu lo que ante todo debemos considerar y honrar pues constituye el fondo, la sustancia, la vida y la virtud del misterio. El cuerpo y lo exterior es apenas la corteza, lo accesorio, la apariencia, lo accidental del misterio que es, por lo mismo, pasajero y temporal. En cambio, la virtud interior y el espíritu de gracia que se encierra en cada misterio es permanente y eterno.

Por eso decimos que los misterios de Jesús no son cosa del pasado, sino que son siempre actuales, por su espíritu, su interior, su verdad y su sustancia. Aunque, a decir verdad, también según el cuerpo están presentes ante Dios, en virtud de su eternidad en la que no hay pasado ni futuro, sino que todo está presente a sus ojos.

Lo terrero que debemos honrar en los misterios de Jesús son los frutos que produjo y sigue produciendo mediante cada

uno de ellos. Porque sus Escrituras llaman al Hijo de Dios el *Cordero degollado desde el comienzo del mundo* (Ap 3, 8) porque desde entonces actuaba y sigue actuando sin cesar, mediante su encarnación, su muerte y demás misterios, frutos admirables de gloria, felicidad, luz, gracia, misericordia y justicia en el cielo, en la tierra y en el infierno, sobre los hombres, los ángeles y todas las criaturas.

En cuarto lugar, adoraremos los designios particulares que tiene Jesús en cada uno de sus misterios, como dar gloria a su Padre y a sí mismo, glorificar ese misterio por maneras y caminos que sólo él conoce, santificar las almas y producir otros frutos que ignoramos.

En quinto lugar, consideraremos y honraremos la parte y relación especial que tuvo la santa Virgen en cada misterio de Jesús. Ella, en efecto, tiene mayor parte en los misterios que todos los ángeles y santos juntos y que el mundo entero. Porque el Hijo de Dios obró en ella maravillas más grandes y admirables en cada misterio que en todos ellos. Y ella sola ha tributado a esos misterios más honor que todos los ángeles y santos.

En sexto lugar consideraremos y honraremos la relación y la parte que los santos y santas tuvieron en cada misterio de Jesús porque cada uno tiene sus ángeles y santos propios.

Por ejemplo, los ángeles y los santos del misterio de la encarnación son la santa Virgen, san José, san Gabriel y los santos que han tenido particular devoción a ese misterio.

Los ángeles y los santos del misterio del nacimiento son, además de los anteriores los santos pastores y los santos particularmente devotos de este misterio como san Bernardo y otros muchos.

Entre los ángeles y santos del misterio o estado de la infancia, además de la santa Virgen, san José y san Gabriel que tienen parte en todos los misterios del Hijo de Dios,

contamos a san Juan Bautista, santificado por Jesús niño, a san Zacarías e Isabel, al justo Simeón que lo llevó en brazos en el día de su presentación en el templo, a la profetisa Ana que también se encontraba allí, los santos Reyes, los ángeles y santos de la vida oculta de Jesús, además de la santa Virgen, de san José, san Gabriel y Juan Bautista, son aquellos que él trató durante ese tiempo y los que han llevado una vida escondida y solitaria.

Los ángeles y santos de la vida pública de Jesús son sus apóstoles y discípulos, todos aquellos con quienes trató en ese tiempo, y los ángeles custodios de esos mismos santos.

Los ángeles y santos del misterio de su pasión, de su cruz y de su muerte son, de manera especial, la santa Virgen, san Gabriel, san Juan Evangelista, santa Magdalena, santa Marta, santa María Salomé y demás santas mujeres que estuvieron al pie de su cruz, los santos mártires y los que han tenido especial devoción a este misterio.

Y así todos los estados y misterios de Jesús tienen su ángeles y santos propios. Por su parte, el Hijo de Dios ha producido y sigue produciendo, en cada misterio, frutos más específicos de gracia, de santidad, de luz, de amor y de gloria en los ángeles y santos que tienen relación con él; y ellos a su vez, han tributado y tributarán eternamente en el cielo un homenaje especial a ese misterio.

En séptimo lugar honraremos en los misterios de Jesús la parte singular que nosotros tenemos en ellos. Porque el Hijo de Dios en cada misterio suyo, ha tenido un pensamiento, designio y amor particular para cada uno de nosotros. Ha querido comunicarnos gracias y favores especiales en la tierra y en el cielo.

VIII. Siete maneras de honrar los misterios de Jesús

Ante misterios tan admirables y dignos de honor no omitiremos ninguna acción ni padecimiento para honrarlos y glorificarlos en todas las formas posibles. Aquí te propongo siete maneras de honrarlos:

1. Con pensamientos, consideraciones, afectos, disposiciones y actos interiores de nuestro espíritu y de nuestro corazón que emplearemos en contemplarlos, adorarlos y glorificarlos.
2. Con nuestras palabras, comunicaciones y diálogos familiares que no deberían tener tema distinto que el de Jesús y las virtudes y misterios de su vida, como será nuestro tema exclusivo en el cielo.
3. Con nuestros ejercicios y acciones exteriores de piedad, como decir ¡a santa Misa o participar en ella, comulgar, confesarse u oír confesiones, recitar el Oficio Divino y demás ejercicios ordinarios de devoción. Igualmente con las demás acciones exteriores que hacemos cada día, ofreciéndolas todas a Jesús para honrar el misterio del momento. Dirás, por ejemplo, Oh Jesús, te ofrezco este sacrificio de la Misa o esta comunión, y todo lo que realice en este día, en honor del adorable misterio de la encarnación.
4. Con ejercicios de humildad, de mortificación y penitencia que ofreceremos a Jesús con ese mismo fin.
5. Por imitación, tratando de imprimir en nosotros lo imitable del misterio que queremos honrar. Por ejemplo, en el de su infancia, nos esforzaremos por imitar la sencillez, humildad, mansedumbre, obediencia, pureza e inocencia de ese misterio, y por grabar en nosotros una imagen de la infancia de Jesús. Es una de las formas más perfectas de honrar los misterios de Jesús.
6. Por estado, es decir cuando en forma continua y permanente rinda homenaje a algún estado y misterio de Jesús. Si, por ejemplo, Le encuentras en estado de pobreza interior o exterior, y lo sufres con paciencia y sumisión a Dios,

honrarás con ese estado la pobreza de Jesús a la que él voluntariamente se redujo cuando estuvo en la tierra.

Si por debilidad o enfermedad te ves reducido a un estado de impotencia, si lo sufres con sumisión al querer de Dios y para honrar la impotencia de la infancia de Jesús, honrarás con tu debilidad el estado de impotencia y debilidad del niño Jesús.

Si te hallas en estado de vida retirada y solitaria y, por amor a Dios amas tu soledad, estarás honrando la vida oculta y solitaria de Jesús.

Si te encuentras en estado de cruces, dolores y sufrimientos exteriores e interiores, si los soportas con amor y humildad en honor de las cruces y padecimientos de Jesús, estarás honrando excelentemente el misterio de su Pasión.

7. Debemos honrar los misterios de Jesús mediante el humilde y profundo reconocimiento de nuestra indignidad, incapacidad e impotencia para tributarles el honor que les es debido. Porque nada hay en nosotros que sea digno de honrarlos: al contrario, todo lo que está en nosotros como de nosotros está en oposición a la gloria que deberíamos tributarle. Sólo Jesús es digno de honrarse a sí mismo y sus misterios. Por eso le pediremos que los glorifique él mismo en nosotros.

IX. Otras siete maneras de honrar los misterios de Jesús.

Hemos dicho que una de las maneras de honrar los misterios de Jesús es con las disposiciones y actos interiores. Voy a enumerarte siete que te pueden servir para ocuparte de ellos interiormente con Jesús.

1. Contempla, adora, glorifica y ama a Jesús, en forma general, en el estado del misterio que estás honrando y en sus circunstancias y consecuencias. Luego podrás descender a las

particularidades del misterio y contemplarlo, adorarlo, amarlo y glorificarlo:

- 1.1. en el cuerpo o exterior del mismo;
 - 1.2. en su espíritu o interior;
 - 1.3. en los frutos que ha producido por él;
 - 1.4. en los designios que tiene en cada misterio;
 - 1.5. en la parte que en él ha tenido la santa Virgen;
 - 1.6. en la parte que tienen los ángeles y santos relacionados con ese misterio;
 - 1.7. en la parte que en él tenemos nosotros.
2. Alégrate al contemplar a Jesús tan grande y admirable, tan lleno de amor, de caridad, de santidad y de toda perfección, en el misterio que te ocupa, como también al ver como él ama y glorifica tan dignamente a su Padre, y al ver a Jesús tan magníficamente amado y glorificado por su Padre, por su
3. Bendice y agradece a Jesús por el amor y la gloria que ha tributado y tributará eternamente a su Padre y a sí mismo en cada uno de sus misterios y por las gracias y beneficios que por él nos ha concedido a nosotros y al mundo entero. Darás prioridad a lo primero sobre lo segundo porque el interés de Dios debe sernos más caro que el nuestro propio. Por lo demás, cuando le agradeces a Jesús la gloria que ha tributado a su Padre y a sí mismo en cada misterio, ¡te estás agradeciendo las gracias que te ha concedido, pues todas tienen como fin glorificar dentro de nosotros al Padre y a Jesucristo. Y esta acción de gracias es la más santa, pura y desinteresada pues con ella nos olvidamos a nosotros mismos y sólo buscamos a Dios en nuestros ejercicios interiores.
4. Humíllate a los pies de Jesús y pídele perdón por tus deficiencias en honrarlo en el misterio que meditas, por la deshonra que le has causado con tus pecados y por los obstáculos que hemos puesto en nosotros mismos y en los demás a la gloria de ese misterio y a los designios que en él tiene Jesús. Supliquémosle que supla nuestras deficiencias y

que se tribute en sí mismo, en forma centuplicada, el honor que nosotros hubiéramos debido tributarle a ese misterio. Roguemos también al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a todos los ángeles y santos que reparen nuestras faltas y rindan a Jesús, por nosotros, la gloria que debíamos tributarle.

5. Agradece a Jesús los frutos de gracia, de gloria y santidad producidos por 61 en cada misterio, en el cielo y en la tierra, y ofrécele la gloria, el amor y las alabanzas que mediante él le tributarán para siempre su Padre eterno, su Espíritu Santo, su santa Madre, sus ángeles y sus Santos y todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno. Porque hasta en el infierno se honran los misterios de Jesús por la acción de su justicia. Unámonos al honor que se tributa en todo el universo a los misterios de Jesús y supliquemos al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a los ángeles y santos, en especial a los más relacionados con cada misterio que nos asocien al honor que ellos le tributan.

6. Entrégate a Jesús para honrar ese misterio en todas las formas que él desea. Y después de emplear para ello el poder que él se digne concederte, suplícale que aplique la fuerza de su espíritu y de su amor para honrarlo en nosotros; que destruya en nosotros lo que vaya en contra de la gloria de ese misterio: que por él nos conceda las gracias y frutos que desea; que nos conduzca conforme al espíritu y la gracia de ese misterio; que grabe en nosotros la imagen y la participación del mismo, que lo complete en nosotros y que, finalmente, realice los designios que tiene sobre nosotros en ese misterio.

7. Pide a Jesús que imprima en los corazones de todos los cristianos un celo ferviente por la gloria de sus misterios; que destruya en sus almas cuanto a ello se opone; que los haga conocer y glorificar por todo el universo según sus deseos; que los complete y lleve a la perfección en su Iglesia y realice los designios que en ellos tiene, ofreciéndonos una vez más

para hacer y sufrir lo que a él le plazca con esa intención.

Puedes escoger entre estas diversas maneras de honrar los misterios de Jesús las que mejor se ajusten a tu disposición, dejándote llevar por la gracia de nuestro Señor y la dirección de su espíritu.

Para facilitarte esta práctica he condensado estas últimas siete maneras en forma de elevación, aplicada al misterio de la santa infancia de Jesús. Te sirve de modelo para las demás

X. Elevación a Jesús sobre el misterio de su infancia. Puede aplicarse a otros misterios

1. Te adoro, te amo y glorifico, oh Jesús, en todo lo que eres y en todo lo que has obrado y sigues obrando en el estado de tu santa infancia. Adoro tus pensamientos, designios, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores en ese estado, en relación con tu Padre, contigo mismo, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre, con tus ángeles y santos y conmigo en particular.

2. Me regocija, oh Jesús, contemplarte en el estado de tu infancia y ver que con él amas y glorificas tanto a tu Padre; que tu Padre te ama y te glorifica y que en ese misterio te muestras tan colmado de virtudes, excelencias y grandezas.

3. Te agradezco infinitamente el amor y la gloria que en ese misterio has tributado a tu Padre y a tí mismo.

4. Te pido perdón, Salvador mío, por mis descuidos en honrarte en ese misterio y por los impedimentos que he puesto a las gracias que con él querías realizar en mí. Te ruego que suplas mis faltas y te tributes, centuplicado, el honor que yo hubiera debido tributarle. Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, ángeles santos y santas de Jesús, glorificad a Jesús por mí en este misterio, etc.

5. Reconozco que de ti vienen, oh Jesús, los frutos de gracia y de gloria que has producido en el cielo y en la tierra por tu santa infancia. Te ofrezco el amor y la gloria que en este misterio has recibido de tu Padre eterno, de tu Espíritu Santo, de su santa Madre y de todos los ángeles y santos a quienes suplico que me unan a ellos en las alabanzas que te tributan.

6. Divino Niño Jesús: me doy a ti para honrar el misterio de tu infancia. Destruye en mi todo lo que se opone a la gloria de este misterio. Comunícame la sencillez, la humildad, la mansedumbre, pureza, inocencia, obediencia y demás virtudes de tu infancia y colócame en un estado de santa infancia que imite y honre el estado de tu infancia divina.

7. Imprime, oh Jesús, en los corazones cristianos un celo ferviente por la gloria de este misterio. Destruye en ellos lo que le sea contrario. Haz que todo el mundo lo glorifique. Realiza los designios que has puesto en él. Me doy a ti para hacer y sufrir lo que te plazca con esta intención.

LA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

XI. Honrar a Jesús en ella y a ella en Jesús

La devoción a la santa Virgen, Madre de Dios, agrada tanto a su Hijo y es tan necesaria y familiar a los verdaderos cristianos que no necesito recomendarla a quienes desean vivir cristianamente como son los destinatarios de este libro.

Sólo te diré que no debemos separar lo que Dios tan perfectamente ha unido. Jesús y María están de tal manera vinculados entre sí que ver a Jesús es ver a María, amar a Jesús es amar a María, tener devoción a Jesús es tenerla a María.

Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la

religión cristiana, las dos fuentes vivas de toda bendición, los dos protagonistas de nuestra devoción y las dos metas que debemos mirar en nuestras acciones y ejercicios.

No es cristiano de verdad quien no tiene devoción a la que es Madre de Jesucristo y de todos los cristianos. De ahí que san Anselmo²³ y san Buenaventura afirmen que no pueden tener parte con Jesucristo los que no son amados de su santa Madre, como tampoco pueden perecer los que ella mira con benevolencia.

Y puesto que debemos continuar las virtudes y sentimientos de Jesús, es necesario que continuemos el amor, la piedad, la devoción de Jesús por su santa Madre. El la amó y la honró en forma singularísima al escogerla por Madre, al darse a ella en calidad de Hijo, al tomar de ella un ser y una vida nueva, al crear nexos profundos con ella, al dejarse guiar por ella durante su infancia y su vida oculta y al constituirla soberana del cielo y de la tierra, glorificándola y haciéndola glorificar por el mundo entero.

Para continuar en la tierra la piedad y devoción de Jesús por su santa Madre debernos tener por ella una devoción especial y honrarla singularmente. Pues bien, para honrarla como Dios lo pide de nosotros y como ella lo desea, tenemos que hacer tres cosas:

1. Mirar y adorar en ella únicamente a su Hijo. Así desea ella que la honren, porque de sí misma nada es. Su Hijo lo es todo en ella: él es su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza. Tenemos que agradecerle a él la gloria que en ella y por ella se tributó a sí mismo: ofrecernos a él y rogarle que nos entregue a ella de manera que nuestra vida y nuestras obras estén consagradas a honrar las suyas; que nos haga participar del amor que ella le tiene y de sus demás virtudes; que se sirva de nosotros para honrarla o más bien honrarse a sí mismo en ella, según su beneplácito.

²³ Oratio II ad B. Mariam

2. Reconocerla y honrarla como a la Madre de nuestro Dios y luego como a nuestra Madre y Soberana; agradecerle el amor, la gloria y los servicios que ha prestado a su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor; confiarle a ella, después de Dios, nuestro ser y nuestra vida y pedirle que tome la dirección de todo cuanto nos atañe; darnos y sometemos a ella en calidad de esclavos, rogándole que tome plena posesión de nosotros como de algo enteramente suyo y que disponga de nosotros según le plazca para gloria de su Hijo; que se sirva de todas nuestras acciones para honrar las de su Hijo y que nos asocie al amor y a las alabanzas que ella le ha tributado y que le tributará por toda la eternidad.

Conviene rendirle estos homenajes todos los días y de manera especial una vez por semana, o por lo menos, una vez al mes.

3. Podemos y debemos honrar a tan sagrada Virgen: con nuestros pensamientos y reflexiones, considerando la santidad de su vida y la perfección de sus virtudes; con nuestras palabras deleitándonos en hablar y oír hablar de sus excelencias; con nuestras acciones ofreciéndolas en honor y unión de las suyas; con nuestra imitación, esforzándonos por reproducir sus virtudes, especialmente su humildad, su caridad, su puro amor, su desprendimiento de todas las cosas y su pureza divinal. El pensamiento de esta última virtud debe llevarnos a rehuir, temer y mirar con más horror que la muerte, las menores faltas contra la pureza por pensamientos, palabras o acciones.

Finalmente, podemos honrar a la sagrada Virgen con alguna oración o ejercicio de devoción como el rosario, cuya recitación debe ser común a todos los cristianos y el oficio de Nuestra Señora que debemos rezar en unión del amor y de la devoción que su Hijo Jesús tiene hacia ella, y en honor de la vida de su Hijo y de la suya, de sus virtudes y acciones.

Sólo añadiré que así como cada año honramos un misterio de

Jesús de manera especial, conviene también escoger en el día de la Asunción de la Virgen un misterio de su vida para tributarle honor particular durante el año. Aquí te enumero los principales misterios de su vida.

XII. Principales estados y misterios de la vida de María

Los principales estados y misterios de la vida de la santa Virgen son: su concepción; su residencia en las dichosas entrañas de su madre santa Ana; su nacimiento; el día en que recibió el santo nombre de María; su presentación en el templo; su estado de infancia hasta la edad de doce años; su matrimonio con san José; la encarnación de Jesús en ella; su condición de Madre de Dios; la residencia de Jesús en ella; su visita a Isabel y su permanencia de tres meses en su casa; su viaje de Nazaret a Belén; su divino alumbramiento; su purificación; su huida a Egipto y su Permanencia allí; su regreso de Egipto y su vida en Nazaret con su Hijo hasta que él tuvo treinta años; los viajes con su Hijo durante su vida pública: su martirio al pie de la cruz; su alegría en la resurrección y ascensión de su Hijo; todo el tiempo de su vida desde la ascensión de Jesús hasta su propia asunción; sus santas comuniones durante ese tiempo, su dichosa muerte; su gloriosa resurrección; su triunfal asunción; su colocación a la diestra de su Hijo en calidad de Soberana del cielo y de la tierra; la vida gloriosa y feliz que lleva en el cielo desde el día de su asunción.

XIII. Elevación a Jesús para honrarlo en su santa Madre.

Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María: te adoro en lo que eres y en lo que has obrado en t u santísima Madre. Te adoro, particularmente, te amo y glorifico, en lo que eres y has realizado en ella en el misterio de su concepción, de su nacimiento, de su presentación, etc.

Me alegro infinitamente, oh Jesús, porque eres tan grande y admirable, tan glorificado y amado en tu dichosa Madre.

Te agradezco la gloria que te has tributado y te tributarás por siempre en ella.

Te pido perdón, Salvador mío, por mis deficiencias en honrar a tu nobilísima Madre y por haberle causado desagrado en mi vida. Te ruego que suplas mis faltas y le tributes por mí el honor que yo hubiera debido tributarle.

Oh Jesús, reconozco que son tuyos los frutos de santidad y de amor que has producido en tu amabilísima Madre y te ofrezco la gloria y el amor que se le ha tributado en ella y por ella.

Me doy enteramente a ti, oh Jesús; destruye en mí lo que desagrada a tu santa Madre. Entrégame totalmente a ella. Haz que con mi vida y mis obras honre las tuyas. Comunícame el amor, el celo que tienes por su gloria, o mejor, por tu gloria en ella. Que participe del purísimo amor que te tiene, del celo ardentísimo que tiene por tu gloria, de su humildad y de sus demás virtudes. Sírrete de mí, oh Jesús, mi Señor, para glorificar y hacer glorificar a tu santa Madre, o mejor, para glorificarte y hacer glorificar en ella en todas las formas que te plazca.

XIV. Elevación a la santa Virgen aplicable a cada misterio de su vida

Adoro, Virgen santa y venero en todas las formas posibles, a tu Hijo Jesús en ti. Y te honro y reverencio, tanto como puedo y debo, por lo que tú eres en él y por él. En particular te rindo homenaje en el misterio de tu concepción, de tu nacimiento, etc. Venero los sentimientos y disposiciones de tu alma santa, lo que sucedió en ti en ese misterio.

Bendita seas, Virgen santa, por la gloria que has

tributado a Dios en este misterio y en toda tu vida.

Te pido perdón, Madre de misericordia, por mis faltas y pecados de toda mi vida, contra t*u* contra t*u* Hijo. Te ofrezco, en satisfacción, el honor y la alabanza que has recibido en el cielo y en la tierra.

Me doy a ti, Madre de Jesús: entrégame, te lo ruego, a tu Hijo. Destruye en mí, por tus méritos y t*u* intercesión, lo que a él desagrada. Comunícame tu purísimo amor, tu humildad y demás virtudes. Haz que mi vida entera y mis obras honren la vida y las acciones de tu Hijo. Asóciame al amor y a la gloria que le tributas y tributarás eternamente y s*ír*vete de mi ser, de mi vida y de todo lo mío, que es totalmente tuyo, para glorificarlo según tu beneplácito.

DEVOCIÓN A LOS SANTOS

XV. Honrar a Jesús en los santos y a éstos en Jesús

Es deber nuestro tener devoción a todos los santos y ángeles, en especial a nuestro ángel custodio, el santo cuyo nombre llevamos, a los santos y santas que trataron con nuestro Señor en la tierra, al orden de los ángeles y santos a quienes estaremos asociados en el cielo, a los santos y ángeles protectores de los lugares de nuestra residencia o de los lugares que recorreremos y de las Personas que tratarnos.

Debemos honrarlos porque Jesús los ama y los honra: Yo *honro* -dice-a los que *me honran* (1 m 2, 30); y porque el Padre eterno honra a los servidores de su Hijo: Al *que me sirva le honrará mi Padre* (Jn 12, 26); como también porque ellos aman y honran a Jesús, son sus amigos, sus servidores, sus hijos, sus miembros y como una parte de él mismo. Por eso, honrarlos a ellos es honrarlo a él que lo es todo en ellos.

Por eso debemos honrar sus reliquias como una porción de Jesús, como una parte de sus miembros y llevarlas con nosotros uniéndonos al amor con que él lleva a todos sus

santos eternamente en su regazo y en su corazón y al amor y las alabanzas que los santos, cuyas reliquias llevamos, le han tributado y tributarán eternamente.

Para honrar a los santos como es debido

1. Adoraremos a Jesucristo en ellos; *porque él es todo en todos* (Ef 1, 23): su ser, su vida, su santidad, su felicidad y su gloria. Le agradeceremos la gloria y las alabanzas que él se ha tributado a sí mismo en Le ofreceremos el honor y el amor que sus santos le han tributado y le rogaremos que nos haga participar de su amor y de todas sus demás virtudes.

Por consiguiente, cuando hagamos una peregrinación o recibamos la comunión o digamos la santa Misa, o hagamos cualquier acción en honor de un santo, la ofreceremos a Jesús por esas intenciones, diciéndole:

Oh Jesús, te ofrezco esta peregrinación, esta comunión, esta Misa o esta acción, en honor de lo que t ú eres en este santo; en acción de gracias por la gloria que te has tributado en él y por él; para el aumento de su gloria, o más bien de la tuya en él; para que se cumplan tus designios sobre él y para que, por su intercesión, me concedas tu santo amor y las gracias que requiero para servirte en forma irreprochable.

2. Cuando nos dirijamos a los santos, humillémonos como indignos de pensar en ellos o de que ellos piensen en nosotros; les agradeceremos los servicios y la gloria que han tributado a nuestro Señor. Nos ofreceremos a ellos, rogándoles que nos ofrezcan a Jesús, para que destruya en nosotros cuanto le desagrada y nos haga partícipes de las gracias que les ha concedido. Les rogaremos también que lo honren y amen por nosotros, que le tributen, por nosotros, centuplicados, el amor y la gloria que hubiéramos debido tributarle en toda nuestra vida; que nos asocien al honor y las alabanzas que ellos le tributan en el cielo y que se sirvan de nosotros para honrarlo y glorificarlo conforme a sus deseos.

3. Cuando, yendo de camino, pasemos por una ciudad o aldea o que lleguemos a algún lugar para vivir o descansar allí, conviene saludar a los ángeles y santos protectores de ese lugar, rogando a nuestro ángel custodio que los salude por nosotros y les pida autorización como a los señores del lugar para morar allí al considerar que podrían legítimamente impedirnos entrar allí o pasar, por lo pecadores que somos, indignos de la tierra que nos sostiene. Que incluso podríamos temer que nuestros pecados atraigan algún castigo y maldición de Dios sobre los lugares en que nos detenemos o por donde pasamos. Podemos imitar a santo Domingo que cuando entraba a una ciudad suplicaba a Dios que no causara perjuicio a esa ciudad por causa de sus pecados. Conviene también rogar a los ángeles y santos protectores de los lugares por donde pasamos o donde vivimos que glorifiquen y amen a nuestro Señor por nosotros y que reparen las faltas que en esos lugares cometemos.

Cuando tratemos a nuestros semejantes, es práctica muy santa saludar a sus ángeles custodios y a sus santos protectores y rogarles que los dispongan para lo que sea más útil a la gloria de Dios en el asunto que hemos de tratar con ellos.

También es muy conveniente escoger, en la fiesta de Todos los Santos, un orden de santos y, en la de san Miguel, un coro de ángeles, para honrarlos de manera especial durante ese año, o mejor para honrar a Jesús en ellos.

Estos son los coros de los ángeles: Los serafines, los querubines, los tronos, las dominaciones, las virtudes, las potestades, los principados, los arcángeles, los ángeles.

Para que honres con más facilidad a Jesús en los santos y a los santos en Jesús, voy a condensarle su práctica en las dos elevaciones siguientes aplicadas a san Juan Evangelista y que tú puedes extender a cada santo en particular.

XVI. Elevación a Jesús para honrar a san Juan Evangelista

Te adoro, Jesús, en todo lo que eres y en lo que has realizado en tus santos y, en especial, en tu apóstol y evangelista san Juan.

Tú lo eres todo en todas las cosas. Sólo quiero contemplarle y honrarte a tí en todo y especialmente en tus santos y en tu discípulo amado, san Juan. Porque tú eres todo en él: su vida, su santidad, su felicidad, y su gloria. Tú que eres, de verdad, admirable en tus santos, eres sobremanera amado y glorificado en él. Con alegría te bendigo por la gloria que te tributas a ti mismo en tan gran apóstol.

Te ofrezco, oh Jesús, el honor y el amor que este evangelista te ha tributado y te tributará eternamente. Me entrego a ti para que destruyas en mí cuanto te desagrada y me hagas participar de las gracias que concediste a tan gran santo, en especial de su humildad, de su amor a ti, de su caridad para con el prójimo y de sus demás virtudes.

XV11. Oración a san Juan Evangelista

¡Bienaventurado apóstol y evangelista san Juan! En ti adoro y reverencio a Jesús, y te honro en Jesús. Te agradezco el amor y los servicios que has rendido siempre a mi salvador. Me ofrezco a ti para que me entregues a Jesús para siempre. Destruye en mí, con tu intercesión y tus méritos, lo que en mí se opone a su gloria. Me tienes plenamente en tus manos: sírrete de mí para glorificarlo y amarlo en todas las formas posibles.

Comunícame tu purísimo amor a él y tus demás virtudes. Ámalo y dale gloria por mí. Repara las faltas que he cometido en toda mi vida y las que pudiera cometer contra su amor y

su servicio. Devuélvele, centuplicado, el amor y el honor que yo hubiera debido tributarle. Asóciame al amor y a las alabanzas que tú le has tributado y tributarás para siempre. Ruégale que yo no viva sino para amarlo; que muera mil veces antes que ofenderlo. Que cuanto hay y habrá en mí sea alabanza y amor a él; y que, finalmente, muera en el ejercicio de su purísimo amor.

RETIRO ANUAL Y OTROS EJERCICIOS ESPIRITUALES

XVIII. Excelencia y práctica del retiro anual

Es muy santo, importante y útil darse cada año algún tiempo para dedicarse a Dios y ocuparse en ejercicios de piedad y oración con mayor entrega que de ordinario. Solo quienes lo practican saben de su utilidad. Como las personas del mundo, además del alimento que a diario dan a sus cuerpos, en ocasiones se dan festines extraordinarios en los que se regocijan más de lo que acostumbran hacer de ordinario, es muy aconsejable que los cristianos, que hacen profesión de vivir santamente, además de los ejercicios ordinarios de devoción, celebren festines de regocijos espirituales extraordinarios, dedicándose a Dios y ocupándose en amarlo y glorificarlo con mayor afecto y fervor que de costumbre. En tratar y hablar con Dios mediante la santa oración consisten el gozo perfecto y las delicias auténticas.

San Pablo exhorta con su consejo, no solo a religiosos y religiosas, sino a todos los cristianos, incluso a las personas casadas, a dejar de lado por un tiempo los costumbres y

obligaciones mutuas de su condición para entregarse a la oración (1 Cor, 7, 5).

Esta ha sido la práctica de todos los tiempos en la Iglesia de Dios. Leemos, en efecto, de varios santos y prelados de la Iglesia, que dejando de lado sus ocupaciones ordinarias y sus asuntos domésticos se retiraban a menudo por cierto tiempo a lugares solitarios para entregarse del todo a contemplar, amar y glorificar a Dios.

Lo llamo el retiro anual. Se practica todos los años, al menos una vez, en todas las comunidades religiosas donde reinan la piedad y el amor de Dios. Lo practican también muchas personas del mundo que se toman ocho o diez días cada año y durante ellos dicen adiós enteramente a todos los cuidados de las cosas terrenales y se recogen en una casa santa para emplearse del todo durante ese tiempo a los ejercicios de la piedad y del amor divino.

Si tu situación o tus grandes ocupaciones no te permiten hacerlo así, o no puedes tomar tanto tiempo, al menos procura darte cierto espacio para practicar los ejercicios de la oración y del amor de Dios con más atención y fervor que de ordinario, según te lo enseñe tu director espiritual.

Debes hacerlo con tres fines principales:

1) Continuar y honrar los diferentes retiros de Jesús, como fueron el que hizo de toda eternidad en el seno de su Padre: el que tuvo durante nueve meses en el seno de su Madre; en el establo de Belén por espacio de cuarenta días; en Egipto durante siete años; en Nazaret todo el tiempo de su vida oculta hasta la edad de treinta años; en el desierto por cuarenta días; en el cielo y en la gloria del Padre a partir de su ascensión; y en el Santísimo Sacramento donde

permanece como en retiro y en estado de vida oculta desde su ascensión y lo estará hasta el fin de los tiempos. También debes honrar los retiros de la santa Virgen pues tuvo parte en los retiros de su Hijo. Así, pues, el primer fin y la principal intención del retiro debe ser amar y glorificar a Jesús y a su santísima Madre y darnos y adherirnos siempre cada vez más al Hijo y a la Madre.

2) Reparar durante el tiempo del retiro las negligencias y faltas cometidas durante el año contra el amor y la gloria de Jesús y María.

3) Formular nuevos deseos, acopiar nuevas fuerzas y disponerse a recibir nuevas gracias a fin de caminar con mayor brío por las sendas del divino amor y destruir por entero los obstáculos que puedan interponerse.

Consideremos el retiro como un paraíso, y el tiempo del retiro como una porción pequeña de la eternidad, y procuremos hacer durante este tiempo lo que se hace en el paraíso y en la eternidad. Empecemos desde ahora los ejercicios que nos ocuparán eternamente en el cielo, es decir, contemplar, amar y glorificar a Dios como se le contempla, ama y glorifica sin cesar en el cielo. Debemos también mirar y emplear el tiempo del retiro como si solo nos faltara esto en la vida y el tiempo para amar y glorificar a Jesús, y para reparar las faltas cometidas durante toda la vida al amarlo y glorificarlo. Sobre todo digámosle firmemente que deseamos practicar estos santos ejercicios no solo para nuestra consolación, mérito e interés particular sino para su contento y para su pura gloria.

Como las personas consagradas en la vida religiosa acostumbran renovar sus votos durante el retiro escribo aquí

una elevación a Jesús para hacerlo con las disposiciones requeridas.

XIX. Elevación a Jesús para la renovación de los votos

Jesús, mi Señor, te adoro, te amo, te glorifico en tu santa pobreza, en tu divina pureza y en tu perfectísima obediencia. Te adoro y glorifico en todos los designios que tienes respecto de todas las almas que te han hecho o harán votos de pobreza, castidad y obediencia y en especial en mi persona.

Te doy gracias, buen Jesús, por toda la gloria que has tributado a tu Padre y a ti mismo por tu pobreza, castidad y obediencia y por la pobreza, castidad y obediencia de tu santa Madre y de todos los consagrados y consagras a ti en la vida religiosa.

Te pido perdón por todas las faltas cometidas contra estos santos votos. En satisfacción te ofrezco todo el honor que tú mismo te has rendido por tu pobreza, castidad y obediencia, y por la pobreza, castidad y obediencia de tu santa Madre y de todas las almas consagradas. Te suplico muy humildemente que suplas todos los defectos y te tributes a ti mismo todo el honor que hubiera debido rendirte por la observancia de mis tres votos. Me ofrezco a ti para hacer y sufrir todo lo que te plazca con este fin.

Jesús mío, de nuevo te ofrezco estos tres votos que he hecho, de pobreza, castidad y obediencia. Declaro ante la faz del cielo y de la tierra que quiero observarlos perfectamente, hasta mi último suspiro, en honor y homenaje de tu divina pobreza, castidad y obediencia, y las de tu santa Madre.

Me entrego a ti. Destruye en mí, por favor, todo lo que es contrario a estos votos y dame la gracia de observarlos con toda la perfección que me pides.

Oh Madre de Jesús, ángeles, santos y santas de Jesús, oren a Jesús por mí. Que él destruya en mí cuanto le desagrada y establezca en mí una participación e imagen perfecta de su pobreza, castidad y obediencia; que yo imite y adore continuamente el estado de la vida pobre, pura y obediencia que él llevó en la tierra.

XX: Ejercicio de piedad en reparación de las faltas cometidas en toda la vida y para consagrar todos los años de nuestra vida en honor de cada año de su vida

Como el Hijo de Dios usa todos los recursos de su divina sabiduría para encontrar caminos santos y nuevos de darse a nosotros y de testimoniar el amor que nos tiene así debemos buscar toda suerte de santas iniciativas para consagrar y emplear por entero todos los tiempos y estados de nuestra vida a su gloria y su amor.

Y pues lo hemos honrado tan poco y ofendido tanto en toda nuestra vida, pues fuimos enemigos suyos en nuestros primeros meses al vivir sin su conocimiento durante los primeros años de nuestra infancia y haberle sido infieles en todo el resto del tiempo que hemos pasado en la tierra, debemos emplear toda clase de medios para reparar, en cuanto nos sea posible, nuestras infidelidades y faltas, con la ayuda de su gracia.

Toma, por consiguiente, tantos días cuantos años has vivido en la tierra, y luego de haberte humillado

profundamente ante Nuestro Señor, a la vista de los pecados e ingratitudes de tu vida pasada, pídele perdón y suplícale que los borre en su preciosa sangre y los consuma en el fugo de su divino amor. Que te dé firme resolución de comenzar una nueva vida y empezar a amar y honrar a Jesús como si empezaras a vivir.

Fíjate gran deseo de emplear esos días como si fueran los primeros de tu vida y también los últimos; que solo te quedara ese tiempo para amar y glorificar a ese mismo Jesús en la tierra. Empéñate en hacer, al menos una vez al día, lo que hubieras debido hacer cada año de tu vida; usa ese santamente y compórtate en todas tus acciones y ejercicios tan perfectamente que puedas reparar sin falla los defectos de tu vida pasada.

Emplea el primer día en reparar las faltas del primer año de tu vida, y para ello haz lo que sigue:

-1. Adora a Jesús en el primer año de su vida y en todo cuanto pasó en él durante ese primer año. Acúsate ante él y pídele perdón por todo el deshonor que le diste en el estado del pecado original en el que viviste buena parte de tu primer año. En satisfacción ofrece al Padre eterno todo el honor que su Hijo Jesús le tributó en el primer año de su vida en la tierra y ofrece a Jesús todo el honor que su santa Madre le dio en el primer año que vivió en la tierra.

2. Ofrece al Padre eterno cuanto pasó en el primer año de tu vida y ruégale, que por el gran celo que tiene por la gloria de su Hijo y por el amor ardentísimo que le profesa, destruya cuanto hubo de malo en ese primer año de tu vida; que cambie cuanto sufriste y cuanto sucedió en ti exterior e interiormente durante esta primer año en alabanza y gloria y

en amor a su Hijo y con referencia a lo que sufrió y lo que sucedió en él exterior e interiormente durante el primer año de su vida en el mundo.

Ruégale también que destruya todo lo que hubo de mal en ese primer año de tu vida; que cambie cuanto pasó en ti durante ese mismo año en alabanza, gloria y adoración respecto a lo que pasó en él durante el primer año de su vida, es decir, que haga de tal manera que todo lo que sufriste en tu cuerpo y en tu alma y todo el uso que hiciste de los miembros, sentimientos y capacidades de tu cuerpo y de tu alma durante ese primer año de tu vida esté consagrado al honor de lo que sufrió en su cuerpo y en su alma y del uso que hizo de sus miembros, sentimientos y capacidades de su cuerpo y de su alma durante el primer año de su vida.

Ora lo mismo al Espíritu Santo y de igual manera a la santa Virgen, a los ángeles y santos, que te alcancen, por sus méritos y plegarias, que todo lo que pasó en este primer año de tu vida rinda homenaje y gloria eterna a lo que aconteció en Jesús durante el primer año de su vida.

-3. Ofrece a Jesús cuanto vas a hacer en este primer día y todo el amor, las alabanzas y adoraciones que le darás, en unión de todo el amor, la gloria y las alabanzas que le han sido dadas en el primer año de su vida por su Padre eterno, por él mismo, por su Espíritu Santo, por su santa Madre, por sus ángeles y santos. Ora al Padre eterno, al u Espíritu Santo, que le den, en tu lugar, al céntuplo, toda la gloria y el amor que tú hubieras debido darle en este primer año de tu vida, si hubieras tenido uso de razón. Esto es lo que has de hacer en el primer día que responde al primer año de tu vida.

El segundo día responde al segundo año y cada uno de los demás días que responderán a cada año. En ellos vas a practicar los ejercicios que practicaste el primer día. Excepto que en los días que respondan a los años de tu infancia, durante los cuales, estuviste en la gracia del bautismo, no tendrás que pedir perdón por los pecados cometidos pues eras incapaz entonces de pecar. Pero puedes humillarte mucho por haber estado tan largo tiempo sin conocer y sin amar a Dios, y haber llevado en ese tiempo, el principio y la fuente de todo pecado, o sea, los restos y la corrupción del pecado original, que es raíz de todo pecado.

Si tus años exceden los años de la vida temporal de Jesús, puedes continuar los mismos ejercicios considerando la vida gloriosa que Jesús tiene en el cielo. Pues, aunque la duración de esa vida gloriosa y eterna no se cuenta por años en el cielo como si fuera su vida temporal pues en la eternidad no hay ni tiempos ni años sin embargo, en la tierra y respecto de nosotros sí se cuenta por años. Con nuestro tiempo actual contemos los años de su vida gloriosa en el cielo a partir de su resurrección.

De modo que si tienes más de treinta y cuatro años que es el número de años de la vida temporal de Jesús, en el día treinta y cinco de ese ejercicio, que corresponde a tu año treinta y cinco, adorarás a Jesús en el primer año de su vida gloriosa en el cielo, y el día siguiente el segundo año de la vida gloriosa de Jesús. Y así en los demás días y años.

Puedes hacer este ejercicio no solo para ti sino también por los que te son allegados o por los que tienes obligación particular. Puedes unir los años de sus vidas a los tuyos e ir haciendo, por ti y por ellos estas prácticas cada día. Lo haces

no solo por ti y los demás sino por Jesús, por su gloria y su puro amor. Te sugiero servirte del rosario de la gloria de Jesús que te ofrezco en seguida.

XXI. Rosario de la gloria de Jesús

Se compone este rosario de tres decenas y de cuatro granos, que son los treinta y cuatro años de la vida de Jesús en la tierra. Al principio se dice tres veces: *Ven, Señor Jesús*. Con esas palabras termina san Juan el Apocalipsis. Con ellas invocamos y atraemos a Jesús a nuestra alma, nuestro espíritu y corazón. Le rogamos que venga para quebrantar en nosotros cuanto le desagrada y llenarnos de su gracia, su espíritu y su amor. Conviene decirlas también al comienzo de cualquier oración o acción, con las mismas intenciones.

En cada cuenta se dice: *Gloria a ti, Señor Jesús, que naciste de María virgen, con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos eternos. Amén.*

Al decir esto, ofrece a Jesús toda la gloria que le ha sido dada en cada año de su vida por su Padre, por su Espíritu Santo, por su santa Madre y por sus ángeles y santos, en satisfacción de todas las faltas cometidas contra él en cada año de nuestra vida. Ofrécele además cada año de tu vida y suplícale que todo lo que se pase en él sea consagrado al honor de lo que pasó en cada año de la suya.

Ejemplo, en la primera cuenta, al decir: *Gloria tibi...* ofrece a Jesús toda la gloria que le ha sido dada por las personas mencionadas, en el primer año de su vida y en satisfacción de las faltas cometidas al honrarlo en el primer año de tu vida. También ofrécele el primer año de tu vida y

suplícale que todo lo que pasó en él sea consagrado al honor de lo que pasó en el primer año de su vida.

En la segunda cuenta ofrécele toda la gloria que le fue dada en el segundo año de su vida por su Padre y demás. Ofrécele también el segundo año de tu vida con la misma intención. Y así del resto.

En las cuentas mayores dice el *Gloria Patri*, y al decirlo ofrece a la santa Trinidad toda la gloria que Jesús le tributó y le tributará eternamente, en satisfacción de las faltas cometidas contra ella.

XXII. Otros ejercicios espirituales recomendados para cada año

Es muy bueno tomar cada año algún tiempo para dar a Dios los deberes que hubiéramos debido rendirle con ocasión de nuestro nacimiento y nuestro bautismo, si hubiéramos gozado del uso de razón. También lo que deberíamos darle en la hora de la muerte y por ese medio prepararnos a ella. Encontrarás estos ejercicios en la última parte de este libro.

XXIII. Para disponerse a ganar las indulgencias

A lo largo del año se presentan ocasiones de ganar indulgencias. Muchos cristianos las buscan solo para obtener el verse exentos de la pena debida por sus pecados, sin otro motivo que el interés propio. Esto impide que algunos las ganen y que Dios no sea glorificado conforme a sus designios. Es bueno proponerte las intenciones y disposiciones que deber tener para lucrar las indulgencias

santamente y hacerlo por la sola gloria de Dios. Cuando desees ganar un Jubileo u otra indulgencia prepárate de la siguiente manera.

1. Adora el grandísimo amor con que Dios quiere darte la gracia de las Indulgencias. El ardentísimo amor que nos tiene lo lleva a tener grandísimo deseo de vernos pronto unidos a él. Sabe bien que las penas merecidas por nuestros pecados retardarán el cumplimiento de este deseo. Somos retenidos en el purgatorio si dichas penas no son borradas en este mundo. Quiere entonces darnos las Indulgencias como el camino más corto y fácil de hacerlas desaparecer. Entrégate a él para ganarlas, no tanto en consideración de tu propio interés, como para que su designio sea cumplido. Haz todo lo que se pide para ganarlas, en honor y unión del purísimo amor con el que Dios te las quiere conceder.

2. Adora el grandísimo amor de Jesús con el que te mereció las Indulgencias. Míralas como fruto de la Cruz y de la Pasión de Jesús y como algo que le costó muy caro pues las adquirió a precio de su sangre y su muerte. Por tanto debes desear ganarlas a fin de que el Hijo de Dios no se vea frustrado del fruto y del efecto de su cruz y para que lo que le costó tan caro no se pierda y no venga a ser vano e inútil para ti.

3. Adora la divina justicia. A ella debes las penas debidas por tus pecados. Desea ganar las Indulgencias no tanto para verte libre de semejante deuda sino con el fin de que la justicia de Dios sea satisfecha y glorificada mediante este medio.

4. Es bueno que adoremos todos los designios que Dios tiene sobre nosotros desde toda la eternidad. Desde siempre Dios desea establecernos en alto grado de gracia en la tierra y de

gloria en el cielo. Pero por nuestros pecados hemos puesto muchos obstáculos al cumplimiento de estos designios. Si, por haberlos confesado, estos pecados nos fueron perdonados en cuanto a la culpa, sin embargo nos hicimos indignos de recibir muchas gracias que Dios tuvo el designio de darnos pues pusimos obstáculos por nuestras ofensas. El desea sin embargo, mediante las Indulgencias, borrar esta indignidad y levantar estos impedimentos que el pecado ha interpuesto al cumplimiento de sus deseos. Nos quiere hacer capaces de recibir las mismas gracias que había determinado darnos a fin de que por este medio sus designios se cumplieran. Formulemos el deseo, por tanto, ganar las Indulgencias no tanto para quedar exentos de las penas del purgatorio sino para que Dios no se vea frustrado del cumplimiento de los designios que se digna tener sobre nosotros.

5. Deseemos también ganarlas a fin de que nuestra alma, perfectamente purificada mediante las Indulgencias, de efectos malignos que el pecado deja en nosotros para impedirnos amar a Dios perfectamente podamos amarlo más pura y ardientemente. Cuando se presente una ocasión de ganar Indulgencias digamos al Hijo de Dios:

Oh Jesús, me entrego a ti para hacer todo lo que desees que haga a fin de ganar esta Indulgencia en honor y unión del grandísimo amor con el que me la adquiriste por tu preciosa sangre. Lo hago en homenaje a la divina justicia para que se cumplan tus deseos sobre mí y pueda amarte y glorificarte perfectamente.

XXIV. La confesión anual

Luego de hacer una confesión general una vez en nuestra vida, no debemos seguir pensando en los pecados pasados para analizarlos y examinarlos en particular. Contentémonos con detestarlos en general y humillémonos ante Dios por su causa. Pero es saludable e importante hacer una confesión anual, es decir de año en año, de las principales faltas cometidas durante el año. Es de temer en efecto, que hayamos incurrido en fallas en nuestras confesiones ordinarias, por no haber aportado la debida preparación, la contrición y demás disposiciones requeridas. Nunca serán bastante el cuidado y la diligencia que aportemos a causa tan importante como es la salvación de un alma, creada para amar y glorificar a Dios eternamente.

Entre las personas que desean agradar a Dios y asegurar, en cuanto posible, por todos los medios, su salvación para la gloria de Dios, es recurrente la confesión anual. Incluso hay quienes lo hacen cada seis meses o más anudo.

Sigue esta práctica al menos al finalizar el año, para reparar en algo por este medio las faltas cometidas durante el año y disponerte a servir y a amar a Dios más perfectamente el año que entra. Si no lo haces al fin del año, hazlo en otro tiempo, según el parecer de tu confesor. Pero aporta la debida preparación con la humillación y la contrición extraordinaria.

Sobre todo, en esta acción como en las demás. manifiesta a Nuestro Señor que no lo haces para alivio y

satisfacción de tu espíritu, ni por tu mérito e interés, sino para el solo contentamiento y la pura gloria de Dios.

RETIRO ANUAL

Y otros ejercicios espirituales

XVIII. Excelencia y práctica del retiro anual

Es muy santo, importante y útil darse cada año algún tiempo para dedicarse a Dios y ocuparse en ejercicios de piedad y oración con mayor entrega que de ordinario. Solo quienes lo practican saben de su utilidad. Como las personas del mundo, además del alimento que a diario dan a sus cuerpos, en ocasiones se dan festines extraordinarios en los que se regocijan más de lo que acostumbran hacer de ordinario, es muy aconsejable que los cristianos, que hacen profesión de vivir santamente, además de los ejercicios ordinarios de devoción, celebren festines de regocijos espirituales extraordinarios, dedicándose a Dios y ocupándose en amarlo y glorificarlo con mayor afecto y fervor que de costumbre. En tratar y hablar con Dios mediante la santa oración consisten el gozo perfecto y las delicias auténticas.

San Pablo exhorta con su consejo, no solo a religiosos y religiosas, sino a todos los cristianos, incluso a las personas casadas, a dejar de lado por un tiempo los costumbres y obligaciones mutuas de su condición para entregarse a la oración (1 Cor, 7, 5).

Esta ha sido la práctica de todos los tiempos en la Iglesia de Dios. Leemos, en efecto, de varios santos y prelados de la

Iglesia, que dejando de lado sus ocupaciones ordinarias y sus asuntos domésticos se retiraban a menudo por cierto tiempo a lugares solitarios para entregarse del todo a contemplar, amar y glorificar a Dios.

Lo llamo el retiro anual. Se practica todos los años, al menos una vez, en todas las comunidades religiosas donde reinan la piedad y el amor de Dios. Lo practican también muchas personas del mundo que se toman ocho o diez días cada año y durante ellos dicen adiós enteramente a todos los cuidados de las cosas terrenales y se recogen en una casa santa para emplearse del todo durante ese tiempo a los ejercicios de la piedad y del amor divino.

Si tu situación o tus grandes ocupaciones no te permiten hacerlo así, o no puedes tomar tanto tiempo, al menos procura darte cierto espacio para practicar los ejercicios de la oración y del amor de Dios con más atención y fervor que de ordinario, según te lo enseñe tu director espiritual.

Debes hacerlo con tres fines principales:

1) Continuar y honrar los diferentes retiros de Jesús, como fueron el que hizo de toda eternidad en el seno de su Padre: el que tuvo durante nueve meses en el seno de su Madre; en el establo de Belén por espacio de cuarenta días; en Egipto durante siete años; en Nazaret todo el tiempo de su vida oculta hasta la edad de treinta años; en el desierto por cuarenta días; en el cielo y en la gloria del Padre a partir de su ascensión; y en el Santísimo Sacramento donde permanece como en retiro y en estado de vida oculta desde su ascensión y lo estará hasta el fin de los tiempos. También debes honrar los retiros de la santa Virgen pues tuvo parte en los retiros de su Hijo. Así, pues, el primer fin y la principal

intención del retiro debe ser amar y glorificar a Jesús y a su santísima Madre y darnos y adherirnos siempre cada vez más al Hijo y a la Madre.

2) Reparar durante el tiempo del retiro las negligencias y faltas cometidas durante el año contra el amor y la gloria de Jesús y María.

3) Formular nuevos deseos, acopiar nuevas fuerzas y disponerse a recibir nuevas gracias a fin de caminar con mayor brío por las sendas del divino amor y destruir por entero los obstáculos que puedan interponerse.

Consideremos el retiro como un paraíso, y el tiempo del retiro como una porción pequeña de la eternidad, y procuremos hacer durante este tiempo lo que se hace en el paraíso y en la eternidad. Empecemos desde ahora los ejercicios que nos ocuparán eternamente en el cielo, es decir, contemplar, amar y glorificar a Dios como se le contempla, ama y glorifica sin cesar en el cielo. Debemos también mirar y emplear el tiempo del retiro como si solo nos faltara esto en la vida y el tiempo para amar y glorificar a Jesús, y para reparar las faltas cometidas durante toda la vida al amarlo y glorificarlo. Sobre todo digámosle firmemente que deseamos practicar estos santos ejercicios no solo para nuestra consolación, mérito e interés particular sino para su contento y para su pura gloria.

Como las personas consagradas en la vida religiosa acostumbran renovar sus votos durante el retiro escribo aquí una elevación a Jesús para hacerlo con las disposiciones requeridas.

XIX. Elevación a Jesús para la renovación de los votos

Jesús, mi Señor, te adoro, te amo, te glorifico en tu santa pobreza, en tu divina pureza y en tu perfectísima obediencia. Te adoro y glorifico en todos los designios que tienes respecto de todas las almas que te han hecho o harán votos de pobreza, castidad y obediencia y en especial en mi persona.

Te doy gracias, buen Jesús, por toda la gloria que has tributado a tu Padre y a ti mismo por tu pobreza, castidad y obediencia y por la pobreza, castidad y obediencia de tu santa Madre y de todos los consagrados y consagras a ti en la vida religiosa.

Te pido perdón por todas las faltas cometidas contra estos santos votos. En satisfacción te ofrezco todo el honor que tú mismo te has rendido por tu pobreza, castidad y obediencia, y por la pobreza, castidad y obediencia de tu santa Madre y de todas las almas consagradas. Te suplico muy humildemente que suplas todos los defectos y te tributes a ti mismo todo el honor que hubiera debido rendirte por la observancia de mis tres votos. Me ofrezco a ti para hacer y sufrir todo lo que te plazca con este fin.

Jesús mío, de nuevo te ofrezco estos tres votos que he hecho, de pobreza, castidad y obediencia. Declaro ante la faz del cielo y de la tierra que quiero observarlos perfectamente, hasta mi último suspiro, en honor y homenaje de tu divina pobreza, castidad y obediencia, y las de tu santa Madre.

Me entrego a ti. Destruye en mí, por favor, todo lo que es contrario a estos votos y dame la gracia de observarlos con toda la perfección que me pides.

Oh Madre de Jesús, ángeles, santos y santas de Jesús, oren a Jesús por mí. Que él destruya en mí cuanto le desagrada y establezca en mí una participación e imagen perfecta de su pobreza, castidad y obediencia; que yo imite y adore continuamente el estado de la vida pobre, pura y obediencia que él llevó en la tierra.

XX: Ejercicio de piedad en reparación de las faltas cometidas en toda la vida y para consagrar todos los años de nuestra vida en honor de cada año de su vida

Como el Hijo de Dios usa todos los recursos de su divina sabiduría para encontrar caminos santos y nuevos de darse a nosotros y de testimoniar el amor que nos tiene así debemos buscar toda suerte de santas iniciativas para consagrar y emplear por entero todos los tiempos y estados de nuestra vida a su gloria y su amor.

Y pues lo hemos honrado tan poco y ofendido tanto en toda nuestra vida, pues fuimos enemigos suyos en nuestros primeros meses al vivir sin su conocimiento durante los primeros años de nuestra infancia y haberle sido infieles en todo el resto del tiempo que hemos pasado en la tierra, debemos emplear toda clase de medios para reparar, en cuanto nos sea posible, nuestras infidelidades y faltas, con la ayuda de su gracia.

Toma, por consiguiente, tantos días cuantos años has vivido en la tierra, y luego de haberte humillado profundamente ante Nuestro Señor, a la vista de los pecados e ingratitudes de tu vida pasada, pídele perdón y suplícale que los borre en su preciosa sangre y los consuma en el fuego

de su divino amor. Que te dé firme resolución de comenzar una nueva vida y empezar a amar y honrar a Jesús como si empezaras a vivir.

Fíjate gran deseo de emplear esos días como si fueran los primeros de tu vida y también los últimos; que solo te quedara ese tiempo para amar y glorificar a ese mismo Jesús en la tierra. Empéñate en hacer, al menos una vez al día, lo que hubieras debido hacer cada año de tu vida; usa ese santamente y compórtate en todas tus acciones y ejercicios tan perfectamente que puedas reparar sin falla los defectos de tu vida pasada.

Emplea el primer día en reparar las faltas del primer año de tu vida, y para ello haz lo que sigue:

-1. Adora a Jesús en el primer año de su vida y en todo cuanto pasó en él durante ese primer año. Acúsate ante él y pídele perdón por todo el deshonor que le diste en el estado del pecado original en el que viviste buena parte de tu primer año. En satisfacción ofrece al Padre eterno todo el honor que su Hijo Jesús le tributó en el primer año de su vida en la tierra y ofrece a Jesús todo el honor que su santa Madre le dio en el primer año que vivió en la tierra.

2. Ofrece al Padre eterno cuanto pasó en el primer año de tu vida y ruégale, que por el gran celo que tiene por la gloria de su Hijo y por el amor ardentísimo que le profesa, destruya cuanto hubo de malo en ese primer año de tu vida; que cambie cuanto sufriste y cuanto sucedió en ti exterior e interiormente durante esta primer año en alabanza y gloria y en amor a su Hijo y con referencia a lo que sufrió y lo que sucedió en él exterior e interiormente durante el primer año de su vida en el mundo.

Ruégale también que destruya todo lo que hubo de mal en ese primer año de tu vida; que cambie cuanto pasó en ti durante ese mismo año en alabanza, gloria y adoración respecto a lo que pasó en él durante el primer año de su vida, es decir, que haga de tal manera que todo lo que sufriste en tu cuerpo y en tu alma y todo el uso que hiciste de los miembros, sentimientos y capacidades de tu cuerpo y de tu alma durante ese primer año de tu vida esté consagrado al honor de lo que sufrió en su cuerpo y en su alma y del uso que hizo de sus miembros, sentimientos y capacidades de su cuerpo y de su alma durante el primer año de su vida.

Ora lo mismo al Espíritu Santo y de igual manera a la santa Virgen, a los ángeles y santos, que te alcancen, por sus méritos y plegarias, que todo lo que pasó en este primer año de tu vida rinda homenaje y gloria eterna a lo que aconteció en Jesús durante el primer año de su vida.

-3. Ofrece a Jesús cuanto vas a hacer en este primer día y todo el amor, las alabanzas y adoraciones que le darás, en unión de todo el amor, la gloria y las alabanzas que le han sido dadas en el primer año de su vida por su Padre eterno, por él mismo, por su Espíritu Santo, por su santa Madre, por sus ángeles y santos. Ora al Padre eterno, al u Espíritu Santo, que le den, en tu lugar, al céntuplo, toda la gloria y el amor que tú hubieras debido darle en este primer año de tu vida, si hubieras tenido uso de razón. Esto es lo que has de hacer en el primer día que responde al primer año de tu vida.

El segundo día responde al segundo año y cada uno de los demás días que responderán a cada año. En ellos vas a practicar los ejercicios que practicaste el primer día. Excepto que en los días que respondan a los años de tu infancia,

durante los cuales, estuviste en la gracia del bautismo, no tendrás que pedir perdón por los pecados cometidos pues eras incapaz entonces de pecar. Pero puedes humillarte mucho por haber estado tan largo tiempo sin conocer y sin amar a Dios, y haber llevado en ese tiempo, el principio y la fuente de todo pecado, o sea, los restos y la corrupción del pecado original, que es raíz de todo pecado.

Si tus años exceden los años de la vida temporal de Jesús, puedes continuar los mismos ejercicios considerando la vida gloriosa que Jesús tiene en el cielo. Pues aunque la duración de esa vida gloriosa y eterna no se cuenta por años en el cielo como si fuera su vida temporal pues en la eternidad no hay ni tiempos ni años sin embargo, en la tierra y respecto de nosotros sí se cuenta por años. Con nuestro tiempo actual contemos los años de su vida gloriosa en el cielo a partir de su resurrección.

De modo que si tienes más de treinta y cuatro años que es el número de años de la vida temporal de Jesús, en el día treinta y cinco de ese ejercicio, que corresponde a tu año treinta y cinco, adorarás a Jesús en el primer año de su vida gloriosa en el cielo, y el día siguiente el segundo año de la vida gloriosa de Jesús. Y así en los demás días y años.

Puedes hacer este ejercicio no solo para ti sino también por los que te son allegados o por los que tienes obligación particular. Puedes unir los años de sus vidas a los tuyos e ir haciendo, por ti y por ellos estas prácticas cada día. Lo haces no solo por ti y los demás sino por Jesús, por su gloria y su puro amor. Te sugiero servirte del rosario de la gloria de Jesús que te ofrezco en seguida.

XXI. Rosario de la gloria de Jesús

Se compone este rosario de tres decenas y de cuatro granos, que son los treinta y cuatro años de la vida de Jesús en la tierra. Al principio se dice tres veces: *Ven, Señor Jesús*. Con esas palabras termina san Juan el Apocalipsis. Con ellas invocamos y atraemos a Jesús a nuestra alma, nuestro espíritu y corazón. Le rogamos que venga para quebrantar en nosotros cuanto le desagrada y llenarnos de su gracia, su espíritu y su amor. Conviene decirlas también al comienzo de cualquier oración o acción, con las mismas intenciones.

En cada cuenta se dice: *Gloria a ti, Señor Jesús, que naciste de María virgen, con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos eternos. Amén.*

Al decir esto, ofrece a Jesús toda la gloria que le ha sido dada en cada año de su vida por su Padre, por su Espíritu Santo, por su santa Madre y por sus ángeles y santos, en satisfacción de todas las faltas cometidas contra él en cada año de nuestra vida. Ofrécele además cada año de tu vida y suplícale que todo lo que se pase en él sea consagrado al honor de lo que pasó en cada año de la suya.

Ejemplo, en la primera cuenta, al decir: *Gloria tibi...* ofrece a Jesús toda la gloria que le ha sido dada por las personas mencionadas, en el primer año de su vida y en satisfacción de las faltas cometidas al honrarlo en el primer año de tu vida. También ofrécele el primer año de tu vida y suplícale que todo lo que pasó en él sea consagrado al honor de lo que pasó en el primer año de su vida.

En la segunda cuenta ofrécele toda la gloria que le fue dada en el segundo año de su vida por su Padre y demás.

Ofrécele también el segundo año de tu vida con la misma intención. Y así del resto.

En las cuentas mayores dice el *Gloria Patri*, y al decirlo ofrece a la santa Trinidad toda la gloria que Jesús le tributó y le tributará eternamente, en satisfacción de las faltas cometidas contra ella.

XXII. Otros ejercicios espirituales recomendados para cada año

Es muy bueno tomar cada año algún tiempo para dar a Dios los deberes que hubiéramos debido rendirle con ocasión de nuestro nacimiento y nuestro bautismo, si hubiéramos gozado del uso de razón. También lo que deberíamos darle en la hora de la muerte y por ese medio prepararnos a ella. Encontrarás estos ejercicios en la última parte de este libro.

XXIII. Para disponerse a ganar las indulgencias

A lo largo del año se presentan ocasiones de ganar indulgencias. Muchos cristianos las buscan solo para obtener el verse exentos de la pena debida por sus pecados, sin otro motivo que el interés propio. Esto impide que algunos las ganen y que Dios no sea glorificado conforme a sus designios. Es bueno proponerte las intenciones y disposiciones que deber tener para lucrar las indulgencias santamente y hacerlo por la sola gloria de Dios. Cuando desees ganar un Jubileo u otra indulgencia prepárate de la siguiente manera.

1. Adora el grandísimo amor con que Dios quiere darte la gracia de las Indulgencias. El ardentísimo amor que nos tiene lo lleva a tener grandísimo deseo de vernos pronto unidos a él. Sabe bien que las penas merecidas por nuestros pecados retardarán el cumplimiento de este deseo. Somos retenidos en el purgatorio si dichas penas no son borradas en este mundo. Quiere entonces darnos las Indulgencias como el camino más corto y fácil de hacerlas desaparecer. Entrégate a él para ganarlas, no tanto en consideración de tu propio interés, como para que su designio sea cumplido. Haz todo lo que se pide para ganarlas, en honor y unión del purísimo amor con el que Dios te las quiere conceder.

2. Adora el grandísimo amor de Jesús con el que te mereció las Indulgencias. Míralas como fruto de la Cruz y de la Pasión de Jesús y como algo que le costó muy caro pues las adquirió a precio de su sangre y su muerte. Por tanto debes desear ganarlas a fin de que el Hijo de Dios no se vea frustrado del fruto y del efecto de su cruz y para que lo que le costó tan caro no se pierda y no venga a ser vano e inútil para ti.

3. Adora la divina justicia. A ella debes las penas debidas por tus pecados. Desea ganar las Indulgencias no tanto para verte libre de semejante deuda sino con el fin de que la justicia de Dios sea satisfecha y glorificada mediante este medio.

4. Es bueno que adoremos todos los designios que Dios tiene sobre nosotros desde toda la eternidad. Desde siempre Dios desea establecernos en alto grado de gracia en la tierra y de gloria en el cielo. Pero por nuestros pecados hemos puesto muchos obstáculos al cumplimiento de estos designios. Si, por haberlos confesado, estos pecados nos fueron

perdonados en cuanto a la culpa, sin embargo nos hicimos indignos de recibir muchas gracias que Dios tuvo el designio de darnos pues pusimos obstáculos por nuestras ofensas. El desea sin embargo, mediante las Indulgencias, berrar esta indignidad y levantar estos impedimentos que el pecado ha interpuesto al cumplimiento de sus deseos. Nos quiere hacer capaces de recibir las mismas gracias que había determinado darnos a fin de que por este medio sus designios se cumplieran. Formulemos el deseo, por tanto, ganar las Indulgencias no tanto para quedar exentos de las penas del purgatorio sino para que Dios no se vea frustrado del cumplimiento de los designios que se digna tener sobre nosotros.

5. Deseemos también ganarlas a fin de que nuestra alma, perfectamente purificada mediante las Indulgencias, de efectos malignos que el pecado deja en nosotros para impedirnos amar a Dios perfectamente podamos amarlo más pura y ardientemente. Cuando se presente una ocasión de ganar Indulgencias digamos al Hijo de Dios:

Oh Jesús, me entrego a ti para hacer todo lo que deseas que haga a fin de ganar esta Indulgencia en honor y unión del grandísimo amor con el que me la adquiriste por tu preciosa sangre. Lo hago en homenaje a la divina justicia para que se cumplan tus deseos sobre mí y pueda amarte y glorificarte perfectamente.

XXIV. La confesión anual

Luego de hacer una confesión general una vez en nuestra vida, no debemos seguir pensando en los pecados

pasados para analizarlos y examinarlos en particular. Contentémonos con detestarlos en general y humillémonos ante Dios por su causa. Pero es saludable e importante hacer una confesión anual, es decir de año en año, de las principales faltas cometidas durante el año. Es de temer en efecto, que hayamos incurrido en fallas en nuestras confesiones ordinarias, por no haber aportado la debida preparación, la contrición y demás disposiciones requeridas. Nunca serán bastante el cuidado y la diligencia que aportemos a causa tan importante como es la salvación de un alma, creada para amar y glorificar a Dios eternamente.

Entre las personas que desean agradar a Dios y asegurar, en cuanto posible, por todos los medios, su salvación para la gloria de Dios, es recurrente la confesión anual. Incluso hay quienes lo hacen cada seis meses o más anudo.

Sigue esta práctica al menos al finalizar el año, para reparar en algo por este medio las faltas cometidas durante el año y disponerte a servir y a amar a Dios más perfectamente el año que entra. Si no lo haces al fin del año, hazlo en otro tiempo, según el parecer de tu confesor. Pero aporta la debida preparación con la humillación y la contrición extraordinaria.

Sobre todo, en esta acción como en las demás. manifiesta a Nuestro Señor que no lo haces para alivio y satisfacción de tu espíritu, ni por tu mérito e interés, sino para el solo contentamiento y la pura gloria de Dios.

PARA TERMINAR EL AÑO CON JESÚS

XXV Cómo terminar el año con Jesús

Si queremos finalizar cada año de nuestra vida con Jesús, lo haremos como él finalizó su vida mortal. Puedes utilizar con este fin la siguiente elevación. Te adoro, te amo y glorifico, Jesús, Señor mío, en la última hora y en el postrer instante de tu vida mortal.

XXVI. Elevación a Jesús para rendirle nuestros deberes con ocasión del fin de cada año

Adoro lo que sucedió en ti en ese último día: tus últimos pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos, el postrer uso de tus sentidos corporales y las últimas disposiciones de tu espíritu. A la luz de la fe veo que en tu último día adoras y amas infinitamente a tu Padre. Le agradeces, en forma digna a él, las gracias que te hizo y por ti al mundo entero, durante tu Permanencia temporal en la tierra. Le pides perdón por los pecados de los hombres y te ofreces a él para tomar sobre ti la penitencia de ellos. Con gran amor piensas en mí y con inmenso deseo de atraerme a ti. Y, finalmente, sacrificas tu sangre y tu vida Preciosa a la gloria de tu Padre y por amor nuestro. Por todo ello te bendigo infinitas veces.

En honor y unión del amor, de la humildad y demás disposiciones santas que entonces te animaban te doy gracias inmensas por la gloria que tributaste a tu Padre mientras estuviste en la tierra y por los favores que me has concedido a mí y a todos los hombres, durante este año y en toda nuestra vida y por los que me habrías concedido de no haber puesto impedimento.

Te pido perdón humildemente por los ultrajes recibidos

por causa mía mientras estabas en el mundo y por las ofensas que cometí contra ti en este año. Te ofrezco en satisfacción el amor y la gloria que te han tributado, mientras estabas en el mundo durante este año, tu eterno Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, tus ángeles y tus santos. Me ofrezco también a ti para sufrir por mis pecados la penitencia que te plazca.

Adoro, oh Jesús, los pensamientos y designios que tuviste sobre mí en el último día de tu vida. Me doy a ti para hacer y sufrir lo que desees de mí para que ellos se cumplan. Te ofrezco el último día, la última hora y el último instante de mi vida y todo lo que entonces tendrá lugar en mí: mis últimos pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, el postrer uso de mis sentidos corporales y las últimas disposiciones de mi espíritu, para honrar el últimos instante de tu vida y todo lo que entonces sucedió en ti. Haz, que yo muera en el ejercicio de tu santo amor: que mi ser y mi vida sean sacrificio y holocausto para tu gloria y que mi último suspiro sea un acto de puro amor a ti. Esa es mi intención, mi *deseo y mi* esperanza, amado Jesús. Me apoyo en el exceso de t u bondad infinita. Y que sea así te lo ruego por tu inmensa misericordia.

CUARTA PARTE

Ejercicios de cada mes para vivir cristiana y santamente y para hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros

-I. Para el primero y el último día de cada mes

Debemos tener en alta consideración el primero y el último día de cada mes. Miremos, pues, el primer día como si fuera el primero de nuestra vida y entremos en él con renovado deseo y resolución de servir y amar a Dios

perfectamente y de emplear este mes en su servicio y gloria, considerándolo como si fuera el último mes de nuestra vida. Pero especialmente debemos mirar y usar el último día como quisiéramos pasar el último día de nuestra vida.

Consagremos el primero y el último día de cada mes a la honra del primero y del postrer día de la vida de Jesús, como se dijo antes acerca del primero y del último día de cada año; de este modo comenzaremos y terminaremos nuestros años y nuestros meses unidos a Jesús. Para tal efecto puedes servirte, al comienzo y al fin de cada mes, de los mismos ejercicios propuestos para principiar y terminar el año.

II. Para el retiro mensual.

Además del retiro anual es recomendable escoger un día del mes para renovar y acrecentar los buenos sentimientos y resoluciones tomados en el curso del retiro anual; para reparar las faltas cometidas durante el mes en el servicio y amor de Dios; para en ese día entregarse a Dios y realizar las acciones ordinarias con mayor atención y perfección que de costumbre y para dedicarse con mayor esmero y fervor a los ejercicios de alabanza y de amor a Jesús. Encontrarás más adelante diversos ejercicios y rosarios de alabanza, de gloria y de amor a Jesús. Podrás servirte de ellos en este día de retiro, utilizando sea uno o sea otro, según la gracia que Dios te conceda.

Para animarte e inflamarte más a alabar y amar a Jesús es bueno que te des algún tiempo en este mismo día para considerar atentamente lo que te propongo en la siguiente meditación.

III. Meditación para encenderse en el deseo de alabar y glorificar a Jesús

1. Considera que Jesús es infinitamente digno de toda

alabanza, gloria y bendición con muchas razones, Merece alabanza eterna por todo lo que es y por todo lo que ha hecho respecto de su Padre eterno. Lo ha glorificado y amado infinita y continuamente desde toda la eternidad y por siempre jamás. Por todo lo que es en sí mismo, en su divinidad y en todas sus divinas perfecciones en su persona divina y en su humanidad sagrada; en su cuerpo, en su alma , en todas las partes de su cuerpo y de su alma. La mínima de ellas merece alabanza infinita. En sus estados y misterios, en sus cualidades y oficios; en sus palabras, pensamientos , acciones y sufrimientos; en sus virtudes y en todo cuanto hay en él. Lo más pequeño es tal manera digno de alabanza que aunque todos los ángeles y los santos se ocupen eternamente en alabarlo y glorificarlo con todas sus fuerzas no podrían darle la gloria que merece.

Merece además alabanza inmortal por lo que es y hace respecto de su Espíritu Santo, de su santa Madre, de sus ángeles y santos, de todos los hombres, de los cristianos y de todas las criaturas que hay en la tierra e incluso en el infierno. No merece menos alabanzas por su justicia que por su misericordia pues cuanto hay en él y de él es santo y adorable. ¡Oh cuántos motivos y razones para bendecir, y glorificar a este adorabilísimo y amable Jesús! Recuerda siempre que estás llamado más a alabarlo y amarlo por lo que es y hace respecto de su Padre, de sí mismo, de su Espíritu Santo, que por todo que es y hace respecto de ti y de todas las criaturas, pues lo que interesa a Dios nos debe ser infinitamente más precioso que lo nuestro.

2. Considera que estás en el mundo para glorificar y amar a Jesús; que estás obligado por infinidad de motivos a hacerlo por razón de todos los favores que te ha hecho. Que por tanto debe ser tu principal, aún más tu único cuidado y ocupación. Toda tu vida debe ser continuo ejercicio de amor y de glorificación a Jesús. Todos tus pensamientos, palabras, acciones y afectos deben tender a ello. Todo tu tiempo y

todas las facultades de tu alma y de tu cuerpo deben emplearse en esto. Y sin embargo, en lugar de haberlo amado y glorificado, parece que no hayas hecho cosa distinta de ofenderlo por pensamientos, palabras y acciones, con todo tu cuerpo y de alma. Humíllate profundamente ante él y pídele perdón. Y entra en gran deseo de reparar todas estas faltas. Ocupate en adelante en amarlo y glorificarlo perfectamente.

3. Revisa y examina toda tu vida, tus acciones y comportamientos. Considera qué hay en tu vida, en tu cuerpo o en tu alma, que ponga impedimento al amor y a la gloria de Jesús. Toma vigorosa resolución de combatir, vencer y destruir en ti al precio que sea cuanto se opone. Entrégate a Jesús y ruégale que lo destruya por el poder de su gracia y de su divino amor.

IV. Ejercicio de alabanza y glorificación a Jesús

Adorable y honorable Jesús, estás colmado de grandezas y perfecciones que te hacen digno de alabanza infinita. Puesto que estoy en el mundo para glorificarte y tengo infinidad de motivos para hacerlo, deseo ahora emplear todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo en bendecirte y magnificarte. Ruego a tu eterno Padre, a tu Espíritu Santo, a tu sagrada Madre, a tus ángeles y santos y a todas las criaturas del cielo y de la tierra que te bendigan conmigo por lo que eres con tu Padre divino, contigo mismo, con tu Espíritu Santo, con tu bienaventurada Madre, con tus ángeles y santos, con toda la humanidad, con los cristianos, conmigo en particular y con todo lo creado.

Jesús bueno, te pido perdón con todo mi corazón porque en lugar de alabarte y glorificarte hasta el presente, no he hecho otra cosa que ofenderte y faltar a tu honor. En satisfacción, te ofrezco todas las alabanzas que se han dado y se te darán por siempre en cielo y tierra.

Querido Jesús mío, me entrego por entero a ti. Quebranta en mí cuanto es contrario a tu gloria. Convierte todo cuanto ha habido, hay y habrá en mi cuerpo y en mi alma en alabanza y bendición a ti. ¡Ah Jesús! Eres infinitamente laudable. Que yo sea todo alabanza a ti. Si poseyera todas las fuerzas de todas las criaturas que hay en cielo y tierra debería emplearlas en alabanza tuya. Cuánto más debe hacerlo lo poco que poseo. Por tanto que todo lo que hay en mí se emplee y se consuma en bendecirte y magnificarte. *Bendice, alma mía, al Señor y todo cuanto hay en mí bendiga tu santo nombre* (Sal 103, 1).

Oh admirable Jesús, escucho tu santa palabra que me ordena bendecirte desde siempre y para siempre: *Bendice al Señor, tu Dios, desde siempre y para siempre* (Neh 9, 5). Te ofrezco todas las bendiciones que te han sido dadas desde toda la eternidad por tu Padre eterno, por ti mismo, por tu Espíritu Santo, y también las que te serán dadas por siempre. Me uno a todas ellas y te suplico me unas a ellas por tu gran bondad.

Oh gran Jesús, estás en todas partes. Por tu divinidad llenas el cielo, la tierra y el mismo infierno con la grandeza inmensa de tu divina majestad. Eres digno de ser amado y glorificado por doquier. Eres amado y glorificado infinitamente en el cielo, en la tierra e incluso en el infierno por tu Padre eterno y por tu Espíritu Santo que están contigo por toda parte, y que te aman y glorifican sin cesar en todo lugar.

Los cielos, la tierra, incluso el infierno rebosan de tu amor, de tu gloria y alabanza: *Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria* (Is 6, 3). Añado, incluso los infiernos, porque están llenos del amor, de la gloria y de las alabanzas que allí te son dados por tu Padre y tu Espíritu Santo. ¡Ah, querido Jesús mío, cómo me gozo y me regocijo al ver que todo el mundo está lleno de tu gloria!

Salvador mío, pues estás por todas partes y mereces ser alabado en todo lugar quiero también alabarte por todas

partes. Con este fin me uno, y te ruego que me unas, a toda la gloria que te es dada en el cielo, en la tierra y en el infierno y que por siempre allí te será dada.

Aún más, quiero ahora descender en espíritu al infierno. Allí, en medio de tus enemigos, a pesar del odio y la rabia que tienen contra ti, unido al grandísimo amor que tu Padre y tu Espíritu Santo te tienen en ese lugar, te adoro, te amo, y te bendigo con todo mi corazón, mi Señor Jesús, por todo lo que eres en ti mismo y en todas las cosas, e incluso por todos los efectos de justicia que obras allí en los demonios y los condenados.

Oh adorabilísimo Jesús, ojalá tuviera en mí todas las fuerzas y la capacidad que esos desdichados tenían en otro tiempo para amarte y glorificarte y que perdieron por su malicia. Las quiero emplear en tu alabanza y en tu amor. ¡Qué lástima Señor! Esos pérfidos están de continuo dedicados con toda su fuerza a ofenderte. Ojalá tuviera tanto fervor y atención para alabarte como tienen ellos de furor y de tenacidad para blasfemarte. Ojalá tuviera en mi poder la posibilidad de reparar el deshonor y las maldiciones que te rinden, Salvador mío.

Oh buen Jesús, esos desdichados recibieron de ti el ser, la vida, y las dotes naturales que tienen. Deberían usarlas para tu gloria. Sin embargo hacen todo lo contrario. Quiero suplir su defecto y hacer por ellos lo que deberían hacer. Porque el ser, la vida y dotes naturales de los demonios y de los réprobos te pertenecen, Dios mío, como algo que viene de ti. Me pertenecen pues todo me pertenece según tu palabra: *Todo es de ustedes* (1Co 3, 22). Al darte tú a mí me diste cuanto es tuyo, Se sigue de ahí necesariamente que puedo y debo emplear todo para tu gloria pues el ser, la vida, las dotes naturales de los demonios y condenados estoy obligado a emplearlos para tu gloria y tu alabanza. Te los ofrezco entonces y refiero a ti todo como algo mío. Te rindo homenaje, lo anonado a tus pies, lo sacrifico enteramente y

por siempre para tu alabanza y gloria. Es el uso que quiero hacer para que así, y a su pesar, seas glorificado en ellos.

Además, quiero descender en espíritu al infierno y ponerme en el lugar que tú conoces, Dios mío, hubiera merecido por mis pecados si no me hubieras preservado por tu misericordia. Y allí quiero adorare y amarte, mi Juez soberano. Quiero adorarte, amarte y glorificarte en los efectos de tu justicia que hubieras obrado en mí eternamente si tu misericordia no se hubiera compadecido de mi miseria.

Benignísimo Jesús, confío grandemente en tu infinita bondad y sé que me darás la gracia de estar entre el número de los que te bendecirán eternamente. Sin embargo, si llegara a encontrarme en el número de los desdichados, por resistir a los designios de tu bondad con mis pecados, me hago digno de tu justicia. Quisiera, desde ahora, gran Dios, hacer ahora y por amor lo que entonces debería hacer por fuerza. Quiero desde ahora adorar, amar y bendecir de todo mi corazón y con todas mis fuerzas, tu justo juicio sobre mí y los efectos que tu justicia obraría en mí por toda la eternidad, y decir así con tu profeta: *Eres justo Señor, y son rectos tus juicios* (Sal 119, 137). Muy deseado Jesús, renuevo mi confianza plena en tu inmensa misericordia de que me libraré de tal infortunio. Pero, qué lástima: *Los muertos no te alabarán, Señor, ni los que bajan al infierno* (Sal 114, 17). Por ello quema destroza, despedázame y haz que sufra mil infiernos en este mundo con tal que me perdones en la eternidad. Y que me cuente en el número de los que te alabarán y amarán por siempre.

II. Continúa el mismo ejercicio

Luego de haberte adorado y bendecido en el infierno, amabilísimo Jesús, deseo pasar por el purgatorio para adorarte, amarte y glorificarte igualmente en todos los efectos de justicia que obras allí e, incluso, por los que obrarás un día

en mí cuando esté en ese lugar. Me uno a todo el amor y la gloria que te es dada y te será rendida allí.

Del purgatorio paso a este mundo visible. Veo allí tres cosas diferentes en las que deseo bendecirte y magnificarte, soberano Señor del mundo.

Primero, el estado de las criaturas irracionales e inanimadas. Tu sagrada Palabra me dice que no solamente te te alaban y magnifican continuamente según toda la extensión de su ser, y de su poder natural, sino son del todo, confesión, es decir, alabanza y magnificencia para ti (Sal 111, 3). ¡Cómo me regocija, Creador mío, ver que todas tus obras están llenas de tu gloria según el oráculo divino: *Su obra está llena de la gloria del Señor* (Sir 42, 16). Veo que todo el universo está lleno de tu alabanza en múltiples formas. Me siento culpable y me lleno de confusión al ver que las criaturas insensibles me enseñan la gloria que debo rendir a tu divina Majestad. Permíteme, Señor, unirte a todas las bendiciones que te son dadas de continuo por todas sus criaturas. Queridas criaturas de mi Dios, bendíganlo, alábenlo, exáltenlo en mi lugar por todos los siglos (Dn 3, 57). Creador mío, permite que viva en la tierra solo para bendecirte sin cesar unido a toda tu creación.

Segundo, el estado de los malos, es decir, de los que son o sin conocimiento o sin amor respecto de ti. Comienzan a hacer en la tierra lo que los condenados hacen en el infierno: deshonrarte y ofenderte continuamente. Quiero suplir su falta, Jesús mío, con el poder de tu gracia. Que te ame y te bendiga en su lugar por todos los favores que les hiciste y de los que no te agradecen. Que yo refiera y sacrifique a tu gloria el ser, la vida y las dotes naturales que les diste como cosa mía pues todo cuanto es tuyo es igualmente mío, como yo te he referido y sacrificado el ser, la vida, y las perfecciones naturales de que están en el infierno.

Tercero, es el estado de los buenos. Comprende cantidad de almas santas que viven en el mundo y en

comunidades religiosas, dedicadas a alabarte sin cesar, con tal afecto y orden que no dejan pasar hora ni momento, día y noche, en que no te den mucha gloria y alabanzas. De ello me regocijo infinitamente, Dios mío, y deseo, te ruego, unirme a todas las bendiciones que te han sido, te son y te serán tributadas por esas almas que te pertenecen.

Dejo la tierra y me elevo al cielo. Veo a tu eterno Padre, a tu Espíritu Santo, a tu bienaventurada Virgen, con millones de serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, principados, ángeles, arcángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, sacerdotes, confesores, vírgenes, viudas, inocentes y otros santos, perpetuamente ocupados en amarte y glorificarte con todas sus fuerzas y con tanto amor y dedicación. Querido Jesús, cómo me gozo al verte tan amado y magnificado. Te ofrezco toda esa gloria y alabanzas, Oh Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, asóciénme, les ruego, a todas las bendiciones que dan a mi Señor Jesús y háganme partícipe del amor, atención, pureza y santidad con que lo alaban sin cesar a fin de que lo alabe con ustedes y que comience a hacer acá en la tierra lo que espero y deseo hacer eternamente con ustedes en el cielo.

Divino Jesús, me regocija infinitamente verte tan lleno de grandezas y perfección, tan digno de gloria y alabanza, por encima de todas las criaturas juntas. No pueden alabarte dignamente pues sobrepasas infinitamente su capacidad de alabarte según estas Palabras: *Su dignidad supera cielo y tierra* (Sal 148, 14 Vg). Solo tu Padre y tu Espíritu Santo te dan alabanza digna de tu grandeza infinita. Las demás alabanzas que se te tributan en el cielo y en la tierra no son dignas de ti. Son finitas y tú mereces alabanza infinita.

Oh Padre de Jesús, oh Espíritu Santo de Jesús, ¿qué puedo hacer por ustedes? ¿Qué puedo darles por la gloria que dan a mi Señor Jesucristo? Imaginando lo imposible, si yo no hubiera recibido de ustedes ningún favor estaría dispuesto sin

embargo a servirlos y amarlos eternamente por el amor y la gloria que dan a aquel es que mi todo y a quien amo más que a mí mismo.

Oh Padre de Jesús, oh Espíritu Santo de Jesús, les suplico de todo corazón, por el grandísimo amor que tienen a mi Salvador y por el celo ardentísimo que tienen por su gloria, que reparen todas las faltas que he cometido en sus alabanzas y darle por mí al céntuplo toda la gloria que hubiera debido darle en toda mi vida. Oh buen Jesús, me entrego a ti, para alabarte y glorificarte de todas las maneras que te plazca. Haz que en adelante mi vida sea continuo sacrificio de alabanza y bendición a ti. Pero bendícete tú mismo por mí. *Que todos los poderes del Señor bendigan al Señor* (Dn 3, 61). Todos los poderes de tu divinidad y de tu humanidad, oh Señor Jesús, se empleen en bendecirte por mí y en exaltarte y magnificarte incesante y eternamente.

VI. Rosario del Padre eterno de Jesús

En el día de tu retiro mensual entrégate muy en especial a amar y glorificar a Jesús. Puedes, si quieres, decir un rosario que llamo el rosario del Padre de Jesús. Se dirige al Padre eterno para pedirle que alabe y glorifique a su Hijo Jesús en nosotros y para nosotros.

Se compone de treinta y cuatro cuentas pequeñas en honor de los treinta y cuatro años de la vida terrenal de Jesús.

Empieza por decir tres veces estas palabras: *Ven, Padre de Jesús*, para invocar y atraer a nosotros al Padre de Jesús y para darnos a él para que destruya en nosotros cuanto se opone a la gloria de su Hijo y que él lo glorifique en todas las formas que desee.

En las cuentas pequeñas se dice: *Padre glorifica a tu Hijo para que tu Hijo de glorifique* (Jn 17, 1). Es la oración que el Hijo de Dios dirigió a su Padre eterno en vísperas

de morir. No podemos hacer a nuestro Padre eterno otra ocasión que le sea más agradable. En ella se le hace una petición que es muy de su agrado.

Al decirla recuerda que salió del Corazón y de la boca de Jesús. Únete a la humildad, pureza, amor y demás santas disposiciones e intenciones con las que ese mismo Jesús la hizo para suplicar al Padre eterno que glorifique a Hijo Jesús en todo el mundo, que destruya en ti y en todos los hombres lo que se opone a su gloria; que ponga en ella todas las gracias y virtudes requeridas a fin de que él sea perfectamente glorificado y que emplee la omnipotencia de su celo y su amor a su Hijo para glorificarlo según sus deseos.

En las cuentas grande di: *Gloria a ti, Señor Jesús que naciste de la Virgen*, etc. Al decirlo ofrece a Jesús toda la gloria que le ha sido, es y será dada por siempre en el cielo y en la tierra.

VII. EJERCICIO DE AMOR A JESÚS

Entre los deberes y ejercicios de un verdadero cristiano, el más noble y santo, el que Dios pide ante todo de nosotros, es el ejercicio del divino amor. Por eso al hacer tus ejercicios de piedad y demás acciones, debes declarar a nuestro Señor que no quieres realizarlos por temor al infierno, ni por los premios del paraíso, ni para hacer méritos, ni buscando tu satisfacción y consuelo, sino para agradarle a él únicamente por su gloria y su puro amor.

Y como a menudo debes ejercitarte en las consideraciones y actos de ese divino amor, te señalo aquí treinta y cuatro ejercicios en honor de los treinta y cuatro años de la vida llena de amor de Jesús en la tierra. Puedes servirle de ellos en todo tiempo, pero especialmente en el día del retiro mensual o en otro momento especialmente escogido

para dedicarte con plena conciencia a esa divina ocupación. Es la más santa y digna ocupación de los ángeles y de los santos y de Dios mismo que en ella emplea los espacios infinitos de la eternidad.

VIII. Ejercicio de amor divino en treinta y cuatro de amor a Jesús en honor de los treinta cuatro años de su vida en el mundo toda llena de amor.

1. ¡Mi Señor Jesús! Me basta saber que eres infinitamente digno de amor. ¿Para qué necesitaría más ciencia, luces y consideraciones? Para mí es suficiente saber que Jesús es todo digno de amor y que nada hay en él que no merezca amor infinito. Que mi espíritu se contente con ese conocimiento, pero que mi corazón nunca se sacie de amar al que jamás será suficientemente amado.

2. Sé muy bien, Salvador mío, que mi mezquino e imperfecto corazón no es digno de amarte. Pero tú sí eres digno de ser amado y has creado este pobre corazón sólo para que te ame. Más aún, le ordenas, bajo pena de muerte eterna, que te ame. Pero no es necesario, Dios de mi corazón, que me lo mandes, porque eso es precisamente lo que quiero, ¡o que busco, y por ello suspira mi corazón. Deseo ardientemente amarte y no quiero tener anhelo distinto. Lejos de mí tener otro pensamiento, otra inclinación, otro querer. Una sola cosa quiero: amar a Jesús, que es el amor y las delicias del cielo y de la tierra.

3. Ciertamente quiero amarte, oh Jesús, pero no sólo con todo el poder de mi voluntad, débil en demasía, sino con las infinitas fuerzas de tu voluntad divina, que es también mía, pues te has dado todo a mí. Quiero amarte también con las voluntades de todos los hombres y de los ángeles, las cuales también me pertenecen, ya que al darte tú a mí me lo has dado todo. Quiera Dios que me convierta en *deseo*, en *suspiro*, en *querer* y en *ansia* vehemente para amarte cada

día más.

4. Escucha mi súplica, tú, el *deseado* de mi alma: oye los suspiros de mi corazón y apiádate de mí. Bien sabes, Señor, lo que quiero pedirte, ¡pues te lo he manifestado tantas veces! Sólo Le pido la perfección en tu santo amor. Ya nada quiero sino amarte y crecer siempre en ese deseo que tú me has dado de amarte: pero que sea tan férvido y poderoso que en adelante viva languideciendo por el deseo de tu amor.

5. Enciende en mí, Jesús amabilísimo, tan ardiente sed y hambre tan extrema de tu santo amor que considere un martirio permanente no amarte lo suficiente y que nada me apesadumbre tanto en este mundo como el amarte demasiado poco.

6. ¿Quién no querría amarte, buen Jesús? ¿Quién no desearía amar cada día más una bondad tan digna de amor? Dios mío, mi vida y mi todo: nunca me cansaré de decirte que deseo amarte de la manera más perfecta y tanto lo deseo que, si fuera posible, querría para ello que mi espíritu se convirtiera en anhelo, mi alma en deseo, mi corazón en suspiro y mi vida en ansia vehemente.

.7. Rey de mi corazón, apiádate de mi miseria. Tú sabes que quiero amarte, pero estás viendo cuántas cosas en mí se oponen a tu amor. La multitud de mis pecados, mi propia voluntad, mi amor propio, mi orgullo y demás vicios e imperfecciones me impiden amarte perfectamente. ¡Detesto todas esas cosas que obstaculizan mi deseo de amarte! Estoy listo para hacerlo y sufrirlo Lodo para aniquilarlas. Si yo pudiera, Señor, y se me permitiera reducirme en añicos y en polvo y ceniza y aniquilarme totalmente para destruir en mí todo cuanto es Contrario a tu amor, gustoso lo haría, mediante tu gracia. Pero necesito que tú intervengas, Salvador mío. Emplea el poder de tu brazo para exterminar en mí a los enemigos de tu amor.

.8. Nada hay en ti, oh Jesús, que no sea todo amor, y todo amor por mí. También yo debería ser todo amor por ti. Pero

nada hay en mí, como mío, en mi cuerpo y en mi espíritu que no esté en contra de t u amor. ¿Qué puedo hacer para soportarme? ¿Dónde estás tú, amor divino? ¿Dónde tu poder? ¿Dónde la fuerza de tu brazo? Si tú eres fuego devorador, ¿dónde están tus celestes llamas? ¿Por qué no me consumes, si todo lo que hay en mí es tan contrario a ti? ¿Por qué no aniquilas totalmente en mí esta vida maligna y pecadora y estableces la tuya santa y divina?

9. Me entrego a ti, amor irresistible, y me abandono enteramente a tu poder, ven, ven a mí y destruye cuanto te desagrada; establece plenamente tu celestial dominio. Si para ello es requisito el sufrimiento, me entrego a ti para sufrir todos los martirios y tormentos más inauditos. ¡Oh amor, no me exonerés! Con tal de verme libre de cuanto desagrada a mi Salvador y me impide amarle, nada me importa. Porque al fin y al cabo lo que quiero es amar a mi Jesús y amarle perfectamente, a cualquier precio y a expensas de lo que sea.

10. ¡Dios de mi amor! Tú eres todo amable, todo amante, todo amor y todo amor por mí. Que también yo sea todo amor por ti. Que el cielo se convierta en una pura llama de amor por ti.

11. ¿Quién podrá impedirme que te ame, dulce amor mío, después de conocer tu inmensa bondad? ¿Acaso mi cuerpo? Antes lo reduciría a polvo. ¿Acaso mis pecados pasados? Los sumerjo todos en el océano de tu sangre preciosa. Toma mi cuerpo y mi alma: hazme sufrir lo que te plazca para borrarles enteramente, para que no me impidan amarte. ¿Será entonces el mundo? ¿O las criaturas? ¡Pero no! Renuncio con todas mis fuerzas a todo apego sensible a cosas creadas. Consagro mi corazón y mis afectos a Jesús, mi Creador y mi Dios. A ti, oh mundo, Jesús te ha excomulgado. El dice, en efecto, que no es del mundo, ni tampoco los suyos y que no ruega por el mundo. ¡Oh mundo, renuncio a ti para siempre, quiero huir de ti como de un excomulgado; quiero mirarte como a un Anticristo, enemigo

de mi Señor Jesucristo; no quiero saber nada de tus alabanzas, ni de tus reproches, ni de tus placeres y vanidades, ¡ni de lo que tú aprecies y prefieres! Porque todo eso es sueño como humo efímero. Quiero sentir horror por tu espíritu, tu conducta, tus sentimientos y tus máximas reprobables. Y, finalmente, quiero odiar y perseguir tu malicia como tú odias y persigues la bondad de mi Señor Jesucristo. Así que, mundo, ¡adiós! Adiós todo lo que no es Dios. En adelante Jesús será mi mundo, mi gloria, mi tesoro, mis delicias y mi todo. No quiero ver nada sino a Jesús. Cerraos a lo demás, ojos míos, porque sólo él merece vuestras miradas. No me importa agrandar sino a Jesús y no quiero corazón ni afecto sino para él. Quiero alegrarme en su amor y en el cumplimiento de su voluntad; no quiero sentir tristeza sino de lo que a él le ofende y de lo que se opone a su divino amor.

¡Oh amor, oh amor! O amar o morir, o, más bien, morir y amar. Morir a todo lo que no es Jesús, amar únicamente, por encima de todo, al mismo Jesús.

.12. Tú, soberano de mis amores, me has colocado en el mundo sólo para que te ame. ¡Qué noble, santo y excelso es el fin para el que fui creado! ¡Qué gracia y qué dignidad la tuya, pobre corazón mío, pues te crearon para el mismo fin que tiene el Dios que te ha creado, para ocuparte en su mismo ejercicio divino! Porque el gran Dios sólo existe para contemplarse y amarse a sí mismo, y tú has sido hecho sólo para amar a ese Dios y para ocuparte eternamente en bendecirlo y amarlo. Sea por siempre bendito y amado el Rey de los corazones que me ha dado un corazón capaz de amarlo.

Dios de mi corazón: si me has creado sólo para amarte haz que yo sólo viva para amarte y para crecer cada día en tu amor. O amar o morir. Que no tenga vida, Dios mío, sino para amarte. Prefiero sufrir mil muertes a perder tu amor.

13. Sé tú, divino amor, la vida de mi vida, el alma de mi alma y el corazón de mi corazón. Que solo viva en ti y de ti. Que

exista solo por ti. Que no tenga pensamiento, ni pronuncie palabra, ni haga acción alguna sino por ti y para ti.

14. Tú eres el objeto exclusivo de mi corazón, el único digno de ser alnado. Todo, fuera de ti, es nada, que ni siquiera merece mis miradas. Sólo a ti quiero, sólo a ti busco, sólo a ti deseo amar. Tú eres m i todo, lo demás es nada para mí y nada quiero ya mirar ni amar sino en ti y para ti. O más bien, sólo quiero mirarte y amarte a ti en todas las cosas

.254

15. Oh Jesús que eres el único amable, el único amante y el único a quien ama tu Padre eterno y todos los amantes celestiales, haz que yo no sólo te ame a ti soberanamente, sobre las cosas, sino que en todas ellas sólo te ame a ti, y si algo amo que sea en ti y para ti.

16. ¡Oh Jesús, único amor de mi corazón, objeto único de todos mis amores! Sólo tú eres digno de amor en el cielo y en la tierra ¿Cuándo será que sólo Le miraremos y amaremos a ti?

17. Oh Jesús, único amor mío, sepárame enteramente de mí mismo y de todas las cosas; llévame en pos de ti, arrebatame en ti, poséeme en forma tan plena y absoluta que nada fuera de u ocupe m i espíritu y mi corazón.

18. ¡Amabilísimo Jesús que eres tan digno de amor y tan poco amado! El mundo no piensa en ti ni en amarte: sólo atina a ofenderte y a perseguir a quienes te aman. Que, en cambio, yo, pensando por el mundo, sólo piense en amarte. ¿Quién me diera que Le amara como el mundo entero debería amarte?

19. Hijo eterno del Padre, que eres todo amable, todo amante y todo amor. tú me has amado desde toda eternidad. De haber sido yo también eterno hubiera debido amarte también desde siempre. Pero, al menos, debí amarte desde el primer uso de mi razón, Pero, ay de mí, bien tarde he empezado a amarte y ni siquiera me atrevo a afirmar que he comenzado a amarte como debo. Tú, Dios eterno, desde los límites de tu

eternidad no has dejado un instante de amarme, mientras Yo no sé si he empleado un solo instante en amarte de verdad. En cambio, demasiado sé que no he pasado un solo día sin ofenderte. Cuando pienso en ello me encuentro insoportable para mí mismo. Es ahora, corazón mío, cuando deberíais estallar de dolor. Es ahora, ojos míos, cuando deberíais deshaceros en llanto. Ojalá me cambiara en un mar de lágrimas y lágrimas de sangre, para deplorar y lavar mis monstruosas ingratitudes hacia una bondad tan grande. Oh amor, oh amor, no más ingratitud, ni ofensa, ni pecado, ni infidelidad: nada, sino amor.

20. Jesús, amor eterno, desde toda la eternidad te aman tu Padre y tu Espíritu Santo. De ello me regocijo infinitamente. A ese amor me asocio. Me pierdo y me hundo en ese amor eterno de tu Padre y de tu Espíritu Santo.

21. Hermosura eterna, eterna bondad, si tuviera una eternidad de vida sobre la tierra debería consagrarla enteramente a amarte. ¿Cómo no emplear el poco de vida y de tiempo que me queda? ¡La consagro, Señor mío, a tu santo amor! Haz que yo no viva sino para amarte y para consagrar todos los instantes de mi vida a tu divino amor. O amar o morir. Pero, ante todo, haz que te ame para siempre. Suceda lo que suceda, me asocio, desde ahora, al amor que te tributarán por toda la eternidad.

22. Tú, Rey de los siglos y de los tiempos, bienamado de mi alma, has adquirido, al precio de tu sangre, todos los instantes de mi tiempo y de mi vida para que los dedique a amarte. Pero, ay de mí, he dedicado demasiado tiempo al amor de mí mismo, del mundo y de las cosas creadas; he perdido demasiado un tiempo que te costó tan caro y que debe serme tan precioso porque debo destinarlo a algo tan importante como es ocuparme en tu divino amor. Ya es tiempo, oh Jesús, de que me dedique, con plena conciencia, a los ejercicios de tu amor sagrado. Que ya no tenga, pues, ni vida ni tiempo sino para amarte. Que haga de cuenta de que

ya no existimos sino tú y yo en el mundo; que no tenga otra ocupación que la de pensar en ti y entenderme contigo corazón a corazón, espíritu a espíritu. Que ya nada me interese de cuanto sucede en el mundo sino la sola preocupación y el deseo de amarte. Aumenta en mí de tal manera ese deseo, hazlo tan ardiente y urgente que se me convierta en obsesión continua. Que sin cesar suspire por ti, que languidezca noche y día en pos de ti. ¿Cuándo será, oh Jesús, único amor de mis deseos, que me transforme en llama de amor a ti?

23. Dios mío, amor inmenso, tú llenas el cielo y la tierra y estás en todas las cosas. Por doquiera eres todo amable y todo amor. Por doquiera amas infinitamente a tu Padre y a tu Espíritu Santo y eres infinitamente amado por ellos. Igualmente me amas a mí con amor infinito. Que también yo te ame en todas partes y en todas las cosas y que todas las cosas las ame en ti y para ti. Me uno y me entrego a ti y, en virtud de tu inmensidad divina, extendiendo mi espíritu y mi voluntad a todos los lugares del mundo y allí con el poder y la ilímite extensión de tu espíritu y de tu amor, Le ame, glorifique y adore. Igualmente me asocio al amor que te tienen tu Padre y tu Espíritu Santo en todo lugar y en todas las cosas.

24. Necesitaríamos, oh bondad infinita, un amor infinito para amarte en forma digna de ti. Qué alegría para mi alma, qué contento para mi corazón, saber que tú, oh Jesús, eres tan bueno, tan perfecto y digno de amor que si todas las criaturas del cielo y de la tierra emplearan sus fuerzas durante toda la eternidad para amarte, no lo podrían lograr suficientemente. Porque sólo tú, con tu Padre y tu Espíritu Santo, eres capaz de amarte dignamente.

25. Oh bondad infinita: si fueran míos hasta el infinito todos los corazones y la capacidad de los hombres y de los ángeles fuera infinita, debería dedicarla a amar al que es infinitamente digno de amor y que dedica su sabiduría, su poder, su bondad, y demás perfecciones a amarme y a realizar tantas

maravillas por amor. Quiero, amado Jesús, agotar y consumir todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi corazón en amarte. Pero eso es demasiado poco: quiero juntar en mí todas las fuerzas del cielo y de la tierra, que son mías porque tú me lo has dado todo, y emplearlas en amarte; más aún, quiero dedicar a ello las potencias de tu divina humanidad, que también me pertenecen puesto que te has dado tú mismo a mí.

26. Pero, ¿qué hago, Dios mío? No soy digno de amarte. ¡Sólo tú puedes desempeñar una función tan santa y divina! Me anonado, pues, ante ti, en lo más profundo de mi nada. Me doy enteramente a ti para que tú mismo me destruyas por la acción del amor poderoso que te hizo descender hasta nuestra nada. Establécete tú en mí para que allí me ames tú mismo con amor digno de ti y para que, en adelante te ame, ya no por mí mismo ni con las propias fuerzas de mi espíritu y de mi amor, sino por ti mismo, con el poder de tu espíritu y de tu amor.

27. Tú nos aseguras en tu santa Palabra, oh Jesús, que tu Padre nos ama como te ama a ti y que tú nos amas como tu Padre te ama (Jn 17, 26), con el mismo corazón y el mismo amor. Luego nos ordenas que te amemos como tú amas a tu Padre y que permanezcamos en tu amor, como tú permaneces siempre en el amor de tu Padre (Jn 15, 9-10). Pero tú, Señor, conoces mi incapacidad para amarte. Por eso te pido que me concedas lo que me ordenas y luego sí ordéname lo que quieras²⁴. Aniquila en mí mi propio corazón y mi amor propio y pon en su lugar tu corazón y tu amor, que es el mismo de tu Padre, para que en adelante te ame como tú amas a tu Padre y como ¡tu Padre te ama; que yo permanezca siempre en tu amor, como tú permaneces siempre en el amor de tu Padre y que realice todas mis acciones por la virtud y la dirección de ese amor.

²⁴ Agustín, Conf. 1, X. XXXVII

Así es, Jesús mío, como deseo en adelante amarte y servirte: con el amor eterno, infinito e inmenso con que tu Padre te ama y con que tú lo amas desde toda la eternidad. Es ese amor infinito de tu corazón y ese corazón inmenso, rebosante de amor, lo que quiero ofrecerte y de hecho te ofrezco como algo propio, como mi propio corazón y amor. Tú me lo has dado, al darte a mí junto con el Corazón amadísimo de tu santa Madre, el más amado y amante de todos los corazones que al tuyo rinden adoración; corno también te ofrezco los corazones de todos los amantes del cielo y de la tierra que me pertenecen, porque tu apóstol me asegura que tu Padre, al darte a nosotros, contigo nos ha dado todas las cosas (Ro 8, 32).

28. Tú eres, Jesús purísimo, la pureza misma y con purísimo amor me amas. También yo quiero amarte con el amor más puro posible. Por eso quiero amarte en u mismo, con tu propio amor. No quiero amar nada sino a ti, por ti y para agradarte. Te amo con el purísimo amor con que te amas a ti mismo. Te amo con el amor purismo con que te aman tu Padre, tu Espíritu Santo, tu Purísima Madre, tus ángeles y tus santos.

Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, amad a mi Salvador por mí y reparad mis deficiencias en amarlo. Madre de Jesús, ángeles y santos de Jesús, criaturas todas de Jesús, vengan, ayúdenme a amar a nuestro Creador. Venid, amemos a tan amabilísimo Señor. Consumamos nuestro ser y nuestras fuerzas en amar al que nos ha creado para que lo amemos.

29. ¡Querido amigo de mi corazón y querido corazón de mis amores! Es algo que debe deplorarse con lágrimas de sangre ver cuán poco te aman aún aquellos que hacen profesión de amarte.

Es incomprensible que no existiendo nada tan digno de amor como tú, nada haya en el mundo que parezca menos amado que tú. Son muchos los que aman tu paraíso y las dulzuras

de tu gracia y los consuelos de tu amor, pero apenas habrá uno entre mil que te ame en forma pura por el amor de ti mismo. Jesús, mi amor purísimo, sólo te busco a ti, sólo te deseo a ti, sólo quiero amarte a ti. Y quiero amarte no por mi interés y deleite personal, ni porque sea placentero y consolador amarte, sino porque mereces infinitamente que te amemos por el amor de ti mismo.

30. ¿Cuándo te amaré, oh Jesús, con amor tan puro que pueda decir con verdad: Mi Jesús es mi todo, todo lo demás nada significa para mí. El solo me basta y nada deseo fuera de él. ¿Y no lo quiero para mí sino para él mismo? No, no pretendo las alegrías del Paraíso, ni los consuelos del amor celestial: sólo busco y amo al Señor del paraíso, al Dios de los consuelos. Y si, por imposible, jamás me diera consuelo alguno o recompensa, siempre querría amarlo porque es inmensamente digno de ser amado por el amor de sí mismo. No quiero otra recompensa que poder amarlo y no quiero amarlo sino para amarlo.

Imprime, buen Jesús, estos sentimientos y disposiciones en mi corazón y en el de todos los hombres, en especial en el de aquéllos por quienes tú sabes que debo y quiero rogarte de manera especial. Te ofrezco, Rey de los corazones, todos esos pobres corazones que creaste para que te amen y que no quieren palpar sino de amor por ti. Aniquila en ellos cuanto se opone a tu santa dilección, llénalos de tu divino amor. Tú, el Salvador, atraelos y arrebatelos a ti, únelos al tuyo y haz que merezca escuchar aquéllas palabras: *Viva su corazón para siempre* (Sal. 22, 27), es decir que vivan de la vida del amor divino, para amar por siempre, al Dios de amor y vida. Cuán dichosos son los corazones que por toda la eternidad no harán nada distinto que adorar, alabar y amar al adorabilísimo Corazón de Jesús. Bendito sea el que ha creado esos privilegiados corazones para que lo glorifiquen y amen eternamente.

31. Tú, Dios de mi vida y de mi corazón, estás siempre en

continuo ejercicio de amor hacia mí. Empleas todo lo tuyo y tus criaturas del cielo y de la tierra para demostrarme tu amor. Por eso uno de tus amantes me recuerda que el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos no cesan de decirme que ame al Señor mi Dios²⁵. De suerte que todo cuanto escuchan mis oídos, o ven mis ojos, lo que disfrutan mis demás sentidos gustan, tocan, sienten, lo que mi memoria, entendimiento y voluntad pueden conocer y desear, las cosas visibles o invisibles de la naturaleza, de la gracia o de la gloria, las gracias temporales y eternas que he recibido de ti, Dios mío, tus ángeles y santos, los buenos ejemplos que éstos me han dejado, las maravillas que has obrado en tu santa Madre, las perfecciones de tu persona divina, los estados y misterios de tu divinidad y humanidad, tus cualidades y virtudes, tus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos; todos tus pasos sobre la tierra, la sangre que has derramado las llagas de tu cuerpo, en una palabra todo cuanto hay en el ser creado o mercado, en tiempo y eternidad, son otras tantas bocas, oh Jesús, por las que proclamas incesantemente tu bondad y tu amor por mí. Son lenguas por las que continuamente me afirmas que me amas y me invitas a amarte. Con esas voces me dices perpetuamente: Te amo, te amo, ámame porque yo te he amado primero. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Todas esas cosas son, finalmente, predicadores y voces que me gritan sin cesar: Amor, amor a Jesús, que es todo amor por ti y que emplea todo lo que es , lo que tiene y puede, lo que sabe, lo que hace y lo que de él depende, en el cielo y en la tierra, para demostrarte el amor que te profesa, para ganar tu corazón y obligarte a amarlo.

Cuán extremosa es Señor, tu voluntad, cuán admirable tu amor Por mí. Tú me amas, me deseas, me buscas, con tanto ardor como si sacaras provecho de mí, como si de

²⁵ Agustín, Manuale XXIV

verdad yo fuera algo y necesitaras de mí. Tanto deseas adueñarte de mí y temes tanto perderme como si poseyeras o perdieras un gran tesoro. Buscas mi amistad con tal insistencia como si de ella dependiera tu felicidad. ¿Y si en verdad, tu felicidad y tu gloria dependieran de ello qué más podrías hacer de lo que haces? ¡Oh bondad, oh bondad, me pierdo en tus profundidades! ¿Es posible que piensen tan poco en ti, que te amen tan escasamente y te ofendan, tan perseguido por los mismos que tanto has amado? Oh corazón humano, cómo eres de duro si no te conmueven voces tan poderosas y llenas de amor. Permaneces helado y tantos fuegos y llamas sagradas no te encienden. ¿Qué haré, Salvador mío? ¿Cómo resistir a tanta atracción de tu infinita bondad? ¿Cómo voy a responder a todos esos reclamos con los que me invitas a amarte? ¿Qué me pides, qué esperas de mí sino que responda como tu apóstol: *Te amo, te amo, te quiero, te quiero* (Jn 21, 15)

En cambio, hasta ahora he contestado, como los crueles judíos, con la voz de mis pecados: Fuera, fuera, crucifícalo (Jn 19, 15). Porque mis pecados, mis ingratitudes, mis inclinaciones perversas, mi amor propio, mi propia voluntad, mi orgullo y demás vicios, mis malos pensamientos, palabras y obras, el mal uso de mis sentidos corporales y espirituales, y de las cosas que están en mí como mías, gritan contra ti como los judíos: Fuera, fuera, crucifícalo. Hombre pérfido y detestable, ¿esa es tu manera de amar al que es todo amor por ti?

¿Es esa tu respuesta a quien te invita tan suave y poderosamente a que lo ames? ¿Es esa la manera de agradecer a tan inmensa bondad los bienes recibidos? Perdón, mi Señor, perdón, te lo ruego. Que tus bondades y misericordias te pidan perdón por mí. Que tu santa Madre, tus ángeles y santos se postren ante ti y me alcancen el perdón de tu clemencia.

Acepta, te lo ruego, Salvador misericordioso, por tu

inmensa misericordia, los propósitos que te hago para el porvenir. Puesto que estás siempre en ejercicio de amor por mí y dedicas lo que está en ti y fuera de ti para amarme, yo también quiero vivir en constante ejercicio de amor a ti. Y aunque, por imposible, no tuviera obligación alguna de amarte, quiero amarte con todo mi corazón y en todas las formas posibles.

Quiero, por tanto, que todos mis pensamientos, palabras y obras, el uso de mis sentidos corporales y espirituales, mis respiraciones y los latidos de mi corazón, los instantes todos de mi vida, todo cuanto hay en mí, y hasta mis pecados, si es posible, por el poder de tu sabiduría y de tu bondad que conducen todas las cosas al bien de los que te aman, sean otras tantas voces que te vayan diciendo con todo el amor del cielo y de la tierra: Te amo, te amo, sí, Señor Jesús, te amo. Y si algo se encuentra en mí, en mi alma o en mi cuerpo, que diga lo contrario, quiero que sea reducido a polvo y arrojado al viento.

32. Deseo también que todas las cosas del cielo y de la tierra, en la naturaleza, la gracia y la gloria sean voces que te digan de parte mía, en forma continua y para siempre: te amo, te amo, Señor Jesús.

33. Deseo además, oh Jesús, que las potencias y perfecciones de tu divinidad y de tu humanidad, tus estados, misterios, cualidades, virtudes, pensamientos, palabras, obras y padecimientos, tus sagradas llagas, las gotas todas de tu sangre, todos los instantes de tu eternidad, si se puede hablar así y, en general, todo cuanto hay en tu cuerpo, en tu alma y en tu divinidad, sean voces que te digan por mí eternamente: Te amo, amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y quiero amarte siempre más y más²⁶.

Finalmente, Salvador mío, quiero, mediante tu gracia,

²⁶ Palabras en parte de Jn 21, 15 y de Agustín, Manuale c-X

que no haya nada en mi ser y en mi vida, en mi cuerpo y en mi alma, en mi tiempo y en mi eternidad, que no esté convertido en amor a ti.

Y para que estos deseos míos sean eficaces, no los quiero con mi voluntad humana y natural tan débil y tan indigna de cosas tan santas y excelsas, sino con tu voluntad divina, oh Jesús, que es todopoderosa y que me pertenece porque eres todo mío. Salvador mío, si tuviera tanto poder como es mi querer haría que todos mis deseos se cumplieran para gloria y amor de ti. Lo mío es desear y lo tuyo efectuar pues puedes todo cuanto quieres y das realidad a las voluntades de quienes de aman. Da cumplimiento a mis deseos, oh Jesús, mi muy deseable. Te lo ruego por todo lo que eres, por tus bondades y misericordias, por todo lo que amas y por todos los que te aman en el cielo y en la tierra. Todo por tu purísimo amor y agrado. Y pues fundamento mis deseos en el poder de tu voluntad, que es mía, tengo la firme confianza de que, por tu infinita bondad, se cumplan en la forma que tu sabiduría eterna juzgará más conveniente a la gloria de tu divina grandeza.

34. ¿Cuándo será, buen Jesús, que ya no habrá nada en mí que me impida amarte? Pero eso sólo ocurrirá en el cielo. Oh cielo, cuán deseable eres. Sólo en ti se ama a Jesús perfectamente. Sólo en ti el amor de Jesús reina en plenitud. Sólo en ti todos los corazones se hallan transformados en ese divino amor. ¡Qué insoportables son para mí la tierra, el mundo y este cuerpo, prisión oscura de mi alma! Infortunado de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? ¿Tendré acaso que permanecer todavía largo tiempo en este destierro, en esta tierra extranjera, en este lugar de pecado y maldición? ¡Venga pronto ese día, esa hora, ese instante tantas veces deseado en que comenzaré a amar perfectamente a mi amabilísimo Salvador!

 Mi Jesús, mi amado Jesús, mi amadísimo Jesús. ¿Será

que no podré amarte nunca como lo deseo? Dios de las misericordias, ¿no tendrás compasión de mi dolor? ¿No escucharás mis suspiros? ¿No darás oído a mis clamores? Ay, Señor, mi grito te llama a ti, mis deseos van hacia ti, en pos de ti suspiro. Y tú sabes que nada quiero en el cielo y en la tierra, en la vida y en la muerte, sino tu puro amor.

Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, criaturas todas de Jesús, tened compasión de mis sufrimientos. Hablad en favor mío al amado de mi alma. Decidle que languidezco de amor por él. Decidle que nada quiero en tiempo y eternidad sino su puro amor; no quiero el ciclo y su gloria, ni las grandezas del paraíso, ni las dulzuras de la gracia, sino su purísimo amor. Decidle que ya no puedo vivir sin ese puro amor. Decidle que se apresure a realizar los designios y la obra de su gracia, a consumirme totalmente en su divino amor, para trasladarme pronto al reino eterno de su amor. Amén, *ven, Señor Jesús* (Ap 22, 20). ¡Ven, mi vida y mi luz, ven, amor mío, ven, mi todo, ven a mí para destruir lo que es contrario a tu amor! Ven para atraerme a ti y para instalarme pronto en ese lugar de amor, donde reina el verdadero y perfecto amor, donde todo es amor, donde sólo hay puro amor, amor continuo, invariable y eterno. Sí, Jesús, Sí Jesús, único amor de mi corazón.

IX. Actos de amor a Jesús residente en las entrañas de María.

Jesús, amor mío, te contemplo cautivo en las purísimas entrañas de tu santa Madre, pero mucho más en los lazos sagrados de tu divino amor. ¡Oh amor, que cautivas a Jesús en María y a María en Jesús! Cautiva mi corazón, mi espíritu, mis pensamientos, mis deseos y afectos en Jesús y establece a Jesús en mí, para que yo me llene de él y él viva y reine en mí cumplidamente. Te amo, Jesús bueno, en el amor que te

ha reducido a este estado. Que también yo sea cautivado por ti en este divino amor.

¡Oh abismo de amor! Al contemplarte en las sagradas entrañas de tu santa Madre te veo como perdido y sumergido en el océano de tu divino amor. Haz que yo también me pierda y me hunda contigo en el mismo amor.

Jesús, ternura de mi amor, que yo te ame con todo el amor con que fuiste amado, durante los nueve meses de tu cautiverio en el seno maternal, por tu Padre eterno, por tu santo Espíritu, por tu santa Madre, por san José, por san Gabriel, por todos los ángeles, los santos y las santas que han tenido parte en este misterio de amor.

X. Actos de amor a Jesús recién nacido

Tú, oh Jesús, eres todo amor en todos los momentos, estados y misterios de tu vida. Pero sobre todo eres solo amor y dulzura en el instante de tu nacimiento y en el estado de tu santa infancia. Que yo te ame, en ese momento y en ese estado. Que el cielo y la tierra te amen conmigo y que el mundo entero se transforme en amor a su Creador y su Dios, que se ha convertido en dulzura y en amor hacia el mundo.

Tú, amabilísimo niño, naces por amor, en amor y para amar. Y amas más a tu Padre eterno, en el instante de tu nacimiento, que todos los ángeles y los hombres juntos podrían amarlo por toda la eternidad. Y también tu Padre te ama más en este mundo que a todos los hombres y ángeles juntos. Te ofrezco, oh Jesús, el amor con que Le amaron en tu nacimiento tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, san José, san Gabriel y los ángeles y santos que participaron de manera especial en ese amabilísimo Misterio.

Oh amor de Jesús: tú campeas en Jesús en todos sus estados y misterios, pero especialmente en el estado de su *infancia y en el misterio de su cruz. En ambos misterios* haces triunfar su omnipotencia en la impotencia, su plenitud

en la pobreza, su soberanía en la dependencia, su sabiduría eterna en la infancia, su gozo y felicidad en los sufrimientos y su vida en la muerte. Te pido que triunfes sobre mí, quiero decir, sobre mi amor propio, mi propia voluntad y sobre mis pasiones. Colócame en estado de impotencia, de indigencia, de dependencia, de infancia santa y divina y de muerte al mundo y a mí mismo, que vaya adorando y glorificando la dependencia, la infancia y la muerte a la que has reducido a mi Jesús en el misterio de su nacimiento y de su cruz.

Estos actos de amor sobre el nacimiento y la infancia de Jesús bastan para inspirarte otros semejantes sobre los demás estados y misterios.

XI. Actos de amor a Jesús crucificado besando el crucifijo

Aquí tienes diez actos de amor a Jesús crucificado. Puedes practicarlo besando el crucifijo. Es bueno hacerlo una vez al día, sobre todo en la noche, después del examen de conciencia y de las oraciones que lo siguen para terminar la jornada con estos actos de amor a Jesús y alcanzar de él, por este medio, que terminemos la vida en el ejercicio de su santo amor.

1. Besa el pie de la cruz y al hacerlo di en tu corazón: Oh Jesús, en honor y unión del mismo amor con el que besaste, abrazaste y amaste la cruz que te fue ofrecida en el día de tu santa Pasión y que te fue presentada desde el momento de tu Encarnación, amo y abrazo de todo mi corazón todas las cruces, corporales o espirituales, que te plazca enviarme en toda mi vida. Las uno a las tuyas y te suplico que me hagas partícipe del grandísimo amor con el que las cargaste.

2. Besa la llaga de los santos pies de Jesús y expresa este deseo: Oh Jesús, deseo, te pido, besar tus santos pies con el mismo amor con que santa Magdalena los besó en casa del fariseo cuando mereció escuchar estas dulces palabras de tus sagrados labios: *Tus pecados están perdonados*.

3. Besa una vez más los pies de Jesús con este deseo: Oh Jesús, deseo besar tus sagrados pies con todo el amor con que las almas buenas que hay en la tierra lo han hecho. Te ofrezco todo este amor en satisfacción de mis faltas cometidas al amarte durante toda mi vida.

4. Besa la herida de la mano izquierda con esta intención: Quiero besar, Jesús mío, si te place, está herida sagrada unido a todo el amor que tu arcángel san Gabriel, tus serafines y ángeles, en particular i ángel de la guarda, te profesan. Te ofrezco todo ese amor en satisfacción de las faltas cometidas en toda mi vida en el ejercicio de tu santo amor.

5. Besa la herida de la mano derecha y di de corazón esta elevación a Jesús: Oh Jesús, deseo besar esta santa herida, unido a todo el amor con que tus santos y santas del cielo te tienen. Te ofrezco todo este amor en satisfacción de todos los pecados cometidos contra tu divino amor.

6. Besa la herida del sagrado costado de Jesús en unión del amor que la santa Virgen, o mejor, al considerarte indigno de besar esta santa herida, ruega a la santísima Virgen que la bese en tu lugar, y dile: Oh Madre de Jesús. besa tú, en mii lugar, te ruego, la herida del costado de tu Hijo. Por este santo beso, devuélvele en el céntuplo el amor que yo hubiera debido darle en toda mi vida.

En lugar de besar la herida del costado, besa la de los pies con este deseo: Oh Jesús, deseo, si así te place, besar tus santos pies en unión de todo el amor que tu santa Madre te tiene. Te ofrezco todo ese amor para reparar las faltas cometidas al amarte.

7. Besa las santas heridas de la sagrada cabeza de Jesús, coronado de espinas. O mejor, al estimarte demasiado indigno de hacerlo, dirígete al Padre eterno y dile: Oh Padre de Jesús, dale, te pido, un santísimo beso a tu Hijo muy amado. Por ese divino beso dale, mil veces centuplicado, todo el amor que hubiera debido darle en toda mi vida.

En lugar de besar las heridas de la cabeza de Jesús, besa de nuevo la de los pies, y di: Oh Jesús, permíteme besar tus santos pies, con todo el amor que tu Padre eterno te tiene, en cuanto me es posible. Te ofrezco todo ese amor en satisfacción de las faltas cometidas al amarte.

8. Besa además los santos pies de Jesús, en unión del amor del Espíritu Santo, de esta manera: Oh Jesús, que bese tus santos pies en unión de todo el amor que tu Espíritu Santo te tiene. Te ofrezco todo ese amor en satisfacción de las faltas cometidas contra tu divino amor.

9. Oh Jesús, que bese de nuevo tus sagrados pies, con todo el amor, en cuanto me es posible, que tú mismo te tienes. Te ofrezco todo ese amor en satisfacción de mis defectos y te ruego que te tributes tú mismo, mil veces centuplicado, el amor que yo hubiera debido darte a partir de mi entrada en el mundo.

10. Finalmente, una vez más, besa sus divinos pies con todo el amor sagrado del cielo y de la tierra juntamente, y di: Oh Jesús, concédeme besar una vez más tus divinos pies con

todo el amor, en cuanto me es posible, que te ha sido, te es, y te será rendido en el cielo y en la tierra por toda la eternidad, por todas las divinas y santas personas que te aman. Te ofrezco todo ese amor en satisfacción de mis pecados e infidelidades y de las faltas cometidas en toda mi vida al amarte.

Observa, te pido, que al manifestar esos actos de amor, no es necesario, si no quieres, pronunciar oralmente las palabras, ni siquiera tener actualmente en el espíritu los pensamientos que se han señalado aquí. Basta besar el crucifijo tantas veces como se dijo, con las intenciones aconsejadas. Cada uno de esos actos se pueden hacer en un momento. Es bueno, al comienzo, fijar la mente en estos pensamientos e intenciones. Cuando se ha practicado este ejercicio durante cierto tiempo, se hace más fácilmente.

XII. Rosario del santo amor de Jesús

Se emplean tres decenas del rosario más cuatro cuentas. En total treinta y cuatro cuentas en honor de los treinta y cuatro años de la vida llena de amor que Jesús llevó en la tierra.

Al comienzo se dice: *Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.* Así invocamos y atraemos a nosotros el amor santo de Jesús que es su Espíritu Santo y nos damos a él a fin de que destruya en nosotros todo lo que le es contrario y que ame a Jesús conforme a su deseo.

En las cuentas pequeñas, se dicen estas palabras tomadas en parte del evangelio y en parte de san Agustín²⁷, a imitación de san Pedro que dijo tres veces a Nuestro Señor *Te amo* cuando luego de la resurrección él le preguntó si lo amaba. “Te amo, Jesús amabilísimo, te amor, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y quiero amarte siempre más y más”.

Al decir el primer *Te amo* hay que desear decirlo con todo el amor que el Padre eterno tiene a su Hijo. Al decir el segundo, tener la intención de decirlo con el amor que el Hijo de Dios se tiene así mismo. Al decir el tercero decirlo con todo el amor que el Espíritu Santo tiene a Jesús. Recuerda que el Padre eterno, al darnos a su Hijo, nos ha dado todo con él, como dice san Pablo (Ro , 32), y por tanto el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu es nuestro y tenemos el derecho de emplearlo como cosa nuestra para amar a Jesús.

Al decir: *Con todo mi corazón*, entendamos estas palabras como dirigidas al Corazón de Jesús, del de la santa Virgen y de todos os corazones de los ángeles y de los santos del cielo y de la tierra. Todos en conjunto no forman sino un solo corazón con el santísimo Corazón de Jesús y de María. Por la unión que hay entre estos corazones y el Corazón de Jesús, ese Corazón es nuestro corazón puesto que san Pablo nos asegura que *todo, sin excepción, es nuestro* (1 Co 3, 22. Por consiguiente lo podemos emplear como cosa nuestra en amar a Jesús.

Al decir: *Con toda mi alma*, entendamos esto del alma santa de Jesús, de la de la santa Virgen y de todas las santas almas que hay en el cielo y en la tierra. Toda ellas

²⁷ Jn 21, 15 y Manuale, cap. X.

juntamente, por la unión de la caridad, son una sola alma. Es nuestra y debemos usarla para amar al que no la ha dado.

Al decir: *Con todas mis fuerzas*, tengamos la intención de usar todas las facultades de la divinidad y humanidad de Jesús, y de todas las fuerzas de todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y en el infierno mismo, como cosa nuestra, en amar a Jesús.

Al decir estas últimas palabras: *Y más y más te quiero amar*, hagámoslo con la intención, no solo de emplear toda nuestra voluntad en querer amar a Jesús sino también de usar toda nuestra voluntad en querer amar a Jesús; aún más, emplear para ello, en toda su extensión y capacidad infinita, la divina voluntad de Jesús que es nuestra. Nos podemos servir de ella para amar al mismo Jesús con una voluntad infinita y digna de él, pues nuestra voluntad propia y natural no es capaz de amarlo dignamente.

En las cuentas grandes del rosario hay que decir estas palabras de san Agustín: “Oh fuego, siempre ardiente y que nunca te apagas; oh amor siempre ferviente y que jamás te enfrías, inflámame, abrásame para que me convierta por entero en fuego de amor por ti”²⁸.

O en lugar de esto puedes decir, *Veni, Sancte Spiritus*, etc.

Te digo que ocasionalmente es muy aconsejable decir: *Te amo, Jesús amantísimo*, etc. , después de comulgar. Teniendo dentro de nosotros, de modo especial en ese momento, el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con el Corazón divino y el alma santa de Jesús, y todo el poder de su divinidad y de su humanidad, tenemos derecho

28

como nunca de emplear todo esto, enteramente nuestro, para amar a Jesús. Podemos decir entonces muy de veras con las intenciones que señalamos: *Te amor, Jesús amantísimo*, etc.

También es posible decir este versículo del salmista: *Alma mía, bendice al Señor; que todo cuanto hay en mí bendiga tu santo nombre* (Sal 103, 1). Apliquémoslo a Jesús que ora en nosotros, como alma de nuestra alma. También de la santísima Trinidad y de todas las maravillas del cielo y de la tierra que hay en nosotros por la santa Eucaristía. Ella es compendio de todas las maravillas de Dios. Deseemos igualmente que todo cuanto entonces hay en nosotros se emplee en bendecir y glorificar a Jesús como también a bendecir, glorificar y amar a la santísima Trinidad y a toda la plenitud de la divinidad que habita en Jesús.

XIII. Es bueno elegir un santo cada mes para que nos ayude a amar a Jesús

La oración principal que debemos dirigir a los santos y a los ángeles, la que es de su mayor agrado y escuchan con especial solicitud, es pedirles que amen a Jesús en lugar nuestro y que nos ayuden a amarlo. En amarlo ponen toda su felicidad. Por ello, además de los santos a quienes honramos con especial devoción en toda nuestra vida, es práctica muy santa elegir alguno cada mes para rogarle todos los días que ame a Nuestro Señor en lugar nuestro, que nos ayude a amarlo y que se sirva de nosotros para amarlo y glorificarlo; que supla nuestras deficiencias cometidas durante este mes, que nos asocie al amor que él le tiene como también para amar y glorificar a Nuestro Señor en ese mismo santo, para

unirnos a las alabanzas que le son dadas por él y para imitar las obras y virtudes que hizo por su gloria.

XIV. El mes de marzo

Entre los meses del año el mes de marzo nos merece especial consideración. En ese mes se cumplieron las mayores obras y los más santos misterios de Dios. En ese mes fue creado el mundo, según opinión de muchos doctores²⁹. En ese mes se retiraron las aguas del diluvio. En ese mes el pueblo de Dios fue liberado de la cautividad de Egipto y pasó a pie enjuto a través del mar Rojo. En ese mes sucedió la encarnación del Hijo de Dios y en él sufrió, fue crucificado, murió, libró del limbo a los santos padres y resucitó. En efecto murió el mismo día en que se encarnó. En ese mes fue instituido el Santísimo Sacramento del altar; en ese mes la bienaventurada Virgen fue establecida en su dignidad de Madre de Dios; en él los santos apóstoles fueron ordenados sacerdotes por el Hijo de Dios. De modo que el mes de marzo es propia y particularmente el mes de Jesús pues en él comenzó y terminó su vida en la tierra, y en él obró grandes portentos. Es el mes de la Madre de Jesús que en él fue hecha Madre de Dios. Es el mes del amor divino puesto que el Hijo de Dios obró en él los mayores misterios de su amor como son el misterio de su Encarnación, de su Pasión, de su divino Sacramento. También en ese mes se celebra la fiesta de san José, padre de Jesús y esposo de la santa Virgen, y la de san Gabriel, ángel al servicio de Jesús y ángel de la guarda de la Madre de Jesús.

²⁹ Lo explican interpretando que la vegetación apareció en la semana de la creación. E su cultura de estaciones es en la primavera en marzo cuando aparece la vegetación.

Debemos por tanto emplear este mes con especial cuidado con particular y renovada devoción.

QUINTA PARTE

*Lo que debe hacerse cada semana
para vivir cristiana y santamente
para hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros*

I. Tres días de la semana para especial devoción

Hay tres días de la semana que nos merecen especial dedicación a Dios. El primero es el lunes, primer día de la semana, debemos consagrarlo al primer día de la vida de Jesús en el mundo. Formulemos en ese día un nuevo deseo de comenzar nueva vida por Nuestro Señor y de poner a su servicio toda la semana.

El segundo es el viernes, dedicado al último día de la vida de Jesús en la tierra. Mirémoslo y vivámoslo como si fuera el último día de nuestra vida.

El tercero es el sábado, consagrado al honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús, a la que todos los cristianos deben especial veneración. En ese día debemos tributar nuestros deberes a la santísima Virgen con atención y afecto particulares. Esforcémonos por reparar las faltas cometidas en la semana respecto de ella y de su Hijo. Al terminar ese día es bueno honrar a la santa Virgen en la última hora y el último momento de su vida y ofrecerle la última hora y el último momento de nuestra vida como ya propusimos.

II. Cómo honrar la vida de Jesús cada semana

Para emplear santamente los restantes días de la semana, es bueno dedicar un día de la semana a alguna parte de la vida de Jesús para rendirle algún honor especial en ese día y tratar de imprimirla en nosotros con especial consideración e imitación. Ya que *todos hemos muerto en Adán y vivimos en Jesucristo* (1 Co 15, 22) no tenemos derecho de vivir en la tierra sino de la vida de Jesucristo. Dios nos mantiene en ella para que trabajemos y destruyamos en nosotros la vida maligna y pecadora del viejo Adán y establezcamos allí la vida santa y divina de Jesús.

Nuestro cuidado y ejercicio principal debe ser considerar, adorar e imitar la vida de Jesús, para, por este medio, formemos y establezcamos en nosotros una imagen perfecta de su vida.

Para ello te ofrezco unas mediaciones para cada día de la semana. Contienen sumariamente toda la vida de Jesús en forma de elevación a fin de que todos puedan servirse de ellas para honrar cada día de la semana las diversas etapas de la vida de Jesús.

MEDITACIONES SOBRE LOS ESTADOS DE LA VIDA DE JESÚS PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

Para el domingo

*La vida divina de Jesús en el seno de su Padre
desde toda la eternidad*

1. ¡Jesús, mi Señor y mi Dios! Te contemplo, adoro y glorifico en la vida divina que tienes desde toda eternidad, en el seno

de tu Padre, antes de tu encarnación. ¡Qué vida tan santa, pura, divina, admirable, llena de gloria, de grandezas y delicias! ¡Me regocijo al contemplar esa vida tuya tan perfecta, feliz y maravillosa! ¡Bendito seas, Padre de Jesús, por haberla dado a tu Hijo! Te ofrezco, oh Jesús, la gloria y la alabanza que recibes de tu Padre y de tu Espíritu Santo en la eternidad de tu vida divina.

2. En esa vida tu principal ocupación es contemplar, glorificar y amar a tu Padre y entregarle a él como a tu principio, tu ser, tu Vida, tus perfecciones y todo lo que serás por siempre, como algo recibido de él que deseas emplear para glorificarlo y amarlo con un amor digno de él. ¡Bendito seas por todo ello, oh Jesús! Padre amabilísimo: ¡qué alegría verte tan amado y glorificado por tu Hijo! Te ofrezco el amor y la gloria que de él recibes en la eternidad de la vida divina que él lleva en tu regazo paterno antes de su encarnación.

3. Tú has empleado, buen Jesús, tu vida divina por mí. Porque, desde toda eternidad, piensas en mí, me amas y me ofreces a tu Padre, y en mí te ofreces a ti mismo para venir un día a la tierra a encarnarte, sufrir y morir por mi amor. Tú, amadísimo Jesús, me amas desde toda eternidad: yo, en cambio, no sé si he comenzado a amarte como debo. ¡Te pido perdón, Salvador mío! Que en adelante, y por toda la eternidad, "o viva para amarte.

Para el unes

El primer instante de la vida temporal de Jesús

1. Te adoro, oh Jesús, en el momento de tu Encarnación, en el primer instante de tu vida temporal y pasible. Adoro los portentos que entonces tuvieron lugar en ti. ¡Cuántas grandezas se acumularon en ti y por ti en ese dichoso instante, en relación con tu Padre, con tu Santo Espíritu, con tu sagrada humanidad y con tu santa Madre! Qué

maravillosos pensamientos, afectos, amor y aplicación de tu alma santa a tu Padre, en ese instante, para adorarlo, glorificarlo y sacrificarle enteramente a su gloria y al cumplimiento de sus designios.

Adoro, buen Jesús, los primeros pensamientos y actos de adoración, de oblación, de amor y de alabanza que en ese momento tributaste a tu Padre. Ciertamente, en ese solo instante, le tributaste más honor y amor que todos los ángeles y los hombres en los miles de años que antecedieron a tu encarnación y en toda la eternidad. ¡Cuánta alegría siento, Padre de Jesús, al verte tan amado y glorificado por tu Hijo! Seas por siempre bendito, amado y adorado oh Jesús, por el honor y el amor que tributaste a tu Padre en el feliz momento de tu encarnación.

2. ¡Oh Jesús! a la luz de la fe descubro que tienes entonces grandes designios y realizas maravillas en la persona en la que se cumple ese misterio. Adoro tus primeros pensamientos y actos de amor y tus primeros frutos de gracia, de luz y de santidad que realizaste en favor de Lo santa Madre en el momento de tu encarnación. Rindo homenaje, también, a los primeros actos de adoración, de alabanza y de amor de tan excelsa Madre por tan egregio Hijo. Bendito seas, Jesús, Hijo de María, por las maravillas obradas en tu santa Madre por este adorable misterio. Bendita seas, Madre de Jesús, por la gloria que en él tributaste a tu Hijo. Asóciame, te lo ruego, al amor y honor que le diste en ese primer instante de su vida y hazme comulgar con el amor que le tienes y con tu celo por su gloria.

3. Oh Jesús: en el mismo instante en que, apenas encarnado, te volviste a tu Padre, también te volviste a mí. Cuando empezaste a pensar en él, a dirigirte a él y a amarlo, pensaste igualmente en mí, te diste a mí y me amaste. En el mismo instante en que comenzaste a vivir, comenzaste a vivir para mí, a prepararme gracias señaladas y a formar grandes designios sobre mí. Porque, ya desde entonces, concebiste el

designio de imprimir en mí una imagen del misterio de tu encarnación y te encarnaste, en cierta manera, dentro de mí, uniéndome a ti y uniéndote tú a mí corporal y espiritualmente por tu gracia y por tus sacramentos, y de llenarme de ti mismo y de formarte en mí, para vivir y reinar en mí perfectamente. Bendito seas, Jesús, por tu bondad y tu amor. ¡Que todas tus misericordias y todas tus maravillas en favor de los hijos de los hombres, te bendigan eternamente! Te pido perdón, humildemente, por haber obstaculizado tus grandes designios. No permitas que vuelva a contrariarlos. Porque, en adelante, quiero aniquilar en mí, al precio que sea, con la ayuda de tu gracia, cuanto se opone a tu voluntad.

Para el martes

La santa infancia de Jesús.

1. No te has contentado, admirable Jesús, con hacerte hombre por amor a los hombres: quisiste también ser niño y sujetarte a la pequeñez y debilidades de la infancia, para honrar a tu Padre en todos los estados de la vida humana y santificar los estados de nuestra propia vida. ¡Bendito seas por todo ello, oh Jesús! Que tus ángeles y santos te bendigan eternamente. Te ofrezco, amabilísimo niño, mi propio estado de infancia y te suplico, por la virtud de la tuya que borres las imperfecciones de mi infancia y la conviertas en eterno homenaje a tu infancia adorable.

2. En tu infancia oh Jesús, no estás ocioso, sino que obras maravillas. Con relación a tu Padre te ocupas incesantemente en su contemplación, adoración y amor. A tu santa Madre la estás colmando de gracias y bendiciones. Estás produciendo frutos admirables de luz y de santidad en san José, en el pequeño Juan Bautista y en los demás santos y santas que tuvieron trato contigo en tu infancia. Te adoro, te amo y Le bendigo en estas divinas ocupaciones y en los efectos maravillosos de tu santa infancia. Te ofrezco el honor

y el amor que recibiste en ese estado, de parte de tu Padre, de tu Espíritu Santo, de tu santa Madre y de los ángeles y santos que pertenecen de manera especial a ese misterio.

3. Adoro en ti, niño amabilísimo, los pensamientos, los designios y el amor ardiente que tuviste por mí en tu estado de infancia, Porque sin cesar pensabas en mí y me amabas. Desde entonces tenías el designio de imprimir en mí la imagen de tu divina infancia, de colocarme en un estado que imitara y honrara la dulzura, la sencillez, la humildad, la pureza de cuerpo y de espíritu, la obediencia y la inocencia de tu infancia. Me doy a ti, oh Jesús, para que se realice este designio tuyo. En adelante, me esforzaré, con la ayuda de tu gracia, que invoco de todo corazón, por ser dulce, humilde, sencillo, puro, obediente, sin hiel ni amargura ni malicia, como niño, y rendir así homenaje a tu santa infancia.

Para el miércoles

La vida escondida y laboriosa de Jesús

1. Aunque tenías, oh Jesús, tantas e importantes cosas por decir y realizar en la tierra, como convertir muchas almas y hacerles el bien con tu ejemplo y tus predicaciones, no quisiste conversar entonces con los hombres, sino que llevaste una vida escondida y desapercibida hasta la edad de treinta años. Estabas retirado dentro de tu Padre: en él habías encerrado tu espíritu, tu corazón, tus pensamientos, deseos y afectos. Lo hiciste así para honrar tu vida escondida y eterna en el seno de tu Padre y para mostrarnos cuánto te agradan la soledad y el retiro. En efecto, de tus treinta y cuatro años de vida terrena, sólo empleaste cuatro para tratar con los hombres y dedicaste los demás al retiro y a la soledad. Bendito seas, buen Jesús, por la gloria que tributaste a tu Padre durante esos años de vida escondida.

Concédeme, te lo ruego, que para honrarla, ame yo en adelante, la soledad exterior e interior. Retírame y escóndeme dentro de ti: mi espíritu dentro de tu espíritu, mi corazón en tu corazón, mi vida dentro de tu vida. Por mi parte deseo, con la ayuda de tu gracia, retirarme a todas partes para vivir en ti, con el pensamiento y el afecto, como en mi lugar de refugio, mi centro, mi elemento y mi paraíso, fuera del cual todo es infierno y perdición. Quiero permanecer siempre en u, según tu mandamiento: Permaneced en mí (Jn. 15, 4), es decir, en tu espíritu, en tu amor, en tus sentimientos e inclinaciones.

2. Tú, amabilísimo Jesús, quisiste llevar a los ojos humanos, una vida escondida y opaca, pobre, laboriosa y sufrida, con el nombre y el oficio de carpintero. Así nos enseñas primero con tu ejemplo, lo que más tarde nos enseñarás con tus palabras, a saber, que lo grande ante los hombres es abominación ante Dios. Graba profundamente, oh Jesús, esta verdad en mi espíritu, Infunde en mi corazón un odio superlativo a lo que es gloria, alabanza, grandeza, vanidad y brillo a los ojos humanos y comunícame en cambio amor y afecto fortísimos a lo que lleva consigo humillación y pequeñez.

3. Tú eres, Jesús, Dios como tu Padre y un solo Dios con él. Tienes con él un solo y mismo poder y actividad. Junto con tu Padre creaste y gobiernas este inmenso universo. Con él te dedicas, desde toda eternidad a producir un Dios y Persona divina, tu Espíritu Santo y a realizar maravillas dignas de t u soberana grandeza. Sin embargo, cuando te considero en el estado de tu vida escondida, te veo sometido a las acciones y necesidades más humildes de la vida humana, como alimentarte, dormir, ganarte la vida con la fuerza de tus brazos y el sudor de tu frente. Pero consuela y asombra que eres tan admirable en las cosas pequeñas como en las grandes. Porque al realizar tus acciones más ordinarias con un amor infinito a tu Padre y a nosotros, das a tu Padre una gloria infinita. Así nos has merecido y adquirido, en virtud de

tus santas acciones, gracias especiales para que hagamos santamente las nuestras. No permitas que por dejar de hacerlas santamente hagamos tu gracia vana e inútil. Ese es mi deseo y mi propósito: concédeme llevarlo a efecto únicamente por tu gloria. Haz que, en adelante, te ofrezca todas mis acciones, aún las más triviales, en honor de las tuyas y que las realice, a ser posible, con tus mismas disposiciones e intenciones.

Para el jueves

La convivencia de Jesús en la tierra y en el Santísimo Sacramento

1. Tú, amabilísimo Jesús, vives y reinas y te comunicas desde toda eternidad con tu Padre y tu Espíritu Santo. ¡Qué deliciosa es para ti esa conversación! Cuánta gloria, amor y alabanzas recibes en ella de tu Padre y de tu Espíritu Santo. Sin embargo, quisiste dejar el seno de tu Padre y venir a la tierra para conversar, beber y comer familiarmente no sólo con tu santa Madre, san José y tus santos apóstoles y discípulos, sino también con hombres pecadores que te han hecho víctima de sus ultrajes e indignidades. Y has querido actuar así:

1. 1. Para rendir homenaje, con el trato que tuviste con tu santa Madre y tus santos apóstoles y discípulos, a la santa y divina conversación que has tenido en la eternidad con tu Padre y tu Espíritu Santo;

1. 2. Para liberarnos, mediante las molestias que recibiste en el trato con los pecadores, del castigo que merecimos con nuestros pecados, de vemos reducidos para siempre a la miserable compañía de los demonios y para hacernos dignos de vivir eternamente en la compañía de tus ángeles y santos, de tu santa Madre y de las tres eternas personas;

1. 3. Para demostrar la verdad de lo que has dicho: mis delicias son estar con los hijos *de los* hombres (Prov 8, 31).

1. 4. Para adquirírnos, por los méritos de tu vida pública, la gracia de tratar santamente los unos con los otros;

1. 5. Para que tu conversación santa y divina nos sirva de ejemplo de cómo debernos tratar con nuestro prójimo.

2. Por todo esto, oh Jesús, te adoro, te bendigo y te amo. Te adoro en el estado de tu vida pública y de trato con los hombres, desde tus treinta años hasta tu muerte. Te adoro y glorifico en lo que sucedió en ti durante ese tiempo, en tus acciones, palabras y predicaciones, en tus milagros, viajes, trabajos y fatigas, y en tus pensamientos, sentimientos, designios, afectos y disposiciones interiores. Te bendigo sin cesar por la gloria que has tributado a tu Padre con todas esas cosas. Te ofrezco el amor y el honor que durante tu vida pública te tributaron los santos que trataron contigo. Te ofrezco también las conversaciones que he tenido y tendré con mi prójimo en homenaje a las tuyas, te suplico las consagres a dar gloria a tu vida pública.

3. Adoro en ti, oh Jesús, las santas y divinas disposiciones e intenciones con que trataste con los hombres. ¡Con qué humildad, caridad, dulzura, paciencia, modestia, desprendimiento de las criaturas y aplicación a Dios lo has hecho! Deseo, Salvador mío, conversar, en adelante, con mi prójimo, con tus mismas disposiciones que te ruego imprimir en mí. Te pido perdón por las faltas que contra ello he cometido.

4. No te contentas, Señor, con haber convivido y tratado con nosotros en tu vida mortal sino que, antes de regresar al cielo, el amor, siempre insatisfecho que tienes por nosotros, Le hizo inventar un medio admirable que permanece siempre con nosotros y aún para morar dentro de nosotros y darte a nosotros con los tesoros y maravillas que tú encierras. Eso lo lograste mediante tu divina Eucaristía resumen de tus portentos y fruto cumbre de tu amor por nosotros. ¡Oh amor,

oh bondad! ¿Cómo no me he convertido en amor y alabanza a ti? Perdóname, oh Jesús, el mal uso que he hecho de don tan excelente. Concédeme que para el futuro aproveche mejor este divino Sacramento y que así como tú tienes tus delicias en estar conmigo, yo también encuentre mi gozo en conversar contigo, en pensar en ti, en amarte y glorificarte.

Para el viernes

Los sufrimientos y muerte de Jesús

1. Tú eres, oh Jesús, el amor y las delicias de Dios y de los ángeles, del cielo y de la tierra. Tú eres el Dios de los consuelos, la fuente de toda alegría, el gozo y la felicidad personificados. Pero veo que en el estado de tu vida mortal y especialmente en tu último día, eres el objeto de la ira y saña del cielo, de la tierra y del infierno, de Dios, de los hombres y de todas las criaturas. Veo cómo todas las cosas se coligan contra ti y se dedican a hacerte sufrir; que eres como el blanco de todos los ultrajes y contradicciones. Te veo tan abrumado de dolor y tormentos en cada porción de tu cuerpo y de tu alma que pareces trocado en dolor y en sufrimiento. Por eso el Profeta Le llama varón de dolores (Is 53, 3). A ese lamentable estado, Salvador mío, te han reducido tu bondad y el exceso de tu amor. Te adoro, te amo y Le bendigo en todos tus sufrimientos. Pero, sobre todo, contemplo y adoro en ti las santas disposiciones con que has padecido. ¡Qué sumisión la tuya a la voluntad de tu Padre! ¡Qué humillación la de tu alma santa a la vista de todos los pecados del mundo que te echaste encima! ¡Cuánta caridad hacia nosotros, qué paciencia y mansedumbre para tus enemigos!

Siento inmensa confusión al ver a mi Jesús sufrir cosas tan inauditas con semejantes disposiciones y comprobar que soy tan sensible a las menores molestias y tan desprovisto de sus disposiciones. Me doy a ti, buen Jesús, para sufrir contigo

lo que te plazca. Te ofrezco lo que he padecido y habré de padecer en toda mi vida. Te ruego que unas mis penas y trabajos a los tuyos; que con los tuyos bendigas los míos; que te sirvas de ellos como si fueran tuyos para dar gloria a tu Padre y en honor de tu santa pasión. Hazme partícipe de tu amor, de tu humildad y demás disposiciones.

2. Tú has sufrido, amabilísimo Jesús, los tormentos de la cruz y de la muerte con tal amor a tu Padre y a nosotros que tu Espíritu Santo hablando, en las Escrituras, del día de tu pasión y de tu muerte, lo llama *el día dela alegría de tu Corazón* (Ct 3, 11) para mostrar que habías puesto tu gozo en sufrir, que a imitación tuya yo también, Salvador mío, coloque mi alegría en las penas, desprecios y sufrimientos como en aquello con que puedo darte más gloria y amor. Infunde estas disposiciones en mi alma y graba en mi corazón un odio profundo a los placeres de la tierra y un afecto particular a los trabajos y sufrimientos.

3. Te contemplo y adoro, oh Jesús en tu agonía y muerte en la cruz. Adoro cuanto tuvo lugar en ti en el último instante de tu vida: tus últimos pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos; el último uso de los sentidos de tu cuerpo y de las facultades de tu alma; los últimos efectos de gracia que realizaste en el alma de tu santa Madre y en las almas santas que estaban con ella al pie de tu cruz; tus últimos actos de adoración y de amor a tu Padre; los últimos sentimientos y disposiciones de tu Corazón, y t u último suspiro. Te ofrezco mi muerte y el último instante de mi vida en honor de tu santa muerte y de tu último instante. Bendice mi muerte, Salvador mío y santifícala con la tuya; únela a tu muerte. Te pido que las últimas cosas que me sucederán sean un homenaje a las cosas últimas que tuvieron lugar en ti: que mi último suspiro honre tu último suspiro y sea un acto de purísimo y perfectísimo amor a ti.

Para el sábado

La vida de Jesús en María y de María en Jesús

1. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María! Te contemplo y adoro viviendo y reinando en t u santísima Madre, como el que eres y lo realizas todo en ella. Porque si, conforme a la palabra del apóstol, tú *lo eres y lo haces todo en todas las cosas* (Ef 1, 23; 1 Co12, 6), ciertamente también en tu sacratísima Madre. Tú eres su vida, su alma, su Corazón, su espíritu, su tesoro. Estás en ella santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estás en ella realizando obras más grandes y tributándote en ella y por ella una gloria mayor que en todas las demás criaturas del cielo y de la tierra. Estás en ella revistiéndola de tus cualidades y perfecciones, de tus inclinaciones y disposiciones, imprimiendo en ella una imagen perfectísima de ti mismo, de tus estados, misterios y virtudes y haciéndola tan semejante a ti que quien ve a Jesús ve a María, quien ve a María ve a Jesús. Bendito seas, oh Jesús, por todo cuanto eres y realizas en tu santa madre. Te ofrezco las delicias, el amor y la gloria que has tenido y tendrás por siempre en ella.

2. Te honro, Madre de Jesús, y te admiro en la vida prodigiosa que tienes en tu Hijo Jesús. Es una vida adornada de toda virtud y perfección: un solo instante de ella es más grato a Dios que todas las vidas de los ángeles y de los hombres; es una vida que tributa a Dios más honra y amor que todas las demás vidas de la tierra y del cielo; esa vida no es otra que la vida de su Hijo Jesús que él le va comunicando de modo singular e inefable. Bendita seas, Virgen santa, por el honor que has tributado a tu Hijo amadísimo en toda tu existencia. Te ofrezco mi vida, Madre de vida y de gracia, y la consagro por entero a honrar la tuya; suplico a tu Hijo Jesús, Dios de mi vida y de amor, que por su inmensa bondad haga de mi vida homenaje continuo y eterno a su santa vida y a la

tuya.

3. ¡Jesús, Dios de mi vida y de mi corazón! Tú tienes un deseo inmenso de vivir en mí y de hacerme vivir en ti con una vida santa Y celestial. Te suplico me perdones los obstáculos que con mis pecados e infidelidades he puesto al cumplimiento de este deseo tuyo. Extingue en mí la vida corrompida del viejo Adán y reemplázala por tu vida santa y perfecta, Vive en plenitud en mi espíritu y en mi corazón: realiza allí todo cuanto desees para tu gloria. Amate a ti mismo en mí y glorifícate en todas las formas que desees. Alcánzame de tu Hijo, Madre de Jesús, que todas estas cosas se cumplan en mí.

Sobre la vida gloriosa de Jesús en el cielo después de su ascensión.

Para el domingo

*La vida gloriosa de Jesús en el cielo
a partir de su resurrección y ascensión*

1. Después de contemplarte y adorarte, oh Jesús, en tu estado de vida mortal y pasible, en las agonías de tu cruz y en las sombras de la muerte y del sepulcro, quiero contemplarte y adorarte en las grandezas, esplendores y delicias de tu vida gloriosa que siguió a tu resurrección y de la que ahora, desde tu ascensión, gozas en el cielo, en el regazo y la gloria del Padre.

¡Oh vida inmortal de mi Jesús, vida libre de las miserias y necesidades de la tierra; vida totalmente escondida e imantada en Dios; vida toda de amor purísimo! En ella Jesús no tiene otra ocupación que amar a su Padre, amamos para su Padre, amar, bendecir y glorificar a su Padre por nosotros, ofrecemos a él e interceder ante él por nosotros. Oh vida

santísima, purísima y divina, penetrada de gozo indecible, de la plenitud de gloria, de grandeza y de la felicidad de Dios. ¡Qué alegría para mi corazón, amado Jesús, verte gozar de vida semejante! Bendito sea siempre tu Padre amabilísimo por haberle establecido en esa vida.

2. ¡Amable Jesús! No sólo vives en ti mismo con una vida gloriosa y feliz, sino también en tus ángeles y santos que te acompañan en el cielo. Porque eres tú el que vives en ellos, el que les comunicas tu vida gloriosa e inmortal, el que eres glorioso y feliz en ellos. Tú lo eres todo y los haces todo en ellos, según el testimonio de tu apóstol: *todo en todos*. Eres tú el que adoras, alabas y amas a tu Padre eterno y a ti mismo en ellos y por ellos. Por lo cual, ¡bendito seas, buen Jesús! Te ofrezco la vida gloriosa de todos los habitantes del cielo, con el amor y las alabanzas que te tributan y habrán de tributar por siempre, en honor de la vida gloriosa que tienes en ti mismo. Y ruego a tus ángeles y santos que te amen y te glorifiquen por mí y me asocien a los homenajes que te tributan y tributarán eternamente.

3. Bien sé, oh Jesús, que por tu amor hacia mí y por el celo que tienes por tu gloria, deseas ardientemente ser amado y glorificado en mí. De ahí que tienes un deseo infinito de atraerme a ti en el cielo para vivir en mí perfectamente y establecer en mí, en plenitud, el reino de tu gloria y de tu amor. Porque mientras yo more en la tierra tú no vivirás ni reinarás plenamente en mí. Por eso, Salvador mío, ya no quiero vivir en la tierra sino para suspirar incesantemente por el cielo. ¡Oh cielo, cuán deseable y amable eres! ¿Cuándo será, Dios del cielo, que veré tu rostro? ¿Cuándo vivirás plenamente en mí y te amaré perfectamente? ¡Que dura e insoportable eres, vida terrena! Dios de mi vida y de mi corazón: ¡qué larga y cruel es esta vida en la que se te ama tan poco y tanto se te ofende!

Pero me consuela, Señor, la advertencia de tu apóstol,

de que, ya desde ahora, estoy contigo en el cielo y que allí estoy viviendo, en ti y contigo, de tu propia vida. Porque él me asegura que tu Padre *nos ha vivificado y resucitado, y nos ha hecho sentar juntamente contigo en el cielo* (Ef 2,5). De manera, Jesús mío, que estoy viviendo contigo en el cielo; allí tengo parte en el amor, la gloria y las alabanzas que das a tu Padre, por tí mismo y mediante tus ángeles y santos. Y si estoy en tu gracia puedo decir que amo, alabo y glorifico sin cesar en ti y contigo a mi Padre y Padre tuyo, con el mismo amor, alabanza y gloria con que tú lo glorificas y lo amas. En efecto, pues soy una sola cosa contigo, como un miembro con su cabeza, puedo decir con san Agustín que allí estoy donde está mi cabeza, que vivo de su vida, que todo lo suyo es mío, que tengo parte en todo lo que él hace; que todas sus acciones y ejercicios me pertenecen. En una Palabra que hago en él y con él todo cuanto él hace.

¡Qué consuelo representa para mí saber que ya me encuentro en el paraíso, donde amo y glorifico continuamente a mi Dios! Ah, Señor Jesús, ¿qué amor y qué acción de gracias te daré por haberme unido tan estrecha y santamente contigo y con tus santos y por haberme dado, con esa unión, medios tan eficaces de alabarte y de amarte perpetuamente en la tierra y en el cielo? ¡Salvador mío, que yo viva en la tierra de manera acorde con la vida que tengo en ti y con tus santos en el cielo! Que me ocupe continuamente aquí en la tierra en el ejercicio de amarte y de alabarte. Que empiece en este mundo mi paraíso, haciendo consistir mi felicidad en bendecirte y amarte, en cumplir tus voluntades y en realizar valientemente la obra de gracia que deseas cumplir en mí. Así cuando esa obra esté plenamente cumplida, me llevarás contigo al reino de tu amor eterno para allí amarte y glorificarte en forma perfecta y eterna.

XI. Elevación a Jesús sobre los estados y misterios de su vida y para consagrarle todos los estados y dependencias de nuestra vida

¡Jesús, mi Señor! Prosternado a tus pies me entrego al poder de tu divino Espíritu y de tu santo amor. Con la fuerza inmensa del mismo Espíritu y la grandeza infinita de ese amor, Le adoro, te glorifico y te amo en ti mismo y en los misterios y estados de tu vida

Te adoro en tu vida divina y eterna en el seno de tu Padre; en tu vida temporal en la tierra durante treinta y cuatro años; en el primer instante de esta vida; en tu santa infancia; en tu vida escondida y laboriosa: en tu vida de trato con los hombres cuando vivías y caminabas visiblemente en la tierra y en la que llevas aún con nosotros en la santa Eucaristía.

Te adoro en tus sufrimientos exteriores e interiores y en el último instante de tu vida mortal; en t u vida gloriosa y celestial: en la vida que tienes en tu santa Madre y en tus ángeles y santos del cielo y de la tierra. De manera general te adoro, Le amo y glorifico en los demás misterios y portentos contenidos en la vastedad ¡límite de tu vida divina, temporal y gloriosa. Te bendigo y Le doy gracias por la gloria que has tributado y tributarás siempre a tu Padre en todos los estados de tu vida.

Te ofrezco el amor y el honor que has recibido y recibirás siempre en tus misterios y estados, por parte de tu Padre, de tu divino Espíritu, de tu Santa Madre, de tus ángeles y santos. A ellos les suplico que te amen y te glorifiquen por mí.

Me entrego a ti, oh Jesús, y te suplico que imprimas en mí una imagen perfecta de ti mismo, de t u vida, de tus estados y misterios, de tus cualidades y virtudes. Ven Señor Jesús y aniquila en mí lo que se aparte de ti: establécete perfectamente en mí, de manera que lo seas todo y lo hagas

todo en mí, y mi ser, mi vida y todas sus dependencias estén consagradas a honrar tu vida y tu ser soberano.

Que mi nacimiento a la naturaleza y a la gracia, mi infancia, mi adolescencia, mi trato con los hombres, mi agonía, mi muerte y sepultura, todos los estados de mi vida temporal y eterna, rindan homenaje a todos los estados de tu vida temporal y eterna. Que mis pensamientos, palabras y obras, rindan homenaje a los tuyos. Que mis pasos, trabajos y sufrimientos honren los tuyos. Que las facultades de mi alma, y los miembros y sentimientos de mi cuerpo, honren las facultades de tu alma santa y los miembros y sentimientos de tu cuerpo deificado. En una palabra, que todo lo que ha habido y habrá en mí se convierta en adoración, alabanza y amor continuo y eterno a ti.

Ven, Señor Jesús, ven a mí para vivir y reinar en mí plenamente, para amarte y glorificarte como mereces, para cumplir los designios de tu bondad, para consumir en mí la obra de tu gracia y para establecer en mí el reino eterno de tu gracia y de tu puro amor. Ven, Señor Jesús, ven, con la plenitud de tu poder, con la Santidad de tu Espíritu, con la perfección de tus misterios, con la Pureza de tus caminos. ¡Ven, Señor Jesús!

Ven a mí, Señor Jesús, con la plenitud de tu poder, y destruye cuanto te desagrade, para realizar en mí lo que desees para tu gloria. Ven en la santidad de tu Espíritu y despréndeme enteramente de lo que no eres tú; úneme perfectamente contigo y condúceme en todas mis acciones. Ven con la perfección de tus misterios y realiza en mí lo que desees realizar por ellos; dirígeme según el espíritu y la gracia de esos misterios y glorifícalos, complétalos y consúmelos en mí. Ven en la pureza de tus caminos y realiza en mí a cualquier precio, los designios de tu amor; condúceme por las sendas rectas de ese amor purísimo, y no permitas que me desvíe ni a la derecha ni a la izquierda; que en nada ceda a las inclinaciones y sentimientos de la

naturaleza corrompida y MI amor propio: ¡Ven, Señor Jesús!

SEXTA PARTE

***Lo que se debe hacer cada día
para vivir cristiana y santamente
para hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros***

Santificar las acciones ordinarias

1. Estamos obligados a hacer santamente nuestras acciones.

En la primera parte de este libro te propuse la manera de empezar y terminar cada día. Ahora Le ofrezco algunas prácticas que te ayudarán, mediante la gracia de nuestro Señor, a hacer tus acciones santamente, como lo exige tu condición de cristiano o de cristiana.

Porque todo cristiano, de cualquier estado o condición, está obligado, como miembro de Jesucristo, a llevar la vida de su Cabeza, es decir, una vida santa, realizando cristianamente todas sus acciones, grandes y pequeñas. Digo *cristianamente*, es decir, de manera santa y divina, como actuó Jesucristo: en una palabra, realizando nuestras acciones en Jesucristo y para Jesucristo, en su espíritu y con sus disposiciones.

Infinidad de razones nos obligan a ello, muchas de las cuales ya las expresé en la primera parte de este libro. Pero te ruego recordar, una y otra vez, que Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, y que con él, si estamos en su gracia, tenemos una unión más íntima y perfecta que los miembros de un cuerpo natural con su cabeza. De ahí nuestra obligación de realizar nuestras acciones para él y en

él. Para él, porque ellas le Pertenecen, como lo que es propio de cada miembro pertenece a la cabeza. En él, es decir, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, puesto que los miembros deben seguir e imitar a su cabeza.

Esto tiene gran importancia: en efecto, la mayor parte de nuestra vida es un tejido de pequeñas acciones, tales como comer, beber, dormir, leer, escribir, conversar con el prójimo. Si nos esmeramos por hacerlas bien, daremos con ellas gran gloria a Dios y adelantaremos pronto en las sendas de su amor. En cambio, si somos negligentes, privamos a Dios de la gloria que le debemos y malogramos las gracias que él nos daría.

Por eso san Pablo nos exhorta diciendo: *Sea que comáis, sea que bebáis o cualquier cosa que hagáis*, por pequeña e indiferente que sea, *hacedlo todo para gloria de Dios y en nombre de nuestro Señor Jesús* (Col 3, 17). Es decir, en el espíritu de Jesucristo, con las disposiciones e intenciones con que él hacía esas mismas acciones y con que las haría también ahora de estar en lugar nuestro.

Pero me dirás: ¿cómo puedo conocer las disposiciones e intenciones con que actuaba Jesucristo? Y te respondo:

1. La luz de la fe nos hace ver cómo sus disposiciones fueron de humildad, mansedumbre, paciencia, caridad con el prójimo, aplicación a Dios, y de toda clase de virtudes. Y que sus intenciones fueron actuar por amor a su Padre, para darle gloria, agradecerle y cumplir sus voluntades.

2. No es necesario conocerlas: basta tener el deseo y la intención de actuar en el espíritu de Jesucristo, con sus disposiciones e intenciones; y así es fácil, con la gracia de nuestro Señor, hacer sus acciones santa y cristianamente. Esfuérzate pues, por lo menos al comenzar tus principales acciones, por levantar tu corazón a Jesús, diciéndole: primero, que renuncias a ti mismo, a tu amor propio y a tu propio espíritu, a tus propias disposiciones e intenciones; segundo, que te entregas a él, a su santo amor y a su divino

Espíritu, porque quieres realizarlas con sus disposiciones e intenciones.

Por este medio le tributarás gran gloria y adelantarás en corto tiempo por las vías de su gracia.

Para llevar a la práctica este santo ejercicio, puedes utilizar las siguientes elevaciones, oral o mentalmente, ya de una manera ya de otra, ciñéndote al sentido y a la sustancia de las mismas y no a las palabras.

Elevaciones a Jesús para realizar santamente las acciones

Oh Jesús, renuncio a mí mismo, a mi espíritu y amor propios y a todo lo mío. Me doy a ti, a t u Espíritu Santo y a tu divino amor para realizar esta acción con tu gracia, guiado por tu espíritu y t u puro amor.

O bien

Oh Jesús, sacrifico ante ti mi espíritu y amor propios, mis disposiciones e intenciones personales y todo lo mío. Me entrego totalmente a ti para que tú mismo me destruyas y te establezcas en mí y seas tú el que hables y actúes en mí según tu espíritu, tus disposiciones e intenciones.

O bien

Me abandono totalmente, oh Jesús, a tu divino poder y a tu santo amor. Arráncame de mí mismo y escóndeme y atráeme dentro de ti para que no viva, hable y actúe sino en ti, por ti y para ti.

O bien

Te ofrezco, Jesús, esta acción en honor de las acciones que realizaste en el mundo. Deseo tener las mismas disposiciones e intenciones que acompañaron tus santas acciones.

O bien

Tú, Dios mío, estás siempre con nosotros y con nosotros realizas todas nuestras obras. Haz que también yo esté siempre contigo y realice esta acción con las mismas intenciones tuyas, en unión del mismo amor, perfección y santidad con que tú la realizas ahora conmigo.

Oh buen Jesús, que todo sea para ti, todo para tu gloria y tu puro amor; nada para mí, nada para el amor propio, nada para el mundo.

Para realizar acciones prolongadas o que exigen gran atención

Cuando tengas que ejecutar alguna acción que por ser prolongada o porque te exige gran atención, podría distraerte de la presencia de Dios, invoca, antes de empezarla, a tu ángel de la Guarda, a los demás ángeles y santos y a la santísima Virgen y diles que amen y glorifiquen a Jesús por u mientras tú realizas esa acción.

Antes de conversar con el prójimo.

Oh Jesús, me entrego a ti: pon en mi boca lo que quieres que diga y haz que mis palabras rindan homenaje a tus santas palabras.

Que todas mis conversaciones estén consagradas a honrar tus conversaciones terrenas con los hombres. Te ruego me hagas partícipe de la humildad, mansedumbre,

modestia y caridad con que trataste a toda clase de personas.

Al tomar el alimento

Dios mío, por tu inmensa caridad me das esta comida: quiero tomarla por amor a ti y uniéndome al amor con que tú me la otorgas. Deseo que cada bocado que tome sea un acto de alabanza y de amor a ti.

Te ofrezco, oh Jesús, esta comida en honor de las que tomaste en la tierra. Renuncio a todo amor propio y deseo tomarla uniéndome al mismo amor con que te sometiste a la necesidad de comer y de beber, y con las santas disposiciones o intenciones con que tomaste tus alimentos.

Al ir de recreo

Te ofrezco, oh Jesús, este recreo en honor y unión de los santos recreos y divinas alegrías de tu vida mortal, con tu Padre eterno, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre y con tus ángeles y santos. Porque hablando de ti mismo dices: *Me deleitaba en todo tiempo en su presencia, jugaba con la esfera de la tierra y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres*'. Y tú evangelio nos refiere que te alegraste en el Espíritu Santo y que recomendaste a tus apóstoles que descansaran después de su trabajo.

Yendo y viniendo por la casa y fuera de ella

Oh Jesús, que mis desplazamientos, mis ¡ das y venidas y todos mis pasos, tributen gloria a todos los pasos que tú has caminado en la tierra.

Que el uso de mis ojos, boca, manos y pies, de mis sentidos interiores y exteriores, rinda homenaje al uso divino

que tu hiciste de los tuyos.

Que mi trabajo, oh Jesús, honre los trabajos tuyos en el mundo. Te pido, para ello, tu santa bendición.

Para el trabajo

Que este trabajo mío, oh Jesús, sea en honor de los trabajos que realizaste en tu paso por este mundo. Te ruego le des tu santa bendición.

Para escuchar la predicación

Te ofrezco, Jesús, esta predicación en honor de tus santas predicaciones en la tierra. Deseo asistir a ella en honor y unión de la devoción con que tu santa Madre asistía a tus predicaciones.

Hazme participar del amor, la atención y devoción con que escuchas y obedeces fielmente la palabra de tu Padre, que continuamente te habla y Le comunica sus voluntades.

Al leer un libro de piedad.

Entre los ejercicios que nos pueden ayudar a mantenernos y adelantar en el divino amor, uno de los más excelentes es la lectura de libros de piedad. De ello ya hablamos en la segunda parte de este libro. Por eso te exhorto a que no dejes pasar un día sin hacer al menos media hora de lectura en un buen libro. Y, para hacerla bien, recuerda el episodio que nos refiere el capítulo cuarto de san Lucas: que el Hijo de Dios entró un día de sábado a la sinagoga, tomó un libro y leyó de él (Lc 4,16). Ofrécele pues tu lectura en honor de la suya, diciéndole:

Te ofrezco esta lectura, oh Jesús, en honor de tu santa lectura: quiero hacerla uniéndome al amor y las disposiciones

e intenciones con que tú leíste. Me doy a ti para que realices en mí, mediante esta lectura, lo que desees obrar con ella para tu gloria.

Al escribir

Ofrécele a Jesús esta acción diciéndole:

Te ofrezco esta acción, oh buen Jesús, en honor de la que tú realizaste cuando escribiste. Deseo hacerla ateniéndome a la caridad y demás disposiciones e intenciones tuyas. Que cada palabra y cada letra que voy a escribir sea una alabanza y bendición a ti.

Guía, amado Jesús, mi espíritu y mi pluma para que nada escriba que no venga de ti, por ti y para d. Te ruego que mientras escribo, tú escribas e imprimas en mi corazón la ley de tu divino amor y las virtudes de tu vida.

Al dar limosnas

Quiero, oh Jesús, realizar esta acción únicamente por tu amor y en honor y unión de tu caridad hacia los pobres.

En las visitas a los pobres, enfermos o afligidos

Te ofrezco, oh Jesús, esta acción en honor y unión del amor que te hizo bajar del cielo a la tierra para visitar a los pobres y consolar a los afligidos. Me doy a ti para consolarlos y ayudarlos yo también.

Al ayunar y hacer alguna penitencia

Te ofrezco, oh Jesús, esta acción para honrar tu divina justicia y tu santa pasión. Quiero sobrellevar esta privación, esta penitencia y mortificación, por tu puro amor y uniéndome

al amor con que soportaste en la tierra tantas privaciones y mortificaciones, como también en satisfacción por mis pecados y para que se cumplan los designios que tienes sobre mí.

Al hacer un acto de humildad

Te ofrezco humildísimo Jesús, este acto de humildad, junto con los semejantes que se han realizado y se realizarán en el mundo, para honrar tus santas humillaciones y las de tu santa Madre. Destruye en mí el orgullo y la vanidad y haz reinar tu divina humildad.

Al hacer un acto de caridad

Te ofrezco esta acción, Jesús de inmensa caridad, con todos los actos semejantes que se han realizado y se realizarán, en honor y unión de tu caridad infinita. Destruye en mí todo amor e interés propio y establece en mí el reino de tu divina caridad.

Al hacer un acto de obediencia

Te ofrezco, Jesús obedientísimo, este acto de obediencia, para honrar tu obediencia perfecta y tu sometimiento a las normas y leyes no sólo de tu Padre sino de los hombres y hasta de tus enemigos. Destruye mi propio parecer y mi voluntad propia para no tener otra voluntad que la tuya y la de quienes te representan.

Para todas las demás acciones.

A todas las demás acciones puedes aplicar lo dicho para las anteriores. Porque no hay casi acción alguna, ni ejercicio de virtud, en la vida humana y cristiana, que Jesucristo no haya realizado cuando estuvo en la tierra. Y si queremos hacer santamente nuestras acciones tenemos que ofrecérselas en honor y unión de las suyas.

Para toda otra acción

Te he propuesto estas pequeñas prácticas como señalándote con el dedo el medio para caminar siempre en presencia de Dios y para vivir en el espíritu de Jesús. El mismo espíritu te sugerirá otras si te entregas a él al comenzar tus acciones.

Porque te ruego tener en cuenta que la práctica más excelente, el secreto supremo, la devoción perfecta, consiste en no apegarse a prácticas o ejercicios especiales de devoción, sino en entregarte en todos tus ejercicios y acciones, al Santo Espíritu de Jesús, con humildad, confianza y total desprendimiento. Así él podrá actuar en ti con pleno poder y libertad para conducirte por los caminos de su agrado. Y después de darte a él muéstrate fiel en seguir su inspiración y su dirección.

Si él te inspira que utilices los ejercicios anteriores y los que te propondré más adelante, y en ellos encuentras gracia y bendición, desde muy temprano sírrete de ellos. Si encuentras otros más excelentes, o en los que halles más gracias y unción, con humildad y sencillez déjate llevar por ellos.

Estar siempre en la presencia de Dios

Con estas prácticas y las frecuentes elevaciones de tu espíritu y de tu corazón a Dios, toda tu vida pertenecerá a

Jesús, a él glorificarás en todas tus acciones, caminarás continuamente en su presencia. Porque se trata M medio más genuino y fácil de estar siempre en la presencia de Dios y de vivir en ejercicio constante de amor a él.

Sé muy bien que quien está en gracia de Dios y le ofrece por la mañana lo que va a hacer durante el día, aunque no vuelva a pensar en él, dará siempre gloria a Dios con sus acciones. Pero si Nuestro Señor, cuando ofrecía a su Padre por nosotros todas sus acciones terrenas, no dejó ni un instante de pensar en nosotros y de amarnos, quedaríamos muy cortos en nuestra gratitud y amor a él si sólo pensáramos en él una o dos veces al día. Porque si lo amáramos de verdad deberíamos encontrar nuestro deleite en levantar a menudo el espíritu y el corazón hacia él. Y esto podemos hacerlo fácil y llanamente, porque con su gracia, que nunca nos faltará para ello, y con un poco de esmero y de fidelidad de nuestra parte, nos habituaremos de tal manera a esta práctica que resultará casi connatural en nosotros.

En prueba de ello te diré, con toda verdad, que conozco a un eclesiástico, cuyo nombre ojalá esté escrito en el libro de la vida, que por el uso frecuente de este ejercicio, ha llegado al punto de que le es fácil, aún al tomar sus alimentos, hacer conscientemente casi tantos actos de amor como bocados toma. Y lo hace no sólo sin tensionar el espíritu y sin perjuicio de su salud, sino con tal facilidad y deleite que puede hablar y recrearse sanamente con el prójimo, cuando se presenta la ocasión. No te digo esto para que hagas lo mismo porque se apresurarían a gritar que pido cosas demasiado difíciles, sino para que te convenzas de cuánto poder tiene una santa costumbre y cómo se equivoca el mundo cuando se imagina mil dificultades y desabrimientos donde hay sólo toda suerte de dulzuras.

Cómo utilizar los sufrimientos del prójimo para gloria de Dios

No sólo podemos y debemos hacer uso de cuanto sucede en nosotros, para dar gloria a nuestro Señor. Utilizaremos también todo cuanto ha sucedido, está sucediendo y habrá de suceder en el mundo. Y podemos hacerlo porque son cosas nuestras. En efecto, san Pablo nos asegura que todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, nos pertenecen (1 Cor 3, 22); debemos hacerlo, porque es deber nuestro emplear todo lo nuestro para gloria de quien todo nos lo ha dado.

Por eso, al ejecutar una acción, nuestro amor y el celo por la gloria de nuestro Señor deben llevarnos no sólo a ofrecérsela sino a adicionarle las acciones semejantes que han sido, son y serán hechas en todo el mundo y que nos pertenecen, para ofrecerlas y consagrarlas a su gloria.

Por ejemplo, si emprendes un trabajo, piensa en el inmenso número de personas que en el mundo lo han hecho, lo hacen y lo harán, sin ofrecerlo a Dios. Pues bien, une todos los trabajos de ellos a los tuyos y ofrécelos a Jesús, como algo propio, en honor de sus trabajos. Haz lo mismo cuando te sobrevenga una aflicción corporal o espiritual.

Es así como debemos orientar santamente todas las cosas a la gloria de Dios. Así continuamos y expresamos en nosotros el gran celo de Jesús por la gloria de su Padre. Porque cuando él, estando en la tierra, ejecutaba alguna acción, la ofrecía a la gloria de su Padre junto con todas las acciones pasadas presentes y futuras del mundo, que para él eran tan presentes como las que estaba ejecutando y que consideraba como propias, pues el Padre todo se lo había dado. Así reparaba las insuficiencias de los hombres. Y lo que digo de sus acciones se aplica también a las aflicciones y sufrimientos. Porque el Hijo de Dios no dejó nada en el mundo sin utilizarlo santamente para glorificar a su Padre.

Revistamos, pues sus sentimientos y disposiciones y unámonos a él en el santo uso que hizo de todas las cosas para honrar a su Padre. No dejemos pasar nada, ni bueno ni malo, en nosotros y en los demás, sin aprovechar la ocasión para levantar nuestro corazón a Jesús y para utilizar cuanto sucede para su gloria, así como él conduce todas las cosas para nuestro bien y lo emplea todo para nuestro provecho.

En las aflicciones

Cuando te sobrevenga una aflicción corporal o espiritual, póstrate de inmediato a los pies del que dijo: *Al que viene a mí no lo echaré fuera* (Jn 6, 37). *Venid a mí los que estáis cansados y abrumados y yo os aliviaré* (Mt 11, 28). Adora su divina voluntad, humíllate ante él a la vista de tus pecados, que son la causa de todos los males; ofrécele tu aflicción, pídele su gracia para sobrellevarla santamente y reconcíliate con él mediante la confesión y la comunión. Porque si no estás en su gracia y en su amor, todos los martirios del mundo serían inútiles para la gloria de Dios y para tu santificación: privarías a Dios de un gran honor que podrías tributarle en el momento de la tribulación y tú perderías inestimables tesoros de gracia y de gloria.

Elevación a Jesús en la aflicción

Me postro a tus pies, Jesús, mi Señor. Adoro, bendigo y amo tu divina providencia en todo cuanto ordena o permite respecto a mí y a todo lo que me concierne. Porque tus mandatos y aquiescencias, gran Dios, son igualmente adorables y dignos de amor. Sí, Salvador mío, que se cumpla tu voluntad en todo y por todo, a pesar de las repugnancias de la mía, y que tus mandatos y aquiescencias sean adorados y glorificados eternamente.

Reconozco ante el cielo y la tierra que eres justo y que merezco esta aflicción, y mil veces más, por el menor de mis pecados. Por eso acepto, con toda mi voluntad, esta tribulación para honrar tu divina justicia, para someterme a tu santa voluntad y honrar los sufrimientos extremos que sobrellevaste en la tierra; para satisfacer por mis pecados, para que se cumplan tus designios sobre mí y para reconocer que es algo que proviene de tu mano amabilísima y de tu Corazón lleno de amor por mí.

Bendito seas, buen Jesús, por darme la ocasión de sufrir algo por tu amor. Hazme participar, te lo ruego, del amor, la humildad, la paciencia, dulzura y caridad con que tú has sufrido y dame la gracia de soportarlo todo por tu gloria y por tu puro amor.

Contra las tentaciones

Si te sobreviene una tentación, no te confundas: vuélvete confiado a Jesús, humíllate ante él y pídele fuerza de la siguiente manera:

Reconozco, Salvador mío, que por causa de mis pecados no sólo merezco ser asediado sino vencido por toda clase de tentaciones. Confieso que por mí mismo no poseo fuerza alguna para resistir a la menor de ellas y que si tú no me sostuvieras caería en un infierno de toda clase de pecados,

¡Ay de mí, Jesús mío! ¡En estos momentos me hallo en horrible Peligro! Me veo bordeando el infierno, a punto de perder tu gracia, de estar separado de ti, reducido a la esclavitud de Satanás y, lo peor de todo, de crucificarte cruelmente y afrentarte infinitamente si me dejo vencer por esta tentación. No lo permitas, Señor mío; líbrame de este peligro; dame gracia y fuerza para hacer buen uso de ella y darte gloria.

Renuncio, Dios mío, con todas mis fuerzas, al espíritu

maligno, al pecado y a cuanto te desagrada. Te entrego mi voluntad: protégela, te lo ruego y no permitas que se adhiera en lo más mínimo a la de tus enemigos. Te suplico, Salvador mío, por tu santa pasión y por todas tus bondades, que me concedas la gracia de padecer todos los tormentos del mundo antes que ofenderte.

Ejercicio para la santa misa

Cómo asistir dignamente al santo sacrificio de la misa.

Para asistir santamente al santísimo sacrificio de la Misa y glorificar dignamente a Dios en él, debes hacer cuatro cosas.

1. Apenas salgas de tu casa para ir a misa considera que no sólo vas a presenciar o a mirar sino a realizar la acción más santa y divina del cielo y de la tierra; que por lo mismo debes hacerla santa y divinamente, con gran cuidado y aplicación de espíritu y de corazón, como el asunto de mayor importancia que tengas en el mundo. He dicho que vas a hacer, porque todos los cristianos son una sola cosa con Jesucristo, sumo sacerdote y participan de su divino sacerdocio, hasta el punto de que en las Escrituras se les llama sacerdotes (1 Pe 2, 9; Ap. 1, 6; 5,10). Tiene, por tanto, el derecho, no sólo de asistir al santo sacrificio sino de hacer con el sacerdote lo que él hace, es decir, ofrecer con Jesucristo, el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar.

2. Al entrar en el templo, humíllate profundamente y estímate indigno de estar en la casa de Dios, de presentarte en su presencia y de participar en tan augusto misterio. Y, a la vista de tu nada y de tus pecados, entra en espíritu de penitencia. Al comenzar la Misa acúsale en forma general, junto con el sacerdote, pide perdón a Dios y ruégale que te dé perfecto arrepentimiento y la gracia y la fuerza para evitarlos en lo

venidero; en satisfacción ofrécele el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de su Hijo que le fue ofrecido en la cruz y que se le va a ofrecer sobre el altar.

3. Después de adorar a nuestro Señor Jesucristo que se hace presente en el altar para recibir nuestros homenajes y adoraciones, ruégale que así como cambia la naturaleza baja y terrestre del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre, que cambie también y transforme la pesadez, frialdad y aridez de nuestro corazón terrestre y árido en el ardor, ternura, y agilidad de los afectos y disposiciones de su Corazón divino y celestial. Recuerda que los cristianos son una sola cosa con Jesucristo, como los miembros con su cabeza y que, por lo mismo, participan de sus cualidades. En este sacrificio Jesucristo se encuentra en calidad de sacerdote y de hostia al mismo tiempo. De la misma manera los que a él asisten deben hacerlo en calidad de sacerdotes, para ofrecer, junto con Jesucristo, sumo sacerdote, el mismo sacrificio que él ofrece; igualmente, en cuanto hostias y víctimas deben inmolarsé y sacrificarse con él para gloria de Dios.

Por lo tanto, puesto que participas del divino sacerdocio de Jesucristo y como cristiano y miembro suyo llevas el nombre y la cualidad de sacerdote, debes ejercer esta cualidad y hacer uso del derecho que ella te da, para ofrecer a Dios, con el sacerdote y con el mismo Jesucristo, el sacrificio de su cuerpo y de su sangre en la santa Misa y, en cuanto sea posible, con las mismas disposiciones con que lo ofrece Jesucristo. ¡Con qué disposiciones santas y divinas se lo ofrece su Hijo Jesús! ¡Con qué humildad, pureza, santidad, desprendimiento de sí mismo y de todas las cosas, con cuánta aplicación a Dios y caridad hacia los hombres y con cuánto amor a su Padre! Únete a esas disposiciones de Jesús y ruégale que las imprima en ti.

Únete también a las intenciones con que Cristo lo ofrece que son cinco principales: la primera es honrar a su Padre, con honor, gloria y amor dignos de él. La segunda darle

acciones de gracias dignas de su bondad, por los favores que ha hecho siempre a todas las criaturas. La tercera satisfacer plenamente por todos los Pecados del mundo. La cuarta para que se cumplan sus designios y voluntades. La quinta para impetrar de él cuanto necesitan los hombres para el alma y para el cuerpo. Conforme a estas intenciones de Jesucristo ofrecerás a Dios el santo sacrificio de la misa:

3.1. En honor de la santísima Trinidad, en honor de lo que Jesucristo es en sí mismo, en sus estados y misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos; en honor de cuanto realiza, por misericordia o por justicia, en su santa Madre, en sus ángeles y sus santos, en su Iglesia, triunfante, militante y purgante en todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno.

3. 2. Para dar gracias a Dios por los bienes temporales y eternos que ha comunicado a la humanidad sagrada de su Hijo, a la santa Virgen, a los ángeles y a los hombres y a ti en especial.

3. 3. Para satisfacer a la divina justicia por todos tus pecados, por los pecados del mundo y en especial por los de las pobres almas que se encuentran en el purgatorio.

3. 4. Para que se realicen todos sus designios y voluntades, especialmente los que tienen relación contigo.

3. 5. Para alcanzar de la bondad de Dios, para ti y para todos los hombres, las gracias necesarias para que él sea servido y honrado por todos, según la perfección que pide a cada uno.

Esto es lo que debes hacer en calidad de sacerdote. Pero, en calidad de hostia, estás obligado al ofrecer a Jesucristo en la santa misa, a ofrecerte tú también a él como víctima; o más bien, a rogar a Jesucristo que penetre dentro de ti, que te atraiga dentro de él, que se una a ti y que te una e incorpore a él en calidad de hostia para sacrificarte junto con él a la gloria de su Padre.

Y porque es menester hacer morir la hostia que va a ser sacrificada y luego consumida por el fuego, ruégale que te

haga morir a ti mismo, que te consuma en el fuego sagrado de su divino amor para que en adelante tu vida sea sacrificio perpetuo de alabanza, de gloria y de amor a su Padre y a él.

4. Prepárate a comulgar, al menos espiritualmente. Porque Nuestro Señor Jesucristo, que te ama infinitamente se hace presente en este sacrificio no sólo para estar contigo y comunicarte sus dones y gracias: también tiene el deseo ardiente de hacer su morada en tu corazón y de darse a sí mismo mediante la comunión, sacramental o espiritual. Por lo tanto prepárate a recibirlo con disposiciones y sentimientos de humildad y de amor. Humíllate ante él, consciente de que eres indigno de recibirlo; pero, al mismo tiempo, atendiendo a su ardiente deseo, también tú deséalo recibir e invítalo con actos de amor a venir a ti, para vivir y minar en ti perfectamente.

5. Finalmente, después de agradecer a nuestro Señor las gracias que te ha hecho en la santa misa, retírate de ella con el firme propósito de emplear el día en su servicio y con el pensamiento de que en adelante debes ser hostia muerta y viva al mismo tiempo; muerta a todo lo que no es de Dios, viva en Dios y para Dios, consagrada y sacrificada a su gloria y a su purísimo amor. Reafírmale a nuestro Señor que esos son tus deseos y que te ofreces a él para hacer y sufrir con este fin todo lo que le plazca. Rúgale que realice todo esto en tí por su inmensa misericordia y que te dé la gracia de levantar a menudo tu corazón hacia él durante el día, de no hacer nada que no sea para su gloria y de morir antes que ofenderle. Pídele para ello su santa bendición.

Tal es el uso que debes hacer de algo tan santo y divino como es el sacrificio de la misa. Y para facilitarte el uso de estos ejercicios, los voy a reducir en forma de elevaciones. Si quieres sacar fruto para gloria de Dios, te servirás de ellos a espacio y aplicando tu espíritu y tu corazón.

Elevación a Dios para el comienzo de la misa

¡Mi Dios y Señor soberano! Me postro ante tu divina misericordia; dígnate echar una mirada de bondad sobre esta criatura tuya que se reconoce la más indigna e ingrata de todas.

Me acuso ante u, Padre de las misericordias, ante tus ángeles y santos, de las vanidades de mi vida pasada, de las ofensas cometidas contra tu divina Majestad, de mi frialdad en tu santo amor, de mi negligencia en tu servicio y en seguir tus inspiraciones, y de infinidad de faltas que tú conoces. Y, sobre todo, Dios mío, al pensar que tu Hijo amadísimo, al que vengo a adorar, me ha dado aún el primer instante de su vida, me considero inmensamente culpable por no haberte consagrado el primer uso de la razón que recibí de tu Majestad.

Tú, Señor Jesús, pasaste todos tus días en la pobreza y en el sufrimiento y los terminaste en la cruz por mi amor. Dedicaste tu vida a obras y ejercicios continuos de ardiente y excesiva caridad hacia mí. Yo, en cambio, creyendo que mis días y mi tiempo eran plenamente míos, los vivo de ordinario inútilmente, con despreocupación, y a menudo ofendiendo a tu divina Majestad. Detesto, Salvador mío, todas mis faltas, la menor de las cuales Le ha hecho nacer en un establo y morir en una cruz para expiarla ante la justicia del Padre.

La menor de tus acciones humanamente divinas y divinamente humanas amado Jesús, que has hecho y reiterado tantas veces por mi bien mientras vivías en la tierra, tiene tanto valor y mérito que aunque sólo hubiera sido realizada una vez, reclamaría justamente como reconocimiento y acción de gracias y a manera de reciprocidad, el empleo y la dedicación de mi vida a cumplir tu voluntad. Y eso nunca lo hago: al contrario, parece que no he nacido sino para ofenderte y afrentarte. Me arrepiento de haber sido tan infiel y tan ingrato y de haber pagado tan mal

tu inmenso amor por mí. Dios mío, arrojo todos mis pecados en tu preciosa sangre, en el piélago de tus misericordias y en el fuego de tu divino amor. Bórralos y consúmelos enteramente. Repara todas mis faltas, oh Jesús, y acepta en satisfacción este santo sacrificio de tu cuerpo y sangre que ofreciste en la cruz y que ahora te ofrezco con el mismo fin. El amor desordenado a mí mismo y al mundo han sido el origen de todas mis ofensas: renuncio a él para siempre y con todas mis fuerzas, amadísimo Jesús: destrúyelo en mí y establece el reino de tu divino amor.

Elevación a Jesús durante la misa

¡Oh Jesús, mi Señor y mi Dios! Tú te haces presente en este altar para que yo Le contemple y adore, te ame y glorifique y para comunicarme y aplicarme tus méritos. También para recordarme el gran amor que te hizo padecer y morir por mí en una cruz. Te adoro, te bendigo y glorifico en todas las formas posibles. ¡Cuánto deseo ser todo amor por ti y amarte perfectamente! ¿Quién me concediera verme transformado en fuego ardiente y en purísima llama de amor a u? Ángeles, santos y santas del paraíso, dadme vuestro amor para emplearlo en amar a mi Jesús. Oh hombres, criaturas 1~ capaces de amar, dadme vuestros corazones para sacrificarlos a mi Salvador. Si yo tuviera, Salvador dulcísimo, todo el amor del cielo y de la tierra gustoso lo dirigiría hacia u. ¡Cuán adorado, amado y glorificado eres sobre este altar, tú el Hijo amadísimo del Padre eterno, por los millares de ángeles que te rodean! ¡Pero cuánto más deberían honrarte, alabarte y amarte los hombres, ya que es por ellos y no por los ángeles que allí Le haces presente! Que todos los ángeles y los hombres, todas las criaturas del ciclo y de la tierra se conviertan en adoración, glorificación y amor a ti. Y que todos los poderes de tu divinidad y humanidad te magnifiquen y

amen eternamente.

Adoro, Jesús poderosísimo, el poder de tus palabras que cambian la naturaleza grosera y terrestre del pan y del vino en la sustancia de tu precioso cuerpo y sangre. Me entrego totalmente a ese mismo poder para que cambie la pesadez, frialdad y aridez de mi corazón terrestre y árido por el ardor, la ternura y agilidad de los afectos y disposiciones de tu Corazón celestial y divino. Que me transforme de tal manera en ti que ya no tenga sino un corazón, un espíritu, una voluntad, un alma y una vida contigo.

Tú, mi Redentor, estás presente sobre este altar para recordarnos y hacer presente tu dolorosa pasión y tu santa muerte. Concédeme hacer memoria continua y tener un vivo sentimiento de lo que has hecho y padecido por mí; concédeme sufrir con humildad, sumisión y amor a ti las contrariedades que me ocurrirán hoy y en toda mi vida. Tú, buen Jesús, odias tanto el ~o, que mueres para darle muerte; y tanto aprecias y amas mi alma, que pierdes tu vida para devolverle la vida. Te pido, Salvador mío, no temer ni aborrecer ya nada fuera del pecado y no buscar y estimar cosa distinta de tu gloria.

Elevación a Jesucristo, sumo sacerdote que se sacrifica a sí mismo en la misa

Te adoro, oh Jesús, como sumo sacerdote. De continuo estás ejerciendo ese ministerio, así en el cielo como en la tierra, sacrificándote a ti mismo por la gloria de tu Padre y por amor nuestro. Bendito seas mil veces, Jesús bueno por el honor infinito que rindes a tu Padre y por el amor excesivo que nos testimonias en este santo sacrificio. Haz que lo ofrezca también con tus disposiciones santas y divinas. ¡Con qué devoción, pureza y santidad, con qué caridad hacia nosotros y con cuánta aplicación y amor hacia t u Padre realizas esta acción! Dígnate imprimir en mí esas

disposiciones, para hacer contigo, y como tú, lo que haces tan santa y divinamente.

Oh Padre de Jesús: tú nos has dado a tu Hijo y lo has puesto en nuestras manos mediante este misterio. Te lo ofrezco, pues, como algo que es verdaderamente mío, en unión con la humildad, la pureza, la caridad, el amor y demás disposiciones con que él se ofrece a ti.

Deseo también ofrecértelo por las mismas intenciones con que él se sacrifica. Te lo ofrezco, pues:

1. En honor de lo que eres, Dios mío, en tu esencia divina, en tus perfecciones, en tus Personas eternas, y en todo lo que realizas fuera de ti mismo. Te lo ofrezco en honor de cuanto tu Hijo Jesús es en sí mismo, en sus estados, misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos, de cuanto realiza fuera de sí mismo, por misericordia o por justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.

2. Te lo ofrezco en acción de gracias por los bienes temporales y eternos que has comunicado siempre a la humanidad sagrada de tu Hijo, a su santa Madre, a los ángeles y a los hombres y especialmente a mí la más indigna de tus criaturas.

3. Te lo ofrezco en satisfacción por la afrenta que te han causado y te causarán los pecados pasados, presentes y futuros, especialmente los míos y los de aquellas personas por quienes estoy particularmente obligado a orar, tanto vivos como difuntos.

4. Te lo ofrezco para que se cumplan tus designios, especialmente los que tienes sobre mí y sobre aquellos que me atañen. No permitas que pongamos el menor obstáculo a ellos.

5. Te suplico, Dios mío, que por el aprecio y la virtud de esta santa oblación, de este don precioso que te ofrezco y te devuelvo, nos otorgues las gracias espirituales y corporales que necesitamos para servirte y amarte perfectamente y para ser entera y eternamente tuyos.

Elevación a Jesús como a hostia que se sacrifica a Dios en la misa

Te contemplo y adoro, oh Jesús, en este misterio, como hostia santa que toma sobre sí y borra los pecados del mundo y que tú mismo aquí sacrificas para gloria de Dios y la salvación de los hombres. Tu apóstol me ha dado a conocer tus deseos de que seamos hostias vivas y santas y dignas de ser sacrificadas contigo a la gloria de tu Padre (R0 12, 1).

En honor y unión de la oblación y sacrificio que de ti mismo haces a tu Padre, me ofrezco a ti para ser por siempre víctima inmolada a tu gloria y a la gloria de tu Padre. Úneme a tí en esta condición, Y pues es preciso que la hostia que se sacrifica sea muerta y consumida por el fuego, hazme morir a mí mismo, a mis vicios y pasiones y a cuanto te desagrada. Consúmeme enteramente en el sagrado fuego de tu divino amor y haz que, en adelante, toda mi vida sea un sacrificio continuo de alabanza y de amor a tu Padre y a ti.

IX. Elevación a Jesús para la comunión espiritual.

Oh Jesús, no soy digno de pensar en ti ni de que pienses en mí y mucho menos de comparecer ante ti y de que te hagas presente a mí. Sin embargo, no solamente piensas en mí y te presentas a mí sino quieres darte a mí con el deseo infinito de hacer tu morada en mi corazón.

¡Cuán admirables son tus misericordias, Señor! ¡Cuán excesivas tus bondades! ¿Qué hay en mí que pueda atraerte? Ciertamente a ello sólo Le lleva el exceso de tu caridad. ¡Ven, ven, pues, mi amadísimo Jesús, porque te amo y te deseo infinitas veces! ¡Ojalá me viera convertido en deseo y en amor por ti! Ven, mi dulce luz, ven, mi queridísimo amor, apresúrate a venir a mi corazón que renuncia a todo lo demás y nada quiere ya sino a ti. ¡Rey de mi corazón, vida de mi alma, mi precioso tesoro, mi única alegría!

Tú que eres mi todo, ven dentro de mi espíritu, de mi corazón y de mi alma para destruir mi orgullo, mi amor propio, mi propia voluntad y mis demás vicios e imperfecciones. Ven a establecer en mí tu humildad, tu caridad, dulzura, paciencia, obediencia, tu celo y demás virtudes. Ven a mí para amarte y glorificarte dignamente y para unir perfectamente mi espíritu con tu divino Espíritu, mi corazón con su sagrado Corazón, mi alma con tu alma santa, y para que este corazón, este cuerpo y esta alma que están a menudo tan cercanos y unidos con tu corazón, tu cuerpo y tu alma por la santa Eucaristía, no tengan jamás otros sentimientos, afectos, deseos y pasiones que los de tu santo Corazón, de tu sagrado cuerpo y de tu alma divina. Finalmente, ven, oh mi Jesús, ven a mí para vivir y reinar en mí en forma absoluta y para siempre. *Ven, Señor.*

Elevación a Jesús para el final de la misa

Te alabo, amabilísimo Jesús, y sin cesar te doy gracias y ruego a los ángeles, a los santos y a todas las criaturas que

te bendigan y glorifiquen conmigo por las gracias que me has concedido en este divino sacrificio.

Te pido que conserves y aumentes en mí los deseos, pensamientos, afectos y sentimientos que has suscitado en mí durante esta misa y que me des la gracia de producir los efectos que esperas de mí.

Tú te has rebajado y te has hecho presente a mí por este santo misterio. Concédeme que durante el día de hoy no deje pasar una hora sin elevarme y hacerme presente a ti por los afectos de mi corazón. Tú has venido a este altar para tomar posesión de nuestros corazones y para recibir de nosotros el homenaje que te debemos como a nuestro Señor soberano. Toma, pues, posesión de mi corazón: te lo entrego y consagro para siempre, Te reconozco y adoro como a mi rey y soberano. Te hago el homenaje de mi ser, de mi vida y de todas mis acciones, especialmente de las que realizaré en el día de hoy. Dispón de todo ello según tu beneplácito. Dame la gracia de morir antes que ofenderte: que sea yo una hostia muerta y viva al mismo tiempo: muerta a lo que no eres tú, viva en ti y para ti. Que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a ti. Que, finalmente, me inmo-

a Dios y consuma por tu pura gloria y por tu santo amor. Dame para ello, te lo ruego, oh buen Jesús, tu santa bendición.

PARA EL OFICIO DIVINO

Preparación requerida para recitarlo santamente

La principal razón de que nos veamos a menudo asediados de distracciones y pensamientos inútiles y extravagantes durante nuestras oraciones vocales consiste en que nuestra mente está siempre ocupada en algún

pensamiento sea bueno o malo. Para que los pensamientos malos o inútiles no tengan cabida es necesario tener mucho cuidado, desde el comienzo de nuestra oración de entregar fuertemente nuestro espíritu y corazón a Jesús para que él lo posea plenamente. De nuestra parte acostumbrémonos a llenarlos de buenos y pensamientos y santos afectos cuidado mucho de ir a hacer una acción tan santa descuidada e imperfectamente, más por costumbre y rutina que por devoción y piedad.

Al comenzar el Oficio divino recuerda que vas a hacer una de las mayores y más importantes acciones se hace en el cielo y en la tierra. Acción tan grande y elevada que no solo ocupa eterna y continuamente a millones de ángeles y santos en el cielo, con la reina de los ángeles y los santos, la santísima Virgen. Más aún, ha ocupado desde toda eternidad a las tres Personas divinas de la santísima Trinidad que sin cesar se alaban, bendicen y glorifican mutuamente. Acción del todo santa y divina –se llama así al oficio divino- que por tanto debe ser hecha santa y divinamente, o sea, con disposiciones santas y divinas.

Considerando la grandeza y santidad de esta acción y reconociendo que no tienes dignidad alguna, ni capacidad para hacerla santamente sino que todo se opone a ello, y que, aún más, eres indigno de estar ante tan alta, anonádate a sus pies y entrégate a Jesús y ruégale que él mismo te anonade y se establezca en ti para que él mismo alabe glorifique a su Padre y sí mismo en ti.

Entrégate al cielo y al amor inmenso con el que alaba incesantemente a su Padre en el cielo y en la tierra, en el infierno y por todo el mundo. En efecto, hablando con

propiedad, solo Jesús alaba y glorifica a su Padre en todo el universo. Lo alaba y glorifica en el cielo eternamente por sí mismo y por su santa Madre, por sus ángeles y sus santos. Lo alaba y bendice en la tierra continuamente por sí mismo en el Santísimo Sacramento del altar. Allí está en continuo estado de alabanza y adoración a su Padre; lo alaba por todas las almas santas que bendicen a Dios en la tierra, en público o en privado. Lo alaba y magnifica en el infierno. Allí está solo en su divina persona y allí hace perpetuamente hacia su Padre lo que hace en la tierra. Lo alaba finalmente y lo exalta sin cesar por todo el mundo que está lleno de su presencia y majestad divina, y con las alabanzas y bendiciones perpetuas que por doquier tributa a su Padre.

Únete a todas las alabanzas que Jesús rinde a su Padre y a toda la santísima Trinidad en todo lugar y tiempo. Únete a la humildad, atención, amor, pureza y santidad y a todas las otras disposiciones con las que el mismo Jesús está sin cesar ocupado en alabanzas a su Padre.

Excelente manera de decir santamente el Oficio divino en honor de toda la vida de Jesús

Después de santa preparación para una acción tan santa como es la recitación y celebración pública del Oficio divino honra toda la vida de Jesús cada día.

Al recitar el primer nocturno de Maitines, ofrécelo a Jesús en honor de la vida divina y eterna que tiene en el seno de su Padre desde toda eternidad, antes de la creación del mundo.

En el segundo nocturno honra la vida que llevó en el mundo, a partir de la creación hasta el momento de su Encarnación.

En el tercer nocturno honra su vida en las entrañas sagradas de su santísima Madre.

En Laudes honra su vida de niño hasta la edad de doce años.

En Prima honra su vida oculta hasta la edad de treinta años.

En Tercia honra su vida pública en convivencia con todos, desde los treinta años hasta su muerte.

En Sexta honra su Pasión, muerte y sepultura.

En Nona honra su Resurrección y Ascensión y la vida gloriosa que tiene en el cielo desde entonces, tanto en sí mismo como en su santa Madre, en sus ángeles y santos.

En las Vísperas honra el estado y la vida que desde su Ascensión tiene en la tierra, en la santa Eucaristía y en la Iglesia.

En Completas honra el estado y el imperio universal que tiene por todo el mundo, en el cielo, en la tierra, en el purgatorio, en el infierno, en el mundo de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, sobre los hombres, los ángeles, y sobre todo lo que ha habido, hay y habrá en su divinidad y en su humanidad, y de todo cuanto ha hecho y hará eternamente respecto de su Padre, de sí mismo y de su Espíritu Santo, de su santa Madre, de sus ángeles y santos, y de todas las criaturas.

Al recitar cada parte del Oficio aplica tu espíritu a considerar esta parte de la vida de Jesús en cuya honra la dices. Es decir considera lo que aconteció en Jesús durante

esta parte de su vida, en sus pensamientos y designios, sus afectos y disposiciones, las acciones que realizó, las virtudes que practicó, las ocupaciones interiores que tuvo respecto de su Padre, de sí mismo, de su Espíritu Santo, de su santa Madre y de sus ángeles y santos, en especial, los pensamientos, designios y amor que tuvo por ti. Igualmente la gloria y alabanzas que le han sido dadas en esta parte de su vida por su Padre, por su Espíritu Santo, por su bienaventurada Madre, por sus ángeles y santos.

Luego de haber considerado lo que pasó en la vida de Jesús, reflexiona sobre ti mismo. Date cuenta de cómo tu vida está alejada de la vida de tu Cabeza a quien debes imitar. Humíllate profundamente, pídele perdón y entrégate a él para honrarlo de imitar esa parte de su vida según lo que él quiere de ti. Ruégale que la imprima y se glorifique a sí mismo en ti y anonade todo cuanto ponga obstáculo en ti a este fin. Únete finalmente a todas las alabanzas que le han sido y le serán tributadas en esta parte de su vida por su Padre, su Espíritu Santo y demás.

Si has imitado y honrado una parte de la vida temporal de Jesús, conságrale en honor de esa parte de su vida, la parte de tu vida correspondiente. Ruégale que destruya todo lo que haya de malo en esa parte de tu vida; que todo lo que ha ocurrido en ella dé gloria y homenaje a lo que pasó en él en esa parte de su vida.

Por ejemplo, al decir los Laudes, luego de haber considerado lo que pasó en Jesús en el estado de su infancia y luego de reflexionar sobre esta etapa de tu infancia y considerado cómo han sido de diferentes, humíllate profundamente ante él. Date a él para honrar su divina

infancia; ofrécele y conságrale tu infancia en honor de la suya y ruégale que destruya cuanto haya habido de malo en ella y haga que todo lo que pasó en ella dé homenaje y gloria inmortal a lo que pasó en su adorable infancia. Y así del resto.

Observa que no es necesario, si no lo quieres, detener o interrumpir la recitación del oficio para ocuparte en estos ejercicios. Todo se puede hacer aplicando tu espíritu a estas prácticas mientras cantas o recitas el oficio. Por poco que lo ejercites no tendrás que usar mucho tiempo en hacerlo y encontrarás gracia y bendición en la aplicación interior de tu mente y de tu corazón a Jesús, fuente de toda bendición y consuelo.

Otra manera de decir santamente el Oficio divino

Te indico otro ejercicio para ayudarte en el canto o recitación santa del oficio divino.

-1 Luego de hecha la preparación que te indicado, eleva tu espíritu a Dios. Considera con cuanto amor, atención, pureza y santidad el Hijo de Dios es sin cesar alabado, bendecido y glorificado por su Padre, por sí mismo, por su Espíritu Santo, por su santa Madre, por todos los ángeles y santos. Únete a toda esa alabanza y bendición y a toda la atención y el amor con que él es alabado y bendecido en la gloria.

Al decir el primer salmo únete a todas las alabanzas que el Padre eterno da a su Hijo y a todo el amor con que él lo glorifica perpetuamente. Ofrece a Jesús esas alabanzas en satisfacción de las faltas cometidas en toda tu vida al alabarlo y glorificarlo.

En el segundo salmo únete a toda la gloria que Jesús se da a sí mismo por su persona divina y su humanidad santa. Ofrécele toda esa gloria en satisfacción de los defectos que has cometido en su alabanza.

En el tercer salmo únete a las bendiciones que el Espíritu Santo da a Jesús. Ofrece esas bendiciones para reparar las maldiciones que con tus faltas le has inferido en la tierra.

En el cuarto salmo únete a las alabanzas que la santísima Virgen da a su Hijo. Ella sola lo alaba más dignamente que los ángeles y los santos juntos. Únete a la atención y al amor grandísimo y a todas las demás santas disposiciones con que ella canta de continuo su alabanza. Ofrécela a Jesús en satisfacción de tus negligencias.

Al decir el quinto salmo únete a todas las alabanzas que los serafines han tributado y tributarán eternamente a Jesús, y al fervor y amor con el que lo alaban y alabarán por siempre. Ofrece estas alabanzas en reparación por todas tus tibiezas, distracciones y falta de devoción.

Al recitar cada salmo únete a los coros de cada orden de los ángeles y de los santos, en las alabanzas que rinden perpetuamente al Hijo de Dios. Te recuerdo la lista de los coros: serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, poderes, principados, arcángeles, ángeles. Los santos son patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, sacerdotes, confesores, vírgenes, viudas, inocentes.

2. En seguida, bajando del cielo a la tierra, únete a todas las alabanzas y que han sido, son y serán rendidas a Jesús por los diversos órdenes que hay en la Iglesia, a saber: pontífices y obispos, pastores y sacerdotes, órdenes de san Benito, san

Bernardo, san Norberto, san Francisco, santo Domingo, santa Teresa, san Ignacio de Loyola, las demás órdenes y congregaciones religiosas, y las almas santas que hay en el mundo y que glorifican mucho a Nuestro Señor.

Y puesto que hay tantos en el mundo sin conocimiento ni amor al Hijo de Dios, que en lugar de bendecirlo no hacen otra cosa que deshonrarlo, esfuérzate tú en bendecirlo y glorificarlo en su lugar.

Alégrate al ver que todas las criaturas irracionales e insensibles que hay en el universo bendicen y magnifican a su Creador sin cesar de acuerdo a su ser. El discípulo amado de Jesús nos asegura que escuchó a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, en el mar y bajo la tierra bendecir, honrar y dar gloria a Dios y al Cordero de Dios que es Jesús de diversas maneras. Unos lo hacen por amor y voluntad; otros por hermosa necesidad, otros por obligación. Únete a todas esas bendiciones que recibe Jesús de las criaturas (Ap 5, 13)

-4. Y baja ahora al purgatorio. Únete allí a todas las alabanzas que se dan al Hijo de Dios por las ánimas benditas que hay allí. Y baja mentalmente incluso al infierno para adorar y alabar a Jesús en medio de sus enemigos. Hazlo con tanto fervor y atención como esos desdichados lo hacen con furor y en medio de blasfemias. Únete a toda la gloria y alabanzas que se dan en ese lugar a Jesús por su Padre eterno y por su Espíritu Santo que están presentes y lo bendicen en el infierno como hacen en el cielo.

Finalmente desea que todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en el infierno, y especialmente cuanto hay en ti, en tu cuerpo y tu alma, se convierta en alabanza, bendición y gloria

para el que jamás será lo bastante bendecido y glorificado, como pide el salmista: *Alma mía, bendice al Señor y cuanto hay en mí alabe su santo nombre* (Sal 103, 1)

Para recitar santamente el oficio de nuestra Señora

La preparación indicada para el oficio puede servir para el oficio de nuestra Señora. Te sugiero en seguida una manera para, mediante la gracia de Nuestro Señor, hacer esta celebración. Al decir el oficio de la santa Virgen puedes honrar cada día toda la vida de María, o mejor, la vida de Jesús en ella. De esa forma no separas al Hijo de la Madre ni a la Madre del Hijo sino que honres a María en Jesús y a Jesús en María.

Ofrece los *Maitines* en honor de la vida que Jesús tuvo en la santa Virgen y de la vida que María tuvo en Jesús a partir de la concepción de esta santa Virgen hasta su nacimiento. Ya entonces el Hijo de Dios vivía en el alma de esta santa Virgen. Moraba en ella santificándola e iluminándola desde el momento de su concepción. Ornaba su alma con todas las virtudes y la colmaba de gracias de santidad y amor. Y recíprocamente, ella vivía en él con vida santísima y admirable. Su espíritu, su alma y su corazón vivían en el objeto de su amor sagrado más que en ella misma.

Ofrece los *Laudes* a Jesús en honor de la vida que él tuvo en la sacratísima Virgen y que ella tuvo en él a partir de su nacimiento hasta el momento de la Encarnación. Considera los efectos admirables de gracia, virtud, luz, amor y de vida, del todo santa y admirable, que el Hijo de Dios

obraba de continuo, durante este tiempo, en el alma santa de esa muy bendita niña. Medita la fe, esperanza, deseo, contemplación, amor y alabanza hacia él en que esta divina y muy sagrada Virgen vivía de continuo ocupada.

Recita *Prima* en honor de la vida maravillosa y muy dichosa de Jesús en María y de María en Jesús, durante los nueve meses que este mismo Jesús residió en sus sagradas entrañas.

Tercia en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús a partir del nacimiento de Jesús hasta el fin de su infancia, decir hasta los doce años.

Sexta en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús a partir de la infancia de Jesús hasta del fin de su vida oculta, o sea, hasta los treinta años.

Nona en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús, a partir del comienzo del ministerio público de Jesús hasta el comienzo de su vida gloriosa, es decir, desde sus treinta años hasta su resurrección.

Vísperas en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús a partir de la resurrección y ascensión de Jesús hasta la asunción de su bienaventurada Madre. Aunque Jesús marchó al Padre en su ascensión sin embargo siempre permaneció de manera admirable e inefable con su santísima Madre y en ella hasta su asunción. Y en cierto modo estuvo más viviente en ella en ese período que en el cielo porque obraba en ella grandes efectos de santidad y de amor, más que en todos los habitantes del cielo. Y ella estaba más en el cielo con su Hijo que en la tierra; vivía más de la vida de Jesús en ella que de su propia vida.

Completas en honor de la vida gloriosa e inmortal de Jesús en María y de María en Jesús a partir de su entrada al cielo hasta el presente.

Al decir cada parte de este oficio, ocúpate pausadamente y sin prisas en considerar esta parte de la vida de Jesús en María y de María en Jesús. Considera lo que aconteció entre Jesús y María durante ese tiempo: sus sentimientos, disposiciones, y afectos mutuos; sus conversaciones y diálogos; sus divinas acciones, sus virtudes eminentes. Cómo la Madre contemplaba, glorificaba y amaba sin cesar a su Hijo, y cómo el Hijo llenaba el alma santa de su Madre de luz, gracia y amor divino.

Luego reflexiona sobre ti mismo. Mira cómo tu vida es pecadora e imperfecta, lejana de la vida santísima y perfecta de Jesús y de María, a quienes debes considerar como tu padre y madre. Humíllate y pide perdón a Jesús. Ofrece todo el honor que su santa Madre le rindió, o mejor que él se rindió a sí mismo en ella, mediante esta vida perfectísima de él en ella y de ella en él, en satisfacción del deshonor que le has dado por tu vida pecadora e imperfecta y ruégale que te conceda que tu vida pasada, presente y futura rinda homenaje y gloria eterna a su vida adorable y a la vida amabilísima de su bienaventurada Madre, y quebrante en ti cuanto se opone a esta gracia.

Otra manera de recitar santamente el oficio de la santísima Virgen

Al decir el primer salmo únete a todas las alabanzas que el Padre eterno dio siempre a la santísima Virgen. Ofrece al

Hijo y a la Madre todas esas alabanzas en satisfacción de las falta cometidas en toda tu vida al alabarle y glorificarlo.

En el segundo salmo únete a la gloria que Jesús dio y se dará eternamente a sí mismo y a su honorabilísima Madre. Ofrece al Hijo y a la Madre toda esta gloria en satisfacción de tus faltas.

En el tercer salmo únete al Espíritu Santo en las alabanzas que dio y dará por siempre a Jesús y a María. Ofrecele esas alabanzas en reparación de tus negligencias.

En el cuarto únete a los serafines, etc., como se dijo en la segunda manera de decir el Oficio divino.

EL ROSARIO DE LA SANTA VIRGEN

Es devoción muy santa y agradable

Solo una ceguera o una ignorancia insensata nos pueden hacer dudar que el uso del rosario haya llegado del cielo. Contiene las oraciones más santas que puede haber: el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*. Es medio muy excelente para honrar el primer misterio de la vida de Jesús y la mayor maravilla que jamás haya obrado Dios en el cielo y en la tierra: el misterio y la maravilla de la Encarnación del Hijo de Dios en la santísima Virgen. Ese misterio y esa maravilla deben ser adorados continuamente en la tierra en la tierra y por los habitantes de la tierra pues en ella tuvo cumplimiento.

Es adorado en varias maneras, en especial por las tres *Ave Maria* que tres vees al día se recitan al son de la campana, en la mañana, al medio día y en la tarde., y también por el rosario compuesto de varias *Ave, Maria*. Cuantas veces la decimos otras tantas honramos la memoria

de este inefable misterio, obrado en María mediante esta divina salutación, pronunciada por el arcángel Gabriel cuando la saludó de parte de Dios. En ella le anunciaba la venida y encarnación del Hijo de Dios que la haría Madre de Dios.

Nunca se dirá lo bastante del *Ave, María* pues nunca se hablará suficientemente de este misterio. Nunca repetiremos lo bastante con nuestros labios este saludo del ángel dirigido por orden de Dios. Se le hizo en el día de sus grandezas, o sea, cuando fue establecida en la más grande y elevada dignidad que jamás se dio, día más querido, honorable y recordado de su vida.

Son palabras muy del agrado del Hijo de Dios pues le place que se honre a su santísima Madre. Todo el honor que se brinda a ella recae igualmente en el Hijo de Dios. Estas palabras mantienen la memoria del primer misterio de su vida, misterio de su bondad y de su mayor amor a su Padre y a nosotros. Son palabras muy amadas y honorables para su bienaventurada Madre pues le trajeron la mayor, más deseable y provechosa noticia que jamás escuchó. Nos deben ser más preciosas y amables pues nos anuncian la venida del que ha sido tan esperado, deseado y pedido en la tierra por espacio de miles de años. Viene al mundo para traernos nuestra libertad de la tiranía de Satán y del pecado y para reconciliarnos con Dios.

Por eso la recitación del rosario, compuesto por este santo y angélico saludo, es santísima y muy agradable a Dios y a la Madre de Dios. Debe ser familiar a todos los verdaderos cristianos deseosos de contentar a Dios y a su Madre santísima. Me da temor pensar que quienes lleguen al momento de la muerte carentes de esta señal de los

servidores e hijos de la Madre de Dios no sean reconocidos y sean tenidos como indignos por la Madre y por su Hijo misericordioso. No basta cargar el rosario es necesario recitarlo bien cómo te lo aconsejo en seguida.

Manera de rezar santamente el rosario

Luego de besar la cruz del rosario y de santiguarte en honor y unión del grandísimo amor con el que el Hijo de Dios besó y cargó en sus hombros la cruz que le fue presentada en el día de su muerte, besas, aceptas y amas todas las cruces, penas y aflicciones que plazca al Hijo de Dios enviarte en toda tu vida. Luego dices el *Credo* que contiene los principales misterios de la vida de Jesús y un compendio de la fe de la Iglesia.

Al decir el *Credo* entrégate a Jesús en unión del ardentísimo amor por el que murió por nosotros, y del amor de los santos mártires que murieron por él. Digo que nos demos a él en unión del mismo amor, dispuestos a derramar mil veces la sangre, si fuera posible, por su amor y la gloria de sus misterios antes que renegarnos de él y de la fe su Iglesia. Darnos a él asimismo para que nos llene de gran amor y devoción a todos los misterios de su vida y de su Iglesia; que se imprima y glorifique en nosotros como él lo desee.

Al decir el primer *Pater* y las tres primera *Ave, Maria*, que preceden la primera decena, amonedémonos a los pies del Hijo de Dios y de su santa Madre, considerando que somos indignos de comparecer ante ellos, de pensar en ellos y de que piensen en nosotros Démonos a Jesús y roguémosle que

nos anonade y se establezca en nosotros a fin de que honre en nosotros a su santa Madre pues solo él puede hacerlo dignamente. Unámonos al celo, al amor y a la devoción que le tiene. Ofrezcamos esta acción a la santa Virgen unidos a la devoción, amor, humildad y pureza de su Hijo Jesús y en unión de las santas oraciones que se le han hecho y se le harán por siempre, y de toda la gloria y las alabanzas que se dan eternamente al Hijo y a ella y por el cumplimiento de todos sus designios en especial que los que se digna tener sobre nosotros.

Se dice luego cada decena del rosario y se ofrecen al Hijo y a la Madre, en honor de alguna de las virtudes muy eminentes que practicaron mientras estaban en el mundo, sin separar jamás a Jesús de María ni a María de Jesús. Lo puedes hacer así.

La primera decena ofrécela a Jesús y María en honor de su profundísima humildad en sus pensamientos, palabras y obras.

La segunda en honor de la perfectísima pureza del Corazón de Jesús y de María, virtud que consiste en dos aspectos principales: en grandísima aversión, horror y alejamiento del pecado, con perfecto desapego de todo lo que no es de Dios, y en perfecta unión a Dios y a su pura gloria. Esto reinó de forma eminente en el alma santa del Hijo de Dios y de su santísima Madre.

La tercera en honor de la divinísima bondad y caridad que Jesús y María practicaron con el prójimo en sus pensamientos, palabras, obras y sufrimientos.

La cuarta en honor de la santísima sumisión y obediencia de Jesús y María a todas las voluntades de Dios

como igualmente a las voluntades de los hombres, incluso de sus enemigos, por el amor de Dios. Ambos hicieron profesión de no hacer nunca su propia voluntad sino la de Dios y la del prójimo por amor de Dios; y lo que es todavía más pusieron todo su contento y felicidad en someterse a todas las voluntades de Dios y hacer todo que él quiso que hicieran.

La quinta en honor del grandísimo y muy puro amor de Jesús a su Padre, y de María a Jesús. Ambos vivieron en continuo ejercicio de este puro amor y jamás hicieron algo por pensamientos, palabras u obra distinto de este puro amor.

La sexta decena en honor del último día, la última hora y momento y la muerte del todo divina y todo amor de Jesús y María.

Al decir cada decena:

1. Ocupemos nuestro espíritu en cada una de estas virtudes de Jesús y María, considerando cómo han sido de eminentes y con cuánta perfección las practicaron durante su vida por pensamientos, palabras y acciones.
2. Mirémonos a nosotros mismos y consideremos cómo estamos de alejados de esta virtud y cuan distintos somos de nuestro Padre y nuestra Madre, o sea, de Jesús y María. Humillémonos profundamente y pidámosles perdón. Supliquémosles que reparen por nosotros las faltas cometidas y ofrezcamos al Padre eterno todo el honor que le tributaron por la práctica de esta virtud, en satisfacción de las faltas cometidas en esta virtud.
3. Démonos a Jesús y a su santa Madre con deseo y resolución de practicar en adelante cuidadosamente esta virtud por su amor. Supliquemos al Hijo que, por su poder, y a la Madre que, por sus oraciones y méritos, destruyan en

nosotros todo cuanto pueda impedirles que establezcan y hagan reinar esta virtud en nosotros para la pura gloria de quien es llamado en la santas Escrituras *el Dios y Señor de las virtudes* (Sal 23,10;45, 8; 58, 6; 79, 5.8.15 etc.)

Recuerda que todos estos ejercicios de piedad, si bien nos infunden pensamientos y prácticas, no es necesario que te sirvan cada vez sino solamente en los momentos en que encuentres devoción especial, o bien a veces unas y a veces otras, según te sugiera la gracia de Nuestro Señor. Si esa gracia te invita a ocuparte sobre una u otra virtud no es necesario que todas las virtudes de Jesús y María sean consideradas.

Queda que al decir la última decena en honra del último día y hora de vida de Jesús y María debes ofrecer el último día, la última hora, el último momento de tu vida y el instante de tu muerte en honor del último día y hora, del último momento de su vida y de su santa muerte. Ruégales que cuanto te suceda en ese momento sea consagrado en homenaje y gloria de lo que pasó en ellos en su último día. Que muramos en el mismo estado y mismo ejercicio del divino amor y que el último suspiro que emitas sea un acto de puro amor a Jesús.

Rosario de Jesús y María

Debemos tener el deseo de que la última palabra que pronunciemos al fin de la vida sea: *Jesús, María*. Para disponernos a alcanzar esta gracia de la divina misericordia es aconsejable terminar cada día con la recitación de un corto rosario llamado *Rosario de Jesús y María*. Comprende estas dos palabras, *Jesús, María*. Ellas encierran cuánto hay de

más grande y admirable en el cielo y en la tierra. Encierran en grado sumo la virtud y santidad de las más excelentes oraciones y ejercicios de piedad que puedan practicarse.

El rosario tiene treinta y cuatro cuentas pequeñas en honor de los treinta y cuatro años de Jesús en la tierra, y en honor de la parte que la santa Virgen tuvo en ellos, y del honor que le tributó.

Al principio dices tres veces: *Ven, Señor Jesús*. En cada cuenta menor se dice *Jesús, María* con todo el amor y la devoción con que quisiéramos decirlo en la hora de la muerte. Hay que expresar el deseo y la intención de decirlo con todo el amor que se da eternamente a Jesús y María en el cielo. Le ofreces ese amor como cosa que te pertenece pues todo es nuestro, y en satisfacción de las faltas cometidas en toda nuestra vida en su amor y servicio.

En las cuentas grandes dices: *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús*. Al decirlo ofreces a Jesús y María todas las bendiciones y alabanzas que les han sido, les son y les serán dadas por siempre en el cielo y en la tierra, y en reparación de las faltas cometidas al bendecirlos y glorificarlos.

SÉPTIMA PARTE

Ejercicios para rendir a Dios los deberes que hubiéramos debido darle en nuestro nacimiento y nuestro bautismo, y para prepararnos a morir cristiana y santamente

I. Deberes que hubiéramos debido dar a Dios en nuestro nacimiento si hubiéramos tenido uso de razón

No puedo dejar de decirte, y tú no debes cansarte de oírlo y ponderarlo, cómo es importante que Jesucristo,

nuestra cabeza de la que somos miembros, que pasó por todos los estados de la vida mortal por los que todos pasamos, que hizo todas las acciones que hacemos, no solo exteriores sino interiores para él y para nosotros, que la perfección y santidad cristiana consiste en darnos y unirnos sin cesar a él como sus miembros y continuar a hacer lo que hizo. Que hagamos todo como él lo hizo en cuanto nos es posible, unidos a sus disposiciones e intenciones, y consintamos adherir a cuanto hizo por nosotros ante su Padre y ratificarlo. Hacer además todos nuestros ejercicios interiores no solo para nosotros sino también a la imitación del Hijo de Dios que los hizo para el mundo, y en especial quienes tenemos vínculos especiales. Igualmente hacer lo mismo proporcionalmente respecto de la Virgen santa, sin separar jamás al Madre del Hijo. Te lo propongo con la siguiente elevación.

II. Elevación a Jesús con motivo de nuestro nacimiento

1. Oh Jesús, te adoro en tu nacimiento eterno y en la divina residencia que tuviste desde toda la eternidad en el seno de tu Padre. Te adoro igualmente en tu concepción temporal en el seno de la purísima Virgen, en tu residencia en sus sagradas entrañas por espacio de nueve meses, y en tu nacimiento al término de ellos. Adoro y reverencio profundamente las cosas grandes y admirables que pasaron en ti en todos estos misterios. Adoro y honro las santas disposiciones de tu persona divina y de tu alma santa en estos misterios. Adoro, amo, bendigo, con todo mi corazón tus adoraciones, amores, bendiciones, alabanzas, oblações y relaciones con tu Padre y los demás actos y ejercicios divinos que practicaste respecto de tu Padre en esos misterios.

2. Te adoro, Jesús, y te glorifico, porque haces todo esto

por ti, por mí y por todo el mundo. Me doy y me uno a ti, querido Jesús, para hacer contigo ahora, con motivo de mi nacimiento y de la morada que tuve en las entrañas de mi madre, lo que hiciste en tu nacimiento eterno y temporal y en tu residencia eterna en el seno de tu Padre y durante nueve meses en el seno de tu Madre. Me doy y me uno a ti para hacerlo como tú lo hiciste, es decir, en unión del amor, la humildad, la pureza y demás santas disposiciones con que lo hiciste. Como lo hiciste por ti y por mí, y por todos los hombres del mundo, deseo igualmente, unido a tu ardiente caridad por mí y por todos los hombres, hacer este ejercicio no solo por mí, sino también por todos mis amigos y por todos los hombres del mundo.

Quiero, Salvador mío, tributarte ahora, en cuanto me es posible, y con ayuda de tu gracia, todos los deberes que hubiera debido rendirte si en ese momento hubiera gozado del uso de mi razón. Lo hago desde el primer momento de mi vida, durante el tiempo que pasé en las entrañas de mi madre y en el instante de mi nacimiento. Asimismo deseo tributarte los deberes de adoración, alabanza y amor que hubiera debido darte en ese tiempo por mis amigos y por todos los hombres que ha habido, hay y habrá, Y más aún los que te hubieran sido debidos por los ángeles malos en el momento de su creación. Y los que te hubieran sido rendidos por todas las criaturas que ha habido, hay y habrá, al recibir de ti el ser y la vida, si hubieran sido capaces de conocerte y adorarte, de referirse y darse a ti. Con este fin, de nuevo me doy a ti, mi Señor Jesús. Ven a mí, enciérrame en ti, úneme a ti, a fin de que tú y por ti cumpla estos deseos para tu pura gloria y contento.

3. Unido a la devoción, amor, humildad, pureza y santidad y demás divinas disposiciones con las que honraste, bendijiste, amaste y glorificaste a tu Padre eterno en tu nacimiento eterno y temporal, y en la residencia en el seno de tu Madre, te reconozco, adoro, amo y glorifico en nombre y

parte de todas las criaturas angélicas, humanas, irracionales e insensibles. Y de ser posible, quisiera tener en mí todo su ser, sus fuerzas y capacidad que tienen o hubieran debido tener, para glorificarte y amarte. La quiero emplear ahora en rendirte estos deberes por mí, por ellas, en especial, por las que debo y quiero tener cuidado especial delante de ti.

4. Te doy gracias infinitas, Dios mío, por mí y por todas las criaturas, en especial por mis amigos, por haberme dado el ser, la vida y una naturaleza capaz de conocerte y amarte. Nos has conservado la vida en las entrañas de nuestras madres antes del santo bautismo. Si como otros muchos hubiéramos muerto antes de ser rescatados del pecado original mediante la gracia bautismal jamás hubiéramos visto tu faz divina y hubiéramos estado por siempre privados de tu amor. ¡Que tus ángeles y tus santos te bendigan eternamente por este favor muy particular que nos hiciste!

5. Creador mío, me diste el ser y la vida para amarte y servirte. Te ofrezco y refiero, te consagro y sacrifico por entero todo el ser y la vida de los ángeles y los hombres, de todas las criaturas, y te manifiesto de mi parte que no quiero ni existir ni vivir sino para tu servicio y amor, con la perfección que me pides.

6. Dios mío, qué humillación y dolor me causa pensar que durante los primeros meses de mi vida fui tu enemigo y estuve en propiedad de Satán. En ese tiempo viví en estado continuo de pecado, no era de tu agrado y te deshonraba infinitamente. Te pido humildemente perdón, Señor mío, y en satisfacción del deshonor que te di en ese estado desde las entrañas de mi madre, te ofrezco, Padre de Jesús, toda la gloria que tu Hijo muy amado te rindió en la residencia que tuvo desde toda eternidad en tu seno paternal, y en la que por espacio de nueve meses tuvo en el seno virginal de su madre santísima. A ti, Jesús mío, te ofrezco todo el honor que tu santa Madre te rindió durante el tiempo que permaneció en las entrañas de su madre santa Ana.

7. Jesús mío, en el honor y unión del amor con que aceptaste y llevaste todas las cruces y miserias que te fueron presentadas de parte de tu Padre en tu nacimiento temporal te ofrezco todas las penas y miserias que he sufrido desde mi nacimiento y las que he de sufrir el resto de mi vida. Las acepto y amo por amor tuyo, y te suplico consagrarlas en homenaje de las tuyas.

9. Benignísimo Jesús, te ofrezco mi residencia en las entrañas de mi madre y mi nacimiento. Te ruego que por tu gran misericordia borres cuanto no fue de tu agrado. Dígnate suplir mis fallas, y rinde a tu Padre y a ti mismo todo el honor que hubiera debido tributarte entonces de haber sido capaz de honrarte. Haz que todo ese estado rinda homenaje y gloria inmortal al estado divino de tu residencia en el seno de tu Padre y en las entrañas de tu Madre, en tu nacimiento eterno y temporal.

9. Estos son los deberes, Salvador mío, que hubiera debido cumplir, si hubiera sido capaz, desde el momento de mi nacimiento, aún más desde el primer instante de mi vida. Me esfuerzo ahora por dártelos. aunque tarde e imperfectamente. Lo que me consuela infinitamente es pensar que has suplido a mi falla en tu nacimiento temporal. Entonces rendiste a tu Padre estos deberes e hiciste santa y divinamente todos estos actos y ejercicios espirituales por ti y por mí. Adoraste, agradeciste, glorificaste y amaste a tu Padre por ti y por mí. Le referiste y consagraste a su gloria toda tu vida y todo tu ser. En ese acto le consagraste toda mi vida y la de todas las criaturas que existieron, existen y existirán. En ese momento tenías en eterno presente todo el tiempo. Lo considerabas como algo que el Padre te había dado y dijiste: *Mi Padre me lo ha entregado todo* (Mt 11, 27). Por tanto estabas obligado, por el amor que le tienes y por el celo por su honor, a referirle, darle y sacrificarle todo, y así lo hiciste.

Ofreciste a tu Padre el estado santo y divino de tu residencia en las sagradas entrañas de la Virgen, lleno de

gloria y amor a él. Lo hiciste en satisfacción del deshonor que yo le daba por mi estado de pecado original en el que estaba durante mi permanencia en las entrañas de mi madre. En el instante mismo en que aceptaste y ofreciste a tu Padre todas las cruces y sufrimientos que habrías de llevar en toda tu vida, le ofreciste asimismo las penas y aflicciones pasadas, presentes y futuras de todos tus miembros. Tu oficio de Cabeza es hacerlo todo en los miembros que pertenecen a la Cabeza y recíprocamente lo que es de la Cabeza pertenece a los miembros.

Por tanto, mi divina Cabeza, hiciste santísimo uso de mi ser y de todo el estado de mi vida. Diste a tu Padre, en tu nacimiento temporal, los deberes que yo hubiera debido rendirle en el mío, e hiciste todas las prácticas y ejercicios que yo hubiera debido practicar. Seas por ello bendito por siempre. Con todo mi corazón consiento y adhiero a todo lo que en mi lugar hiciste. Lo ratifico y apruebo con toda mi voluntad y quiero firmarlo con la última gota de mi sangre. Lo extiendo a todos los demás estados y acciones de tu vida que suplen a los defectos que tú sabes he cometido en los estados y acciones de mi vida.

A imitación tuya, Jesús mío, y en honor y unión del mismo amor que te llevó a hacerlo todo por ti y por tus hermanos, miembros e hijos, y por todas las criaturas, deseo en adelante, en todos mis ejercicios y acciones, darte todo el honor y la gloria que me sea posible, por mí y por todos los cristianos. Ellos son mis hermanos, miembros de la misma Cabeza y del mismo cuerpo que yo; e igualmente por todos los hombres y por todas las demás criaturas, indignas o incapaces de amarte, como si todos ellos me hubieran encargado de sus deberes y obligaciones contigo y me hubieran dado procuración para amarte y honrarte en su lugar.

III. A la santísima Virgen

Oh Madre de Jesús, te saludo y honro, en cuanto me es posible, en el momento de tu santa concepción y residencia en las entrañas sagradas de tu bienaventurada madre y en el instante de su nacimiento en el mundo. Venero en ti todas las santas disposiciones de tu alma divina. Honro el amor, las adoraciones, alabanzas, oblaciones y bendiciones que rendiste entonces a Dios. Unido al mismo amor, pureza y humildad con que lo adoraste, amaste, glorificaste y le hiciste entrega de tu ser y tu vida, adoro, bendigo y amo a mi Dios contigo, con todo mi corazón y mis fuerzas. Le refiero, consagro y sacrifico para siempre mi vida y mi ser con todo cuanto encierra.

Te reconozco, Virgen santa, como la Madre de mi Dios y por tanto como mi soberana Señora. Te refiero y doy, después de Dios, todo mi ser y mi vida. Te ruego muy humildemente que ofrezcas a Dios, en mi nombre, todo el amor, la gloria y los deberes que le diste en tu nacimiento y en satisfacción de mis faltas. Haz por tus méritos y oraciones que todos los estados, acciones y sufrimientos de mi vida rindan homenaje inmortal a todos los estados, acciones y sufrimientos de la vida de tu Hijo y de la tuya.

IV. A los ángeles y santos que hubiéramos debido saludar en nuestro nacimiento

Luego de los deberes precedentes a Nuestro Señor y a su santísima Madre, saluda y honra a tu ángel guardián que Dios te ha dado en el nacimiento. También a los ángeles de la guarda de tu padre y tu madre, de la casa, del pueblo y del obispado en que nacimos. Recuerda el orden de los ángeles al que Dios tiene determinado asociarnos en el cielo. No olvides a los santos del día, del lugar y del pueblo donde

nacimos. Agradéceles los favores que hemos recibido de ellos. Ofrécete y date a ellos para honrarlos en toda la vida como lo desea Dios; ruégales que nos ofrezcan a Nuestro Señor y se sirvan de nosotros para glorificarlo; que le tributen, en nuestro lugar, todos los deberes que hubiéramos debido tributarle en nuestro nacimiento; que nos obtengan de él, por sus oraciones, nueva gracia y fuerzas para comenzar una nueva vida, del todo consagrada en adelante a su gloria.

EJERCICIO PARA EL BAUTISMO

V. Deberes que hubiéramos debido cumplir con Dios en nuestro bautismo, si hubiéramos estado en condición de hacerlo entonces

Al ser bautizados empezamos a vivir la vida verdadera, la que tenemos en Jesucristo. Este divino sacramento está en el origen de toda nuestra felicidad. Si hubiéramos tenido entonces el uso de razón hubiéramos debido cumplir con Dios algunos deberes. No habiendo sido posible hacerlo entonces por no gozar del uso de razón es aconsejable que empleemos cada año un espacio de tiempo, sea en el aniversario de nuestro bautismo o en otro tiempo, para hacer los ejercicios siguientes y tener así un encuentro con Dios.

VI. Jesús es el autor del bautismo; cómo nos lo mereció, y qué deberes debemos manifestarle

Jesucristo Nuestro Señor es el autor y el iniciador del santo sacramento del bautismo. Él es la fuente de la gracia que contiene. Nos la adquirió y mereció por su Encarnación,

por su bautismo en el río Jordán, por su pasión y por su muerte; y por su Resurrección nos la ha dado y aplicado. La siguiente elevación nos indica los deberes que, por ello, le son debidos.

VII. Elevación a Jesús

Jesús, te adoro como al autor e iniciador del santo sacramento del bautismo. Tú nos adquiriste y mereciste la gracia contenida en él, mediante tu Encarnación, tu bautismo en el río Jordán y tu santa muerte.

Adoro el muy grande amor con que mereciste e iniciaste este sacramento.

Adoro todos los designios que, al instituirlo, tuviste, para bien de tu Iglesia y para mí en particular.

Te agradezco infinitad de veces toda la gloria que te has dado a ti mismo y las gracias que, por este sacramento, has comunicado a tu Iglesia y a mí en particular.

Te ofrezco y dirijo a ti toda esta gloria y todos los efectos de gracia que has obrado en tu Iglesia por este medio.

Te pido perdón por el poco uso que he hecho de la gracia que me has dado mediante el santo bautismo; por haberla hecho infructuosa e inútil; por mi falta de compromiso y por mis infidelidades en tu servicio; y por haberla hecho ineficaz en mi alma por mis pecados.

Me entrego a ti, mi buen Jesús. Renueva y resucita en mí esta gracia y cumple en mí, por tu muy grande misericordia, todos los designios que te has dignado tener, para mi bien, en el divino sacramento del bautismo.

Oh Jesús, te adoro en el misterio de tu Encarnación, de tu pasión y de tu muerte. En él has merecido la gracia contenida en el sacramento de bautismo. De modo especial te adoro en el misterio de tu bautismo en el río Jordán. Adoro las disposiciones de tu alma santa en este misterio, y de todos los designios que entonces te has dignado tener sobre mí. ¡Oh, qué diferencia entre tu bautismo y el nuestro! En tu bautismo te hiciste cargo de nuestros pecados, en el desierto y en la cruz, para responsabilizarte ante tu Padre, del juicio y de la penitencia que por ellos merecimos. Y en nuestro bautismo nos liberaste de ellos, lavándolos y borrándolos con tu preciosa sangre. ¡Seas por siempre bendito! ¡Oh buen Jesús, me doy a ti; realiza, por favor, los designios que te has dignado tener sobre mí en tu santo bautismo. Despójame por entero de todos mis pecados; lávame en tu preciosa sangre. Bautízame con el bautismo del Espíritu Santo y de fuego con que tú bautizas, según nos aseguró tu santo precursor. Destruye todos mis pecados en el fuego de tu santo amor y por el poder de tu divino Espíritu.

VIII. El nacimiento eterno y temporal, la muerte, la sepultura y la Resurrección de Jesús, son el prototipo de nuestro bautismo. Deberes que debemos a Jesús.

Todo cuanto existe fuera de Dios tiene su origen, modelo y prototipo en Dios. Así nuestro bautismo tiene por prototipo y modelo cuatro grandes misterios que hay en Dios. Primero, el misterio del nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre. Segundo, el misterio de su nacimiento temporal

en el seno de la Virgen. Tercero, el misterio de su muerte y sepultura. Cuarto el misterio de su Resurrección.

En el misterio de su nacimiento eterno, porque como su Padre, en su generación eterna, le comunica su ser, su vida y todas sus divinas perfecciones, y por ello es el Hijo de Dios y la imagen perfecta de su Padre, así por el santo bautismo nos comunica el ser y la vida celeste y divina que ha recibido de su Padre, imprime en nosotros una imagen viva de sí mismo y nos hace hijos del mismo Padre del que es el Hijo.

En el misterio de su nacimiento temporal, pues como en el momento de su Encarnación y de su nacimiento en la Virgen unió nuestra naturaleza a sí mismo y a se unió a ella, la llenó de sí y se revistió de ella, así en el santo sacramento del bautismo se unió a nosotros y nos unió e incorporó a él; se formó y en cierto modo se encarnó en nosotros; y nos revistió y llenó de sí mismo según estas palabras de su apóstol: *Ustedes, lo que han sido bautizados en Jesucristo, se han revestido de Jesucristo* (Ga 3, 27).

En el misterio de su muerte y de su sepultura, porque san Pablo nos anuncia que *cuantos hemos sido bautizados fuimos bautizados en su muerte* (Ro 6, 3), y que, *por el bautismo, fuimos sepultados con él en su muerte* (Ro 6, 4). No es nada distinto de lo que el mismo apóstol expresó en estas otras palabras: *Están muertos y su vida está sumergida con Jesucristo en Dios* (Col 3, 3). Quiere decir: ustedes por el bautismo ingresaron en un estado que los obliga a estar muertos a sí mismos y al mundo, y a no vivir sino con Jesucristo y de una vida enteramente santa y divina, como es la vida de Jesucristo.

En el misterio de la Resurrección, porque como el Hijo de Dios, por su Resurrección, entró en una nueva vida, separada enteramente de la tierra y del todo celeste y espiritual, así el divino apóstol nos enseña que *estamos sepultados con Jesucristo, por el bautismo, a fin de que como él, pasada la muerte, resucitó y entró en una nueva vida, así, como consecuencia del bautismo, caminemos en novedad de vida* (Ro 6, 4). Debemos por tanto tributarle algunos deberes y elevar nuestra mente y corazón a él de la siguiente manera.

IX. Elevación a Jesús sobre el tema precedente

Oh Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre juntamente, te adoro en tu nacimiento eterno y temporal. Te agradezco infinitamente toda la gloria que tributaste así a tu Padre. Adoro los pensamientos y designios que te has dignado tener sobre mí en estos misterios. Desde entonces pensaste en mí, oh buen Jesús; me amaste y formaste el designio de formar en mí una viva imagen de ti mismo, de tu nacimiento y de tu vida. Como tu Padre te comunica su vida divina e inmortal, y como, en consecuencia, eres su Hijo y su perfectísima imagen, así tuviste el designio de comunicarme por el bautismo tu vida santa y celestial, de imprimir en mí una imagen viviente de ti mismo, y hacerme por gracia lo que eres por naturaleza, hijo de Dios, Dios y otro Jesucristo, por participación y semejanza. ¡Oh, quién pudiera darte gracias por tan inmensos favores!

¡Oh, cómo soy de culpable por haber obstaculizado por mis pecados el perfecto cumplimiento de tus designios! Perdón, Salvador mío, te pido perdón de todo corazón y me

doy a ti, para reparar mis faltas. Renueva en mí la imagen de ti mismo, de tu nacimiento y de tu vida. Sepárame de mí mismo y de todo lo que no eres para unirme e incorporarme contigo. Vacíame de mí mismo y de todo todas las cosas, destrúyeme del todo para llenarme de ti mismo y formarte y establecerte en mí. Haz que en adelante sea imagen perfecta de ti mismo, como tú eres imagen perfectísima de tu Padre; que participe del amor filial que le tienes, puesto que es mi Padre, como es tu Padre; que yo viva de tu vida, es decir, de una vida santa y perfecta, que sea en verdad digna de Dios pues tú me has hecho Dios por participación; y que finalmente esté de tal forma revestido de ti, de tus cualidades, perfecciones, virtudes y disposiciones, y de tal modo transformado en ti, que únicamente se vea a Jesús en mí; que en mí no se vea sino su vida, su humildad, su dulzura, su caridad, su amor, su espíritu y sus demás virtudes y cualidades pues quieres que yo sea otro tú mismo en la tierra.

Jesús, te adoro en el misterio de tu santa muerte, de tu sepultura y de tu Resurrección. Te doy gracias por la gloria que diste a tu Padre en esos misterios y por los pensamientos y designios que has tenido para mí. En todos tus misterios y en todos los momentos de tu vida has pensado siempre en mí, y en cada misterio has formado siempre algún designio particular referente a mí. El designio que tuviste para mí en ellos ha sido el de imprimir en mí, por el santo bautismo, una imagen de tu muerte, sepultura y Resurrección, haciéndome morir a mí mismo y al mundo, sumergiéndome y sepultándome en ti y contigo en el seno de tu Padre, resucitándome y haciéndome vivir como tú mismo de una

vida nueva, del todo celestial y divina. Por todo ello seas eternamente bendito.

Pero, lástima grande, he destruido en mí por mis pecados esos efectos tan señalados de tu bondad. Por ello te pido perdón humilde y contritamente como nunca lo he hecho. Me entrego a ti, oh amado Jesús, me entrego al espíritu y al poder del misterio de tu muerte, de tu sepultura y tu Resurrección, para que de nuevo me hagas morir a todo; dígnate sumergirme en ti y contigo en el Padre; hunde mi espíritu en tu espíritu, mi corazón en tu corazón, mi alma en tu alma, mi vida en tu vida; establece en mí la nueva vida a la que entraste por tu Resurrección a fin de que no viva ya sino en ti, para ti y de ti.

X. En la persona del sacerdote Jesucristo nos bautiza. Deberes que debemos tributarle, Enseñanza sobre las ceremonias del bautismo.

Todos los Padres de la Iglesia nos enseñan que Nuestro Señor Jesucristo en persona con confiere, por virtud de su Espíritu, todos los sacramentos, por ministerio del sacerdote que lo representa y que actúa en su nombre y con su autoridad. Es él quien consagra en la santa misa; él nos da la absolución en el sacramento de penitencia; él nos bautiza usando varias ceremonias que preceden y siguen al bautismo, inspiradas por él mismo a su Iglesia, plenas de misterios y portadoras de realidades grandes. En primer lugar anoto los deberes que le debemos en esta ocasión.

XI. Elevación a Jesús que nos bautizó

Jesús amabilísimo, te adoro y te reconozco como al que me bautizó en la persona del sacerdote, del que te serviste como de instrumento vivo para conferirme estas gracias. Infortunadamente, Señor mío, en ese entonces no te conocía, No pensaba en ti ni te amaba. No era capaz de agradecerte el favor especial que me otorgabas. Por tu parte no cesabas de amarme y de recibirme, por medio del bautismo, en el número de tus hijos, aún más de tus miembros. ¡Ah Salvador mío! deseo, en cuanto me es posible, traer a mi memoria ese santo tiempo y ese dichoso momento en que me bautizaste, para adorarte, bendecirte, amarte y glorificarte infinidad de veces. Suplico a tu Padre eterno, a tu Espíritu Santo, a tu sagrada Madre, a todos tus ángeles y santos, y a todas las criaturas que te amen, bendigan, y agradezcan por mí eternamente.

Oh Jesús, te adoro como a quien instituyó e inspiró a tu Iglesia, mediante tu Espíritu Santo, todas las ceremonias y prácticas que acompañan la administración solemne del santo sacramento del bautismo. Adoro todos los designios que tuviste al instituirlos. Me doy a ti para que en mí cumplas y obres, por tu inmensa misericordia, las bendiciones grandes y santas que significan.

Oh buen Jesús³⁰, arroja de mí para siempre el espíritu maligno y cólmame de tu divino Espíritu. Concédeme una fe viva y perfecta. Fortalece todos los sentidos de mi cuerpo y las potencias de mi alma, por la fuerza de tu santa cruz contra toda clase de tentaciones, y conságralos a tu gloria. Llena la

³⁰ Esta elevación se inspira en el simbolismo de las ceremonias del bautismo como se celebrara hasta la reforma del ritual romano en 1969.

boca de mi alma con tu divina sabiduría, es decir, de ti mismo. Despierta en mí hambre, sed, y deseo intenso de ti como de quien es el primero y principal, aún más el único alimento de mi alma; que no guste ni me deleite en nada que no seas tú. Consérvame en u santa Iglesia, como en el seno de mi madre, pues fuera de ella no hay vida ni salvación para mí; concédeme la gracia de apreciar todos estos usos y observancias que tú le has enseñado e inspirado; que yo le obedezca todos sus mandatos como vistos de mi muy venerada madre, que nada me ordena sino en tu nombre y de tu parte; de segur en todo y por doquier sus máximas, sus normas y su espíritu que es tu mismo espíritu.

Amado Jesús, abre mis oídos a tu palabra y a tu voz como abriste, tocándolo con tu saliva, los oídos del que estaba poseído por un espíritu sordo y mudo. Ciérralos enteramente a la voz del mundo y de Satán. Haz también que yo manifieste un buen olor de ti en todo lugar. Úngeme con el óleo de tu gracia y dame firme y sólida paz contigo y con toda clase de criaturas. Revísteme de la vestidura blanca de tu santa inocencia y de tu divina pureza, tanto de cuerpo como de alma. Disipa mis tinieblas e ilumíname con tu celeste luz. Enciéndeme en tu santo amor y haz que yo sea una antorcha, brillante y ardiente, que ilumine y encienda, con la luz de tu conocimiento y con el fuego de tu amor, a todos aquellos con quienes trato. Finalmente, por favor, que así como he sido ocasión de gozo para los habitantes del cielo, para tu santa Madre, para tu Padre eterno, para ti y tu Espíritu Santo cuando al ser bautizado fui liberado del poder de Satán y fui admitido en la divina sociedad de los ángeles y santos, e incluso de las tres Persona eternas, y en testimonio de tal

gozo sonaron las campanas al terminar mi bautismo, así concédeme que yo viva en delante de tal manera que continúe a dar motivo de alegría y contento a todos los ángeles y santos, a tu santísima Madre, a tu Espíritu Santo, a ti mismo y a tu Padre eterno. De igual modo haz que ponga todas mis delicias y gozos en servirte y amarte.

XII. Solemne profesión de los cristianos en el bautismo

Presento ahora la siguiente Elevación a Jesús para renovar ante él la profesión que hicimos en el bautismo y hacer así por nosotros mismos lo que entonces hicimos por nuestros padrinos y madrinas.

XIII. Elevación a Jesús para renovar la profesión que hicimos en el bautismo

Oh Jesús, mi Señor y mi Dios, te adoro como a mi Cabeza. Debo seguirte e imitarte en todo según la profesión pública y solemne que te hice en el bautismo. En ese momento prometí e hice profesión, ante el cielo y la tierra, por boca de mi padrino y mi madrina, de renunciar enteramente a Satán, a sus pompas y obras, es decir, al pecado y al mundo, y de adherir a ti como a mi cabeza de darme y consagrarme del todo a ti; y de permanecer en ti por siempre. Promesa y profesión grande y muy grande que me obliga en mi condición de cristiano a muy grande perfección y santidad.

Hacer profesión de permanecer en ti y de adherir a ti como a mi Cabeza es hacer profesión de ser uno contigo,

como los miembros son uno como su cabeza; es hacer profesión de no tener sino una vida y un espíritu, un corazón y un alma, una voluntad y un pensamiento, una misma devoción y disposición contigo.

Es hacer profesión no solo de pobreza, castidad y obediencia sino hacer profesión de ti mismo, es decir, de tu vida, de tu espíritu, de tu humildad, de tu caridad, de tu pureza, de tu pobreza, de tu obediencia, de todas las demás virtudes que reinan en ti.

Es hacer la misma profesión que hiciste ante tu Padre, en el momento de la Encarnación y que cumpliste perfectamente en tu vida, a saber, profesión de no hacer jamás la voluntad propia sino poner todo la felicidad en hacer todas las voluntades de Dios, de permanecer, por el amor de Dios, en estado de servidumbre perpetua respecto de Dios y de los hombres, y estar en condición de hostia y de víctima, continuamente sacrificada a la pura gloria de Dios.

Así es el voto y la profesión que hice en el bautismo, oh Jesús, mi Señor. ¡Cuán santa y divina es esta profesión! Y cómo está de alejada mi vida de esa santidad y perfección. ¡Cuántas faltas he cometido, de tantas maneras, contra tan sagrada profesión! Perdona, Señor, te suplico, perdona. Mi divino Reparador, repara por mí, te lo suplico, todas estas faltas y en satisfacción ofrece a tu Padre todo el honor que le has dado en toda tu vida, por el perfecto cumplimiento de la profesión que le hiciste en el momento de tu Encarnación.

Oh mi Jesús, en honor y unión del inmenso amor y de todas las demás disposiciones con las que hiciste esta misma profesión, quiero hacer, ahora, por mí mismo, lo que hice por otro en mi bautismo. Quiero renovar la profesión que hice

entonces por labios de mi padrino y mi madrina. Por tanto, en virtud y el poder de tu espíritu y de tu amor, renuncio para siempre a Satán, al pecado, al mundo y a mí mismo. Me doy a ti, oh Jesús, para adherir a ti, para permanecer en ti y para no ser sino uno contigo de corazón, de espíritu y de vida. Me doy a ti para nunca hacer mi propia voluntad, sino para fincar mi felicidad en hacer todas tus santas voluntades. Me doy, me entrego, me consagro a ti en estado de servidumbre perpetua a ti y a toda clase de personas por amor de ti.

Me doy además, me entrego y me sacrifico a ti en estado de hostia y de víctima para ser inmolado a tu pura gloria, de la manera que te plazca. Oh mi muy buen Jesús, dame la gracia, te ruego, por tu grandísima misericordia, de cumplir perfectamente esta santa profesión. Pero cúmplela tu mismo en mí y para mí, o mejor, por ti mismo y para tu puro gozo, según toda la perfección que desees. Me ofrezco a ti para hacer y sufrir con esta intención cuanto sea de tu agrado.

XIV. Fuimos bautizados en nombre de la santa Trinidad. Deberes que por ello debemos tributarle.

Como ya dijimos, Nuestro Señor Jesucristo nos bautizó. Pero lo hizo en nombre y con el poder de la santísima Trinidad. De manera particular las tres Personas divinas están presentes en el bautismo.

El Padre está en el bautismo engendrando a su Hijo en nosotros y engendrándonos en su Hijo, o sea, dándonos un nuevo ser y una vida nueva en su Hijo. El Hijo está presente, naciendo y viviendo en nuestras almas, y comunicándonos su

filiación divina que nos hace hijos de Dios, como él es el Hijo de Dios. El Espíritu Santo está presente formando a Jesús en el seno de nuestras almas como lo formó en el seno de la Virgen.

El Padre, el Hijo y el Espíritu santo están presentes y nos separan de todas las cosas; se apoderan de nosotros y nos consagran a ellos de manera muy particular, pues imprimen en nosotros su divina impronta y su imagen; y establecen su habitación, su gloria, su reino y su vida en nosotros, como en su templo vivo, como en su tabernáculo sagrado, como en su trono santo y en su cielo. Como consecuencia, si nuestros pecados no lo impiden, esas tres divinas Personas morarán siempre en nosotros de manera muy especial e inefable, y se glorificarán entre sí admirablemente; en nosotros reinarán perfectamente y vivirán con una vida del todo santa y divina. Por consiguiente, pertenecemos a Dios como lo que le ha sido consagrado enteramente y que por tanto no debe ser empleado en ningún uso distinto de su gloria y su servicio. Presentémosle entonces los siguientes homenajes.

XV. Elevación a la santísima Trinidad

Oh Trinidad santa y adorable, te adoro en tu divina esencia y en tus tres Personas eternas. Te adoro por haber estado presente en mi bautismo. Adoro todos los designios que entonces tuviste sobre mí. Te pido perdón por el obstáculo que he puesto a su cumplimiento. En satisfacción te ofrezco toda la vida, las acciones y sufrimientos de mi Señor Jesucristo y de su santísima Madre. Me entrego a ti, oh

divina Trinidad, para que esos designios sean realizados. Oh Padre eterno, oh Hijo único de Dios, oh Espíritu Santo del Padre y del Hijo, vengan a mí; vengan a mi corazón y a mi alma; oh Trinidad santa sepárame de cuanto tú no eres; atráeme a ti; vive y reina en mí; quebranta en mí cuanto te desagrada y haz que todo el uso que hago de mi ser y de mi vida sea consagrado del todo a tu pura gloria.

XVI. Rosario de la santísima Trinidad

Al hacer memoria del día de nuestro bautismo recordemos que fuimos bautizados en nombre de la santísima Trinidad. Es bueno rendir homenaje a este gran misterio y podemos decir con este fin el rosario de la santísimo Trinidad. Se compone de tres decenas y de tres cuentas al término de esas tres decenas en honor de las tres Personas divinas.

Al principio se dice por tres veces: *Ve, Trinidad santa*. Traemos así a nuestra memoria, entendimiento y voluntad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Démonos a ellos para que destruyan en nosotros cuanto se opone a su gloria. Pidámosles que se glorifiquen en nosotros como a bien tengan.

En cada cuenta pequeña se dice; *Gloria al Padre...* Al hacerlo se ofrece al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo toda la gloria que de toda eternidad ellos mismos se han dado y que por siempre en la tierra y en el cielo en satisfacción de las faltas cometidas contra su honor en toda la vida.

En las cuentas grandes se dice con la misma intención: *A ti la alabanza, a ti la gloria, a ti el amor, oh Trinidad santa*.

XVII. Concluye el ejercicio del bautismo

Agradezcamos a Nuestro Señor las gracias que nos ha hecho. Pidámosle perdón de las faltas cometidas. Ofrezcámonos a la Virgen santa, al ángel de la guarda, a los ángeles santos que asistieron a nuestro bautismo, al santo cuyo nombre recibimos y a los demás ángeles y santos. Roguémosles que nos ofrezcan a Jesús y le agradezcan en nuestro nombre. Que le den la gloria que hubiéramos debido darle en nuestro bautismo y que nos alcancen la gracia de cumplir perfectamente todos los santos deseos y resoluciones que nso ha inspirado en este ejercicio.

PARA MORIR CRISTIANAMENTE

XVIII. Ejercicio piadoso para rendir a Dios los deberes que le debemos a la hora de la muerte y para prepararnos a morir santa y cristianamente

Pues la agudeza del mal que de ordinario precede a la muerte impide aplicarse a Dios para testimoniarle los deberes que entonces deberíamos presentarle es muy a propósito tomar algunos días cada año para hacer los ejercicios y deberes que debemos dar a Dios en el momento de la muerte. Cuenta santa Gertrudis que habiendo practicado una vez estos ejercicios, Nuestro Señor le dijo que eran muy agradables y que le tendría en cuenta esta preparación para la hora de la muerte³¹. Confiemos que nos dará la misma

³¹ Revelaciones... libro V, cap. 27

gracia si los practicamos. Para hacerlos ordenadamente es bueno tomar diez días para ocuparse en coloquios con Dios sobre diez temas preparatorios a una muerte santa y cristiana.

Para el primer día

XIX. Sumisión y abandono a la divina voluntad en la muerte

-1. Prosternado a tus pies, mi Señor Jesús, te adoro como a mi soberano juez que pronuncias sentencia de muerte sobre mí cuando dijiste a Adán y en su persona a todos los pecadores: *Eres polvo y al polvo volverás* (Gn 3, 28). Unido al inmenso amor y a la profunda humildad con la que, por tierra ante Pilatos, escuchaste y aceptaste la sentencia de muerte dada contra ti por él de parte de tu Padre eterno. Para honor y homenaje a la divina justicia me someto de todo mi corazón a la sentencia de muerte que pronunciaste sobre mí desde el comienzo del mundo. En homenaje y honor a la divina justicia reconozco que la merecí no solo por el pecado original en que nací sino cuantas veces cometí pecados en toda mi vida.

2. Dios mío, aunque no tuviera pecado alguno, ni original ni personal, reconozco que, debido a la soberanía y poder que sobre mí tienes, puedes santamente quitarme la vida, aún más anonadarme y hacer de mí lo que te plazca. En honor y unión del gran amor y sumisión con el que la santa Virgen, tu Madre, que no era deudora de tu justicia, ni obligada a la muerte por ningún pecado, ni original ni actual, aceptó la muerte en homenaje a tu soberanía, acepto igualmente, en

homenaje a esta misma soberanía, me abandono del todo en tus manos, en esto y en todo, a fin de que dispongas de mí, en tiempo y eternidad, como te plazca para tu gran gloria.

3. Jesús, eterno e inmortal, eres la vida y la fuente de la vida y, sin embargo, quisiste morir, y morir en una cruz, con la más cruel e ignominiosa de las muertes. Rendiste así homenaje a la justicia, a la soberanía, e incluso a la vida divina y eterna de tu Padre, y como testimonio de tu amor por mí. Por eso, Salvador mío, aunque no estuviera obligado a la muerte por mis pecados y que, lo que es imposible, no dependiera de tu soberanía, aún más, aunque tú no hubieras muerto por mí en particular, debo no solo aceptar la muerte sino, aún más, desear morir para honrar tu santa muerte digna y honorable. Todas las criaturas vivientes deberían gustosamente someterse a la muerte, si no estuvieran sometidas a ella, en homenaje a la muerte de su creador.

Incluso si no hubieras muerto, Dios mío, todos los vivientes deberían muy gustosamente sacrificarte su vida y su ser, en homenaje a tu vida divina e inmortal y a tu ser supremo y eterno. Serían así testimonio y manifestación, mediante ese sacrificio, de que tú solo eres digno del ser y de la vida. Todo ser y toda vida deberían desaparecer en presencia de tu ser y tu vida, como las estrellas se apagan ante la luz del sol.

En honor, pues, y homenaje de tu honorable muerte y de tu vida adorable, y en honor y unión del gran amor con que quisiste morir, no solo para satisfacer la justicia de tu Padre y honrar su soberanía sino también para sacrificar tu vida humana y temporal en homenaje a la gloria de la vida divina y eterna, que tienes del Padre y del Espíritu Santo,

manifestaste y testimoniaste por este sacrificio ante la faz del cielo y de la tierra que solo tu vida es digna de existir y que toda vida creada, por noble y excelente que sea, debe cesar de ser y aparecer en presencia de tu vida suprema e increada.

En honor y unión, añado, del amor ardiente con el que tu santa Madre y todos tus santos, en especial tus santos mártires, abrazaron de corazón la muerte para rendir homenaje a tu santa muerte y a tu vida divina acepto y abrazo de corazón la muerte como quieras enviármela, en el lugar, tiempo, modo y circunstancias que sean de tu agrado.

Si dispones que muera con muerte dolorosa o incluso vergonzosa, olvidado o abandonado y de todo socorro humano, me basta que estés siempre conmigo. Si llego a estar privado de los sentidos o de la razón, que tu voluntad se haga. Acepto y abrazo todo en honor de tu muy dolorosa e ignominiosa muerte, en honor del abandono extraño que sufriste en la cruz, incluso de parte de tu Padre. Lo acepto en homenaje de la privación del uso de tu sentido en el comienzo de tu infancia, y en honor de haber sido estimado y tratado como loco por tus mismos allegados al comienzo de la predicación de tu evangelio, y por Herodes y los de su corte durante la pasión.

Finalmente, querido Jesús, me abandono enteramente en tus manos. Me pongo y sacrifico del todo a tu querer en esto y en todo. No quiero tener otro querer o deseo sino de no querer y desear nada distingo de dejarte hacer, desear y escoger para mí, cuanto te plazca. Pues tienes sabiduría y omnipotencia infinitas, sabrás, podrás y querrás mucho mejor que yo lo que me sea más conveniente para tu gloria. Te

suplico únicamente que como moriste en amor, por amor y para el amor, también, si n soy digno de morir por tu amor o para tu amor, al menos muera en este mismo amor.

-4. Te suplico, Jesús mío, que así como todo lo hiciste, tus obras y tus ejercicios, por ti y por todos los hombres, en particular por tus hijos y amigos, así te sea agradable que en honor y unión del mismo amor por el que así obraste yo haga estos ejercicios y te rinda todos los deberes, no solo por mí, sino por todos los hombres, en especial por los que sabes debo tener especial memoria ante ti.

Oh Madre de Jesús, en verdad no debías morir. Eres la Madre del eterno e inmortal, del que es la misma vida. Sin embargo te sometiste de buen grado a la muerte para rendir homenaje, con tu muerte, a la adorabilísima muerte de tu Hijo. Tu muerte es tan digna y honorable que todas las criaturas deberían someterse voluntariamente a la muerte para honrar la muerte de la que es la Madre de su creador y su soberana Señora. Virgen amada, si no tuviera ninguna obligación de morir quisiera sin embargo aceptar voluntariamente la muerte, como de hecho lo hago. Te la ofrezco, con la muerte de los que me son cercanos en el mundo, en homenaje de tu santísima muerte. Te ruego, muy humildemente, oh Madre de vida, que unas a la tuya nuestra muerte. Dígnate servirte de ella para honrar la de tu Hijo y alcanzarnos de él que al menos muramos en su gracia y en su amor.

Para el segundo día

XX. Acción de gracias a Nuestro Señor por los beneficios que nos ha hecho en toda la vida

Luego de aceptar la muerte lo primero que debemos hacer es prepararnos a morir santamente. Empecemos por

agradecer a Nuestro Señor todos los favores que de él hemos recibido a lo largo de la vida.

1. Oh Jesús, te contemplo como principio y fuente de todos los bienes y gracias temporales y eternas que han existido y existirán en el cielo y en la tierra y en particular las que hemos recibido. Te la refiero como a aquel de quien vinieron y a cuya gloria deben ser dirigidas. Buen Jesús, ¿quién podría saber todos los favores que de ti hemos recibido? Son sin cuento y soy del todo incapaz de darte cumplida acción de gracias. Señor, que cuanto ha habido y hay en mí, en todas las criaturas del cielo y de la tierra, en tus ángeles y santos, en tu santa Madre, tu Espíritu Santo y tu Padre eterno, todos los poderes de tu divinidad y de tu humanidad, todas las gracias y misericordias que de ti han brotado, todo te alabe eternamente, aún más se convierta en alabanza inmortal a ti por cuanto eres con tu Padre, contigo mismo y con tu Espíritu Santo, y por todas las gracias que has hecho por siempre a tu sagrada humanidad, a tu bienaventurada Madre, a tus ángeles y santos, a todas tus criaturas, en especial las que me has hecho y las que según tu designio me hará si no interpongo obstáculo.

Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, Madre de Jesús, ángeles y santos de Jesús, todas las criaturas bendigan y agradezcan a Jesús por mí eternamente. Divino Jesús, glorifícate a ti mismo por mí y rinde en céntuplos todas las acciones que quiero tributarte.

2. Buen Jesús, sabes cuantos favores y beneficios recibí de tu sagrada Madre, de tus ángeles y santos que hay en el cielo y de muchas personas en la tierra. Sabes igualmente lo incapaz que soy de agradecerlo debidamente. Recorro a ti y se ruego muy humildemente que suplas mi deficiencia. Dígnate premiar a todas esas personas tanto del cielo como de la tierra la que debería darles por todos sus beneficios.

3. Madre de gracia, Madre de mi Dios, por tu mediación recibí todas las gracias que me han sido dadas en el cielo.

Que el cielo y la tierra te bendigan por mí y por todos los que han recibido favores de ti y no te han agradecido.

Para el tercer día

XXI. Confesión y satisfacción por nuestros pecados

Después de agradecer en un día a Dios las gracias que nos ha concedido en toda la vida dediquemos un día a pedir perdón de nuestros pecados y presentarle satisfacciones. Para ello hagamos una buena confesión, si no extraordinaria al menos con humildad y contrición extraordinarias y con la preparación y atención como si fuera nuestra última confesión. Podemos usar los actos de contrición de la primera parte.

1. Jesús amabilísimo, me creaste para amarte y servirte. Eres infinitamente digno de amor y servicio y tengo infinitad de obligaciones de hacerlo. Sin embargo, te he ofendido por pensamientos, palabras, acciones con todos los sentidos de mi cuerpo y todas las facultades de mi alma, y el mal uso que he hecho de tus criaturas en contra de tus mandamientos de múltiples maneras. ¡Oh Dios! ¡Cuántos pecados, cuántas ingratitudes, cuántas infidelidades! Señor Jesús, arrojo todas mis ofensas en tu divino amor y en el abismo de tus misericordias. ¡Quién me diera cambiarme del dodo en dolor, en contrición, en lágrimas de sangre, para detestar y borrar las faltas cometidas contra esta inmensa bondad, tan merecedora de ser amada y honrada, y a quien he ofendido y deshonrado tanto! Dios mío ¿qué puedo hacer para reparar el deshonor que te dado con mis pecados? ¡Ojalá se pudieran sufrir todos los tormentos y martirios del mundo! ¡Per, qué lástima! Si empleara todas mis fuerzas en castigarme y padeciera todos los sufrimientos del mundo no podría sin embargo reparar la injuria que te he dado con la menor de mis faltas.

2. Te ofrezco, buen Jesús, toda la gloria, el amor y el servicio que tus santos y tu Madre santísima te han rendido en su vida con pensamientos, palabras y obras santas y con el uso santo de los sentimientos de sus cuerpos y de las facultades de sus almas con las virtudes que practicaron y los sufrimientos que padecieron, en satisfacción de las faltas cometidas en toda mi vida. Asimismo te ofrezco todo el honor que te ha sido dado siempre por todos tus ángeles, por tu Espíritu Santo, por ti mismo y por tu Padre eterno en reparación del deshonor que te dado en toda mi vida.

3. Oh Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, ofrezcan por mí a mi Salvador todo el amor y la gloria que le ha sido tributada en satisfacción del agravio que le he hecho con mis ofensas.

4. ¿Qué pecador desdichado soy! Al ofender a Dios ofendo a todos: Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, a la Madre de Dios, a todos los ángeles y santos, y a todas criaturas. A ellos alcanzan las ofensas hechas al Creador. ¿Qué medio tengo para reparar tantas ofensas y reparar a tantas personas, de pagar tantas deudas? Sé lo que he de hacer. Tengo un Jesús que tiene en sí tesoros infinitos de virtudes, de méritos y santas obras. Me ha sido dado para ser mi tesoro, mi virtud, mi santificación, mi redención y reparación. Lo ofreceré al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a todos los ángeles y santos para reparar y satisfacer por todas mis faltas cometidas contra ellos. Oh Padre santo, oh Espíritu divino, les ofrezco todo el amor, el honor que mi Jesús les ha dado en su vida mediante sus divinos pensamientos, palabras y obras, por el divino uso que hizo de todas las partes de su cuerpo y de su alma, por todas las virtudes que practicó y los sufrimientos que soportó, en satisfacción de todas las ofensas cometidas contra ustedes en toda mi vida.

Virgen santa, ángeles santos, dichosos santos y santas, les ofrezco mi tesoro y mi todo que es Jesús. Con él

páguense todas mis deudas. Tómenlo en satisfacción de mis pecados y negligencias.

-5. Jesús mío, mi dignísimo Reparador, repárate tú mismo todas mis faltas. Suple por tu gran misericordia mis fallas cometidas en toda mi vida contra tu Padre, contra ti mismo, contra tu Santo Espíritu, contra tu sagrada Madre, contra tus ángeles, tus santos y todos aquellos a quienes ofendí. Me doy a ti para hacer y sufrir cuanto te plazca. Con este fin acepto desde ahora las penas del cuerpo y del espíritu que tenga que sufrir en ese mundo o en el oro como satisfacción de mis pecados.

6. Virgen santísima, tenía yo tanta obligación de servirte y honrarte y en cambio no te he honrado y te he ofendido al ofender a tu Hijo. Te pido perdón, Madre de misericordia, y en satisfacción te ofrezco todo el honor que por siempre te es dado en el cielo y en la tierra. Ruego a los ángeles y santos, al Espíritu Santo, a tu Hijo y al Padre eterno que suplan mis deficiencias y que por siempre te den toda la gloria que hubiera debido darte en toda mi vida.

Para el cuarto día

XXII. La santa comunión

Puesto que la santa comunión es el medio más santo y eficaz para rendir a Dios los honores y deberes a que estamos obligados, para prepararnos a la muerte es bueno consagrar un día para disponernos a comulgar con devoción del todo extraordinaria y con tanto cuidado y aplicación como si esa fuera nuestra última comunión.

Te digo solo que ofrezcas esta comunión a Nuestro Señor 1) en honor de todo lo que él es en sí mismo y para nosotros; 2) en acción de gracias por todos los efectos de su amor al Padre y a todas las criaturas particularmente contigo; 3) en satisfacción por todo el deshonor que se le ha recibido

siempre por el pecado del mundo y en especial por tus pecados; 4) para la realización de todos los designios que tiene sobre el mundo y sobre ti.

Entrégate luego al Padre eterno y ruégale que te una al grandísimo amor con el que recibió a su Hijo Jesús en su seno y en su corazón paternal el día de su ascensión. Entrégate a Jesús y ruégale que te una al amor ardentísimo y a la humildad profundísima con que instituyó el Santísimo Sacramento del altar y se dio a sí mismo la comunión en opinión de unos santos Padres la víspera su muerte³². Ofrécete a la santa Virgen, a san Juan Evangelista, a santa Magdalena, a santa María Egipcia y a todos los santos y santas y ruégales que te hagan partícipe del amor, fervor, humildad, pureza y santidad con que hicieron su última comunión.

Después de comulgar y dar gracias a Nuestro Señor con mucho fervor; adora los designios que tiene sobre ti desde toda la eternidad. Pídele perdón por los obstáculos que has puesto a lo largo de la vida. Ruégale muy conscientemente que no permita que mueras sin que los designios de su bondad y la obra de su gracia se hayan realizado en ti. Entrégate a él con deseo inmenso y vigorosa resolución de trabajar decididamente por el cumplimiento y consumación de su obra en ti. Que destruya cuanto se oponga a sus deseos a fin de que puedas decir en el último día de tu vida lo que dijo a su Padre en su último día: *Cumplí y terminé la obra que me encomendase hacer* (Jn 17, 4).

Para el quinto día

XXIII. Para la unción de enfermos

Pues no sabemos si estaremos en condición de estar

³² Crisóstomo, Homilía 83 en san Mateo; Jerónimo, Carta a Hesiquio 3; Tomás de Aquino III, 81, 1

atentos a Dios en el momento de recibir la unción de enfermos, si Dios nos concede esta gracia, es bueno destinar un día de este ejercicio para rendir a Nuestro Señor los deberes que deberíamos cumplirle en ese momento y prepararnos a hacer uso santo de este sacramento.

1. Oh Jesús, te adoro como autor e institutor del sacramento de la unción de enfermos. Tú eres la fuente de la gracia que él encierra y que para nosotros adquiriste por la efusión de tu preciosa sangre. Dirijo a ti todos los efectos de gracia que obras en las almas en este sacramento. Mil veces te bendigo por la gracia que tú mismo te has dado en este sacramento. Adoro los designios que tuviste al instituirlo y me doy a ti para que se realicen en mí según tu beneplácito. Te suplico muy humildemente me des la gracia de recibirlo al fin de mi vida, o, que en caso que no pueda hacerlo, obres en mi alma por tu gran misericordia las mismas gracias como si lo recibiera.

2. Oh Jesús, te adoro en la unción santa que quisiste se hiciera en tu cuerpo al final de tu vida por tu amada santa Magdalena, y en el momento de tu muerte y sepultura, por san Nicodemo y san José de Arimatea. Te ofrezco las sagradas unciones que se han hecho y se harán, en este último sacramento, en el cuerpo de todos los cristianos que lo recibieron y recibirán, en honor y homenaje de esa divina unción que se hizo en tu cuerpo deificado.

3. Oh buen Jesús, te adoro como a mi soberano sacerdote a quien corresponde originalmente conferir todos los sacramentos. Me doy a ti en ti en tu calidad de sacerdote, y te ruego vengas a mí para infundirme las disposiciones requeridas para la recepción del sacramento de la unción de enfermos. Obra en mí los efectos de gracia representados en las ceremonias de este sacramento.

Para disponerme a recibirlo me postro a tus pies, Salvador mío, y me acuso ante ti y ante tus ángeles y santos, de todos los pecados cometidos en toda mi vida. Te ruego,

humilde y contrito, me perdones y te suplico de corazón, con tu santa Madre, con los ángeles y santos, pidas perdón para mí a tu Padre eterno. Ofrécele en satisfacción todo cuanto hiciste y sufriste en tu vida.

Oh buen Jesús, ven ahora, ven a mi alma y a mi corazón. Tráeme tu santa paz y destruye en mí cuanto pueda turbar la serenidad y el reposo de mi espíritu. Lávame, purifícame de mis manchas y ofensas. Dame tu absolución, indulgencia y remisión plena y total de todos mis pecados.

Benignísimo Jesús, te ofrezco y te doy los sentidos y miembros de mi cuerpo y todas las facultades de mi alma. Úngelos, te ruego, con el aceite santo y sagrado que mana incesantemente de tu Corazón divino. Es el aceite de tu gracia y tu misericordia. Por esa santa unción borra los malignos efectos que el pecado ha obrado en ellos. Jesús mío, te ofrezco el santo uso que tú, con tu santa Madre y con los ángeles y santos, hicieron de todos los sentimientos y miembros de sus cuerpos y de las facultades de sus almas para reparar el mal uso que he hecho de todos los miembros y sentimientos de mi cuerpo y de las potencias de mi alma. Dame la gracia, te ruego, de que en el futuro solo haga uso de ellos por tu pura gloria.

Finalmente, amabilísimo Jesús, dame por favor tu santa bendición. Ruega a tu Padre y a tu Santo Espíritu que me bendigan contigo, a fin de que por virtud de esa divina y poderosa bendición cuanto te desagrada en mí sea destruido; que me convierta en bendición y alabanza eterna a tu Padre, a ti y a tu Espíritu Santo.

Para el sexto día

XXIV. El testamento de Jesús y el que, en su nombre, hago

En este día te dispones a hacer un testamento, a imitación

y en honor del testamento de Jesús. Lo repasas interiormente ante Dios para considerarlo y adorarlo, y para prepararte por este medio a hacer el tuyo con el mismo espíritu e iguales disposiciones con que Jesús hizo el suyo.

Oh Jesús, te adoro en los últimos días de tu vida. Adoro cuanto pasó en ti entonces, sobre todo cuando haces tu divino testamento en el cenáculo, en la cruz y en el monte de Olivos. Adoro, bendigo, y glorifico tu gran amor al Padre, la caridad ardentísima a nosotros y tus demás santas disposiciones con que lo hiciste.

Primero, tu mirada a los enemigos. ¡Oh maravilla, oh exceso de bondad! La primera palabra y la primera oración que hiciste en la cruz fue por tus enemigos Suplicaste a tu Padre que los perdonase en el momento mismo en que te crucificaban.

Segundo, miras al Padre. En sus manos depositas tu alma santa: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 24). Al tiempo que dices estas palabras no lo haces solo por tu alma deificada sino también por mi alma y por las almas de todos los que te pertenecen. Los tenías a todos presentes ante ti. Los considerabas tuyos, como si fueran una sola alma con la tuya por la íntima unión que tienen con ella. Cuando dijiste: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu* hablabas por ti por mí, entregabas mi alma con la tuya al Padre. Orabas a tu Padre y a mi Padre, en tu nombre y en el mío previendo la hora en que mi alma salga de mi cuerpo. Lo hiciste con el mismo amor con que orabas por ti mismo. Decías *Padre*, y no *Padre mío*, para mostrar que lo considerabas no solo como tu Padre propio y particular sino como Padre común y universal de todos tus hermanos y tus miembros. Orabas a él no solo por ti, en singular, sino también por los que te pertenecen, y con amor y confianza del todo filial, por ti y por ellos. Seas por ello bendito y amado eternamente.

Tercero, en tu testamento te diriges a tu santa Madre. Le

das lo que tenías de más querido después de ella, tu discípulo amado, Juan Evangelista. Al mismo tiempo le entregabas todos tus demás hijos y discípulos, representados en la persona de Juan, por ese momento y por siempre hasta el fin del mundo. Al decir a tu santa Madre: *Mujer, ahí tienes a tu Hijo* (Jn 19, 26), le diste no solo a san Juan sino a todos los cristianos, como hijos. Es lo más querido que tenías para darle. Y recíprocamente, al decir a Juan: *Ahí tienes a tu madre*, la dabas como Madre a todos los cristianos, representados también en la persona de san Juan. Era lo más precioso que tenías en el mundo creado, tu santa Madre. La diste para que fuera la madre de todos. Les señalabas la relación de hijos que tenían con tu Madre. Le dice: *Mujer*, para mostrar que resignabas tu calidad de Hijo y que nos la dabas por madre. Siendo hasta ese momento tu Madre, cesa por un tiempo de ser tu Madre por la muerte del Hijo. Amado Jesús, me diste en testamento a tu bienaventurada Madre y me entregaste a ella no solo como siervo, esclavo o súbdito sino como lo más recomendable y ventajoso para mí que pueda existir, en la calidad de hijo: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Me la diste no solo como Reina y Señora soberana sino como lo más honorable y amable que sea, como madre. ¡Oh amor, oh exceso de bondad! ¡Cómo es posible que el mundo no se convierta en amor ante tanta bondad!

Cuarto, el siguiente artículo de tu testamento nos concierne muy especialmente. Se diría que lo haces solo para nosotros.

1. Nos haces partícipes con tus últimas palabras de un amor excesivo y extraordinario. Nos aseguras que *tu Padre nos ama como te ama a ti* (Jn 17, 23). Y que como *tú nos amas como te ama tu Padre* (Jn 15, 9). Nos pides en seguida que *nos amemos como amas a tu Padre* (Jn 15, 10). Y que *nos amemos mutuamente como tú nos has amado* (Jn 13, 34).

2. Así en tus últimos días y con tus últimas palabras nos

recomiendas cuidado y afecto muy particulares a las personas más dignas y poderosas a las que quieres más y de las que eres amado en el cielo y en la tierra, a saber, tu Padre eterno y tu Madre divina. Cercano a ir a la cruz dices a tu Padre esta oración: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste. Te ruego no solo por estos* (se dirigía a los apóstoles) *sino por todos los que van a creer en mí* (Jn 17, 11.20). Y ya en la cruz pones nuestras almas en sus manos junto con la tuya y nos encomiendas a tu Madre divina.

3. Tenemos parte en tu testamento porque la víspera de morir, en la última oración, pública y solemne, antes de ir a la cruz pediste a tu Padre para nosotros las cosas más grandes que podías pedirle y que él te pudiera dar. Le decías: *Quiero, Padre mío, que los que me diste estén donde yo voy a estar* (Jn 17, 24). Es decir que tengan su morada y su reposo conmigo eternamente en tu seno y en tu corazón paternal. *Padre justo, que el amor con que me amaste esté en ellos* (Jn 17, 25-26). Es decir, ámalos como me amaste, ámalos con el amor más grande, ardiente y divino que sea y que pueda existir. Míralos con la misma mirada, con el mismo corazón con que me amas, trátalos como me tratas, y dales lo que me das. *Padre santo, que sean uno como nosotros somos uno. Que sean uno en nosotros como tú, Padre mío, estás en mí y yo en ti. Yo estoy en ellos y ellos en mí; que sean consumados en la unidad* (Jn 17, 21-23). ¡Oh cuánto amor! ¿Señor, qué más hubieras podido pedir al Padre por nosotros?

4. Tenemos parte en tu testamento pues en la víspera y en el día en el día de tu muerte, nos das cuanto de más extraordinario y precioso nos puedes dar: tu Padre eterno por Padre nuestro y le pedías que nos ame como te a ti, es decir como a sus hijos y con amor paternal. Nos das a tu santa Madre para ser nuestra Madre. Nos das tu santo cuerpo en la Eucaristía, tu alma santa en la cruz y en la muerte según dijiste: *Entrego mi alma por mis ovejas* (Jn 10, 15). Tu sangre

preciosa, hasta la última gota, tu vida, méritos, sufrimientos, tu humanidad y tu divinidad. Así está escrito: *Les di la gloria que me diste* (Jn 17, 22). Te nos da todo sin reservarte nada. ¡Qué bondad admirable al hacernos tanto bien, en el día mismo en que te hacíamos sufrir tantos males! Cómo es posible, Señor Jesús, que te amemos tan poco y pensemos tan poco en ti. ¿Cómo es posible que tanto amor sea tan poco considerado y menospreciado de parte de los que tanto amas?

Quinto, el último artículo de tu testamento se realizó en el jardín de Olivos. Alejándote de los apóstoles, al subir al cielo, les diste tu bendición, Tenemos parte en esta bendición pues al darla a tus apóstoles y discípulos nos la diste a todos y a cada uno en particular. Estábamos todos presentes ante tus ojos como lo estamos ahora. ¡El cielo y la tierra te bendigan y cuanto hay en cielo y tierra se convierta en bendiciones eternas para ti!

Querido Jesús, estos son los cinco puntos de tu testamento admirable. En su honor quiero ahora redactar el mío.

XXV. Testamento que debemos hacer en honor y a imitación del de Jesús

-1. Benignísimo Jesús, en honor y unión del amor que te llevó a derramar tu sangre y morir por tus enemigos y a pedir a tu Padre que perdonara a los que te crucificaban, perdono de todo corazón y plenamente, sin reserva ni restricción, y te suplico perdones a aquellos de los que recibí alguna ofensa o desaire. Me ofrezco a ti para hacer y sufrir por ellos todos lo que te plazca, más aún, a morir y dar mi sangre por ellos si fuera necesario y así me lo pidieras. Pido perdón también humildemente a quienes he ofendido o desairado en toda mi vida, y me doy a ti para darles la plena satisfacción que sea de tu beneplácito.

2. En honor y unión del inmenso amor, de la perfecta caridad y de las demás disposiciones con las que entregaste y recomendaste tu alma y las almas que son tuyas, en las manos de tu Padre, entrego y abandono mi alma y las almas de las que debo preocuparme en particular, entre las bondadosas manos y en el Corazón muy amoroso del Padre divino, que es mi Dios, mi Creador y mi amabilísimo Padre. Acepto lo que disponga según su beneplácito, apoyado en su bondad infinita que las acogerás con la tuya, Jesús mío, en su seno paternal, para amarlo y bendecirlo eternamente contigo, según el deseo que le testimoniaste al decir. *Padre mío, que los que me dise estén donde yo esté* (Jn 17, 24).

3. En honor y unión de la grandísima caridad con la que entregaste todos tus amigos e hijos a tu santísima Madre, doy y pongo entre las manos de esta Virgen, a todos aquellos de los cuales has querido que me ocupe especialmente. Te suplico buen Jesús, que tú mismo se los entregue y recomiende. Por mi parte, le suplico de todo corazón, por el amor inmenso que tú le tienes y que ella te tiene, y con el mismo amor que le diste a tus amigos e hijos, que los mire en adelante como a sus hijos y les sirva de Madre.

4. En honor y unión del amor poderoso con que me encomendaste a tu Padre en tu último día y le pediste para mí cosas grandes y me diste lo que tenías de más amado, dándome extraordinarios testimonios de ese mismo amor por palabras y obras, y me encomendaste también que ame a mi prójimo como tú me amas, te entrego todos los que sabes debo encomendarte en forma especial y te pido por ellos lo que pediste a tu Padre para mí en el última de tu vida. Me doy totalmente a ti por siempre. Me doy a ti, para amarte como amaste a tu Padre y como el Padre te ama. Me doy a ti asimismo para amar a mi prójimo como tú me amaste y para derramar mi sangre y dar mi vida por él si así lo quieres.

5. Oh Jesús, Dios de toda bendición, te adoro en el último momento de tu permanencia en este mundo, en el monte de

Olivos, listo para salir de la tierra y subir al cielo. Te adoro al dar tu bendición en ese instante a tu sagrada Madre, a tus apóstoles discípulos. Adoro el gran amor y demás disposiciones de tu alma santa con las que hiciste esa acción que nos relata el evangelio (Lc 24, 50).

Me postro a tus pies, Señor Jesús, unido a la humildad y demás disposiciones santas con las que tu divina Madre y tus santos apóstoles y discípulos estaban de rodillas cuando los bendijiste. Con el amor que les tenías y te tenían, darme ahora, y a todos los que te recomiendo, tu santísima bendición. Que ella destruya en nosotros cuanto te desagrada en nuestra vida y todos seamos cambiados en alabanza, amor y bendición eterna a ti

XXVI. La agonía y el instante de la muerte

Consideremos este día como si fuera el último de nuestros días. Esforcémonos por emplearlo con tanto cuidado y devoción como si solo nos quedara este día para amar a Dios. Adoremos a Nuestro Señor en el último día de su vida en la tierra. Hagamos todas nuestras acciones de este día con las disposiciones santas y divinas con que él hizo sus últimas acciones. Unámonos de ante mano a estas disposiciones para el día final de nuestra vida y supliquemos a Jesús que no una a sí mismo y que las imprima en nosotros a fin de que seamos del número de los que se dijo: *Dichosos los muertos que mueren en el Señor* (Ap 14,13), o sea, los que mueren en el espíritu y en las disposiciones con que Nuestro Jesús murió.

Guardadas las proporciones hagamos lo mismo respecto de la santa Virgen. Considerémosla y honrémosla en el último día de su vida. Unámonos a sus disposiciones y ofrezcámosle el último día de nuestra vida en honor del último día de la suya.

Añado que es bueno adorar a Jesús y honrar a su santísima Madre en su agonía y en su muerte. Ofrezcámosles nuestra agonía y nuestra muerte. Roguémosles que no unan a su agonía y a su muerte; que las bendigan y santifiquen. Adoremos el poder infinito del divino amor que hizo morir a Jesús y a su santísima Madre. Uno y otro murieron de amor y por amor. Supliquémosle que nos haga morir con Jesús y su divina Madre y que consuma y sacrifique nuestra vida en sus sagradas llamas.

Honremos también en este día a los santos mártires y santos y santas en su agonía y muerte. Ofrezcámosles nuestra agonía y nuestra muerte. Roguémosles que nos unan a su agonía y muerte y nos alcancen las santas disposiciones con las que se prepararon a la muerte. Que nos asocien a todo el amor y la gloria que rindieron a Nuestro Señor en el último día de su vida y en la hora de su muerte.

Roguemos en especial a san Juan Evangelista, a santa Magdalena, al santo Ladrón que murió con Jesús y los demás santos y santas que asistieron a la muerte del Hijo de Dios. Que por el honor de haberlo acompañado en su muerte nos asistan también en la nuestra.

En este día es muy aconsejable leer la pasión de Nuestro Señor; también el capítulo diez y siete de San Juan que contiene las últimas palabras y oraciones de Jesús antes de ir a la cruz; también las oraciones de la Iglesia por los agonizantes, muy piadosas y eficaces. No sabes si en el último día de tu vida estarás en capacidad de poder usar de estas preparaciones para una muerte santa. Hagámoslo con toda la devoción con la que quisiéramos leerlas en el momento de morir y con la que la Iglesia las ha usado siempre.

Sobre todo al leer a San Juan, capítulo diez y siete, pronunciemos estas palabras, últimas de Jesús en vísperas de morir, con las mismas disposiciones e intenciones con las que él las pronunció. Supliquémosle que las imprima en

nosotros para el último día de nuestra vida y obre en nosotros el efecto de estas santas palabras.

Finalmente, postrémonos a los pies de Jesús y de su santa Madre y supliquémosles nos den su santa bendición para el último momento de nuestra vida. Podemos decir: Oh buen Jesús, oh Madre de Jesús, dennos su santa bendición para que nos acompañe en el último momento de nuestra vida, y por su gran bondad, hagan que el último instante de nuestra vida esté consagrado a la gloria del último instante de su vida, y que el último suspiro que demos sea un acto de puro amor a ustedes.

XXVII. Juicio particular en la hora de la muerte

Cuando se asiste a la muerte de alguien se acostumbra ponerse de rodillas en el momento que muere para adorar la venida del Hijo de Dios que llega a juzgar esta alma todavía en su cuerpo. El alma permanece en él hasta que se le asigne el lugar a donde debe ir luego de ser juzgada. Es fácil probarlo recurriendo a varios pasajes de la Sagrada Escritura³³ que hablan de ello claramente, pero no es el momento de citarlos aquí. Es bueno adorar al Hijo de Dios en el juicio que ejerce sobre los demás en la hora de la muerte. Con mayor razón debemos adorarlo cuando se trata de nuestro propio juicio en la hora de nuestra muerte. Desde ahora rindámosle, voluntariamente y con amor, los deberes que entonces deberíamos rendirle.

-1. Oh Jesús, eres el Santo de los santos y la santidad misma, infinitamente remota de todo pecado e imperfección. Te veo sin embargo, prosternado por tierra, la frente sobre el polvo, ante tu Padre en el jardín de Olivos y al día siguiente a los pies de Pilatos. Allí el Padre te mira cargado de los

³³ Citan algunos Jn 14, 3; Hech 7, 56

pecados del mundo. Te brindaste como garantía y tomaste el puesto de todos los pecadores. El Padre ejerce su justicia sobre ti, te hace cargar con el juicio de los pecadores y te condena a muerte de cruz. Aceptas este juicio con sumisión perfecta, con profundísima humildad y con amor ardentísimo a tu Padre y a nosotros. Oh Jesús, te adoro y glorifico en este juicio y en estas santas disposiciones de humildad, contrición, sumisión y amor con que lo viviste.

2. En honor y unión de esas disposiciones me prosterno a tus pies, gran Jesús, y te reconozco y adoro como a mi soberano Juez. Me someto voluntariamente al poder supremo que tienes de juzgarme. Me regocijo infinitamente por el poder soberano que tienes sobre mí y sobre los ángeles y los hombres. Bendigo mil veces a tu Padre por haberte dado ese poder y te declaro que sí, imaginando lo imposible, no tuvieras tal poder y que yo lo tuviera, me despojaría de él para dártelo; y si no estuviera sometido al poder que tienes de juzgarme, quiero someterme voluntariamente a él en homenaje a tu divina justicia y al juicio que se te hizo de parte de tu Padre en tu Pasión.

3. Oh Jesús, te adoro en tu venida donde mí en la hora de mi muerte y en el momento en que me vas a juzgar. Adoro desde ya cuanto suceda en ti y en mí en este juicio. Hazme partícipe de la luz divina con que me harás ver claramente todo lo ocurrido en toda mi vida para rendirte cuentas, y del celo de tu justicia con que borrarás mis ofensas. Quiero ver desde ahora claramente mis faltas y castigarme por tu amor a causa de mis ofensas mediante perfecta contrición, horror y detestación de mis pecados.

4. Dios mío, cuántos pecados he cometido contra ti toda mi vida por pensamientos, palabras y obras de múltiples maneras. Son incontables, lo reconozco y me acuso ante ti, ante tu santa Madre, ante los ángeles y los santos. Si tal fuera tu voluntad, quisiera acusarme ante todo el mundo. Me acuso de ellos como están en tu presencia y como tú los

conoces. ¡Quién me diera verlos como tú los ves! Si me conociera como tú me conoces y como quisiera verme y conocerme en tu luz en el momento en que tú me vas a juzgar. Qué confusión y humillación tendré de mí mismo. Qué horror de mis crímenes. Qué arrepentimiento y dolor, por haber amado tan poco y haber ofendido tan gran bondad. ¿Cómo voy a acusarme y a condenarme a mí mismo? Seré yo mismo mi juez y yo el primero en dictar sentencia contra mí.

5. ¿Hay necesidad de esperar esa hora? Desde ahora, Señor, me doy al celo de u divina justicia y al espíritu de odio y horror que tienes al pecado. Y en honor y unión del celo ardentísimo y del espíritu de odio y horror extremo que tienes del pecado, aborrezco y detesto todos mis pecados. Me horrorizan y por siempre renuncio a ellos. Me ofrezco a ti para hacer toda la penitencia por ellos que te plazca. Y prosternado ante tu faz y rebajado hasta el último lugar que tú consideras he merecido, pronuncio contra mí, a la faz del cielo y de la tierra, la siguiente sentencia: no soy más que una miserable lombriz, un puñado de cenizas y pura nada por haber ofendido tantas veces Majestad tan alta y grande. No hay suplicios ni en la tierra ni en el purgatorio ni en el infierno que sean capaces de expiar dignamente el menor de mis pecados, si tu misericordia y el poder de tu preciosa sangre no interviniera. Todos esos tormentos son finitos y la injuria que te hecho es infinita pues ofendí una Majestad infinita y merecí castigo infinito.

De nuevo me prosterno a tus pies, Juez soberano, y me hundo en el más profundo abismo de la nada de mis pecados. Te adoro, bendigo y amo de todo corazón al pronunciar la sentencia que emitirás contra mí a la hora de mi muerte. Me someto voluntariamente y con todo el amor que me es posible a esa sentencia, cualquiera sea. Te repito con el profetal rey, con todos los afectos de mi voluntad: *Eres justo, Señor, y tu juicio es recto y equitativo* (Sal 119, 137).

Acepto de corazón lo que te plazca ordenar de mí en tiempo y eternidad. Me doy a ti para soportar no solo los sufrimientos del purgatorio en homenaje de tu divina justicia sino toda otra pena que te plazca imponerme sin que me importe lo que llegue a ser, ni lo que será de mí en tiempo y eternidad con tal que el desacato y deshonor que provocados con mis pecados sean enteramente reparados al precio que sea.

Dios de misericordia, no vayas a permitir que me cuente en el número de los desdichados que nunca te amarán. ¿Señor, quién soy yo para que te des la pena de abrir tus ojos para mirarme, para comparecer ante ti en juicio, y que ejerzas justicia sobre mí? Es cierto que soy muy indigno de los efectos de tu misericordia. Pero, Salvador mío, acuérdate, te ruego, que quisiste ser juzgado en mi lugar y que soy digno de que mis pecados sean perdonados pues tú mismo pediste al Padre el perdón para mí. Por tanto, Señor, no entres en juicio con tu miserable e indigno servidor. Ofrece por mí a tu Padre el juicio que sufriste por mis pecados y pídele que perdone no a mí si a ti. Padre de misericordia, confieso que he merecido sufrir el rigor de tu juicio y no soy digno de que me des la menor de las gracias, ni de que perdones el menor de mis pecados. Te ofrezco el terrible juicio que tu Hijo sufrió por mis faltas y te suplico que perdones no a mí sino a tu Hijo muy amado. Él te pidió y te pide perdón por mí; dame las gracias que necesito para tu servicio. Además todos los castigos del mundo que podrías ejercer contra mí no son capaces de satisfacerte dignamente por el mínimo de mis crímenes. Solo tu Hijo puede reparar perfectamente el deshonor que te he inferido. Te ofrezco, y ruego que lo hagas conmigo, todo cuanto hizo y sufrió en toda su vida y el honor que él te tributó siempre tanto por sí mismo como por su santa Madre, por sus ángeles y santos.

Madre de misericordia, Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, ofrezcan por mí a Dios todos sus méritos y trabajos, y toda la gracia que por siempre

le han dado, en satisfacción de mis ofensas. Ruéguenle por mí. Que no me trate según el rigor de su justicia sino según la multitud de sus misericordias a fin de que lo ame y bendiga eternamente.

XXVIII. Muerte y sepultura

Como Jesucristo quiso pasar por todos los estados de la vida humana y mortal para honrar a su Padre eterno, bendecirlos y santificarlos, debemos también tener celo santo de honrarlo en todos los estados por los que pasó. Consagrémosle todos los estados de nuestra vida para honrarlo en esos mismos estados. Después de haberlo adorado en el último momento de su vida y haberle entregado el último momento de la nuestra, es muy a propósito adorarlo en el estado de muerte en el que estuvo tres días y consagrarle el estado de nuestra muerte a partir del momento en que muramos hasta la resurrección general.

-1. Oh Jesús, tú eres la vida y la vida eterna, la fuente de toda vida y sin embargo te contemplo confinado en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Veo que dices adiós por breve tiempo a tu amabilísima Madre y a tus amados discípulos y apóstoles y a todos tus amigos. Los dejas bañados en lágrimas y en duelo y dolor muy grandes como nunca se vio. Veo tu alma santa separada de tu cuerpo deificado con el que tenía relación santa y divina. Veo ese mismo cuerpo, el más santo y sagrado que todos los cuerpos celestes (quiero decir que todos los cielos y el mismo cielo empíreo), yacer en un sepulcro, en la tierra y entre el polvo. Oh Jesús mío, te adoro, te alabo y glorifico en todo. Te ofrezco todo el honor que se te tributó en ese estado por tu santa Madre, santa Magdalena, tus apóstoles y discípulos, y por tu Iglesia, con toda la gloria que tu Padre te dio y de la que gozas ahora en los cielos, a causa de esta humillación

que sufriste en la tierra. Te ofrezco el estado de muerte en que me voy a encontrar un día en honor del estado de muerte por el que pasaste. Te ofrezco la mi separación de la compañía de mis parientes y amigos, en homenaje de la separación muy amarga que sufriste de la divina compañía de tu queridísima Madre, de tus amados discípulos y apóstoles. Te ofrezco todo el dolor y las lágrimas de mis parientes y amigos, en honor de los dolores y lágrimas de tu piadosa Madre, de tus apóstoles invadidos de tristeza. Te ofrezco la división de mi alma con mi cuerpo en honor de la división de tu alma santa con tu sagrado cuerpo. Te ofrezco todo el estado en que estará mi alma, hasta que se reúna con su cuerpo, en homenaje del estado en que tu alma estuvo separada de su cuerpo. Te ofrezco la sepultura de mi cuerpo y cuanto haya de hacerse para ello, en honor de la sepultura de tu santo cuerpo. Y en honor y unión del amor en que quisiste, buen Jesús, que tu santo cuerpo yaciera en el tierra y en el polvo, cuerpo que me diste tantas veces ese mismo cuerpo en la santa comunión a mí que soy solo tierra y gusano, entrego gustoso mi cuerpo a la tierra y a los gusanos y acepto que sea reducido a ceniza y polvo. Pero a condición de que todas las briznas de polvo en que mi carne y mis huesos sean reducidos sean otras tantas lenguas que alaben y glorifiquen sin cesar el misterio adorable de tu sepultura. Podré entonces cantar con el salmista: *Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejante a ti?* (Sal 35, 10).

2. Divino Jesús, a pesar de que tu cuerpo y tu alma están separados sin embargo uno y otro permanecen siempre unidos a tu divinidad. Son por tanto dignos de adoración y honor. Adoro por tanto tu alma santa que baja al infierno. Adoro cuanto pasó allí, y los efectos que obró para las almas de los padres durante el tiempo de su separación de su cuerpo. Adoro igualmente ese mismo cuerpo en la tumba, todo íntegro. No hay en él partícula alguna que no sea infinitamente adorable. Adoro tus santos ojos, adoro tus

oídos. Adoro y bendigo tus labios que son del Verbo y de la Palabra eterna del Padre. Adoro y bendigo las divinas manos y los pies benditos de mi Señor. Adoro y amo tu amabilísimo Corazón. ¡Me duele verte reducido a este estado por causa mía! Esos ojos sagrados que con su mirar regocijan a quienes se acercan a ti. Santos oídos, siempre abiertos para escuchar clamores y plegarias de los desdichados, ahora están cerrados y no escuchan. Tus divinos labios, que tenían la palabra de vida, están mudos y sin palabras. Esas benditas manos que hicieron tantos prodigios están inertes y sin movimientos. Esos pies celestes, tantas veces cansados por la salvación del mundo, están inmóviles. Pero sobre todo, ese Corazón amoroso de mi Jesús, el más digno y más noble trono del divino amor, está sin vida y sin sentimiento. ¿Quién te redujo, mi querido Jesús, a este estado digno de compasión? Fueron mis pecados y tu amor. ¡Pecado maldito y detestable, te tengo horror! Oh amor de mi Salvador te amo y te bendigo sin descanso.

3. Oh buen Jesús, me abandono del todo al poder de tu santo amor. Te suplico, por ese mismo amor, que me pongas desde ahora en un estado de muerte que imite y honre el estado de muerte en que estuviste. Apaga en mí por entero la vida del pecado y del viejo Adán. Haz que yo muerta perfectamente al mundo, a mí mismo y a todo lo que no es de ti. Mortifica de tal modo mis ojos, mis oídos, mi lengua, mis manos, mis pies, mi corazón y todas las partes de mi cuerpo y de mi alma que ya no vea, ni escuche, ni hable, ni guste, ni actúe ni marche, ni ame, ni piense, ni quiera ni haga ningún uso de todas las partes de mi cuerpo y de mi alma que no esté de acuerdo con tu beneplácito y según la conducta y el movimiento de tu divino Espíritu.

4. Jesús amadísimo, me doy a ti para vivir lo que me dice el apóstol: *Están muertos y su vida está sumergida con Jesucristo en Dios* (Col 3, 3). Ocúltame, sepúltame contigo dentro de Dios. Sepulta mi espíritu, mi corazón, mi voluntad,

mi vida y mi ser en tu espíritu, en tu corazón, en tu voluntad, en tu vida y en tu ser a fin de no tener pensamientos, ni deseos y afectos distintos de los tuyos. Y como la tierra cambia y transforma en sí los cuerpos que están enterrados en ella, conviérteme y transfórmame en ti. Sepulta también mi orgullo en tu humildad, mi frialdad y tibieza en el fervor de tu divino amor, y todos mis demás vicios e imperfecciones a fin de que como la tierra consume todas las corrupciones del cuerpo que está enterrado en ella así todas las corrupciones de mi alma sean consumidas y destruidas en tus divinas perfecciones.

5. Oh Madre de Jesús, te honro y reverencio en el estado de tu muerte y de tu sepultura. Te ofrezco todo el honor que te fue rendido allí por los ángeles y los santos apóstoles. Te agradezco la gloria que diste al estado de muerte y sepultura de tu Hijo por el tuyo. Te ofrezco mi muerte y sepultura y te suplico hacer que por tus oraciones santas, que todo cuanto suceda en mí en este estado rinda homenaje eterno a la muerte y sepultura de tu Hijo y de ti.

XXIX. Entrada de nuestras almas al cielo y a la vida inmortal

Nosotros, que tantas veces hemos merecido el infierno, somos en extremo indignos de ver el rostro de Dios y de que nos admitan en la feliz compañía de los habitantes del cielo. Sin embargo, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, la santa Virgen, los ángeles y los santos tienen el deseo inmenso de vernos pronto asociados a ellos, abismados, como ellos, en los torrentes de las celestiales e inefables delicias del divino amor que en el ciclo reina en plenitud. Y debemos confiar firmemente en la divina bondad que así habrá de suceder. Uno de los mayores consuelos que podemos tener en este

mundo es el pensamiento y la expectativa de aquel día en que comenzaremos a glorificar y amar a Dios perfectamente. Con qué entusiasmo deberíamos cantar, pensando en ese día dichoso: *Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor* (Sal 122, 1). *Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre* (Sal 84, 5).

Ciertamente, si celebramos el recuerdo de nuestro nacimiento a la vida de la gracia por el santo bautismo, con mucha mayor razón debemos celebrar la fiesta de nuestro nacimiento a la vida de la gloria. Celebremos, pues, esa fiesta, desde ahora, con los ejercicios siguientes:

1. Te adoro, oh Jesús, te alabo y glorifico, en el momento de tu entrada en el cielo. Te ofrezco el gozo que entonces tuviste, con la gloria, el amor y las alabanzas que en ese instante te rindieron tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre y todos tus ángeles y santos. Venero también a tu dichosa Madre en el momento de su entrada en el paraíso. Le ofrezco la alegría que entonces sintió y la gloria y las alabanzas que recibió de tu Padre, de ti, de tu Espíritu Santo y de todos los ángeles y santos. Te ofrezco a ti y a tu gloriosa Madre la entrada que espero hacer un día en el paraíso, por tu inmensa misericordia, en honor de tu entrada gloriosa y triunfal en el día de tu ascensión, y de la de tu santa Madre en su asunción. Porque así es, adorable Jesús, como deseo consagrar lo que ha habido, hay y habrá en mí, en tiempo y eternidad, en honor de lo que ha habido y habrá en ti y en tu dignísima Madre.

2. Trinidad adorable: te adoro, te bendigo y glorifico por lo que eres en tu esencia divina, en tus perfecciones, en tus personas eternas y en todas las obras de misericordia y de justicia que has realizado y realizarás por siempre respecto a mí y a todas tus criaturas, en el cielo, en la tierra y en el infierno. Te ofrezco las adoraciones, amores, glorias, alabanzas y bendiciones que has recibido, recibes y recibirás por siempre. ¡Cuánto me regocija verte tan colmado de

grandezas, de maravillas, de gloria y de felicidad! ¡Y ello es suficiente para mí! No quiero otra gloria, otra felicidad, en la eternidad, que contemplar la gloria y la felicidad de aquél a quien amo más que a mí mismo. Que el cielo y la tierra se conviertan en gloria y en amor a ti. Finalmente me doy y sacrifico enteramente a tí para que me consumas en las purísimas llamas de tu divino amor.

3. ¡Oh Jesús, objeto único de mis amores! ¿Qué amor y qué alabanzas te tributaré por todo cuanto eres en ti mismo y por los efectos innumerables de tu bondad con todas tus criaturas y en especial conmigo? Que todas tus criaturas, Señor, tus ángeles y santos, tu santa Madre y todas las potencias de tu divinidad y humanidad se consagren a bendecirle y amarte eternamente.

4. Oh Madre de mi Dios, ángeles, santos y santas: los saludo y venero y les doy gracias por los favores que he recibido de su parte y, sobre todo, por la gloria y los servicios que han tributado a mi Dios. En acción de gracias les ofrezco el amabilísimo Corazón de mi Jesús, fuente de toda alegría, gloria y alabanza. Les entrego mi espíritu y mi corazón para que los unan desde ahora a sus espíritus y corazones y me asocien al amor y a las alabanzas que tributarán continuamente al que me ha creado, de manera que, ya desde ahora, lo bendiga y ame con ustedes, mientras llega el día en que a él le plazca unirme del todo con ustedes para amarlo y glorificarlo perfectamente.

5. Dichoso el día en que empezaré a amar de manera pura y perfecta al que es infinitamente digno de amor, cuando comenzaré a ser todo amor para el que es todo amor por mí. Siento inmenso consuelo, oh Jesús, al pensar que te voy a amar y bendecir eternamente. Mis ojos se deshacen en lágrimas ante el dulce pensamiento de que llegará el día en que estaré convertido en alabanza y en amor a ti. ¿Cuándo llegará ese día tan anhelado? ¿Tardará mucho todavía? *Ay de mí, cómo se prolonga mi destierro* (Sal 120, 5). *¿Hasta*

cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro? (Sal 13,1) Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios (Sal 42, 2)?

6. Mientras llega ese día, deseo, Salvador mío, hacer que sean verdad en mí las palabras de tu apóstol: *Nuestra ciudadanía está en los cielos* (Fp 3, 2) y las que pronunciaste tú mismo: *El Reino de Dios está dentro de ustedes* (Lc 17, 21). Deseo vivir en la tierra como si no estuviera en ella, sino con el espíritu y el corazón en el ciclo. Deseo esforzarme por establecer en mí el reino de tu santa gloria y de tu puro amor. Pero, Señor, tú sabes que por mí mismo nada puedo. Me doy, pues, a ti, para que destruyas en mí todo lo que a ello se opone y para que establezcas tú mismo el reino de tu puro amor, en mi cuerpo, en mi alma y en mis pensamientos, palabras y acciones.

XXX. Conclusión de los ejercicios anteriores.

Al finalizar estos ejercicios sobre el terna de la muerte debes agradecer a nuestro Señor las gracias que en ellos Le ha hecho y pedirle perdón por las faltas cometidas. Ruégale que las repare y que realice en ti sus palabras: *Dichoso el servidor a quien su amo, al llegar encuentre cumpliendo con su obligación. Les aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes* (Mt 24, 46-47); que él esté siempre velando en ti y para ti y no seas tomado por sorpresa; que él te conserve estos ejercicios y preparaciones para la hora de la muerte y que sea él mismo tu disposición y preparación.

Con las debidas proporciones puedes hacer lo mismo respecto de la santa Virgen, de los ángeles y santos, en especial de los santos de aquel día en que Dios sabe que habrás de morir.

XXXI. Otros consejos y disposiciones para una muerte cristiana.

Agrego aquí algunos consejos y disposiciones que pueden servirte cuando sientas que se acerca el fin de tu vida.

Ejercítate lo más que puedas en los actos de amor a Jesús, uniendo humildad y amor. Es el medio más poderoso y amable para borrar los pecados, para agradecerle y avanzar mucho en los caminos de Dios. Si te asaltan temores por la muerte cercana o te falta la confianza por tus pecados pasados haz que te lean lo escrito sobre la confianza en la 2ª parte de este libro.

Si puedes soportarlo, haz que te lean algo de la vida de los santos o de algún otro libro, pero, ante todo, de la pasión de Jesucristo, el capítulo diecisiete del evangelio de San Juan y las oraciones por los agonizantes.

Ten a menudo el crucifijo entre las manos y haz de tiempo en tiempo, mientras lo besas, los actos de amor señalados en la cuarta parte.

Que los santos nombres de Jesús y de María estén siempre en tu corazón y frecuentemente en tus labios.

Levanta de continuo tu corazón a Jesús para decirle con su discípulo amado: *Ven, Señor Jesús, ven Señor Jesús* (Ap. 22,20) Con san Pedro: *Te amo, Señor Jesús, te amo, te amo* (Jn. 21. 15-17).

Con el buen Ladrón: *Acuérdate de mí, Señor, en tu reino* (Lc 23, 42-43). Y al decir estas palabras únete a la contrición y al amor con que él las dijo y que le merecieron escuchar de labios del Hijo de Dios: *Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso*. Con el humilde publicano del Evangelio: *Dios mío, ten compasión de este pecador* (Lc 18, 23). Con David: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad* (Sal 51, 3). *Sostenme con tu promesa y viviré, que no quede frustrada mi esperanza* (Sal 119, 116). *A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca*

defraudado (Sal 31, 2).

Con san Francisco: *Sácame de la prisión de este cuerpo para que alabe tu santo nombre con todos los justos que me esperan en el cielo.*

Con la santa Iglesia que así ora a la santa Virgen: *María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo y recíbenos en (a hora de la muerte, Madre de Jesús, muestra que eres mi Madre, o mejor, que eres Madre de Jesús y destruye en mí por tu intercesión y tus méritos, cuanto se opone a la gloria de tu Hijo, para que en mí sea amado y glorificado perfectamente.*

Con san Esteban: *Señor Jesús, recibe mi espíritu (Hech 7, 59).*

Y cuando digas todas estas palabras únete siempre a la devoción, al amor y demás disposiciones con que dichas personas las profirieron.

Con Jesús en su agonía del jardín de los Olivos: *Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya (Lc 22, 42), y en la cruz: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 43).*

Puedes utilizar también las siguientes jaculatorias:

Te suplico, oh Jesús, que ames a tu Padre y a tu Espíritu Santo por mí

Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, amad a Jesús por mí.

Dígnate, Señor Jesús, reinar plenamente en mí a pesar de tus enemigos.

Amado Jesús, sé tú Jesús para mí. Tú que eres mi todo, sé mi todo en el pasado, en el presente y en el porvenir.

Sólo una cosa necesito. Adiós a todo lo demás. Sólo quiero, solo busco y sólo amo una cosa que para mí lo es todo. Todo lo demás ya no es nada para mí. Sólo quiero a Jesús, sólo a él busco, sólo a él amo y quiero amar con todo el amor del cielo y de la tierra.

Jesús es mi todo. Una vez más, adiós a lo que no es Jesús. Mi Jesús me basta. Sólo a él quiero en la tierra y en el cielo. Ven, Señor Jesús, ven a mí para amarte tú mismo perfectamente.

Oh Jesús, ¡ni todo, que seas tú mismo mi preparación y disposición para la muerte. Me doy a ti para morir contigo, en ti y por tí.

Me doy a ti, oh Jesús para unirme en el trance de mi muerte, a todas las disposiciones de amor y de santidad con las que tú, tu santa Madre, tus santos mártires y todos tus demás santos habéis muerto.

Oh Jesús, oh María, Madre de Jesús, dadme, os lo ruego, vuestra santa bendición.

Finalmente, trata de que tu última palabra sea: Jesús, María; o bien: ¡Viva Jesús!; o bien: ¡Jesús, sé Jesús para mí!

Puedes así entretenerte despacio con nuestro Señor, por medio de las anteriores elevaciones. Pero para que te dé la gracia de utilizarlas en el momento de tu muerte, acostúmbrate a decirlas a menudo y a hacer esas aspiraciones durante tu vida, especialmente por la noche, antes de entregarte al sueño.

Convendría también rogar a quienes estarán cerca de ti y que te asistirán en tu enfermedad que te lean y releen esas cosas. Y que no dejen de hacer esos actos y elevaciones por ti aunque pierdas el uso de la palabra, de los sentidos o de la razón. Porque nuestro Señor las recibirá como hechas personalmente por ti, porque estarán hechas en tu nombre y a petición tuya.

Ruega también a la santa Virgen, a tus ángeles y santos, que hagan por ti esas cosas y las demás que ellos saben que Dios pide de ti en el último día de tu vida. Pero, sobre todo, pide a Jesús que haga todo eso por ti y ten gran confianza de que en su bondad infinita, él será tu todo y hará por ti cuanto tienes que hacer.

Y es que sólo a Jesús corresponde ser todo y hacerlo todo en todos y en todas las cosas, para que sea él quien tenga la gloria de todo, conforme al oráculo divino con que di comienzo a este libro y con el que quiero darle término: *Jesucristo es todo en todos* (Col 3, 11). ¡Que él sea, pues, todo, en tiempo y eternidad!

Oh Jesús, que seas todo en la tierra como lo eres todo en el cielo; que lo seas todo en todos y en todas las cosas. Que lo seas todo en esta modesta obra que, en lo que tenga de bueno, es toda tuya; que no habla sino de ti, o para ti y que sólo pretende formarte y establecerte en las almas de quienes de ella se servirán. Que no ven en ella, ni busquen en ella, ni encuentren en ella sino a Jesús. Y que sólo aprendan en ella a amar y dar gloria a Jesús.

Que tú lo seas todo en quien ha preparado este libro y en sus lectores. Porque tú, mi amado todo, sabes que en vida o en muerte no tengo deseo distinto al de verte reinar en todos y en todas las cosas.

Vive, pues, oh Jesús y reina dentro de nosotros. Porque, al revés de los desdichados que, según tu Evangelio, dijeron de ti: *no queremos que éste reine sobre nosotros* (Lc 19, 14), nosotros queremos gritar delante del cielo y de la tierra, de todo corazón: *Queremos, Señor Jesús, que reines sobre nosotros*. Reina, pues, y vive en nosotros en forma total y absoluta para que podamos cantar por la eternidad este cántico: Jesús es todo en todas las cosas. **Viva Jesús, ¡Viva ese gran todo! ¡Viva el gran Jesús que es todo! ¡Viva el gran todo que es Jesús! ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús!**